

SAGA SENSACIONES II

Prohibidos Repetir



MIA ALCARAZ

SAGA SENSACIONES II

Prohibidos
Repetir

MIA ALCARAZ

Prohibido Repetir
Saga Sensaciones II

© Mia Alcaraz

© Ilustración de la portada: È Finita Ediciones

© Maquetación: È Finita Ediciones

Obra registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual

Nº de solicitud: Mu-508-2019

Licencia: Todos los derechos reservados

Depósito legal: MU 727-2019

Primera edición: julio 2019

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico y digital, sin permiso expreso de su autora con la Ley de Derechos de Autor.

*«Quizá solo se trata de encontrar a quien
te sigue mirando cuando tú cierras los ojos.»*

Elvira Sastre

*«El verdadero amor hace milagros,
porque él mismo es ya el mayor milagro.»*

Amado Nervo

Introducción

Agosto de 2011

Mabel estiró la espalda nada más bajar del autobús. Las tres horas de trayecto desde Murcia hasta Almería no eclipsaron la felicidad que sentía por ver de nuevo a Lolo. Llevaba mes y medio sin saber de él y, por mucho que lo intentaba, le costaba olvidar el beso que él le dio en su tejado a modo despedida antes de marcharse a la academia militar y ella a cursar su segundo año de universidad.

Se criaron juntos, era su vecino y su mejor amigo, pero aquel día todo cambió entre ellos y Mabel descubrió el verdadero significado de la palabra amor. Su mayor deseo era pasar el resto de sus días entre sus brazos, sentirse amada a su lado. Sabía que entre ellos todo marcharía a la perfección, que jamás la traicionaría y tampoco le rompería el corazón.

Tenía todo el fin de semana planeado gracias a su futura suegra, fue ella quien le facilitó cómo localizarlo. Con una sonrisa amplia instalada en su rostro, recorrió los metros que la separaban del hotel con la tranquilidad que le concedía disponer del dinero necesario para cubrir dos noches. Ser ahorradora le permitía poder disfrutar de la compañía de su romeo particular sin ningún apuro.

Quiso ducharse, no creyó conveniente presentarse ante Lolo de esa guisa. A pesar de la atracción que se suponía que él sentía por ella, lo ideal era prepararse para su primera noche de pasión. Se decantó por unos tejanos ajustados, los más desgastados que colgaban del armario y los que mejor le quedaban. Para la parte de arriba optó por un top palabra de honor rojo con los zapatos de tacón a juego. Por último, se atusó el pelo tras aplicar brillo labial.

Con confianza abandonó la habitación en busca de su amor. Conforme transitaba por las calles almerienses las mariposas cobraban fuerza en su estómago, batían sus alas con tanta potencia que en más de una ocasión tuvo que pararse a recobrar el aliento. Suspiró enamorada, le encantaba aquella sensación, era como si caminara por encima de las nubes sin riesgo de caer al vacío.

Preguntó a un par de viandantes cuando creyó estar perdida, pero no, al

final de la avenida se encontraba el hombre de su vida. Apoyó la mano en la pared del edificio, necesitaba tomar una bocanada de aire para asegurarse de que no le fallaría la voz cuando estuviera frente a él.

Giró la esquina y sonrió con amplitud al localizarlo, dando caladas a un cigarrillo, apostado en la entrada de uno de los bares. Estaba para comérselo con sus vaqueros rotos, su polo azul cielo y el pelo revuelto. Caminó decidida, le urgía estar entre sus brazos y sentir la calidez de sus labios contra los suyos.

Frenó en seco cuando una rubia estilizada apareció y no tardó en abrazarlo por la cintura. Los ojos se le encharcaron al ver cómo Lolo le acariciaba la mejilla sin dejar de mostrar su sonrisa pirata, esa que siempre utilizaba cuando deseaba conquistar a una chica, y pronto comenzaba un beso que debería estar destinado a ella.

La intensidad de los latidos de su corazón provocaron que no oyera el murmullo que había a su alrededor, tampoco la insistencia de un ciclista solicitándole que se apartara hasta que no estuvo tirada en el suelo.

Con una extraña sensación, como si alguien le estrujara el corazón, impidiendo así que pudiera respirar con normalidad, volvió al hotel dispuesta a regresar a casa e intentar olvidarse de él para siempre.

Capítulo 1

Mabel

Cuatro meses antes

Cierro los ojos y me centro en la música ambiental que se escucha en mi habitación e invita a dejarse llevar. Me imagino en el interior de la sala, junto los muslos al pensar qué me deparará cuando llegue. Será la primera vez que asista a una fiesta organizada por La Vía Rue, una de las salas más exclusivas de la ciudad. Lidia, mi prima, lleva semanas hablándome de ella, se accede si tu número de teléfono está incluido en el listado como cliente habitual. Imagino que será cosa suya y no sé cómo lo ha logrado, pero muero de ganas por probar algo diferente. Últimamente, la monotonía se ha instalado en mi vida y preciso salir de ella porque no deseo cometer una locura de la que después me arrepentiré.

Subo las medias de rejilla antes de colocarme la minifalda escocesa negra; tras ello, las engancho al ligero, es toda la ropa interior que tengo intención de usar. Para la parte superior me decanto por un corpiño del mismo color, está compuesto de una tela aterciopelada con encaje y las formas geométricas que forman las tiras aterciopeladas ocultan los pezones. El escote llega hasta el ombligo. A la altura del pecho se sujeta con un enganche de clic invisible, de ese modo no necesitaré quitármelo para liberar los pechos. El conjunto lo rematan unos zapatos de más de diez centímetros de tacón.

Me coloco la chaqueta de piel, si Pau, mi amiga, me ve de esta guisa lo más probable es que se escandalice, pronto recuerdo que no está en casa y si puedo asistir a la fiesta es gracias a que ella se ha ofrecido voluntaria a cuidar de mi hijo. Tengo miedo de que su relación con Lázaro avance más rápida de la cuenta y decida irse a vivir con él, si ese momento llega no sé qué haré sin ella.

La quiero con locura, aunque es demasiado mojigata para el sexo bajo mi punto de vista. Es la típica mujer que necesita estar enamorada para entregarse. Hubo un tiempo en el que fui como ella y también creía en las historias de príncipes azules con finales felices, aunque me bastó conocer la infidelidad para abrir la mente a otros mundos, unos en los que se goza de lo lindo.

El pitido de un coche en la calle me avisa de que mi prima ha llegado. Echo un último vistazo frente al espejo, sonrío con picardía al pensar cuánto voy disfrutar esta noche, no sé si tendré oportunidad de repetir en La Vía Rue, por lo que tengo entendido son muy selectivos con la clientela, por eso hoy quiero sacarle el máximo partido.

—Buenas noches, zorra. —Saludo al montarme en su coche.

—Viene a hablar la santa —responde Lidia, sonriendo—. ¿Lista?

—Sí.

Conduce sin rebasar el límite de velocidad. Taconeo en el suelo, estoy ansiosa por llegar.

—¿Sabes que temática es Noche de los Sentidos?

Así rezaba el mensaje que ambas recibimos ayer por la tarde, no daban ninguna información más, simplemente que disfrutáramos de nuestros sentidos.

—Ni idea, para mí también es la primera vez. Aunque, por lo que me ha dicho mi amigo, si no tenemos reparos vamos a disfrutar como nunca antes hemos hecho.

No sé a qué se refiere con eso de tener reparos, sabe de sobra que hace años que dejé de tenerlos y pasé a disfrutar de la vida, eso sí, sin dejar de tomar precauciones, paso de enfermedades, una cosa es divertirse y otra bien distinta es hacerlo sin cabeza.

A nuestra llegada, Lidia detiene el vehículo frente al club. Un hombre, vestido de uniforme, abre su puerta para tomar el control de su coche. Una vez fuera, no puedo más que divisar todo lo que nos rodea con verdadero asombro. Sobre todo la fachada porque invita a acceder y a dejarse llevar, es sensual a más no poder.

Lidia silba al visualizarla.

—Si el interior es como el exterior tendré que darle la razón a mi amigo —comenta.

Nunca le he preguntado quién es, aunque últimamente habla mucho de él. Sé que cuando esté preparada me lo contará.

En la entrada mostramos el mensaje recibido. El portero nos da acceso deseándonos que disfrutemos de la velada. Una vez en el interior, observo la sala central, la baja iluminación la hace ver más pequeña de lo que en realidad intuyo que es. La decoración estilo victoriano le da un toque sofisticado.

Vamos directas a la barra que se encuentra ubicada a nuestra derecha, tenemos la suerte de encontrar dos taburetes vacíos, el local está a rebosar. Tras solicitar la bebida me giro para visualizar mejor lo que nos rodea. Todos

los sillones están ocupados y los invitados comienzan a entablar conversación, pero mantienen las distancias. Por el momento, es la primera toma de contacto. Es tiempo de elegir con quién acceder a una de las habitaciones que imagino estarán en la planta superior, las enormes escaleras ubicadas en el centro de la estancia así me lo cercioran.

Solicitamos una segunda ronda, llevamos aquí media hora y todavía no hay señales de la famosa fiesta, sigo sin comprender a qué viene su nombre: Noche de los Sentidos.

—Señoras, si desean disfrutar de nuestra mejor velada, les aconsejo que accedan a la sala cuatro porque acaba de comenzar —señala una puerta negra que hay en el lateral izquierdo—. Será mejor que las dejen aquí. —Nos indica, refiriéndose a las copas.

Miro a Lidia, asiente de inmediato, toma un trago antes de bajar del taburete y tirar de mí para que la acompañe. La oscuridad nos atrapa nada más traspasar la puerta.

—No veo nada —le susurro a mi prima.

—Yo tampoco. Imagino que de ahí su nombre. Deberemos de guiarnos por las manos que nos toquen para elegir con quién pasar la noche.

Damos unos cuantos pasos más para adentrarnos sin separarnos, no es cuestión de quedarnos plantadas en la entrada. Los minutos transcurren sin que ocurra nada. Comienzo a desesperarme, no le encuentro emoción alguna a la dichosa fiesta.

—¿Desde cuándo se te da tan bien tocar un culo femenino? —inquire mi prima en tono bajo.

—Desde nunca —respondo.

—¿Entonces...?

—No soy yo.

Se le escapa un gemido, para ella la fiesta acaba de comenzar. Me separo un poco, lo que menos me apetece es escucharla disfrutar mientras yo permanezco a dos velas. El tiempo corre y solo escucho los gemidos de los presentes. Aburrida por no gozar como lo hacen ellos giro el cuerpo dispuesta a regresar a la sala principal. La pegatina roja fosforescente me indica la salida. Camino despacio, no quiero arrollar a nadie y tampoco cortarles el rollo si me topo con alguno sin querer. Me quedan un par de pasos para salir cuando unas yemas me recorren los brazos, el simple roce me excita.

Cierro los ojos, aunque es tontería porque veo lo mismo que manteniéndolos abiertos; nada. Las manos desconocidas prosiguen con sutiles

toques y logra aumentar mi placer. No quiero pensar en nada, lo máximo que deseo es dejarme llevar. Me quejo tras no sentir las, no tarda en volver a tocarme, pero en esta ocasión se decanta por las piernas. Inspiro con fuerza cuando percibo sus dedos recorrer con maestría la cara interna de mis muslos, sus manos se quedan estáticas en el límite, el gesto provoca que me quede con ganas de que toque esa zona de mi cuerpo que más placer me provoca.

Pasan los segundos y sigue con la misma tortura hasta que al fin decide darme lo que tanto codicio, gimo al percibir el primer roce. Separo un poco las piernas para ofrecerle mejor acceso, me tortura sin compasión con una mezcla de roces y pequeños golpecitos en el punto mágico. Inspiro cuando adentra un dedo en mi interior, nunca antes he disfrutado tanto con una masturbación. El dueño, porque ese dedo pertenece a un hombre, es todo un maestro en provocar placer. Se me eriza el cuerpo al percibir su aliento, tengo que apoyar las manos en su cabeza, las piernas comienzan a temblarme cuando pasea su lengua sin descanso mientras no cesa en penetrarme con el dedo, mordisquea el clítoris y, en nada, me ofrece el mejor orgasmo de mi vida.

Humedezco mis labios, me encantaría comprobar si se le da tan bien besar como lo demás. Es necesario que espere un par de segundos para salir de dudas. Me avasalla y vuelve a mostrar la misma destreza con la lengua. Se separa cuando a ambos nos falta el aliento. Coge mi mano y me insta a seguirlo, pienso que saldremos de la sala para marcharnos a un cuarto privado, nada más lejos de la realidad. Me guía hasta uno de los laterales. Topo con algo, agacho la espalda para cerciorarme de que no se trata de nadie, me relajo al comprobar que se trata de un sofá.

Me coloca de espaldas, sus manos comienzan a acariciarme con la misma perspicacia que ha empleado al principio y mi cuerpo vuelve a reaccionar ante su contacto. Apresa mis pechos con ellas y los masajea, quito el enganche para liberarlos. Sus dedos no tardan en capturar los pezones y rotarlos, es tal el placer provocado que no contengo ninguno de los gemidos.

Los abandona antes de lo que me gustaría, pasea las palmas de sus manos por mis brazos hasta sujetarme de las muñecas, con suavidad me insta a que agache la espalda y me apoye en el sofá. No rechisto, hasta el momento me ha demostrado que sabe lo que se hace.

Agudizo el oído al no percibirlo a mi vera, bajo los gemidos que inundan la sala creo escuchar la rotura de un envoltorio. Vuelvo a humedecerme los labios al sentir el glande en la entrada de mi vagina. Lleva una de sus manos hasta el pecho para capturar el pezón, con la otra me sujeta por la cadera y de

una estocada, se hunde en mí. Mi gemido es más elevado de lo esperado.

Gemimos al alcanzar el orgasmo. Me abraza por la cintura y recuesta su pecho contra mi espalda, así permanecemos hasta respirar con normalidad. Me arrastra encima de él al tomar asiento, su boca no tarda en capturar la mía, los siguientes minutos los dedica a besarme y a acariciarme la espalda, hasta que percibo de nuevo su erección.

No sabría decir cuántas horas transcurren antes de poner punto y final, sin lugar a dudas, a la mejor noche de mi vida. Aunque me decepciona su marcha de la sala sin esperarme porque deseo ponerle cara al hombre que ha logrado que me replantee mi estilo de vida y deje atrás mi lema de prohibido repetir para evitar que me rompan en añicos de nuevo el corazón.

Capítulo 2

Aitor

Un mes antes

Masajeo el puente de la nariz para acto seguido hacer el mismo ritual en las sienes. Hoy no es un buen día, me estalla la cabeza, tengo que tomar una decisión y no estoy seguro de querer hacerlo. En realidad, no quiero; pero es lo mejor para los dos, sobre todo para mí. Los sentimientos que creía adormecidos regresan de nuevo. El primer día que estuve con ella me juré y perjuré no repetir porque el único que pagaría las consecuencias sería yo, y ya lo hago porque no sé mantenerme alejado de ella.

La situación me recuerda a otra pasada. Hace años me sucedió lo mismo, me costó lo mío que se fijara en mí y cuando lo hizo, creí estar en el mismísimo paraíso, lo malo es que se convirtió en el peor de los infiernos conocidos. Por eso, no he sido capaz de concederle la petición que me ha hecho durante estos meses: verme la cara. No deseo hacerlo, no porque me dé miedo a que se aleje de mi lado, sé que antes o después ocurrirá, el problema radica en ver yo la suya. Me niego a contemplar su sonrisa puesto que cuando lo haga volveré a enamorarme más de ella como un completo gilipollas.

Aún recuerdo lo guapa que es y con cuánta intensidad es capaz de mirarme, me encantaba aquella mirada, me sentía un hombre especial; su hombre. Fui tonto al pensar que ella sentía por mí lo mismo que yo por ella. Por eso estoy aquí, en mitad de la finca en la que me crie. Esto ya me ha pasado dos veces, no quiero que se repita una tercera y vuelva a romperme el corazón.

—Te veo pensativo.

Giro el rostro para divisar el paso lánguido de Jesús, el hombre que siempre ha estado a mi vera y ha cuidado de mí. Cada día me preocupa más, ha perdido vitalidad desde la caída que tuvo hace un año en mi propia casa. Le rogué que me dejara a mí revisar la antena, pero su cabezonería lo llevó a subirse al tejado, al bajar no calculó bien dónde colocaba el pie y terminó estrellándose contra el suelo.

—¿Estás bien? —cuestiono preocupado.

El remordimiento de que por mi culpa esté así no se ha evaporado por mucho que él insista en que los accidentes no pueden evitarse, que es ley de

vida. Hace un gesto de dolor cuando se ubica a mi lado. Se toca la cadera, la que peor parte se llevó en la caída.

—Si te digo que sí, te miento. Hoy me duele más que otros días.

—Tendrías que ir al especialista, estoy cansado de ofrecerme a ir contigo, pero tú tan cabezón como siempre.

Sacude la mano, conozco ese gesto desde niño, siempre lo hace cuando no le interesa hablar más del tema.

—Un respeto, muchacho —advierde.

Sonrío. Sé que bromea, le encanta decirme esa frase. ¿Cuántas veces la habré escuchado a lo largo de mi vida?

—Si quieres lo dejamos para mañana —ofrezco al verlo hacer otro gesto de dolor.

Ayer lo llamé, me interesa conocer su opinión para ver si es viable hacer lo que desde hace meses me ronda por la cabeza. Sabe a qué me dedico, nunca le he mentado porque lo veo innecesario. Es como un padre para mí, en realidad, el único que tengo.

—De eso nada, muchacho. Estaré como nuevo cuando me tome un chato de vino.

Evito sonreír para no delatarme.

Lo invito a que me siga. En la parte trasera de la construcción, en la zona destinada a porche, he dispuesto una mesa con dos sillas, sobre el tablero acristalado se encuentra el almuerzo que vamos a tomar juntos.

—¡Qué bien me conoces, muchacho! —exclama nada más girar la esquina de la vivienda y vislumbrar la mesa—. ¿Dónde está mi nieta? —indaga una vez sentado.

Se me ilumina la cara al pensar en mi princesa. Es toda mi vida, por eso tampoco quiero enamorarme más de ella otra vez, no soportaría que mi niña se hiciera ilusiones y la destroce cuando se marche. Una cosa es que juegue con mis sentimientos cada vez que intento que lo nuestro funcione, pero no pienso consentir que lo haga con los de mi hija.

—Con su tía en la ciudad.

—¿Cómo está Silvia? —se interesa.

—Mejor que nosotros.

—Me alegra oír eso, es buena muchacha.

—Sí que lo es.

Silvia es mi cuñada, al menos nosotros nos consideramos así después de todo lo que ocurrió entre su hermana y yo. Además, también somos socios

desde hace años.

Mientras damos cuenta de los alimentos le comento qué quiero hacer con la propiedad. No se inmuta cuando le digo que el local será de intercambio de parejas, no le sorprende oírme hablar del tema puesto que no es la primera vez que lo tratamos. Sabe que no quiero, más bien no puedo, vivir aquí por mucho que adquiriré de nuevo la propiedad con la intención de hacerlo, solo aguanté un día, por la noche estaba con mi niña en el hotel más cercano.

Le parece buena idea; no obstante, objeta que a ser posible los vecinos no conozcan la verdadera función del local. De hecho, me ofrece una alternativa en la que no había pensado. La vivienda es lo suficiente grande para llevar los dos negocios a la par sin mezclarlos.

—Me gusta tu propuesta —admito cuando finaliza de exponer su idea—. No es mala solución, de hecho, me parece una buena alternativa para que los vecinos no sospechen.

—No olvides que esto es un pueblo y los jóvenes tienen una la mentalidad más abierta; sin embargo, la gente mayor no verá con buenos ojos el negocio. Pero si destinas una de las salas a una cafetería normal jamás imaginarán que se cuece en el resto de la casa.

—Hablaré con Silvia, supongo que le encantará la idea.

Se sirve otro chato de vino, el segundo. Lo observo de reojo, deseo saber si el dolor persiste. No percibo nada extraño; pese a eso, me quedaría más tranquilo si va al médico. Intento sacar de nuevo el tema, pero como la vez anterior, hace el gesto de mano.

—¿Has vuelto a verla? —Desea saber.

Sé a quién se refiere, a su hija.

Me mira de tendido. Evito que nuestros ojos se encuentren, me conoce tan bien que no podré engañarlo y sabrá que he vuelto a verla cuando le juré, hace mucho, que lo nuestro había terminado para siempre. Me apresuro a negar con la cabeza.

—Sabes que hace años que no nos vemos.

—Mientes fatal, muchacho, no sé por qué te molestas en intentarlo —dice con una sonrisa burlona—. ¿Cuándo la has visto por última vez?

Inspiro una bocanada de aire, como bien dice, no se me da bien mentir, nunca lo he necesitado y veo un absurdo hacerlo ahora, lo único que traen son malentendidos y problemas que pueden evitarse si se va con la verdad por delante.

—El viernes pasado.

—Dale recuerdos esta noche cuando la veas.

Estamos a viernes, pero no tengo intención de bajar a la sala hoy.

—Será mejor que la llames y se los des tú mismo. No nos veremos esta noche.

—Tres meses después y sigue sin saber que eres tú, ¿no?

Afirmo, aunque no sé cómo sabe que desde hace meses nos vemos todas las semanas.

—¿Cómo sabes...?

Antes de finalizar la pregunta, responde:

—Me lo contó tu cuñada la última vez que nos vimos.

Aprieto los dientes, tendré que hablar con ella. No me gusta mentirle a Jesús, pero hay ciertas cosas que es mejor que no sepa.

—No te enfades con Silvia. Me lo dijo porque estaba preocupada por ti y por mucho que intentaba que hablaras del tema, siempre salías con evasivas. A mí no me costó saber que la chica que había logrado que bajaras a la sala era la tonta de mi hija.

—Tu hija no es tonta.

—Tonta no, pero gilipollas sí. Estoy seguro de que piensa que se trata del padre de su hijo y por eso va cada viernes.

El pinchazo que percibo en el corazón me deja sin aliento. No había pensado en esa posibilidad.

—Es normal que no sepa que soy yo, llevamos mucho tiempo sin vernos. — La excuso, aunque no sé bien por qué lo hago.

—Es mi hija y la quiero con locura, ya lo sabes; pero no quiero que te haga lo mismo de la otra vez, lo que menos deseo es verte pasarlo tan mal. No me malinterpretes. Sabes que daría lo que fuera por veros juntos de una maldita vez porque estáis hechos el uno para el otro; sin embargo, es ella quien debe abrir los ojos y aceptar que está enamorada de ti. Espero poder verlo antes de irme al otro barrio —bromea.

Me encantaría creer sus palabras, pensar que me quiere, pero sé que no es verdad, nunca lo hizo, solo fui un pasatiempo para ella mientras regresaba su verdadero amor a su lado.

—Jesús, no es a mí a quien quiere.

Coloca su mano sobre mi muslo y lo palmea.

—Yo no afirmaré eso tan rápido como tú lo haces.

Capítulo 3

Mabel

Un mes antes

Lidia me observa con fijación, desvío la mirada para no tener que confesar por qué estoy hoy, viernes, en La Vía Rue cuando no suelo frecuentarlo este día, no le he dicho que desde aquella primera fiesta de la Noche de los Sentidos cada semana juego con el mismo hombre. En decenas de ocasiones le he suplicado quedar directamente en una habitación privada, deseo ver su cara y salir de dudas de una maldita vez; pero en cada una de ellas la respuesta siempre ha sido la misma, una negativa.

Mi prima estaciona el coche frente a la puerta, entrega las llaves a la aparcacoches a la vez que le dedica una sonrisa. Es la primera vez que veo a la chica; pero por lo que intuyo, a mi prima le gusta más ella que el chico habitual.

—¿Eres nueva? —cuestiona Lidia coqueta.

La chica, una morena con pecas en la nariz que la hacen aparentar más joven de lo que seguro es, amplía una sonrisa.

—Es mi primera noche.

—Una lástima que estés fuera y no dentro. —Lidia señala la fachada del local.

Me da un ataque de tos al escuchar lo directa que es, aunque a la chica no le molesta el comentario, todo lo contrario, parece halagada.

Se acerca a ella, se hace con uno de sus rizos y, acto seguido, se lo lleva a los labios. Le dice algo al oído, lo hace tan bajo que soy incapaz de escucharlo. Abro los ojos como platos cuando mi prima le da un beso en los labios a modo despedida.

Quedo en el sitio a la espera de que me alcance y explique qué acaba de pasar. Lo máximo que hace es sujetarme por el brazo e instarme a caminar.

—¿Entramos? Tengo sed.

Suelto una carcajada, es única. Cuando tiene claro qué quiere no da rodeos, va directa a por ello. Sin embargo, me tiene preocupada, desde la muerte de mi tía está más desatada de lo habitual y no quiero que cometa el mismo error que yo, pretender que el sexo sin compromiso borre esa sensación de pérdida

que te embarga. Eso no da resultado, lo sé por experiencia propia.

—¿Qué te ha dicho? —averiguo mientras subimos la escalinata que hay para acceder al club.

—Que la recoja mañana a las cuatro.

Alzo las cejas, no sé por qué me sorprende. Total, es ella.

—Lidia, ¿estás segura de lo que haces?

Frena de inmediato y gira la cara lo justo para observarme.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes de sobra. Desde que...

No me deja terminar la frase me interrumpe antes.

—Estoy bien.

No la creo, no lo está, aunque se empeñe en aparentar lo contrario. Pero ni es el lugar ni el momento adecuado para mantener esta conversación, ya la provocaré otro día.

—¿Cuántos llevas en danza? —Deseo saber.

Muestra una sonrisa, no es tan radiante como las de antes, pero al menos ya las deja ver, durante semanas no hubo forma humana de arrancarle una.

—¿Por quién me tomas? —Se hace la ofendida—. Habituales, dos.

Alzo una ceja inquisitiva. Conozco a uno de ellos, aunque ya lo conocía. Se trata de Francesco, el amigo de Lázaro y el dueño de la empresa de seguridad que gestiona el edificio de oficinas de su padre, pero desconozco quién es la segunda persona.

—Una habitual de aquí —aclara mientras señala la fachada del club.

—Y si tienes dos habituales, ¿por qué has quedado con la aparcacoches? — indago para tocarle un poco las narices, sé la respuesta.

—Ella es un escarceo. De cuando en cuando me gusta probar cosas nuevas. Me aburre estar siempre con los mismos.

No ahondo en el tema porque no le gusta hablar de eso y, aunque la muerte de mi tía hizo que se abriera más y me contara sus secretos, hay ciertas cosas que aún no se atreve a desvelar. Todavía recuerdo la noche que apareció por casa con los ojos enrojecidos, la abracé de inmediato. Echaba de menos llegar a casa de su madre y desahogarse con ella. Fue la primera vez que me contó todo, incluso que Francesco le gustaba para algo más que para noches de sexo; sin embargo, ahora no estoy segura de que opine igual.

Vamos directas a la barra. Lidia se encarga de pedir las copas mientras yo oteo el estado de la sala principal. Se nota que es temprano, no hay demasiada gente y los pocos que ocupan los sillones no tardarán en abandonarla para ir a

la sala común o a una habitación privada.

Presto atención a mi prima cuando me da un codazo en el costado, con el gesto desea llamar mi atención.

—¿Qué? —cuestiono.

—¿Ese no era un habitual tuyo en Sensaciones?

Giro el rostro y miro con disimulo a dónde señala. El susodicho está apostado al final de la barra de espaldas a nosotras lo que me impide verle la cara. Me fijo en los brazos y en efecto, era uno de mis habituales en Sensaciones.

—Sí que es él.

Suelta una carcajada.

—Y dime, ¿lo has reconocido por su bello rostro o por su prieto culo?

No puedo evitar contagiarme de ella, me encanta cuando gasta este tipo de bromas, me recuerda a la Lidia que conozco desde pequeña.

—Gilipollas. Lo he reconocido por los brazos.

Ríe más fuerte y el gesto provoca que el mencionado nos preste atención unos segundos antes de seguir absorto en la morena que le hace compañía.

—Mira que eres rara —dice cuando se recompone del ataque.

—No soy rara —mascullo.

—Más que un perro verde. Si seguir enamorada del cabronazo de tu ex después de todo lo que te ha hecho no es ser rara, no sé qué será. Aunque la palabra exacta para eso es gilipollas.

Se me borra la sonrisa. No me gusta que saque ese tema y tiene la fea costumbre de sacarlo a colación en cada oportunidad que se le presenta, hablemos o no del tema.

—¿Lidia? —amonesto para que no siga por ahí.

—¿Qué? ¿Me vas a decir que no sigues enamorada de él hasta las trancas? —Voy a replicar, no me da tiempo, se adelanta a proseguir—. A tus padres y a Pau podrás engañarlos, pero a mí no. Además, os he visto en un par de ocasiones acaramelados en la puerta de su casa.

Termino la copa de un trago, de ese modo evito responder. Acto seguido llamo la atención del camarero que está en la otra punta sirviendo a unos clientes que acaban de llegar, le muestro mi copa vacía para que entienda que deseo otra. Hace un brevísimo asentimiento.

Ignoro la presencia de mi prima a mi vera, espera una explicación, una que no estoy preparada para dar, no en este momento. Da lo mismo que mienta durante un poco más después de todo el tiempo que llevo haciéndolo.

—¿No me digas que has venido hoy para encontrarte con él y recordar viejos tiempos?

Trago saliva al escucharla, es la única que sabe la verdad, se lo confesé el día que la llevé a Sensaciones seis meses después de separarme. Aquel día fue el único que no mentí cuando me preguntó de qué conocía ese club, le dije que fue Lolo, años atrás, quien me llevó por primera vez para animar nuestra relación porque según él se estaba volviendo monótona.

—¡Eh!...—tartamudeo—. No —niego con más seguridad.

—No sé qué ganas con tanta mentira.

Está enfadada y no entiendo por qué.

—¿Pero qué dices? Te digo la verdad. No estoy aquí porque haya quedado con él.

—Ah, ¿no? Entonces, prima, ¿explícame qué hace él aquí?

Señala la puerta y me quedo a cuadros cuando lo veo acompañado por su vecina. Ella se despide de él con un movimiento de mano, va directa a una rubia que no cesa en sonreírle. Lolo mira el local y amplía una sonrisa cuando repara en mi presencia.

El cuerpo me tiembla al cerciorarme de que viene hacia nosotras. Mi prima al percatarse se marcha de la barra sin despedirse. Mañana hablaré con ella y le aclararé que es mera coincidencia, la cual comienza a molestarme porque la última vez que estuvimos juntos me aseguró que ya no frecuentaba estos sitios.

—Hola, loba. —Saluda con su habitual tono seductor.

—¿Qué haces aquí?

—Asistir a nuestra cita semanal.

La mandíbula se me desencaja. Miente, él no puede ser mi desconocido. De serlo lo habría reconocido. Pasa la yema de los dedos por el brazo desprovisto de tela y la piel se me eriza debido al contacto. Las dudas me invaden. Aprovecha mi desconcierto para besarme. El resto de noche me dejo hacer sin replantearme nada, mañana será otro día.

Capítulo 4

Aitor

Un mes antes

Miro el reloj por cuarta vez en un minuto, el segundero se niega a avanzar. Estoy sentado en la sala de espera del hospital, en una de las incómodas sillas de plástico, casi una hora y hasta el momento, nadie del personal sanitario ha tenido la decencia de informarme de cómo está María, la mujer que cuida por las noches de mi pequeña y a quien consideramos parte de nuestra familia. Las puertas de cristal se abren, desvío la mirada, imagino que será otro paciente o algún familiar que vuelve de fumar. Relajo los hombros al comprobar que se trata de Jesús.

—¿Te han dicho algo? —cuestiona el hombre cuando se sienta al lado de mi hija que está dormida en mi regazo.

—Nada desde que la metieron a las cinco camas.

Me ha saltado la alarma del móvil a media tarde, hace un par de meses le compré uno nuevo con botón de emergencias y cuando se pulsa realiza una llamada al mío. Se la he devuelto de inmediato, no es la primera vez que lo presiona por error, pero la urgencia de esta tarde era real. Por mucho que he intentado localizar a Jesús para que se quedara con Rebeca, no lo he logrado hasta llegar aquí; por eso me he visto en la obligación de traerla. Aunque para ser sincero, me desagrada que visite estos sitios a no ser que sea estrictamente necesario.

Mi hija se desvela cuando mi móvil comienza a sonar, el llanto la ha sumido en un sueño profundo. Lo saco del bolsillo del pantalón, Jesús se encarga de Rebeca mientras yo atiendo la llamada de mi cuñada.

—¿Dónde estás metido? —cuestiona Silvia nada más descolgar.

—¿No has leído mi mensaje? —replico. Se lo he mandado hace más de una hora—. Estoy con María en urgencias.

—¿Qué le ocurre? ¿Está bien?

—La he encontrado inconsciente en el suelo, la he traído al hospital y la han metido a las cinco camas nada más llegar, pero aún no me han dicho si está bien y qué le ocurre.

—¿En qué hospital estás?

—En el de la Vega.

—¿Quieres que vaya?

—No es necesario.

—¿Dónde está mi sobrina?

—Aquí conmigo.

—Voy para allá y me la llevo a casa.

—No es necesario Silvia, quédate en la sala. Jesús acaba de llegar y la llevará a casa.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Los siguientes minutos los dedicamos a hablar de la sala, de cómo transcurre el inicio. Me cuenta que la cosa está tranquila, también es verdad que lleva abierta una hora y aún queda un poco para que lleguen los habituales que la frecuentan los viernes.

Estoy tentado de preguntarle si ella está, pero me trago las palabras. No quiero saberlo, estaré intranquilo por si piensa que le doy plantón. Sé lo que le he dicho a Jesús esta mañana, pero a mitad de tarde me he descubierto ansioso porque llegara la hora de marcharme al trabajo para verla.

—Tu amiga está aquí.

Contengo el aliento porque de no hacerlo, reparará en lo que me afecta saber que ha ido para encontrarse conmigo.

—Espero que disfrute de la noche —miento.

—Estoy segura de que lo hará.

Se instala un silencio incómodo entre nosotros. No quiero pensar a qué se refiere, ahora mismo debo centrarme en lo importante: la salud de María y el bienestar de mi pequeña.

—Aitor.

—Dime.

—Llámame cuando sepas algo de María.

—Descuida.

Miro la pantalla aún iluminada tras finalizar la llamada de Silvia, la curiosidad puede conmigo. Accedo a la aplicación que el informático me instaló en el móvil para ver las cámaras de la sala. Pronto se divide en pequeños recuadros mostrándome el interior del local. Pulso sobre la que enfoca a la barra, la conozco y sé que estará ahí. Para mi sorpresa compruebo que no, que solo hay una pareja besándose.

Regreso a la pantalla principal y presto atención a la gente que está

repartida por la sala principal, al fin doy con ella. Me arrepiento al instante de lo que acabo de hacer, me hubiera ahorrado verla acceder a la sala oscura acompañada por su ex. Salgo de la aplicación y contengo las ganas de gritar, esto me pasa por gilipollas, por pensar que algún día sentirá lo que yo siento por ella, lo que nunca he dejado de sentir.

—Aitor, el médico quiere hablar contigo.

Recompongo el rostro antes de girarme y encarar a Jesús. Accedo raudo a la sala de espera.

—¿Dónde ha dicho?

—En el control de enfermería.

Lo dejo ahí para que cuide de mi pequeña que no se separa de él. Recorro el pasillo que me llevará hasta el control rápido. Un chico poco mayor que yo espera mi llegada apoyado en el mostrador.

—¿Es usted familiar de María Salazar?

—Sí.

—Acompañeme.

Lo sigo por el pasillo opuesto por el que he entrado, me indica que acceda a un box vacío. Señala la silla situada frente a la mesa para que tome asiento. Me mata la pasividad con la que abre el expediente de María y lee el informe. Por fin levanta la cabeza para prestarme atención.

—Su abuela está estable. —No lo corrijo cuando afirma que somos familia —. Ha sufrido una bajada de tensión. Es habitual en personas de su edad.

Pasa a informarme de los resultados de cada una de las pruebas que le han hecho y asegurarme que no corre riesgo, aunque pasará la noche aquí por precaución.

—¿Puedo verla? —quiero saber.

—A las once podrá, pero ahora mismo no, acaba de entrar una urgencia y hasta que mis compañeros no estabilicen al paciente no podemos dejar acceder a nadie.

No insisto, comprendo la situación.

Regreso a la sala de espera de familiares. Jesús se incorpora cuando me ve aparecer.

—Ha sido una bajada de tensión, está estable, pero se quedará esta noche. Si mañana sigue igual le darán el alta, de lo contrario la subirán a planta — informo con cierta tranquilidad, saber que no es nada grave logra que mi ánimo se levante.

—Lleva a mi nieta a casa, aquí no haces nada. Yo me quedo con María —

propone Jesús.

Niego con la cabeza.

—No, me quedo yo. Me han dicho que a las once me dejarán verla. ¿Te importa quedarte con Rebeca esta noche? No quiero que esté aquí.

—No es necesario que lo pidas, muchacho. —Con dulzura se dirige a Rebeca—: Cariño, despídete de papá que nos vamos a casa.

Mi princesa se levanta. Lleva los ojos hinchados por el llanto.

La alzo y la abrazo.

—La abuela se pondrá bien, así que deja de llorar. ¿De acuerdo, princesa?

Me mira a través de sus largas pestañas.

—¿No me mientes, papá?

—No mi vida.

Voy hasta el coche con ellos, quiero acompañarlos puesto que es tontería no hacerlo, hasta las once no sabré nada más del estado de salud de María, así que puedo ir al aparcamiento con total tranquilidad y de paso, calmo a mi hija que le cuesta dejar de sollozar. Le aseguro dos veces más que su abuela está bien y mañana podrá verla.

La acomodo en su silla una vez que estamos en mi coche. No me ha llevado mucho convencer a Jesús de intercambiar los vehículos, el suyo carece de silla de protección cosa que el mío siempre la lleva instalada.

—¿Estás bien, Aitor? —cuestiona Jesús cuando finalizo la tarea.

Lo miro extrañado. Me suena raro escuchar mi nombre en su boca, siempre me llama muchacho.

—No tienes buena cara —agrega.

—María me ha dado un buen susto.

Cree mis palabras, en cierto modo son verdaderas, aunque mezcladas con la decepción de saber que a ella no le importo absolutamente nada.

Me despido de los dos raudo porque no deseo que Rebeca esté más tiempo aquí. Cuando le doy el último beso le prometo por cuarta vez que regresaré a casa con su abuela, deseo que se tranquilice de una vez. Me quedo en el sitio para verlos marchar antes de regresar a la sala de espera de urgencias.

Tomo asiento en la última fila de sillas, las que están pegadas a la cristalera que deja ver el exterior. Apoyo la cabeza en el cristal, cierro los ojos y pronto los recuerdos de las noches pasadas con Mabel me invaden, evocarla logra que me sienta peor de lo que estoy.

Capítulo 5

Mabel

No hay cosa que más rabia me dé que mentir a mis seres queridos, pero es algo que hago desde mi separación, un error por mi parte. Tanto mis padres como Pau piensan que odio a muerte al padre de mi hijo y únicamente nos vemos los fines de semana que a Lolo le toca quedarse con él, siempre y cuando se digne a recogerlo porque los hay que prefiere estar con la conquista de la semana que pasar unas horas con su hijo.

Es el rol que adquirí para que nadie me juzgara, no deseo que me digan a la cara lo tonta que soy en lo referente a él. Son tantos los años que nos conocemos y las veces que lo hemos intentado, que llegó un momento que perdí la cuenta. Sin embargo, tengo la sensación de que en esta ocasión es distinto, que ha cambiado y, por fin, somos su centro de atención; su mundo, como él es el nuestro. Lo miro desde mi posición en la barra, acaba de llegar al club y saluda a una mujer que no cesa en acariciar su brazo, no tengo celos, hace años que aprendí a la fuerza a prescindir de ellos.

Pienso en este último mes, en las veces que nos hemos visto a raíz de saber que se trataba de mi desconocido. Las dos primeras semanas quedamos aquí cada viernes, aunque el sábado de esa segunda semana me llamó para ver si podía acercarle a nuestro hijo a su casa, fue una excusa para tenerme en su terreno, lo sé, y la tonta de mí cayó en la trampa, más bien deseaba hacerlo. Aquello provocó pasar el fin de semana juntos y estos últimos quince días nos hemos visto día sí y día no, sin embargo, los viernes es sagrada nuestra cita en La Vía Rue.

—No entiendo por qué sigues acostándote con él —escucho a mi espalda.

Giro el taburete para saludar a la persona que acaba de hablarme, no es otra que mi prima.

—Yo también me alegro de verte, Lidia —ironizo.

—Deja las ironías para otra. ¿Qué coño haces otra vez con él? —cuestiona de malhumorada.

Tomo un pequeño sorbo de mi copa, no quiero enfadarme con ella; pero no es quien para entrometerse en mi vida, a mí nunca se me ocurriría hacer tal cosa.

—No empieces, Lidia —advierdo—. No estoy con él, nos vemos de vez en cuando.

Alza la ceja, el gesto da a entender que no me cree, si bien no objeta nada. Me alegra saber que no quiere discutir. Llama la atención del camarero y yo aprovecho para solicitar otra copa puesto que la mía está casi finiquitada.

—¿Con quién está Manuel? —Cambia de tercio cuando el camarero le sirve su bebida.

Entorno los ojos, en ocasiones como esta me planteo si soy una buena madre.

—Con Pau y Lázaro en Blanca.

Asiente poco convencida, espero que no se atreva a cuestionar también esa parte de mi vida, bastante mal me siento por abandonar a mi hijo para acostarme con su padre para que venga ella y meta más el dedo en la llaga.

Su rostro se ilumina cuando aparece por la sala una chica rubia. La observo, no se puede decir que sea fea, aunque tampoco el típico *pibonazo* que logra que cualquier persona, bien sea hombre o mujer, gire la cara cuando pasa por su lado.

—Espero que no te arrepientas de lo que estás haciendo —comenta bajo para que su amiga no la escuche.

La recién llegada la saluda con un beso en los labios y una caricia en la mejilla. Miro a Lidia y sus ojos desprenden una felicidad que hacía siglos que no veía, ni el mismísimo Francesco logra ese efecto. Quizás esta desconocida para mí sea la persona adecuada para ella, quien logre que se decida a sentar la cabeza de una vez.

—Silvia, ella es mi prima Mabel.

La mujer alarga la mano mientras me mira con mal gesto, algo que no comprendo puesto que es la primera vez que nos vemos. No puede sentir celos de mí ya que Lidia le ha dicho que somos familia, así que no comprendo esa animadversión que deja entrever.

—Hola —dice por puro compromiso. Vuelve a prestarle atención a mi prima—. ¿Nos vamos?

—¿Te importa si acabo la copa?

Niega con la cabeza. Se ubica al otro lado de Lidia, creo que lo hace para no estar cerca de mí. Comienza a molestarme su mala educación. Las ignoro al igual que hacen ellas porque si les presto atención la puedo liar parda y es lo que menos me apetece. He venido a disfrutar y no a pelearme con una grosera.

Giro el taburete para darle la espalda, no quiero verle la cara a la amiga de

mi prima. Centro mi atención en Lolo, quiero averiguar por qué tarda tanto en venir hasta mi posición. Me extraña no encontrarlo en la entrada del local, lo busco por el resto de la sala, no lo veo por ninguna parte.

«Habrás ido al aseo», me digo para convencerme y no pensar mal.

Estoy en lo cierto, dos segundos después aparece por el pasillo que va a los servicios. No tarda en acercarse y saludarme con un beso apasionado, eso provoca que centre mi atención en él y me olvide del resto.

—¿Te apetece que juguemos esta noche? —susurra en mi oído para acto seguido torturarme con pequeños mordiscos en el lóbulo.

El vello se me eriza al instante, me encanta la forma que tiene de entretenerse con él, en realidad, todo lo que me hace me gusta. Por eso caigo rendida en sus brazos cada vez que él se lo propone.

—¿No jugamos siempre? —contraataco.

No necesito ver su cara para saber que sonrío, es lo malo de conocerlo tan bien.

—Sabes a qué me refiero.

Claro que lo sé, aunque no estoy segura de querer compartirlo, hoy me apetece tenerlo en exclusiva para mí.

—¿Hombre o mujer?

Deja de mordisquear el lóbulo para observarme con el rictus serio.

—A ti solo te toco yo.

Son este tipo de cosas las que me gustaron de él, las que me enamoraron desde bien joven. Me encantaba que tuviera esa sobreprotección conmigo, que se encelara al verme hablar con otros hombres, ahora, si soy sincera, comienzan a molestarme.

—¿Qué me dices, loba? ¿Jugamos?

Asiento como una tonta enamorada y dejo de lado los malos pensamientos, los que me hacen replantearme las cosas en ciertas ocasiones.

Entrelaza nuestras manos e insta a que lo siga. Lo hago sin rechistar. Sé que todo marchará a la perfección y que me hará gozar como cada vez que nos vemos.

—Nunca aprenderá —escucho la voz de mi prima a mi espalda.

Ignoro su comentario, no es quien para juzgarme, ella tampoco se aclara con lo que quiere, por eso juega a dos bandas.

Centro toda mi atención en las caricias que Lolo le prodiga a mi cuerpo con sus manos hábiles. No importa que la sala esté a rebosar, todos los que frecuentamos el local venimos a lo mismo; a disfrutar de nuestros cuerpos, lo

que desconocen es que yo lo hago con mi pareja. Sí, ya lo considero otra vez como tal, aunque no hayamos hablado del tema estoy convencida de que él tiene el mismo sentimiento que yo.

Abre la puerta de un cuarto privado, lo observo con determinación, es la primera vez que estoy en él. Juraría que es el más amplio del local. En el lateral izquierdo hay un *jacuzzi* con cabida para cuatro personas. El centro de la estancia lo ocupa una cama redonda con la sábana negra. Junto a ella, una mesilla acoge una cesta de mimbre repleta de condones y lubricantes de todo tipo. La parte derecha está destinada al enorme pie de ducha con mampara de cristal, de ese modo no impide las vistas al resto de la habitación. La pared opuesta a la de la cama dispone de un sofá de cuatro plazas y dos individuales.

Lolo no tarda en colocarse detrás de mí tras cerrar la puerta, se dedica a bajar la cremallera del vestido con suma lentitud y a repartir besos por la espalda. Deja que caiga arremolinado sobre mis pies. Coloca sus manos en mis caderas y me guía hasta el respaldo de uno de los sofás individuales, en el cual me apoyo.

Desliza sus manos por mis muslos con extrema lentitud, cuando comienza a ascender lo hace por la cara interna sin llegar a rozar mi centro de placer, me quejo para hacerle saber mi malestar. Sonríe contra mi cuello, el cual no deja de mordisquear. Apresa mis pechos y los masajea con intensidad, sabe que me gusta que emplee un poco de fuerza, me excita que no me trate como si fuera de porcelana. No me voy a romper por algo de brusquedad.

Roto la cadera para rozarme contra él, esta pasividad puede conmigo, estoy ansiosa porque se hunda dentro de mí y me deleite con un satisfactorio orgasmo.

—Loba, no tenemos prisa —recuerda, separándose unos centímetros.

Pongo el culo en pompa para rozarme otra vez contra su verga. Hunde los dedos en mis caderas y comienza a frotarse, mi insistencia consigue que deje atrás la pasividad con la que ha iniciado el juego.

—¡Loba! —advierte cuando aumento la intensidad de mis movimientos.

—Cállate y fóllame de una maldita vez —exijo.

No opone resistencia, se baja los pantalones sin llegar a quitárselos del todo y se hunde por completo en mí. Gimo con fuerza cuando comienza a moverse, el placer es inmenso.

La puerta del cuarto se abre, intuyo que será la mujer que ha invitado a que se una a nosotros y si no es ella, quién quiera sea ya se marchará.

Lolo hace el amago de frenar la intensidad de sus acometidas.

—Si paras, te mato —amenazo.

Hace caso y no baja el ritmo. La mujer, lo sé por el ruido que hacen sus tacones al caminar, se ubica frente a mí. Se desnuda en cuestión de segundos.

—No —advierdo al verle las intenciones.

Quiere tocarme, algo que no estoy dispuesta a que suceda, acepto que Lolo invite a otra mujer unirse a nosotros cada equis tiempo, pero me niego a que me toque. No es por reparos, es que no me excita. Él comprendió que decía la verdad la vez que accedí a que una lo hiciera, cuando vio con sus propios ojos que no disfrutaba si no que lo pasaba realmente mal, no volvió a insistir.

—Ven aquí —exige Lolo a la recién llegada.

La mujer accede a la petición como un *corderito*. Se coloca a su lado. Giro la cabeza para ver la escena que recién comienza a desarrollarse.

Lolo suelta una mano de mis caderas para llevarla hasta el cuello de la invitada para atraerla hacia a él y comenzar un beso devastador. La desconocida separa las piernas para que él pueda masturbarla mientras prosigue bombeando con fuerza en mi interior. Los gemidos de las dos inundan la sala cuando alcanzamos el orgasmo.

Esto es la introducción a una noche la mar de placentera.

Capítulo 6

Aitor

Hago clic con el ratón en la equis de la pantalla de la cámara de vigilancia que muestra parte de la sala del club al oír la puerta abrirse. Imagino que se tratará de mi cuñada, hace dos días que me informó de que esta noche se la tomaba libre.

—Si no necesitas nada más, me marcho —informa desde el umbral.

Alzo la cabeza para divisarla. Le sonrío con cariño.

—Que disfrutes mucho —digo con total sinceridad.

Camina hasta colocarse a mi lado. Se sienta en el apoyabrazos y me abraza por los hombros. La miro extrañado, no entiendo a qué viene esta actitud ya que no somos asiduos a estas muestras de cariño en el trabajo.

—¿Ocurre algo? —indago.

—No, ¿por?

Si piensa que puede engañarme las lleva claras. La conozco bien y esa postura protectora es por algo. Y aunque lo intuyo, prefiero que sea sincera como siempre.

—Silvia que nos conocemos. Dime qué te pasa.

—No sé si hago lo correcto, no quiere nada serio —se sincera.

No llevo bien verla así, esa tristeza que desprenden sus iris ahora mismo me confirman que está sufriendo y se merece lo mejor. Hace meses que se ven en el club, aunque esta será la primera vez que queden fuera de él o eso ha afirmado cada vez que le he preguntado.

Al principio lo tomó como un pasatiempo para olvidarse de su expareja, a quien seguía recordando después de casi un año. Conforme han transcurrido los meses, los sentimientos por esta chica han florecido sin poder hacer nada por evitarlo. Asegura que no está enamorada, no tengo tan claro que sea así, pero necesita autoconvencerse para no ser lastimada de nuevo.

Coloco el dedo índice bajo su barbilla y la obligo a mirarme.

—Si no estás segura no vayas. Me dolería mucho verte sufrir por un amor no correspondido.

Muestra una sonrisa, me alegra saber que logro levantarle el ánimo.

—¿Mira quién fue a hablar?

—No cambies de tema que no hablamos de mí —advierdo.

Asiente.

—¿Qué percibes cuando estás con ella? —indago.

Piensa la respuesta, por experiencia propia sé que no es nada fácil responder a la cuestión planteada.

—Depende del día. A veces tengo la sensación de que soy un mero pasatiempo para ella y otras; sin embargo, que empieza a sentir algo por mí. No sé, es extraño de explicar.

Para nada, comprendo a la perfección qué intenta decir, por desgracia lo he experimentado en mis propias carnes en más de una ocasión.

—Conozco ese sentimiento —aseguro—. Haz una cosa.

Me observa con atención.

—Vete esta noche con ella y según se desarrolle la velada, mañana tomas una decisión.

Amplía una sonrisa.

—Cómo no te voy a querer si cuidas siempre de mí. —Me da un beso sonoro en la mejilla.

Tiene razón, la conocí cuando aún era una adolescente en plena revolución de hormonas. Nunca se llevó bien con su hermana, Rebeca no comprendía la controversia que existía en su interior. Las dudas que la embargaban cada día por no tener los mismos gustos sexuales que sus amigas o su propia hermana.

Todavía recuerdo la bronca que tuve con Rebeca la noche que opté por pasarla con Silvia, deseaba que entendiera que no era ningún bicho raro porque le gustaran las chicas. Que era algo común, pero para asegurarse y que dejara de atormentarse con el tema, le sugerí que lo más eficaz para salir de dudas era liarse con un chico y ver hasta dónde llegaba. A los dos días me confesó que no pasó de un beso porque cuando el chico le metió la lengua, palabras textuales de ella, «hasta el galillo» tuvo claro que no le gustaban los hombres.

Todo eso provocó que madurase antes de tiempo. Ahora, a sus veintitrés años, es para que pensara en disfrutar de la vida y no en sacar adelante un negocio, una casa y, además, preocuparse por el bienestar de mi niña y del mío propio.

—Yo también te quiero —aseguro.

Vuelve a besarme en la mejilla. Esta vez sé que se debe a que siempre encuentra en mí un apoyo importante.

—Vete y no la hagas esperar más —indico.

Se incorpora con una enorme sonrisa en el rostro. Está preciosa cuando muestra esa felicidad. Se le borra cuando desvía la mirada al monitor y divisa las imágenes de las cámaras. Prestó atención al mismo lugar que ella, deseo saber qué ocurre para que esté tan seria. No tardo en comprobar quién la pone de tan mala leche.

—Deberíamos prohibirle la entrada —comenta cabreada.

—No podemos hacerlo, es un cliente *vip*.

—Y nosotros los dueños —masculla.

Intenta protegerme, aunque no necesito que lo haga, sé gestionar mi vida. Creo que mis credenciales avalan mi afirmación.

—No le des más importancia de la que tiene.

Niega con un ademán de cabeza.

—Es que me jode verlo casi todos los días aquí y ya ni te cuento lo que me molestan sus visitas de los viernes.

Cierro los ojos, sé qué sucede cada viernes en las dependencias privadas de nuestro club. A partir de aquella noche que los vi en la puerta de urgencias desde el móvil, se repite cada semana.

—A quien debe molestarle es a mí y no lo hace.

—¿Estás seguro?

—Sí —miento.

Nos despedimos, más bien la obligo a que abandone el despacho. Espero hasta que cierra la puerta para clicar sobre la pantalla que me da visión directa a ella. Se me encoge el corazón al ver la cara de felicidad que pone cuando él se acerca y le acaricia el muslo para acto seguido besarla.

Soy un masoca, es algo que sé, ya que cada viernes me torturo con lo mismo. No dejo de seguir cada uno de sus pasos hasta que se adentra con él en una de las habitaciones privadas.

Capítulo 7

Mabel

La profesora de Manuel me mira con mala cara, es lógico, llego con media hora de retraso a recogerlo de la clase extraescolar. Cada mañana lo dejo en la puerta del colegio a las ocho y media y no vengo a por él hasta las ocho de la tarde. Estoy cansada de que pase el día encerrado aquí cuando debería disfrutar de su infancia.

—Llegas tarde —se queja mi pequeño cuando me ve.

—Lo siento, cielo, he pillado un atasco. —Lo abrazo y reparto besos por su cara.

Su profesora alza una ceja, no me cree. Normal, acabo de mentirle.

—Mabel, ¿podemos hablar?

Asiento.

—Espérame aquí, cielo.

Hago que se siente en el banco que hay justo en la entrada de su pabellón. No voy a su clase hasta asegurarme de que no se mueve del sitio indicado. Entorno la puerta, no deseo que nos escuche.

—Mabel, lo siento, pero esto no puede seguir así. Es la tercera vez que te retrasas esta semana.

—Lo sé y de verdad que lo siento. Tenemos mucho lío en la oficina.

—¿No puede venir algún familiar a recogerlo?

Niego, no tengo quién me haga el favor desde Pau regresó a Blanca, era la única con la que podía contar porque mi prima cada vez que la llamo tiene algo que hacer.

—Estoy preocupada por Manuel, hoy me ha dicho que se siente abandonado.

Abro los ojos sorprendida.

—Que te ha dicho, ¿qué?

—Le he preguntado por qué estaba triste cuando nos hemos quedado solos. Dice que últimamente pasa más tiempo en el colegio y en Blanca que contigo. Cree que ya no lo quieres.

Tengo que apoyarme en la pared, no puedo creer que piense semejante tontería. Es mi vida, mi motor, sin él nada tiene sentido.

Me froto la cara con ambas manos, tengo que hablar con Lolo, esto no puede seguir así, si de verdad vamos a seguir con lo nuestro podemos hacerlo instalados en una de las dos casas, así nuestro hijo no se sentirá de esta forma.

—Carmen, te prometo que no volverá a pasar. Hablaré con él para quitarle esa idea de la cabeza.

—Te lo agradecería.

Me despido de ella y voy a por mi hijo. Se incorpora cuando me ve, lo alzo y lo abrazo, necesito que entienda que él es lo más importante de mi vida. De regreso al coche pienso en que tengo que llamar a su padre nada más estemos en casa y decirle que esta noche no iré al club.

Frente al volante le mando un mensaje a Pau para informarla de que al final Manuel no pasará la noche ni parte de mañana con ellos en el pueblo, que se queda conmigo en la ciudad y que más tarde la llamaré para explicarle el porqué.

—¿Cómo ha ido el día? —le pregunto con una sonrisa cuando guardo el móvil.

—Bien —responde sin muchas ganas de hablar.

—¿Solo bien?

Encoge los hombros, centra la atención en el muñeco que acaba de coger del asiento, uno de los tantos que lleva repartidos por el coche.

—Cielo, entiendo que estés enfadado, pero de verdad que lo siento mucho.

—No pasa nada, mamá. Lo comprendo.

Me parte el alma verlo tan decaído, nunca antes ha perdido la felicidad del rostro y hoy no hay rastro de ella.

—¿Te apetece que cenemos pizza? —cuestiono.

Le encanta ir a cenar a la pizzería que hay al final de nuestra calle, el rato que estamos allí juega con los gemelos de Juan Carlos, el dueño, que son de su edad.

—¿Al final no me quedo en casa de la tía Pau? —Desea saber.

—No, cariño, hoy no tengo que quedarme en la oficina hasta tarde.

Otra mentira más, tengo que dejar de decirlas porque no le doy buen ejemplo.

—Ah. —Es toda su respuesta.

—Entonces, ¿te apetece que vayamos a la pizzería?

—Sí —afirma ilusionado.

Suspiro aliviada, me mata verlo triste, es superior a mis fuerzas.

Conduzco con tranquilidad por la ciudad hasta llegar a casa, estaciono

frente a la puerta. Mi hijo se marcha directo a su cuarto nada más entramos. Aunque hace casi tres meses que Pau no vive con nosotros, aún tengo la inercia de llamarla cuando accedo, después recuerdo que mis miedos se hicieron realidad y se marchó a Blanca para empezar una nueva etapa junto a Lázaro.

Voy a la cocina y abro el frigorífico, desecho la idea de tomar un refresco, necesito algo más fuerte. Me decanto por un quinto de cerveza, me hago con el paquete de tabaco y el móvil antes de salir al patio para realizar las pertinentes llamadas.

Primero hablo con Pau, de manera breve le digo qué ocurre y por qué Manuel no pasará este fin de semana con ella. Vuelve a insistir en que acepte el puesto de trabajo que hace un par de semanas me ofreció, le digo lo de siempre; que lo pensaré.

Enciendo un cigarro antes de marcar el número de Lolo, compruebo la hora para cerciorarme de que se habrá levantado de dormir la siesta, esta semana está de mañanas y madruga bastante.

—Dime, loba.

Me encanta que aún utilice el apodo que me puso cuando éramos niños, fue a raíz de que saliera en su defensa en el patio del colegio cuando un niño mayor que nosotros lo empujó.

—No sabes las ganas que tengo de encontrarme contigo en el club —añade.

—Por eso te llamo, para decirte que esta noche no podré ir.

—¿Por qué no? ¿Te pasa algo?

—A mí no, pero a nuestro hijo, sí.

—¿Qué le ocurre ahora? —cuestiona malhumorado.

Los recuerdos me invaden, este fue otro de los motivos por los que decidí separarme de él, porque no le prestaba la atención necesaria a su hijo. Dejo de lado el pasado y le relato la conversación que he mantenido con la profesora.

—Sabes lo que opino, a su edad yo ayudaba a mi padre en el campo.

Claro que lo sé, que es una tontería que rompa nuestros planes para darle en el gusto a nuestro hijo. Sin embargo, lo que para él es una insignificancia para mí es un mundo. Quizá tenga razón y lo tengo demasiado arropado; pero no puedo evitarlo, es mi pequeño y deseo lo mejor para él.

—Le he dicho de ir a cenar a la pizzería, ¿por qué no te vienes con nosotros y cuando se duerma tú y yo jugamos aquí?

Se instala el silencio en la línea. No me gusta que haga eso, sabe que lo odio, aun así tiene esa fea costumbre.

—No creo que sea buena idea. Si nos ve juntos puede pensar que hemos vuelto.

—¿Y no es así?

Enmudece otra vez.

Presto atención a la línea, no puede ser cierto lo que acabo de escuchar, debe ser imaginación mía, los miedos siempre se adueñan de mí cuando se trata de él; sin embargo, ahí está de nuevo, es un gemido por su parte. Los latidos de mi corazón comienzan a acelerarse y empiezo a sentirme estúpida, él no tiene la misma perspectiva de relación que yo, vuelvo a ser el comodín con el que se entretiene durante una temporada mientras no encuentra una diversión nueva.

—Estate quieta —gime bajo, pero no lo suficiente como para no escucharlo.

Me escuecen los ojos, no creo que tarde mucho en llorar. Me está bien merecido, la última vez me juré que jamás volvería a repetir, que lo tenía totalmente prohibido. He caído otra vez en su red de mentiras como una completa gilipollas. Él es como es y no va a cambiar en la vida, ni mi hijo ni yo seremos nunca su centro de atención, solo un error que cometió en la juventud.

—Ya veo que estás ocupado. Cuando te venga bien me mandas un mensaje para decirme a qué hora lo recoges mañana.

—¿Mabel?

Cuelgo la llamada, no aguanto un segundo más sin llorar y no quiero que me escuche. Bastante que he mantenido la compostura para decir la última frase. Me tapo la cara con ambas manos y dejo que la rabia se apodere de mí. No puedo creer que pase otra vez por esto, lo peor es que de verdad pensaba que en esta ocasión sería distinto, que había cambiado; pero he comprobado que no, que todavía es el mismo mujeriego de siempre y yo la tonta que le ha perdonado cada una de sus infidelidades, aunque a partir de hoy será distinto, quiera o no tengo que decirle adiós a esa Mabel que se deja embaucar por él cada vez que la busca cuando está aburrido.

Me concedo quince minutos más de llanto desolado, después debo recomponerme como sea, no estoy dispuesta a que mi hijo me vea en esta tesitura; además, tengo que disfrutar de nuestra noche juntos y haré todo lo que esté en mi mano para que me vea feliz, aunque lo único que me apetece es meterme debajo de las sábanas y llorar hasta quedarme seca.

Entro en casa dispuesta a ducharnos para irnos a cenar y que él juegue con sus amigos cuando los signos del llanto casi se han evaporado. Caminamos

hasta el local que nos pilla a escasos cinco minutos de casa, me parece absurdo coger el coche para tan corto trayecto.

«Lo que me faltaba», pienso para mí cuando entro en la pizzería y me encuentro de frente con la amiga de mi prima. Vuelve a mirarme con mala cara. Convierto las manos en puños para no mandarla más allá, hoy no es mi día y más le vale no decirme nada porque no aseguro que no estalle y le cante las cuarenta o suceda algo más, tiene todas las papeletas para que pague los platos rotos del capullo de mi ex.

Doy gracias a que me ignora al igual que yo a ella y se dirige hacia a una mesa que hay al final del establecimiento. Alzo una ceja inquisitiva al comprobar que no está sola, la acompaña hombre, al cual, no veo porque se encuentra de espaldas a mí.

Le pido a la camarera que nos ubique en la otra sala del restaurante, no tengo ni chispas de ganas de verle el careto a doña simpática.

Capítulo 8

Aitor

La situación comienza a cansarme, todos los días ocurre lo mismo, me veo obligado a dejar a mi hija a cargo de María para yo pasarlo en la ciudad y controlar que el negocio funcione a la perfección.

Hace un mes que le propuse a Silvia abrir un club aquí en Blanca, pensé que le encantaría la idea, aunque la conversación no fue la esperada. Se negó en rotundo, objetó que sería invertir un dinero que necesitamos para ampliar La Vía Rue.

Rebeca corre en mi dirección nada más salgo de mi dormitorio con la mochila colgada al hombro. Las pocas horas que pueda descansar mañana sábado lo haré en casa de mi cuñada, no me trae a cuenta venir al pueblo porque a las cuatro de la tarde La Vía Rue abre las puertas de nuevo.

Se abraza a mi muslo, la alzo y pronto enrosca sus piernas entorno a mi cintura. Me envuelve el cuello con sus brazos, no tarda en repartirme besos por el rostro, me encanta que sea tan zalamera, espero de corazón que nunca se le pase, sé que no podré soportar estar un día sin una de sus caricias.

—Sabes que te quiero mucho, ¿verdad, princesa?

—Sí, y yo también te quiero mucho, papá.

—Lo sé, mi vida.

Voy a la cocina con ella en brazos. Encuentro a María trasteando por los armarios, se ha empeñado en preparar la cena, dice que encargarla no es forma de alimentar a una niña que está en pleno crecimiento. De sobra sabe que cuando estoy en casa soy yo quien cocina para mi hija y que evito comer fuera lo máximo posible, me gusta que lleve una dieta equilibrada.

—María, ¿de verdad que te encuentras bien para quedarte con Rebeca?

Resopla.

Desde que tuvo el incidente con la tensión me preocupa bastante su estado de salud. Nunca me perdonaría que le pasara algo y no estar para socorrerla, le debo mucho a la mujer. Si puedo organizarme y llevarlo todo adelante es gracias a su ayuda y a la de Jesús.

—Que sí, pesado.

Alzo una ceja sorprendido por la respuesta.

—¡Ay!, hijo, es que desde que me llevaste al hospital estás muy *pesadito* con el tema. ¿No ves que estoy como un roble?

Me acerco a ella y deposito un beso en su coronilla.

—Sí, aunque eso no va a impedir que me preocupe por ti.

—Y yo te lo agradezco de corazón, pero sabes que si no me encuentro bien te lo digo. Que no soy de esas que se callan las cosas para no preocupar a sus seres queridos.

Me enorgullece que nos considere sus seres queridos, porque para nosotros dos ella es parte de nuestra pequeña familia. Y tiene razón, las veces que se ha encontrado mal siempre me lo ha dicho sin rodeos.

—De acuerdo —acepto—. Si no necesitas nada de mí me marchó, ya sabes cómo se pone Silvia si llego tarde.

La mujer sonríe. No hay cosa que me agrada más que verla feliz, bastante triste ha sido su vida, al menos que disfrute los años que le quedan, espero que sean muchos, no imagino mi día a día sin ella. Tampoco quiero pensar en mi pequeña el día que le falte su abuela, porque aunque no lo sea de sangre, para ella lo es. El sentimiento es mutuo entre las dos.

—Solo te pido que lleves cuidado por el camino. Ya sabes que odio que tengas que coger el coche todos los días, no entiendo por qué no abres un bar de esos que tienes aquí y evitas tanta carretera.

Esa es mi intención, pero para eso debo convencer primero a mi cuñada y esta noche durante la cena pienso sacar el tema de nuevo.

—En ello estoy, María.

Abrazo con fuerza a mi pequeña sin llegar a dañarla, llega el momento de la despedida, esa misma que no deseo. La beso en sendas mejillas antes de dejarla en el suelo y coger las llaves del coche que están encima de la mesa.

—Pórtate bien y hazle caso a la abuela en todo, ¿de acuerdo?

—Sí, papá.

—Te quiero, princesa. —Vuelvo a besarla.

—Y yo a ti.

Me acerco a María y le estampo un sonoro beso en su mejilla. Aprovecha para sujetarme la cara con sus manos arrugadas para darme uno.

—Cualquier cosa, me avisas —pido.

—No te preocupes, hijo.

Dejo escapar un largo suspiro cuando me subo al coche y cierro la puerta sin dejar de mirar mi hogar. Hago el esfuerzo de arrancar y ponerme en marcha porque como lo piense demasiado no voy a trabajar, soy capaz de llamar a mi

cuñada con cualquier excusa.

Conecto la radio para amenizar los kilómetros que me separan de la capital, esos que cada vez me cuestan más recorrer. La nostalgia se apodera de mí al escuchar la canción que suena en este momento. Es de una época en la que realmente fui feliz porque ella estaba a mi lado.

Presto atención a la letra, es como si Carlos Baute la hubiera escrito pensando en mí, en mis sentimientos por ella. Estaba y estoy colgando en sus manos. Sin proponerlo, el recuerdo de la primera vez que la escuchamos me invade. Como era habitual, estábamos en su cuarto estudiantil, allí pasábamos la inmensa mayoría de las tardes acurrucados en la cama y dejándonos llevar por el deseo que crecía entre nosotros según avanzaba nuestra relación.

Sonrío con nostalgia al recordar que torpe me sentí al quitarle el sujetador por primera vez y ver los pechos que tantas veces había tocado por encima de la ropa. En esa ocasión, lo haría sin que nada se interpusiera entre nosotros, sentiría la suavidad y cómo sus pezones se alzaban victoriosos ante mi contacto.

Durante mucho tiempo me culpé por perderla, por no saber hacerla feliz. Sigo convencido que por eso lo escogió a él y no a mí.

Sacudo la cabeza para evaporar el recuerdo, no puedo permitirme pensar por más tiempo en ella, en lo que pudo ser y no fue. Me ha vuelto a demostrar que si tiene que escoger, siempre lo elegiré a él, que yo no tengo cabida en su vida.

Sin darme cuenta, o debido a los pensamientos que me acompañan durante el trayecto, ya estoy en la calle de mi cuñada. Estaciono el coche detrás del suyo. No me da tiempo a llamar al timbre, para cuando llego a su puerta ya me espera con ella abierta.

—Llegas tarde —advierde seria.

Miro el reloj, pasan cinco minutos de la hora acordada.

Niego con la cabeza, es única con la puntualidad, yo también soy un maniático; pero cuando nació Rebeca tuve que aceptar que en ocasiones no podría cumplir con mi puntualidad porque mi vida la regía mi pequeña.

—Hola, a ti también. —Saludo socarrón.

—Tonto —replica una vez que le doy su correspondiente beso en la mejilla. Se hace con mi mochila y la deja encima del aparador de la entrada—. Vamos, me muero de hambre. Y hoy me apetece cenar relajada y no estresada como cada viernes.

—¿Dónde me llevas? —quiero saber.

Señala la pizzería que hay frente a su vivienda.

—¡Cómo no! —exclamo.

Quedamos todos los viernes para cenar, así aprovechamos para hablar del negocio, de ese modo evitamos alguna que otra reunión durante la semana y siempre vamos al mismo sitio. Acepto que las pizzas son de las mejores que he probado, es debido a que hoy en día en pocos sitios las hacen en hornos de leña artesanales; pero comienzo a cansarme.

—No te quejes, a ti también te gusta.

—Sí, pero no venir todos los viernes.

Cruzamos la calle con los brazos entrelazados, quien no nos conozca pensará que somos pareja y no familia. A nuestra entrada saludamos a Juan Carlos, el dueño del local, que está detrás de la barra. Son tantos meses viniendo que al final nos hemos hecho amigos de él.

—Vuestra mesa ya está preparada —comenta el hombre señalando la zona del fondo.

—Gracias, Juan Carlos —agradece Silvia.

—¿Lo de siempre? —quiere saber.

—Sí —afirma mi cuñada.

Nos sentamos y pronto nos enfrascamos en el trabajo. Silvia me narra la idea que tiene para otra fiesta exclusiva del club, reconozco es que muy buena para gestionar nuestro local. Le damos las gracias a la camarera cuando nos trae la bebida. Esperamos a que se marche para proseguir hablando de negocios. Tuerce el gesto cuando abordo el tema de abrir otro club, sigue sin estar convencida; sin embargo, no tengo intención de rendirme, hasta que no logre mi objetivo pienso avasallarla con ello.

—Voy al baño —se excusa.

Sonrío. Es su manera educada de decir que no desea hablar más del tema.

—Vale —acepto.

Creo que veinte minutos son suficientes, si la atosigo al final me mandará más allá y no deseo que eso ocurra. Tengo que hacerle ver que es una buena inversión, además, seríamos los únicos en ofrecer a los clientes dos lugares con temáticas diferentes donde puedan elegir.

Regresa seria, más bien molesta, pregunto para salir de dudas:

—¿Qué te ocurre?

—Nada importante —responde seca.

—Pues para no ser importante, estás bastante cabreada.

Clava la mirada en la puerta, estoy a punto de girar la cabeza para

comprobar por mí mismo quién la pone de tan mal humor cuando dice:

—No es nada, es que me he topado con la nueva conquista de mi ex al salir del baño, pero ya se ha ido.

Entiendo que esté así. Sigue afectándole el tema, aunque no lo comprendo ahora otra mujer ocupa su corazón. Es por eso que sospecho que no dice toda la verdad.

—Debería darte igual, tú también tienes a alguien en tu vida —matizo.

—Cambiemos de tema, por favor.

El sábado pasado me confesó que la noche con su amiga salió a las mil maravillas. Que las dudas se disiparon según avanzaba la cita, por eso tengo dudas de si es sincera o no en este instante.

Vuelve a centrarse en el trabajo, exactamente, quiere saber cómo sería el nuevo local. Me olvido de lo que acaba de pasar, concentro todo mi esfuerzo en hacerle ver que mi idea no es tan descabellada.

Capítulo 9

Mabel

Accedo a casa cabreada. Llevo un par de semanas irascible, tanto que mi tío me ha dado tres días libres con la condición de que el lunes cuando regrese a la oficina no sea la versión malvada de la novia de Chucky.

Miro el reloj nada más entrar, todavía faltan horas para que mi peque regrese. Saco el móvil del bolso antes de lanzarlo al sofá de malos modos. Mi hogar se me antoja una mansión sin mi niño y Pau. Sé que mi cabreo se debe a la decepción que me corroe.

Marco el teléfono de mi amiga, necesito hablar con ella, desahogarme. Está de viaje con Lázaro, pero me dijo que la llamara si necesitaba cualquier cosa y preciso escuchar su voz, que me transmita su paz para poder sentirme mejor conmigo misma.

—¿Dónde cojones estás? —le grito al teléfono al darme de bruces otra vez con el puñetero buzón de voz—. Pues menos mal que no iba a cambiar nada entre nosotras.

Me dejo caer en el sofá derrotada. Necesito a mi amiga y la necesito con urgencia. Le envió un WhatsApp, con pesar compruebo que no aparece el doble *check* de entregado. Cambio el móvil de mano en varias ocasiones, estoy tentada de enviarle uno a Lolo, desde la última vez que hablamos, más bien hablé yo, no he vuelto a saber de él, el muy cerdo ni siquiera se dignó a devolverme la llamada cuando colgué. Eso es lo que le importo.

—Una mierda —me digo en alto para que me quede claro—. A ver si aprendes de una maldita vez y dejas de caer rendida a sus pies cuando venga a buscarte, gilipollas, que eres muy gilipollas.

Cojo el cojín y me tapo la cara con él, grito con todas mis fuerzas. No entiendo cómo pude ser tan tonta y pensar que Lolo había cambiado por mí, si no lo ha hecho en los años que nos conocemos, no lo va a hacer ahora por mi cara bonita.

Decido dejar de atormentarme con el capullo de mi ex, es momento de ponerme las pilas. Tengo cinco días libres y los pienso emplear para limpiar a fondo la casa, organizar me relaja, me ayuda a amueblar de nuevo las ideas y no hay cosa que más necesite en este momento que olvidarme de Lolo de una

vez por todas y regresar a la normalidad.

Tengo tiempo de dejar lista la mi habitación de mi pequeño antes de que mi padre lo traiga a última hora de la tarde. Le conté lo que hablé con su profesora y se ofreció a venir una tarde a la semana para llevárselo de pesca. No me hace gracia que se ponga en el camino, la cadera no la tiene bien desde que se cayó, pero él se empeña en hacerlo.

Recordar a mi niño logra que sonría, tengo muchas ganas de besuquearlo y abrazarlo. Mañana informaré a su profesora de que tampoco lo espere los siguientes tres días en las clases extraescolares, se quedará en casa conmigo y a media tarde nos iremos a jugar al parque, quiero que disfrute de tiempo libre y de mí.

Conecto el equipo de música y voy directa a su habitación. Estoy absorta con la limpieza cuando escucho el timbre de casa.

—¡Voy! —grito desde el interior creyendo que la persona me escuchará a través del elevado volumen de la música.

No me da tiempo a bajar de la escalera a la que estoy subida para limpiar la parte superior del armario cuando la visita insiste con más fuerza.

—¡Voy, coño! —grito mientras me dirijo a la puerta.

—¿Dónde está mi prima? Porque a esta camionera no la conozco —dice con guasa Lidia nada más abro.

—¿Vienes a tocarme las narices?

Accede sin ser invitada, se cuela por debajo de mi brazo que lo tengo apoyado en el marco.

—La verdad es que venía a saber por qué no has ido estas últimas semanas al club y por qué no me coges el teléfono, pero creo que me voy a ir por donde mismo he venido.

—Buena idea —alego.

Hace el amago de marcharse, lo piensa mejor.

—¿Se puede saber qué te pasa? Estás de un insoportable tremendo.

—Nada.

—Ve con el cuento a otra, guapa, que a mí no me engañas.

Me quedo callada, no tengo ganas de decirle la verdad. Lo único que quiero es olvidar y seguir con mi vida.

—Todo esto no tendrá nada ver con el capullo de tu ex, ¿verdad?

Voy a la cocina, pillo un par de cervezas de la nevera y la invito a salir al patio, si dejo de ser tan arisca y opto por hablar, puede que hasta me venga bien.

No objeta nada, me sigue enmudecida. Toma asiento frente a mí, noto en su gesto que no le agrada nada verme fumar, pero tampoco me increpa. Se lo agradezco.

—¿Me vas a decir o no qué te pasa? —inquire de nuevo.

—En realidad no es nada —miento.

Cómo no, es el *roll* de mi vida, mentir una y otra vez a mis seres queridos para que no me juzguen.

—Joder, prima, que no soy tonta. —Da un trago a la cerveza—. Sé que te gusta hablar de estas cosas con Pau, que ella es más suave a la hora de hablarte y cree a pie juntillas todo lo que le dices; pero te he dado la suficiente confianza para que me digas que te ha salido el tiro por la culata al pensar que Lolo iba a cambiar por vosotros y, lo peor de todo, es que no es la primera vez que lo intentas.

Me atraganto con el trago de cerveza, tengo que toser o acabo en el hospital.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya te lo he dicho, no tengo ni un pelo de tonta.

—Nada más que...

Levanta la mano para que no siga.

—Ahórrate las mentiras, estoy cansada de escucharlas.

Entorno los ojos, tiene razón, ha llegado la hora de demostrar que soy una mujer madura que sabe afrontar los problemas y las reacciones de las personas que más le importan.

—Está bien —admito, consciente de lo que voy a decir—. Desde que soy adolescente y no sabría decir por qué, cada vez que Lolo ha venido a buscarme, he caído rendida a sus pies. A veces pienso que en la universidad cometí el mayor error de mi vida cuando dejé escapar a un buen chico que estaba enamorado de mí; pero los errores se pagan y dicen que caros.

Alargo la mano para coger la cajetilla de tabaco, desnudar mi alma no es tan simple como pensaba. Enciendo otro cigarro, dejo que el humo evapore el nerviosismo que me domina.

—A los pocos meses de separarme de Lolo, apareció una noche por casa con la excusa de ver a Manuel, Pau no estaba, al final se quedó a dormir. Aquello duró unos meses, hasta un día que fui yo a la suya para darle una sorpresa.

—Y fuiste tú quien se la llevó —afirma mi prima.

Asiento.

—Sí, lo pillé en la puerta despidiéndose de otra.

El dolor se adueña de mí, no puedo remediar sentirme fatal cuando recuerdo las veces que le he perdonado una infidelidad y me he jurado que no volvería a caer en la misma trampa; su trampa.

—¿Y por qué sigues? No lo comprendo.

Yo tampoco, hace años que tendría que haber dejado atrás esta relación tóxica que lo único que hace es perjudicarme; pero no sé qué tiene el padre de mi hijo que cada vez que me dice ven, soy tan estúpida para dejarlo todo.

—Quizá sea porque sigo enamorada de él —afirmo en alto de una vez.

—No creo que sea eso.

La miro sin entender, a mí no me cabe otra explicación para hacer lo que hago. Debe tratarse de que no he sido capaz de olvidarlo, de dejar atrás unos sentimientos que lo máximo que logran es dañarme y minarme la moral según avanzan los años.

—Entonces, según tú, ¿por qué sigo dándole una oportunidad tras otra?

Piensa la respuesta, ni ella misma sabe decirme qué me pasa.

—Juraría que te sucede lo mismo que le pasó a Pau. Piensas que estás enamorada de él; pero la realidad es que no, más bien se trata de que no sabes estar sola por mucho que te empeñes en gritar lo contrario.

—Sí sé estar sola —refuto.

Le da la risa floja.

—¿En serio? —cuestiona con una ceja alzada—. ¿Piensa bien lo que acabas de decir, Mabel?

Retrocedo en los años hasta ser de nuevo una adolescente. En el instituto, cuando comprobé que Lolo le prestaba más atención al resto de chicas que a mí, comencé a salir con un compañero. Aquello acabó el verano antes de marcharme a la universidad. Mi primer año como universitaria fue un descontrol hasta la llegada del estío y el primer beso de Lolo. Los recuerdos se solapan unos a otros y caigo en la cuenta de que lleva razón. Que si echo la mirada hacia atrás, nunca he estado sin un hombre a mi vera.

—Ves como estoy en lo cierto —admite sin ni siquiera hablar yo—. Vas de liberal, de que no necesitas compañía masculina para ser feliz, que tú sola te bastas; pero estás igual de perdida que la inmensa mayoría de mujeres. Si no, ¿por qué te hiciste habitual de aquel magnate de la construcción en Sensaciones? ¿O aquel otro que no recuerdo dónde trabajaba? ¿O el mismísimo Lolo en La Vía Rue? —cuestiona de seguido—. Porque no sabes estar sola, necesitas un hombre a tu lado. No digo que te sea imprescindible para sentirte realizada o feliz, pero sí para sentirte completa.

—Todo el mundo necesita alguien a su vera, el ser humano no se creó para estar solo.

—¡Ja! —replica—. El ser humano puede estar perfectamente sin compañía de otro, aunque para que funcione uno debe sentirse completo y cómodo consigo mismo.

Puede que tenga razón, o no. Me da igual, no me apetece discutir. Quiero dejar todo atrás y solo se me ocurre una forma de comenzar de cero. Estos últimos quince días lo he meditado bien, la solución pasa por dejar de frecuentar los clubs, también por cambiar de residencia. En la última decisión entra en juego la salud de mi padre, por mucho que él se empeñe en decirme que está bien, tengo la impresión que desde la caída no es el mismo, no tiene la vitalidad que yo conocía en él y no es por su edad, aún es joven.

—Tengo que decirte algo.

Niega con la cabeza, sabe que no le va a gustar lo que tengo que decirle.

—Suelta. —Resignada.

—Durante una temporada no voy a visitar ningún club, si quiero mantener mi palabra de no repetir más veces con Lolo, debo comenzar por cambiar mi estilo de vida.

—¿Qué más?

Tomo una bocanada de aire, esta parte será la que peor llevará.

—Me estoy planteando aceptar la oferta de trabajo que me ha hecho Pau.

Se incorpora como un resorte.

—¿No lo dirás en serio?

Asiento. Necesito cambiar de aires.

—Si te marchas, no te molestes en volver a dirigirme la palabra —amenaza, levantándose.

Me quedo muda, no esperaba esa reacción por su parte, Lidia siempre ha sido muy comprensiva. Entiendo que no está en su mejor momento, que aún no ha superado la muerte de mi tía; pero cuando desapareció un mes porque precisaba aislarse de todo yo no le recliné nada, todo lo contrario, la animé a que lo hiciera si eso le servía para recomponerse antes.

Doy un brinco en la silla al escuchar el portazo que da al salir para enfatizar su malestar. Encojo los hombros, es mayorcita para entender que las cosas cambian y, aunque dijimos que siempre viviríamos las tres en el mismo lugar, conforme nos hacemos adultas, cada una tiene unas necesidades.

Capítulo 10

Julio de 2009

Aitor miró a su alrededor. Llevaba años sin estar en el pueblo, a decir verdad, esa zona no la conocía, jamás se salió del camino establecido por su padre los años que residió en Blanca. Las consecuencias de no cumplir con sus órdenes eran recibir unas bofetadas. Tuvo suficiente escarmiento aquella vez que habló con el hombre que cuidaba las vides y le informó de que vivían allí. Si cerraba los ojos podía sentir al igual que el primer día el intenso dolor de cuerpo que se le quedó tras la paliza.

Observó con atención la maleza, su trabajo era deshacerse de ella y quería hacerlo antes del mediodía, así se lo había prometido a Jesús, el hombre que sin previo aviso comenzó a visitarlo en el centro de acogida a las pocas semanas de residir en él. Nunca le preguntó por qué iba a verlos a su hermana y a él, tampoco por qué incrementó las visitas cuando Lorena fue adoptada y él no. Empezó por quitar la maleza que estaba cerca de la casa y entorpecía el paso a la vivienda.

—Algún día tendré algo así —se dijo, arrancando la primera mala hierba.

La vivienda no era lujosa, más bien precisaba de una buena rehabilitación, aun así era lo que a él siempre le había gustado. Vivienda independiente con parcela donde sus futuros hijos, porque sí, quería ser padre, pudieran jugar sin riesgo alguno.

El tiempo que le llevó limpiar la zona lo empleó en fantasear con su futuro. La mala experiencia vivida en lo referente a su entorno familiar no empañaba su ilusión de formar la suya propia, aunque tenía claro que él sería mejor padre que el suyo. No permitiría que sus retoños vivieran en un cobertizo casi derruido sin luz ni agua potable. Si cuando llegara el momento no podía comprar una gran casa se conformaría con una vivienda pequeña pero en condiciones de ser habitada. No le importaba trabajar, de hecho, si tenía que prescindir de cursar estudios universitarios estaba dispuesto a sacrificarse, para él lo más importante sería el bienestar de su familia.

Apoyó la azada contra la pared, entró en el interior de la vivienda y se dirigió a la cocina. Abrió la pequeña nevera y sacó una de las botellas de agua, estaba sediento, el calor ya arreciaba en aquella época del año en la

Región. Observó perplejo la cantidad de alimentos dispuestos en las únicas dos bandejas que disponía el refrigerador. Le pareció excesivo para un día.

Su estómago se reveló al ver la cuña de queso semicurado, era su predilecto. Abrió el primer cajón en busca de un cuchillo, cortó un par de porciones que comió acompañado de un trozo de pan de pueblo que Jesús había hecho esa misma mañana. Agradeció la presencia del hombre en su vida mientras daba cuenta de los alimentos. Gracias a la insistencia de él había sacado los estudios secundarios adelante y el próximo octubre accedería a la universidad.

—Aquí estás, muchacho.

Aitor alzó la cabeza para toparse con la mirada tierna de Jesús.

—Tenía sed y no me he podido resistir al ver el queso.

El hombre mostró una sonrisa cariñosa, quería al muchacho como si se tratara de su propio hijo, de ese varón que siempre quiso y jamás tuvo. No tenía por qué cuidar de él, nunca tuvo la obligación de hacerlo, aun así lo hizo sin pedir nada a cambio. Hacía años que le había hecho una promesa a su madre y pensaba cumplirla, aunque ello le obligara a mentirle a su propia familia.

—Como si te lo comes todo, lo que hay en la nevera lo he comprado para ti.

—Gracias, Jesús.

—No tienes que darlas, muchacho. Lo hago encantado.

—Lo sé —afirmó Aitor.

Sabía que no mentía, que cuidaba de él con gusto.

El hombre sacó otro vaso de uno de los armarios superiores de la cocina, se sentó a su lado y llenó con agua los dos. Bebió el suyo de un trago.

—¡Qué calor hace ya! —se quejó.

—Sí que hace —corroboró Aitor.

—Has avanzado mucho con la maleza.

—Quiero dejarlo listo antes de comer.

—Ya te he dicho esta mañana que no hace falta que te metas esa paliza. Tienes días por delante para hacerlo con tranquilidad.

El chico lo miró sin saber a qué se refería. Era domingo y como tal, solo pasaban la mañana juntos, por la tarde Jesús se dedicaba a su familia.

—Dirás las mañanas de los domingos —corrigió Aitor con una sonrisa.

Jesús negó. Había llegado el momento de confesarle lo que sabía desde hacía días y aún no se había atrevido a revelar.

—Verás, muchacho.

Aitor puso la espalda recta al presentir lo peor.

—El lunes pasado hablé con el director del centro, quería informarme de tu nueva situación.

—¿Qué situación? —se aventuró a preguntar a sabiendas de que lo interrumpía.

—El miércoles cumpliste la mayoría de edad. —El chico asintió—. Como sabrás, en el centro puedes estar hasta los dieciocho años, a partir de esa edad el Estado te ayuda con el alquiler de una vivienda.

—Lo sé, pero pensaba que podía quedarme hasta marcharme al cuarto estudiantil que me han aceptado en la universidad.

Jesús negó con un ademán de cabeza.

—No, por mucho que le insistí al director me dijo que no podía, que eran las normas.

—Entonces, ¿dónde voy a vivir hasta octubre?

—Aquí. No pude convencerlo de que permanecieras el verano en el centro, pero sí que te dejara hasta esta mañana mientras yo acondicionaba un poco la vivienda. El dinero que te va a dar el Estado lo guardas puesto que lo necesitarás para cubrir tus gastos universitarios, del mantenimiento económico de la casa y de la comida me encargo yo, por eso no te preocupes.

Aitor se incorporó, aquello era demasiado.

—No puedo aceptarlo. Es demasiado, Jesús. Buscaré una habitación que pueda costearme, pero no voy a permitir que tu hija no venga a la casa de su abuela para bañarse en la piscina.

—Por mi hija no te preocupes, muchacho. Pasará el verano en la casa de la playa de mi cuñado.

—¿Y tu mujer? No, te lo agradezco, pero no —insistió el joven.

Jesús lo sujetó por el hombro para que le prestara atención.

—Si por mi mujer fuera, ya habría vendido la casa hace muchos años, no quiere saber nada ella y piensa que mantenerla es un gasto tonto. Yo no opino igual, mi ilusión es que mi hija se venga, con los años, a vivir aquí. No pierdo la esperanza de que regrese al pueblo una vez curse los estudios universitarios.

—Sigo opinando...

No pudo seguir, Jesús lo interrumpió.

—Míralo de esta forma, muchacho. A mí me viene bien que estés aquí un par de meses, así me ayudas con las obras, será lo básico porque no puedo permitirme más.

—Acepto con la condición de que te quedes con el dinero que me dará el Estado. Quiero compensarte de algún modo la ayuda que me has prestado todos estos años.

El hombre mostró una sonrisa.

—No quiero tu dinero. —Jesús levantó un dedo para darle a entender que no aceptaba un no por respuesta—. ¿Quieres compensarme para sentirte mejor?

El joven asintió.

—De acuerdo, pero no será con dinero. Me tienes que prometer que cuidarás de mi niña cuando estéis en la universidad y que jamás le dirás que mantenemos el contacto.

Aitor lo miró sorprendido, no comprendía por qué le solicitaba tal cosa y más sabiendo los sentimientos que albergaba hacia ella.

—Pero, Jesús, tú sabes que yo... —tartamudeó—, que yo...

—Sí, muchacho, sé que estás enamorado de mi niña desde el jardín de infancia. ¿Por qué te crees que te lo pido? Eres el hombre perfecto para ella, ahora falta que abra los ojos y se dé cuenta.

Aitor no objetó nada, no había cosa que le hiciera más feliz que ella se fijara en él, que se enamorase como él lo estaba tantos años. Cuando se enteró, gracias a Jesús, de que iban a ir a la misma universidad y cursarían los mismos estudios, estuvo semanas sin dejar de reír, volvería a verla y estaba deseándolo, aunque no previno que ella tardaría dos largos años en fijarse en él.

Capítulo 11

Aitor

Aparto el recuerdo, de poco sirve rememorar una etapa de mi vida que jamás regresará. El pasado, pasado es. Tengo que centrarme en el presente, en lo que tengo que hacer si no quiero dejar todos los días a mi hija al cuidado de María, debo ser realista, la mujer ya no está para estos trotes. Además, puedo aceptar separarme de ella dos noches por semana, pero no siete.

Con esa convicción accedo al despacho de La Vía Rue, le he pedido a mi cuñada reunirnos antes de marcharnos y no pretendo salir de aquí hasta no lograr mi cometido; abrir un club en Blanca. Estará operativo los fines de semana, el resto de días será una cafetería, ya tengo a la persona adecuada para gestionarla y no tener que separarme de mi pequeña.

Silvia me observa con recelo, hoy no nos tocaba reunión y está a la expectativa. Le indico que tome asiento, acepta la petición con cierto reparo.

Para no ir directo al grano, comienzo a hablar de las cuentas del último mes, de lo bien que han ido las fiestas que ha propuesto. Cuando compruebo que está relajada, suelto la bomba de relojería que he mantenido a buen recaudo.

—Voy a abrir el local en Blanca.

Me asusta bastante su reacción. Está blanca como el papel, no hace ningún gesto, ni siquiera pestañea. Me levanto con celeridad y voy hasta a ella. Muevo la mano de arriba abajo frente a sus ojos. No sirve de nada, prosigue en estado de *shock*.

—¿No lo dirás en serio? —inquire pasados los minutos.

La contemplo más relajado, menudo susto me ha dado la condenada. Sé que no le gusta hablar del tema, las veces que lo he intentado siempre ha salido por la tangente, pero de hoy no pasa que lo cerremos de una vez. Quiero estar con mi princesa y no pasar todo el santo día enfrascado en el negocio. Deseo vivir que al fin al cabo son dos días.

—Que sí, pesada.

—A ver, Aitor, entiendo que en su día decidieras regresar a ese pueblo perdido de la mano de Dios, que te llevaras a mi sobrina y no pueda verla tanto como deseo; sin embargo, eso no te da derecho a que me obligues a trasladarme a mí allí.

—No te pido que te vengas a vivir a Blanca, lo máximo que te solicito es que me ayudes con la apertura del club.

Rechaza la sugerencia de nuevo.

—No te cierres en banda, por favor. Me conformo con que me digas que lo pensarás.

—Que no, que no tengo nada que pensar. Mi vida está aquí.

Alzo la ceja divertido.

—¿Tu vida o ella?

—Gilipollas.

—Ya veo que la cosa va viento en popa.

Resopla. No le gusta que me entrometa en su vida.

—¿Y tú crees que no sé cuáles son tus motivos reales de querer abrir un club de intercambio de parejas en El Viñedo?

Percibo el pinchazo en el corazón, recompongo el rostro lo mejor que puedo.

—A ver, listilla. ¿Cuáles son según tú?

—La morena que logró que tú, el señor esto no va conmigo, bajara a la sala como un cliente más para al final quedarse con un palmo de narices.

Tiene razón, aunque no pienso dársela. Jamás imaginé que regentaría un negocio como este, acepto la filosofía de vida de nuestros clientes, allá cada uno con su manera de vivir y entender el sexo; pero siempre he sido hombre de una sola mujer. Eso de acostarse cada vez con una desconocida no va conmigo, por eso no bajo nunca del despacho. Mi función es asegurarme de que todo marcha bien mientras las puertas del club se mantienen abiertas al público.

—Ella no tiene nada que ver con mi decisión. Mira a qué hora cerramos.

Desvía la vista hasta el reloj, son pasadas las siete de la mañana y aún seguimos aquí.

—Estoy cansado de dejar a Rebeca cada noche con María. Quiero dormir en mi cama y disfrutar de mi hija.

—¿Y lo vas a conseguir si abrimos un club allí?

—Si me prestaras atención, ya sabrías la respuesta. El Viñedo solo abrirá los viernes y sábados como club de intercambio de parejas que será el que supervise yo, el resto de días será una cafetería. Hacerlo de ese modo implica que de domingo a jueves puedo estar con mi hija. Llevarla al colegio, recogerla, ayudarla con los deberes, ir al parque y todo lo que entraña ser padre. Que tener un hijo no es parir y listo.

Me muerdo la lengua, no debería haber dicho esto último, a veces se me olvida con facilidad que es la hermana de la madre de mi hija, aunque me dé la razón, con quien compartía sangre era con ella y no conmigo.

—Aitor tienes que olvidarla de una santa vez, si no lo haces, siempre estarás estancado en el pasado.

Asiento. Tiene razón, aunque es difícil olvidar al amor de tu vida y por eso, he llegado a la conclusión de pisar lo mínimo este club. No quiero verla más, así evitaré la tentación de intentar conquistarla de nuevo. Me incorporo dispuesto a conducir los kilómetros que me separan de casa.

—Me marcho, a María le gusta ir a misa los domingos y quiero dormir algo antes de que tu sobrina se levante.

Le doy un beso en la mejilla.

—Dale un achuchón muy fuerte a mi princesa de mi parte.

—¿Por qué no vienes a comer y se lo das tú misma? Tiene ganas de verte.

Sé que le agrada la invitación por la sonrisa que muestra.

—De acuerdo. A las dos estoy allí.

—Luego nos vemos.

Bajo hasta el garaje del edificio, subo en el coche y nada más hacerlo, me desabrocho los primeros botones de la camisa. Estoy agotado, este ritmo de vida no es para mí, nunca lo ha sido; pero ser padre tan joven tiene consecuencias y las mías fueron renunciar a todos mis sueños y aceptar lo primero que me ofrecieron.

Cuarenta y seis minutos después estaciono en el interior de mi finca. Camino a paso lánguido hasta la puerta de acceso para cerrarla, tengo que instalar de una maldita vez el motor para no tener que estar apeándome del coche cada vez que entro o salgo.

Accedo al inmueble por la puerta de la cocina, es la más alejada de los dormitorios, no quiero que ninguna de las dos se despierten, sobre todo mi princesa. Si lo hace, no lograré descansar nada hasta después de comer.

Me tiro todo lo largo que soy en mi cama sin molestarme en desvestirme, estoy tan agotado que ni siquiera tengo fuerzas para hacerlo. Cuando cierro los ojos otros se proyectan nítidos, después de tanto tiempo aún recuerdo la sonrisa que mostró después de nuestro primer beso. Se supone que estas cosas los tíos no las retenemos en nuestras retinas, que no somos tan sentimentales como las mujeres, pero no todos somos unos insensibles.

Capítulo 12

Mabel

—¿Has hablado con Lidia? —pregunta Pau.

La miro. Estamos en su masía de Blanca, he decidido pasar el fin de semana con ella y Lázaro, la capital cada vez se me antoja más pequeña y tengo la sensación de que me asfixia, por eso estoy más tiempo aquí que allí, además, quería comprobar con mis propios ojos que mi padre ya está mejor de la caída como él afirma cada vez que hablamos.

Mi amiga lleva tiempo instalada aquí y la veo feliz, me alegro mucho por ella, aunque no se hace una idea de cuánto la echo de menos.

—Aún no me he atrevido a decirle que la decisión está tomada.

No sé cómo decirle que aprovecharé las vacaciones veraniegas para instalarme en el pueblo. Estoy pasando una etapa difícil y en estos momentos, lo que necesito es reencontrarme a mí misma y no refugiarme como hice en el pasado, en el sexo sin compromiso. Reconozco que estos años lo he pasado bien en los clubs; pero no sé si será cosa de la edad o culpa de Lolo, la cuestión es que ha dejado de satisfacerme.

—Tendrás que hacerlo en algún momento.

Está en lo cierto, tengo que comenzar a ser valiente y decir todo lo que callo, ya lo hice con Lidia y no fue tan mal como esperaba; eso sí, lleva dos semanas sin hablarme. Hoy tengo intención de sincerarme con mi mejor amiga, tanto recriminarle a ella en su día por no ser sincera conmigo y voy yo y hago lo mismo.

—Lo sé, pero ya sabes que se toma todo a la tremenda y más desde la muerte de mi tía.

Echo la vista atrás y me doy cuenta de que nuestras vidas han cambiado, ya no somos las mismas tres chicas que vivíamos en la capital con la idea de no separarnos jamás, sobre todo desde que Paula anunció que regresaba al pueblo para vivir su vida junto a la de Lázaro.

—Es normal que esté así, nadie lo esperaba y menos ella.

Entiendo a mi prima, no quiero ponerme en su situación, no quiero imaginar qué será de mí el día que falte mi padre. Si bien, no comprendo que esté tan desatada, no deseo que cometa el mismo error que yo, aferrarse a ese estilo de

vida no trae nada bueno, si no que me lo digan a mí. Lo único que ha logrado es que le mienta a todo el mundo.

—Ya, ha sido un duro golpe, aunque tengo miedo de que se pierda. Lleva dos semanas inaccesible, no hay forma humana de contactar con ella y comienza a preocuparme.

Pau me mira sin comprender.

—¿No ibais juntas al club?

Niego. Otra cosa que tengo que confesar.

—Ma, ¿qué más cosas me ocultas?

—¿Por qué dices eso? No te oculto nada. —Me tiembla la voz, síntoma de que no soy sincera.

Sonríe con ternura.

—Cielo, que no insista no significa que sea tonta y no me dé cuenta de nada. Desde que empezaste a salir con el chico ese en la universidad me ocultas cosas, y ya no digamos en lo referente al padre de tu hijo, pero sigo a la espera de que tengas el valor de sincerarte.

Entorno los ojos, no necesito que mi mejor amiga me recuerde mi pasado, bastante se empeña él en traerlo todo de vuelta y confundirme al igual que lo hizo en su día. Sé que la culpa la tiene la nueva decepción que me he llevado, eso ha logrado que recuerde una etapa de mi vida en la que cometí demasiados errores.

Giro la cabeza, quiero asegurarme de que mi hijo no me escucha al hablar.

—Espera un momento —pide Pau.

Se incorpora y va hasta Lázaro, está sentado en mitad del césped jugando a los vaqueros con mi pequeño. Mi amiga le dice algo al oído, los dos me miran y es Lázaro quien asiente. No tarda en convencer a mi pequeño para ir dentro de la casa a ver una película de animación.

—No tenías que haberle dicho que se marchara dentro, hace una temperatura ideal para estar en el jardín —le digo a Pau cuando se sienta a mi lado.

—Por Lázaro no te preocupes, le encanta cuidar de Lolo.

La observo sin dejar de reír.

—Me da a mí que mi hijo pronto tendrá un primo con el que poder jugar.

Se apresura a negar.

—Si por él fuera ya estaría embarazada, pero hay que ser realistas. Llevamos pocos meses viviendo juntos y antes de plantearme ser madre, quiero quitarme las cargas del pasado.

Habla de la deuda que le dejó su madre antes de desaparecer del mapa y no volver a saber de ella, también sé que tiene miedo de que Lázaro vuelva a subirse al camión si discuten. Es lo que hizo el día que hubo un malentendido entre ellos por culpa de Izan y ni siquiera dejó que ella se explicara. Aún recuerdo lo mal que lo pasó la pobre al pensar que lo había perdido.

—Lázaro no se va a separar de ti en la vida —digo convencida.

—No sé yo.

Le sujetó las manos y la obligo a que me mire.

—Pau, cielo, Lázaro no es Izan. Recuérdalo, ¿vale?

Los miedos siguen a su alrededor, aunque debe dejarlos ir para ser feliz al lado de un hombre que adora allá por dónde ella pisa.

—Lo tendré en cuenta. Ahora, ¿cuéntame qué te pasa?

Trago saliva, la distracción de mi hijo y hablar de su pareja no logran que se olvide del tema. Inspiro una bocanada de aire, ha llegado la hora de hablar sin tapujos. No sé por dónde empezar, bueno, sí; pero tengo miedo de que nuestra relación se vea afectada por las mentiras.

—¿Recuerdas el hombre que conocí en el club hace cuatro meses? —Asiente—. Resultó ser Lolo.

Abre los ojos de manera exagerada. Si no los cierra, estoy segura de que se le quedarán así de por vida.

—No, no, no...

Es la única palabra que sale de su boca.

—Pau, cielo —llamo su atención.

Está tan en estado de *shock* que no reacciona ni cuando le doy un pequeño golpe en el brazo.

—¿Pero cómo has podido caer otra vez en la misma trampa? —cuestiona sin llegar a mirarme.

—No he caído.

—Venga, ya, Ma. ¿A quién quieres engañar? ¿No estás cansada de mentirnos y, lo más importante, de mentirte a ti misma? Te lo he dicho antes, no soy tan estúpida como piensas, sé que has estado con él en innumerables ocasiones; pero esperaba que me dijeras la verdad y no una mentira con otra.

Asiento. Percibo la humedad en mis ojos, debo tenerlos cristalinos.

Por una maldita vez suelto todo lo que retengo: mis miedos, las indecisiones que me acompañan desde los diecinueve años y la sensación de que mi vida está vacía desde que me separé. Le cuento qué ocurrió con mi novio de la universidad, por qué nos peleamos y lo que he hecho desde entonces en lo

referente al padre de mi hijo.

—Entonces, ¿tu novio de la universidad no te dejó por la chica que me dijiste? —cuestiona.

Niego sin dejar de llorar.

—No. La culpa fue mía, solo mía. No sé qué me pasa con Lolo, pero cada vez que aparece no puedo resistirme y decirle que no.

—¿Te has planteado que a lo mejor sigues enamorada de él y por eso no eres capaz de decirle que no? No es lo que más me agradecería escuchar; pero si es así, sabes que te apoyaré tomes la decisión que tomes.

Le agradezco la confianza con un abrazo.

—No lo sé. En ocasiones creo que sigo enamorada de él, hasta que recuerdo lo que me hace cada vez que le concedo una oportunidad. Y otras veces pienso que cometí un error en la universidad y dejé escapar al hombre de mi vida.

—No digas tonterías, Ma. Aquello no significó nada, fue un juego de niñas y lo sabes tan bien como yo.

Puede que tenga razón y que me empeñe en pensar lo contrario debido a mis inseguridades generadas por el padre de mi hijo. En todo caso, la mejor manera de averiguar qué me pasa es realizar un cambio drástico en mi vida, por ello, cada día me planteo más la oferta de trabajo que tengo sobre la mesa.

Capítulo 13

Septiembre de 2011

Mabel colgó la mochila al hombro y se dispuso a abandonar el cuarto estudiantil en el que residiría el resto de carrera. Lo observó con detenimiento desde el umbral de la puerta: tendría unos doce metros cuadrados, aunque creía que eran unos cuantos menos, una cama individual, un armario pequeño y el escritorio junto a la silla eran todos los enseres con los que contaba. Era su segundo año en el campus y todavía no había decorado la estancia a su gusto para hacerla menos impersonal. El dolor que aún sentía ocupaba gran parte de las horas del día, la sensación provocaba que siguiera lamiéndose las heridas por la traición de Lolo.

Cuando tuvo la nefasta idea de ir a visitarlo y darle una sorpresa, jamás imaginó que ella sería la sorprendida. Dos meses después, cuando cerraba los ojos, aún veía con claridad cómo besaba a aquella desconocida; sin embargo, su fuero interno le decía que para él no era ninguna extraña, aquella familiaridad con la que la acariciaba y miraba significaba que no se conocían de una simple noche.

Tragó el nudo de emociones que le embargó, de no hacerlo se pondría a llorar y no quería que Pau la viera de esa guisa. Había quedado con ella para estudiar y salir un rato por el centro de la capital. Necesitaba airear los pensamientos y, sobre todo, los sentimientos o se volvería loca antes de tiempo.

Caminó por las calles del campus sin levantar el rostro del suelo, sabía que era una tontería andar con la cabeza gacha; pero no deseaba que los demás estudiantes se percataran de sus ojos. Aunque había evitado llorar al mirar su cuarto e imaginar lo que podía haber sido y, por el momento, jamás sería, los tenía cristalinos. Proseguía con la opresión en el corazón, esa que tan familiar se había convertido para ella las últimas semanas.

—Hola, Mabel —escuchó al llegar a la parada de autobús.

Miró al chico de ojos claros y pelo negro que le sonreía desde la otra punta de la marquesina. Mabel se preguntó por qué no lo veía atractivo cuando todo el campus suspiraba por él; sin embargo, ella no veía más allá de unos ojos bonitos.

—Hola, Aitor —respondió cortés. Tampoco era plan de ganarse el título de la más arisca de la universidad.

La conversación, si es que hubiera ido más allá, se vio interrumpida por la llegada del bus. No se sorprendió al cerciorarse de que Aitor cogía el mismo que ella. Pagó el billete y se dirigió al final del vehículo, le encantaba sentarse en la última fila y, por suerte, estaba libre.

Sacó los auriculares, aunque no tuvo tiempo de colocárselos puesto que Aitor no tardó en hacerle compañía.

—¿Has quedado en el centro para estudiar? —cuestionó él sin dejar de observarla.

—Más o menos.

Él alzó la ceja divertido.

—Supuestamente he quedado con una amiga para estudiar, pero al final acabaremos en la plaza de la Merced tomándonos unas cervezas.

Mabel sabía que por mucho que intentara concentrarse en los libros su mente estaba embotada porque no podía dejar de pensar en Lolo. Tenía claro que aquella actitud era una tontería y debía poner de su parte si quería olvidarse de él; pese a saberlo, algo dentro de ella le gritaba que no lo hiciera, que no se diese por vencida tan rápida.

—Yo también voy a la zona, he quedado con Rubén. Si no os importa, podemos quedar los cuatro.

Mabel sopesó la idea. No le apetecía mucho compartir su tiempo con chicos y conocía bien a Pau, se habían criado como hermanas aunque no lo eran, y tampoco era muy amante del sexo opuesto. Pese a todas las excusas de las que disponía para declinar la oferta, se vio aceptándola con una sonrisa tímida, pensó que no le iría mal distraerse durante unas horas.

Llegó al lugar donde había quedado con Pau, evitó reír a carcajadas al ver el rostro desfigurado de su amiga debido a la sorpresa de verla acompañada por Aitor. Hizo las pertinentes presentaciones ya que no se conocían. De trayecto a la Merced, para reunirse con el amigo de Aitor, Mabel le explicó a Pau su decisión de aceptar la invitación. Su amiga, reticente a tener que compartirla las pocas horas que se veían, aceptó sin rechistar. Conocía su mal de amores y por ella haría todo lo que estuviera en su mano, aunque eso significara tener que soportar a dos desconocidos que seguro intentarían ligar con ellas.

Por primera vez en mucho tiempo, los minutos avanzaron a la velocidad de la luz para Mabel. Le costó reconocer que Aitor tenía su encanto, pero aquella

tarde, entre cerveza y cerveza, descubrió que existían más hombres en la faz de la tierra, que Lolo no era el único.

Todo marchaba a la perfección, la complicidad que se había creado entre los cuatro fue mágica. Nunca imaginó que su amiga, la Pau que ella conocía del pueblo, fuera tan directa cuando le gustaba un chico, quizás era debido a que en Blanca no había ninguno de su agrado.

Eran más de las diez de la noche cuando optaron por cambiar de lugar, necesitaban meterle al cuerpo algo más que cerveza porque si seguían bebiendo de aquella manera acabarían todos con una enorme borrachera.

No sabía si fue estrategia por parte de los chicos o simple casualidad, pero el trayecto hasta su siguiente destino lo hicieron en parejas. Pau y Rubén iban unos metros por delante de Aitor y ella. Mabel lo miró de reojo, tuvo que admitir que se sentía cómoda a su lado, que las horas que llevaban juntos había sido capaz de no pensar en nada más que en la conversación que se desarrollaba a su alrededor.

Comenzó a reír a carcajadas tras una broma de él, pero se le borró de golpe cuando al girar la esquina, sentado en una de las mesas del mismo bar al que ellos iban a cenar, se dio de bruces contra su peor pesadilla y cómo no, otra vez iba acompañado por una despampanante rubia que no dejaba de sobarlo.

Mabel parpadeó unas cuantas veces para evitar que las lágrimas salieran raudas, no deseaba que Aitor se percatara de nada. Con una pobre excusa, que ni la misma Pau creyó, se marchó y regresó a su cuarto del campus, donde se encerró a llorar desconsolada el resto del fin de semana.

Capítulo 14

Mabel

Estrujo con fuerza el trapo de cocina al recordar el sueño de esta noche, otro más y creo que me volveré loca. No quiero revivir aquella época, ya sufrí bastante con las decisiones tomadas, entonces ¿por qué mi subconsciente se empeña en recordarme todo lo que hice mal?

—Esos sueños tienen que significar algo.

Pego un brinco al escuchar la voz de Pau a mi espalda.

—¿Cómo has entrado?

Me mira como si fuera tonta, en este preciso momento así es como me siento.

—Con mis llaves.

Alza la mano y muestra su juego, no vive conmigo; pero las tiene por si necesita utilizar la casa cuando viene a la ciudad.

Dejo el trapo sobre la encimera y me lanzo hacia a ella para abrazarla, cada día la echo más de menos. Lo que daría porque estuviese más cerca de mí. Me encanta la felicidad que desprende su mirada, en cierto modo la envidio. Desearía que mi vida fuese más simple de lo que es.

—Ma, cielo, ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes.

—¿Cómo quieres que no me preocupe? Entre lo que me contaste hace dos fines de semana y cómo te veo cada vez que quedamos para comer, no puedo evitarlo.

Ahora que no vivimos juntas y desde que dejé de visitar el club, tenemos un nuevo ritual: todos los viernes quedamos para comer en mi casa, de ese modo recordamos viejos tiempos.

—Necesito vacaciones.

—O un cambio —sugiere.

Mi cabeza es un no parar. Desde lo sucedido con mi ex, no dejo de recordar el pasado, es como si mi mente intentara decirme algo, aunque no sé bien el qué. Otra cosa que me martiriza es pensar que el desconocido en realidad no se trataba de Lolo, que fue otra de sus tretas para tenerme donde él quería y lo consiguió, vamos que si lo logró.

Dejo de lado los pensamientos porque sé que no sacaré nada en claro, tengo que ser más fuerte que todo esto, por una maldita vez quiero ser esa mujer que proyecto al resto de habitantes y no la insegura Mabel.

—Ayer logré hablar con Lidia —informo.

Necesito cambiar de tema, que la conversación no se centre en mi persona.

—¿Cómo está? —Desea saber Pau con la botella de vino y dos copas en la mano.

—Enfadada.

—¿Y eso?

Sacudo el cuerpo para olvidar la discusión que tuve con mi prima cuando reafirmé mi decisión de no visitar los clubs durante una buena temporada o lo mismo nunca más, aún no lo sé con certeza. Necesito un receso para poner mi vida en orden. Eso fue lo máximo que me dejó explicarle, me colgó y desde entonces no la localizo.

—Cuando le dije que voy a seguir en plan mojigata, me colgó y no tengo forma humana de localizarla. No me responde ni a los WhatsApp.

Pau me mira mosqueada.

—No te estoy diciendo mojigata a ti porque no hayas frecuentado nunca uno de ellos, tú ya me entiendes.

—La verdad es que no, nunca lo he hecho, lo he aceptado como buena amiga que soy. Por cierto, nunca me has dicho como acabaste en ese mundo.

Esa es otra, pero no pienso confesar cómo ocurrió. Por el momento, bastantes cosas he revelado ya, algo debo guardarme en el rincón de los secretos siempre y cuando a Lidia no le dé por irse de la lengua.

—No quieres saberlo —digo con una sonrisa enorme.

Terminamos de colocar las cosas en la mesa. No sé ella, pero yo tengo un hambre voraz. Nos acomodamos en el patio, el tiempo invita a estar fuera de casa, es algo que me encanta de mi tierra, la buena temperatura que tenemos todo el año.

Agradezco que Lázaro se haya ofrecido a llevarse a Manuel a comer para dejarnos a nosotras este momento de intimidad, tengo confianza con él, pero no la suficiente para tratar ciertos temas.

El resto de la tarde la dedicamos a hablar de nuestras cosas, sobre todo, Pau se entretiene en contarme cómo va el despacho. Me alegra saber que todo comienza a irle de perlas, es quien más se lo merece de las tres, su infancia no fue fácil, perder a su padre tan pronto y lo que le hizo después su madre, condicionó su futuro. Aunque gracias al hombre que tiene a su lado, ahora

vuelve a ser la Pau que siempre he conocido.

Estamos recogiendo las últimas cosas de la mesa cuando suena el timbre. Voy a la puerta y pronto tengo a un mocoso de seis años abrazado a mi cuello.

—Hola, mi vida.

—Mamá, mira lo que me ha comprado el tito Lázaro.

Me muestra el dinosaurio de juguete.

—Qué bonito.

Sale disparado hacia a su habitación, la antigua de Pau. Miro a la pareja de mi amiga y niego con la cabeza.

—Tienes que dejar de malcriarlo de esa manera, no tengo tu poder adquisitivo.

Lázaro resta importancia con la mano.

—Pasa, anda. —Miro a la cocina, no veo a mi amiga por ninguna parte—. ¡Pau, tu príncipe azul está aquí! —grito para que me oiga allá donde esté.

No tarda en aparecer por el salón. Observo cómo ambos se miran, no sabría decir cuál de los dos está más enamorado del otro.

Pau me abraza cuando llega el momento de la despedida.

—¿Te has planteado lo que te dije?

Hace tiempo que me lo propuso, durante la comida ha vuelto a sacar el tema. Quiere que trabaje con ella en su despacho.

—Lo pensaré, ya sabes que no soy capaz de dejar colgado a mi tío.

—Lo sé, pero pienso que te vendrá bien cambiar de aires.

Asiento. No es la primera vez que lo sugiere y yo estoy convencida de lo mismo.

—¿Comemos el viernes?

—¿Acaso lo dudas?

Volvemos a abrazarnos. Llega el momento de que ellos se marchen a casa y yo le prepare la maleta a mi hijo. Este fin de semana le toca estar con su padre y no me ha llamado para decirme que no lo recoge, eso significa que por fin hará de padre durante dos días o al menos, es lo que pienso cada vez que se lo lleva, que en contadas ocasiones.

—Te quiero —digo antes de soltarla.

—Y yo a ti más.

Cierro la puerta y dejo escapar un suspiro. No quiero envidiar lo que tiene, aunque no puedo evitar pensar lo bien que te sientes en los primeros meses de conocer a una persona. Es lo mejor de una relación, después todo se va al traste según mis propias experiencias.

—¿Qué se te ha olvidado? —pregunto mientras me dirijo a la puerta para abrir al sonar de nuevo el timbre y pensar que se trata de Pau que se ha dejado algo.

Quedo boquiabierta al verlo. No se trata de mi amiga, sino de mi peor pesadilla.

Capítulo 15

Aitor

Abro los ojos sin creer que sea la segunda semana que duermo en mi cama, se me había olvidado lo cómoda que es. Los cierro cuando escucho unos pasos que intentan ser sigilosos al recorrer el pasillo y abrir la puerta de mi cuarto.

Me mantengo impasible bajo la sábana a la espera de que se lance encima de mí, no tarda en hacerlo. Pronto tengo apresada a mi princesa junto a mi cuerpo y comienzo a hacerle cosquillas.

—¡Papá! —se queja muerta de risa.

Ignoro su petición, me encanta su dicción y sé que le gustan estos momentos, los cuales han aumentado desde que convencí a mi cuñada de abrir un local aquí.

—Me rindo... me rindo —pide retorcida contra mí.

Ceso en mi empeño de hacerle cosquillas, pero comienzo con el ritual de los besos. Reparto decenas de ellos por todo su rostro, es mi motor, por ella que quise abrir un negocio aquí, no soporto la idea de perderme su crecimiento por culpa del trabajo. No quiero que tenga una infancia como la mía, deseo con toda mi alma que la suya esté plagada de felicidad y buenos recuerdos junto a su pequeña familia.

—Buenos días, princesa. —Saludo cuando le doy el último beso.

—Buenos días, papá. Hoy estás muy besucón —replica.

—¿No te gusta? —inquiero con una ceja alzada.

Apoya los codos en mi pecho para incorporarse y poder mirarme. Entorna un ojo, me encanta cuando intenta imitar alguno de mis gestos. Durante unos segundos se dedica a observarme sin decir nada, yo mientras tanto le acaricio la espalda.

—Humm... —Hace como que piensa la respuesta—. Déjame pensar..., sí. Me encanta tenerte en casa. ¿Me comprarás un perrito ahora?

Suelto una carcajada, es única. Aprovecha cualquier ocasión para solicitar lo mismo una y otra vez. Hasta el momento siempre me he negado, el motivo era no estar en casa para cuidarlo, pero ahora que pienso pasar más tiempo en mi hogar que fuera de él, un día se llevará la sorpresa cuando llegue del colegio.

—Lo pensaré, cielo.

—¡Jo!

Su semblante se entristece, odio verla así, aunque no quiero confesarle que tengo intención de darle en el gusto, es que si no, no sería sorpresa, y quiero ver su cara repleta de felicidad cuando lo encuentre correteando por el jardín.

—Hora de vestirse, cielo, o llegaremos tarde.

—¿A dónde?

—He quedado con el abuelo en la finca.

Pega un brinco de la cama, no me concede tiempo de cogerla para que no se caiga y se dañe. Ya está en la puerta de la habitación pegando saltos de alegría. Con Jesús le sucede lo mismo que con María, los considera sus abuelos, a decir verdad, ambos se comportan con ella como si lo fueran, aunque no sean familia directa; pero como bien dice Jesús, la sangre no hace a la familia.

Mientras se viste, voy a la cocina para prepararle el desayuno, después me arreglaré que yo voy más rápido que mi niña. Con seis años y las vueltas que da para elegir atuendo, siempre objeta que si no va conjuntada no sale a la calle. Miedo tengo de que se haga mayor. Sujeto con fuerza el borde de la encimera para borrar la imagen que acaba de abordarme, conozco a los de mi mismo sexo y sé qué buscarán en mi pequeña.

—Aún te quedan años —me digo en alto para evaporar la mala leche que me domina.

—¿Para qué te quedan años, papá?

Giro el rostro para observarla, su cara luce tan infantil que daría lo que fuera porque se quedara así siempre, que no supiera nunca lo que es la maldad y menos, que un desaprensivo le parta el corazón.

—Nada, mi vida. Cosas de mayores.

No puedo explicarle qué ocurre, es una niña y aún no entiende ciertas cosas. Le sirvo el vaso de leche y un cuenco con cereales de chocolate. Le encantan. Tomo asiento frente a ella, no dejo de observar cada uno de sus movimientos mientras me tomo mi café. Le doy un beso en la coronilla cuando me marchó a mi habitación para vestirme, Jesús llegará a la finca en veinte minutos y no quiero hacerlo esperar.

Nos ponemos en marcha a falta de cinco minutos de la hora acordada, no es necesario que circule a más velocidad de la establecida, no me gusta correr por las calles del pueblo y mucho menos si mi pequeña va en el coche, jamás se me ocurriría comportarme de manera tan irresponsable puesto que no es

ninguna urgencia.

A nuestra llegada a la finca Jesús ya espera en la puerta que da acceso a la misma. Pongo el freno de mano y le pido a Rebeca que no baje, que espere a saludar al abuelo una vez que estemos en el interior.

—Buenos días, Jesús. Siento la tardanza.

—Buenos días, muchacho. —Saluda mientras comprueba la hora—. ¿Qué retraso? Dos minutos no puede considerarse como tal.

—Ya me conoces.

—Sí, la puntualidad suiza se queda en mantillas en comparación contigo.

Sonrío, es un tanto exagerado. No me agrada nada llegar tarde, pero cuando eres padre puede surgir cualquier inconveniente. Sube a su vehículo y lo pone en marcha. Imito su gesto.

Rebeca se lanza a su cuello nada más parar el coche, a él ni siquiera le da tiempo a detener el motor del suyo. Los siguientes cinco minutos observo la escena con una felicidad indescriptible. Jesús la tiene sentada en sus muslos y escucha con atención cada cosa que le narra, sobre todo lo que han dado de sí los días en el colegio, también la pequeña disputa que tuvo ayer con una de sus compañeras de clase, algo que ya hablaré el lunes sin falta con su profesora. No estoy dispuesto a que todos los días salga malhumorada porque su compañera dedique las horas a tirarle del pelo y a meterse con mi hija por no tener madre.

—No le hagas caso, cariño. Sabes que tu padre, tu abuela y yo te queremos con locura.

—Lo sé —responde mi pequeña con gesto serio—, pero tiene razón, abuelo, no tengo mamá.

Se me encoge el corazón al escucharla, aunque también me da rabia pensar en su madre y en cada cosa que hizo mal.

—Yo tampoco tengo, pero os tengo a ti y a tu padre. Eso es lo que cuenta, lo que tienes y no de lo que careces.

La niña no entiende la última frase. Agradezco la ayuda de Jesús; sin embargo, no debemos olvidar la importancia de una madre para el crecimiento de los niños y mi hija está muy carente en ese sentido desde que nació.

—Princesa, Alex se ha traído a su perro, ¿por qué no vas a jugar con él un rato? —solicito.

Es nombrar al animal y sus ojos se iluminan de felicidad. Así es como quiero verlos siempre y no tristes como hace un momento. Le da un beso a Jesús y otro a mí antes de salir disparada en busca del perro.

—Deberías plantearte tener una relación estable, mi nieta necesita un referente femenino en casa.

—Si fuera así de simple créeme que ya tendría una madre. Pero las mujeres que conozco no quieren cuidar a la hija de otra.

—Eso es porque no sales de ese club que regentas y no me haces ni puñetero caso.

Niego con la cabeza, no quiero que empiece otra vez con la historia de que su hija y yo estamos hechos el uno para el otro, está claro que a ella no le intereso.

—¿Cómo van las obras? —cuestiono.

Mueve la cabeza sin dejar de sonreír.

—*Jodio*, como cambias de tema. Si todo va bien, el miércoles habrán acabado.

Me alegra escuchar la noticia porque ya puedo reunirme con Silvia para organizar la inauguración. Lo mío me costó convencerla de hacer primero la de la cafetería y una semana después la del club de intercambio de parejas.

La mañana vuela en compañía de Jesús y mi pequeña, a mediodía optamos por comer juntos en el bar de Víctor, un viejo amigo de Jesús y vecino de toda la vida del pueblo. El hombre se alegra cuando nos ve llegar, a nosotros nos saluda con un apretón de manos y a Rebeca se la lleva a la cocina para que ella misma elija lo que desea comer sin ser condicionada por mí. Sale disparada, le encanta la idea de ayudar a Filomena, su mujer, a preparar nuestro menú.

—No sé quién la malcría más de los cuatro.

Los dos hombres saben que me refiero a Filomena, María y a ellos. Encogen los hombros, no son hermanos, aunque a veces dudo de su no parentesco.

Con ellos son con los que más contacto tengo, son parte de mi familia, para el resto de vecinos sigo siendo un extranjero que vino a sus tierras para quedarse. Pocos saben que nací y viví aquí mis primeros años de vida, tampoco me molesto en sacarlos de su error cuando me dicen extranjero, ese es el apodo que tengo y juraría que jamás me lo quitaré de encima.

—¿Qué vais a beber? —Desea saber Víctor.

—Para mí un chato de vino —pide Jesús.

—Yo quiero gaseosa.

Ambos hombres me miran.

—Sabéis de sobra que no bebo alcohol cuando conduzco y menos si va

Rebeca.

—Muchacho que estamos en el pueblo —refuta Jesús.

—Me da igual. Aquí también hay policía y accidentes de tráfico.

—No me extraña que la mitad de mujeres del pueblo babeen por él —le comenta Víctor a Jesús como si yo no estuviera presente—. Millonario, soltero, responsable y con buen porte.

Resoplo, cuando se ponen así es mejor dejarlos a lo suyo. Ni me molesto en corregirlos cuando aseguran que soy millonario, de lo máximo que me sirve es gastar saliva a lo tonto. Tengo un sueldo cada mes, algo más elevado que un trabajador común, pero a fin de cuentas un salario con que el que gestionarme. Es cierto que no sé qué es eso de no llegar a fin de mes, aunque es debido a que no soy una persona derrochadora y tampoco tengo tiempo de gastarlo porque me paso los días encerrado en una oficina.

—La pobre *Lourditas* no sabe qué hacer ya para llamar su atención, pero él ni caso, ni fijarse en ella.

—Harían buena pareja, es muy buena muchacha y quiere con locura a nuestra niña.

Que traten a mi pequeña como si fuera de su familia es algo que me enorgullece, porque sé que si a mí me sucede algo mi hija no se quedará sola, tendrá a su tía y a ellos para darle todo el amor que se merece.

—¿Quién es *Lourditas*? —inquiero, es la primera vez que escucho ese nombre.

—¡Madre mía! —exclaman al unísono.

—Muchacho, ¿cómo no vas a saber quién es? —cuestiona Jesús.

—Si lo supiera no preguntaría.

—Es la profesora de Rebeca —responde Víctor.

Abro los ojos sorprendido, no puede ser cierto lo que afirman.

—Dejad de decir tonterías, anda. La señorita Garrido está casada.

—¿*Lourditas* casada? —cuestiona Víctor.

—Muchacho, no se ha casado nunca —afirma Jesús.

—¿Por qué no la invitas a cenar un día? —indaga Víctor.

A Jesús se le transforma la cara, no le hace ni pizca de gracia la sugerencia.

—Anda, deja de parlotear y trae las bebidas que nos tienes secos —solicita.

Víctor asiente, se marcha detrás de la barra. Dos minutos después regresa con dos vasos en la mano y un plato de aceitunas en la otra.

—Perdona, Jesús, a veces se me olvida.

—No pasa nada, hombre, ya estoy yo para recordártelo.

Por mucho que intento que Jesús me cuente eso que se le olvida a Víctor y él le recuerda durante el transcurso de la comida, no obtengo respuesta por su parte. Cada vez que saco el tema se centra en preguntarle a Rebeca qué va a hacer el fin de semana y si le apetece irse de pesca con él, a lo que mi hija responde que sí sin pensar.

Capítulo 16

Mabel

Aún me tiemblan las piernas, no puedo creer que, por primera vez en mi vida, ayer me mantuviera impasible ante el cortejo de Lolo. Al abrir la puerta pensaba que se trataba de Pau, no pude reaccionar de otra forma que con sorpresa al verlo a él apostado contra el marco a la espera de que lo dejara pasar.

Como siempre que quiere acabar en la cama o en cualquier rincón de la casa, me mostró su sonrisa pirata, aunque no surgió el efecto de las veces pasadas, incluso llegué a sentir cierta repugnancia con cada uno de sus intentos por quitarme la ropa. Me llevó más de media hora que entendiera que no iba a suceder nada entre nosotros.

—Ya sabes que no me gusta rogar. Si quieres pasamos un buen rato, de lo contrario me marcho a casa que no estoy para perder el tiempo. —Fue su contestación a mi décima negativa.

Juraría que mi mirada fue más que suficiente respuesta porque no volvió a abrir la boca hasta que mi pequeño se reunió con nosotros. Ni siquiera se despidió de mí al marcharse.

No entiendo cómo he podido ser tan sumamente gilipollas durante todo este tiempo y dejarme embaucar siempre que me ha puesto una mano encima. Me alegra comprobar que está perdiendo ese poder que ejercía sobre mí y que por fin, podré llevar a rajatabla mi filosofía de prohibido repetir.

Al pasar frente al espejo que hay en el pasillo de las habitaciones compruebo la felicidad que destila mi mirada, sé que todo es debido a que me he mantenido inflexible ante su insistencia para acostarnos. Si quiero que las cosas cambien y llevar otro estilo de vida, tendré que ser igual de fuerte las veces que lo vea porque si dudo estoy perdida.

Decido ponerme en marcha, tengo muchas cosas que hacer antes de marcharme para no regresar en una buena temporada y cuanto antes empiece con la limpieza, mejor. Mi intención es alquilar la casa para solventar el gasto de la hipoteca. Las siguientes horas de la mañana las emplearé en ello y nada mejor que un poco de música para amenizarlas.

Accedo a mi cuarto con la música de Skip Marley de fondo. Me parecen

muy sensuales esos ritmos africanos que utiliza el nieto de Bob Marley. Abro el armario dispuesta a deshacerme de lo que ya no utilizo, es tontería tenerlo repleto si al final siempre me pongo lo mismo, con la que más cómoda voy y mejor me queda. Vacío el contenido de la última estantería, esta es la que más repaso necesita. Se me acelera el corazón al encontrar un sobre marrón oculto entre los montones de ropa.

Tomo asiento en la cama y lo abro con manos temblorosas. No necesito hacerlo para saber qué encontraré en su interior, aun así los nervios se apoderan de mí. Miro la fotografía y la añoranza me invade, es de mi novio de la universidad y mía. Se nos ve felices en la instantánea, demasiado diría yo para ser tan jóvenes como éramos. Recuerdo que la hicimos uno de los tantos días que pasábamos en nuestro rincón favorito del campus, donde todo comenzó y finalizó. Investigo el resto de fotografías y conforme avanzo por ellas, se hace más presente mi intención de encauzar mi vida a lo que era y no en lo que me he convertido.

Es cerca del mediodía cuando doy por finalizada la primera sesión de limpieza, estoy exhausta, no comprendo cómo puedo amontonar tantas cosas inservibles en un espacio tan reducido.

En la cocina compruebo la serenidad que hay en cada una de las estancias, no me gusta la sensación de soledad que me embarga, debo de reconocer de una vez que odio vivir sola, por eso convencí a Pau cuando me separé de hacerlo juntas, porque tanta tranquilidad puede con mi paciencia.

Cojo el móvil que está sobre la barra que separa la cocina del salón, marco el número de Lidia, me apetece hablar con ella, saber cómo está. Cuelgo al cerciorarme de que no cogerá el teléfono.

—¿Cuándo se te va a pasar el enfado? —le pregunto al móvil como si él pudiera responderme por mi prima.

Percibo cierta desolación, es la primera vez que estoy tanto tiempo sin hablar con ella. La última vez que sucedió, creo recordar que teníamos diez años y fue por una riña en el colegio. No recuerdo bien qué ocurrió, pero sí que estuvimos diez horas sin dirigirnos la palabra y nos pareció toda una vida.

Suelto un largo suspiro y tomo la determinación de ir a buscarla si no doy con ella en los siguientes dos días, esta tontería tiene que acabar, ya no somos aquellas chiquillas que andaban siempre chinchándose la una a la otra.

Miro la nevera, no me apetece comer nada de lo que tengo en el interior. Opto por marcharme a la pizzería de Juan Carlos, allí no me sentiré tan sola como aquí. Podré hablar con él o alguna de sus camareras.

Cojo dos de las bolsas de ropa que he preparado para echar al contenedor que hay pocos metros antes del restaurante, que a mí no me sirva no implica que no pueda irle bien a otra persona.

Vacíó el contenido dentro del cubo metálico y la bolsa de plástico la deposito en su correspondiente contenedor. Si todos reciclamos dejaremos un mundo mejor a las nuevas generaciones.

Juan Carlos me saluda con una sonrisa enorme cuando me ve entrar y queda a la espera de ver a mi niño aparecer a mi lado.

—Está con su padre —informo.

—Ya me extrañaba a mí que entraras antes que él.

Miro el local y compruebo que sus hijos tampoco están en su mesa habitual.

—Y los tuyos, ¿dónde andan?

—Se han ido a pasar el fin de semana con su abuela al campo. Allí se lo pasan mejor que encerrados todo el día aquí.

Asiento, tiene razón. No es el primer sábado que lo pasan conmigo y mi hijo en casa, a cambio él nos regala la comida.

—Infinitamente mejor que aquí. —Reparo que el local está a rebosar, inclusive la barra está completa—. ¿Tienes una mesa libre?

Niega con pesar.

—Lo tengo todo reservado.

Adiós a mi idea de no comer sola.

—Puedo hacerte un hueco si no te importa compartir mesa.

Afirmo con la cabeza de inmediato porque pienso que me pondrá en la de los camareros.

—¿Raquel? —llama a una de las chicas que trabaja para él—. Acompaña a Mabel a la mesa quince —solicita cuando la camarera se pone a mi altura.

—Gracias, Juan Carlos.

Raquel me guía por el local hasta llegar a la mesa quince. Le agradezco el gesto con una sonrisa, la cual se me borra nada más comprobar quién es la otra comensal.

—¡Venga ya, no me jodas! —mascullo bajito.

Creo que por muy bajo que lo digo, doña simpática se percata de ello por la pulla que suelta.

—Antes me meto a monja que joder contigo.

Ignoro su comentario, de no hacerlo lo máximo que lograré será montar un numerito en mitad del local y no me apetece quedar como una vulgar barriobajera, principalmente porque no lo soy. Doy media vuelta y regreso a la

barra.

—¿Juan Carlos? —llamo su atención.

Termina de anotar el pedido de un cliente y se dirige a mí.

—¿Qué necesitas?

—Lo he pensado mejor y me apetece tranquilidad, ¿me preparas lo de siempre para llevar?

—Sí, por supuesto.

—Estaré en la puerta fumando.

Camino dos pasos en dirección al exterior, aunque lo pienso mejor y retrocedo. Me planto frente a doña simpática que me observa con mal gesto. Intuyo que nos caemos igual de bien.

—¿Sabes algo de Lidia? —cuestiono sin rodeos.

La cara se le demuda, la recompone en cuestión de milésimas de segundo; pero por mucho que intenta ocultarlo, le afecta escuchar el nombre de mi prima.

—No, llevo dos semanas sin saber de ella.

Me voy sin decir nada, poco más tengo que hablar. Salgo al exterior y me dirijo al lateral del local donde está el jardín, así no la veré si sale, no me apetece verle la cara otra vez, con una tengo suficiente. Tomo asiento en el primer banco que hay al inicio del parque, es en el único que a estas horas da la sombra, aunque no estamos en pleno verano el calor ya arrecia.

—Princesa, no vayas tan rápida —escucho una dicción masculina grave.

Algo dentro de mí se activa, esa voz no es la primera vez que la escucho, aunque las demás veces eran en un susurro. No puede ser, debo estar equivocada y mi subconsciente quiere jugarme una mala pasada.

Alzo la mirada para observar bien al hombre, lo máximo que alcanzo a ver es parte de su espalda, ya ha cruzado la zona ajardinada y se halla protegido por la construcción del restaurante. Estoy tentada de seguirlo para ponerle cara.

—Déjate de paranoias, Mabel. Sabes de sobra quien es el desconocido de La Vía Rue y no es el hombre que acaba de llegar con su hija.

Ese mantra me acompaña los siguientes diez minutos, los mismos que tarda Juan Carlos en sacarme la pizza. Cuando intento pagarle, se niega a aceptar mi dinero, le agradezco el gesto, pero me molesta que me impida acceder al restaurante para ponerle cara al desconocido que acaba de hacer que me replantee si Lolo era el desconocido o malinterpreté sus palabras y quise creer que se trataba de él para intentarlo una vez más.

Con ese pensamiento regreso a casa, es el mismo que me acompaña todo el fin de semana.

Capítulo 17

Septiembre de 2011

Mabel estaba cansada de llorar por cada rincón del pequeño cuarto y del encierro voluntario al que se había sometido desde que vio a Lolo en el centro de la ciudad acompañado por otra chica. Llevaba una semana sin salir de la habitación, había fingido estar enferma, aunque no podía seguir con aquello y perder más días de clase. Ella sería la única que pagaría las consecuencias de esa situación.

Comenzaba a pensar que aquel beso de despedida en su tejado no significó nada para él, que aquello simplemente fue una muesca más que añadir a su cinturón. Otra tonta que había sucumbido a sus encantos personales. Y no era para menos con los dos zafiros que tenía por ojos. Cada vez que la miraba toda ella se estremecía, tardó años en comprender que desde pequeña había estado enamorada de él, que esos estragos que causaba en su cuerpo no era más que puro deseo. Pese a todos los bonitos recuerdos que tenía, sabía que debía almacenarlos en el baúl del olvido y cerrarlo con llave, si no lo hacía, corría el riesgo de no volver a enamorarse jamás. Tomó la firme decisión de concederse las horas que restaban de día para lamerse las heridas, que al siguiente volvería a ser la Mabel risueña de siempre.

El sol se escondía cuando tuvo la valentía de llamar a Pau, durante sus días de encierro ni siquiera había hablado con su amiga, no tenía ánimos de escuchar a nadie. Marcó su número y esperó paciente a que le respondiera, lo máximo que logró oír fue la locución grabada en su buzón de voz. Odiaba hablar a la nada, por eso no se molestó en dejar un mensaje, la llamaría más tarde.

Miró el reflejo que le devolvía el espejo y se asustó, era la primera vez que unos cercos negros le adornaban los ojos. Se reprendió sin dejar de acusarse con su propia mirada mientras se desvestía. Estaba convencida de salir a la calle para respirar aire puro y no el enrarecido que habitaba entre aquellas cuatro paredes.

Puso especial empeño en cubrir las ojeras con corrector, no era asidua a maquillarse demasiado; pero aquello era una medida drástica, no se podía permitir el lujo de salir con aquellas pintas horrendas. Se plantó frente al

armario en ropa interior, su intención era dar un paseo por las calles aledañas al campus, al siguiente día tenía clase y no pensaba escaquearse otra vez. Terminó por escoger las mallas negras y un jersey de hilo blanco que le llegaba hasta medio muslo. Colocó de manera estratégica la bufanda negra sobre el cuello antes de abandonar la habitación.

Quedó embelesada con el vaho que su boca formaba cada vez que expiraba, amaba aquella época del año que durante el día no hacía un frío intenso, pero que cuando caía la noche era bienvenida la ropa de abrigo. Se arrebujó bajo la chaqueta mientras se decidía hacia dónde ir. Miró a la derecha y observó el sendero de arena que desembocaba en una pequeña colina con vistas al campus. No le desagradó la idea, sabía que esa zona era frecuentada por los infieles que abarrotaban las aulas de la universidad. Seguía sin entender por qué la gente engañaba a sus parejas, para ella era algo insólito y de mal gusto, era de las que pensaba que cuando una persona estaba enamorada no tenía ojos para nadie más, por eso le costaba comprender a sus compañeros que cada noche estaban con una pareja distinta mientras la suya descansaba con total tranquilidad ajena a que le ponían la cornamenta.

Sorteó los pequeños socavones que encontró en el trayecto hasta coronar la cima. Se sintió satisfecha, no porque le hubiera costado un sobreesfuerzo ya que era de dimensiones reducidas, más bien fue por la determinación de salir de su encierro voluntario, aunque fuera a dar un simple paseo por las inmediaciones.

Miró a su alrededor maravillándose de las vistas, le encantaba aquel lugar y se regañó por dejar de visitarlo aquellos días que el máximo empeño que había puesto a lo largo de las horas fue autoconsolarse por un amor que, en ese momento comprendió, jamás había existido.

Tomó asiento en la piedra plana que había cerca del terraplén, desde ahí se podía apreciar cada una de las siluetas de hormigón que conformaban el campus universitario, inclusive distinguía el verde césped del campo de fútbol. Estaba tan absorta observándolo todo que no reparó en que alguien se acercaba por su espalda hasta que no la abrazó juguetón.

—¡Joder, qué susto! —gritó Mabel con la respiración acelerada.

Giró el rostro para toparse con la sonrisa risueña de Aitor.

—¿Te he asustado? —cuestionó él inquieto.

Esa no era su intención cuando decidió seguirla. Durante más de quince minutos estuvo apostado frente a su edificio sin decidirse si entrar o no a verla, era la séptima noche que hacía el mismo ritual, desde la primera y

última vez que pasaron la tarde juntos había ido hasta su residencia para informarse de cómo estaba. Sabía por Rubén que estaba enferma y por ese motivo, no la había divisado por ninguna parte del campus.

Le sorprendió verla en la calle, tanto que cuando quiso reaccionar y acercarse a saludarla, había desaparecido de su campo de visión. Se puso en marcha, optó por ir en dirección a las cafeterías, cinco minutos después descubrió que ese no era el camino que Mabel había tomado. Lo más raudo que fue capaz deshizo los metros andados para llegar al punto de partida. Pronto pensó en la pequeña colina, esa que a él tanto le gustaba frecuentar para pensar con claridad, aunque su amigo creía que iba cada noche acompañado de una chica. Si él supiera que desde bien pequeño solo tenía ojos para la misma lo tildaría de imbécil. Era lo que tenían los centros de acogida, que si no eras como los demás, pronto te asignaban un mote.

—Un poco —respondió ella más calmada.

—Lo siento, no ha sido mi intención.

No pudo ser más sincero al responder, su idea al acercarse por detrás y abrazarla, era volver a sentir el calor que emanaba el cuerpo de su amada.

—No te preocupes —expresó Mabel para rebajar la tensión creada entre ellos.

Observó con otros ojos al chico que no dejaba de mirarla de reojo con cierta timidez, algo que sorprendió a Mabel gratamente. Era la primera vez que veía el atractivo que el resto de compañeras percibían cuando Aitor pasaba cerca. Tuvo que reconocer que era algo más que unos simples ojos bonitos.

—¿Qué haces por aquí? —curioseó ella. Aitor residía en la otra punta del campus.

Desvió la mirada, no se veía capacitada para hacer frente a la intensidad con la que él la observaba.

Aitor jugueteó con la hierba que había junto a sus pies. Arrancó una poca y se entretuvo en deshacerla entre sus dedos.

—¿Si te cuento un secreto sabrás mantenerlo? —preguntó, acercándose más a ella.

Mabel tiritó al sentir la calidez que desprendía el cuerpo de él. Le agradó la sensación de complicidad que se empeñaba en crear entre ellos.

—Humm... no sé... no sé —bromeó.

Aitor le golpeó el hombro con el suyo con suavidad. Le encantaba el afecto que empezaba a formarse entre ellos. Quería decirle la verdad de quién era,

pero por el momento no se atrevía por si decidía marcharse y no volver a hablarle.

—Estoy de broma —afirmó Mabel—. Puedes contarme lo que sea que nunca se lo diré a nadie, ni siquiera a Pau y eso que es mi mejor amiga.

—Lo sé, nunca te he considerado una chivata. —Aitor cerró los ojos al ser conocedor de la gran metedura de pata.

Mabel lo miró a los ojos. Le extrañó, a la par que le sorprendió, aquella afirmación.

—¿Cómo puedes afirmar eso si no me conoces? —cuestionó intrigada.

El chico ladeó el rostro, tenía poco tiempo para decidir si inventaba una excusa o se arriesgaba y decía la verdad. Optó por la salida más fácil del momento; hacer como si no ocurriera nada.

—Vengo aquí todas las noches, aparte de que me maravillan las vistas, me ayuda a pensar.

—¿No vienes a ya...? —Mabel pensó de qué manera decirlo sin hacerlo sentir mal—. Ya sabes, para lo que vienen todos los chicos aquí.

Aitor soltó una risa bastante varonil para su edad.

—¿Tú también piensas que vengo a liarme cada noche con una chica distinta al igual que mi amigo? —reprochó, manteniendo el rostro lo más serio que fue capaz. Jamás se enfadaría con ella por semejante memez.

Mabel sintió cómo las mejillas se le perlaban de un intenso rojo.

—Yo... yo... —tartamudeó avergonzada.

Le aturdió la suavidad que él empleó al acariciarle la mejilla. De hecho, un extraño revoloteó se adueñó de inmediato de su estómago.

—Bromeaba. Y no, aunque el capullo de mi amigo se empeñe en decir lo contrario, vengo solo. Ya te lo he dicho, me ayuda a pensar.

—A mí también —respondió más calmada, aunque algo dentro de ella se activó y le hizo recordar que no había contestado a una de sus preguntas—. Por cierto, no has contestado a mi pregunta anterior.

Aitor resopló, por mucho que no quisiera responder y correr un tupido velo de lo sucedido, ella no lo consentiría.

—Nos conocemos de hace años, mejor dicho, yo te conozco hace muchos años.

—Te recordaría en caso de conocernos. Me habrás confundido con otra.

—Para nada. Aunque ya no tienes tantas pecas y no vas a todos lados con un balón de fútbol, sigues siendo la misma que conocí de pequeño.

Mabel parpadeó un par de veces, no salía de su asombro. Era cierto que de

pequeña tenía muchas más pecas y siempre llevaba consigo un balón de fútbol, en realidad era el esférico de Lolo que se lo regaló cuando apareció por su casa llorando porque su madre no quería comprarle uno por ser una chica.

Lo observó con más atención, pero por mucho que lo miraba no lograba descifrar quién era.

—¿Dónde vivías? ¿A qué colegio ibas? —pronunció ambas preguntas a la vez, necesitaba saciar su curiosidad.

Aitor soltó otra carcajada, le encantaba la frescura que tenía.

—En El Viñedo y al mismo colegio que tú, de hecho, estábamos en la misma clase.

Ella se devanó los sesos, pero no logró recordar ninguna calle que tuviera ese nombre, y estaba más que segura de que no fue su compañero de clase.

—Me tomas el pelo —se quejó molesta—. En Blanca no hay ninguna calle con ese nombre.

—El Viñedo no es una calle, era una finca. Tu padre se encargaba de su gestión.

Mabel agrandó los ojos, vagamente recordaba la maltrecha construcción que había en mitad de las vides.

—Allí no vivía nadie —aseguró convencida.

—Sí, mi familia.

—¿Pero...?

—Desde bien pequeños mi padre nos inculcó a mi hermana y a mí a decir a quien nos preguntara que vivíamos en otra casa, pero la realidad es que era allí donde residíamos.

Mabel se devanó los sesos en un intento por recordarlo; sin embargo, por mucho empeño que puso seguía sin saber quién era. Las veces que acompañó a su padre a la finca no vio a nadie merodear por las inmediaciones de la construcción, que no era más que un cuarto de aperos medio derruido.

—Sigo sin ponerte cara. ¿Dónde te sentabas en clase?

Aitor negó con la cabeza, no pensaba revelar aquel dato.

Mabel le golpeó el brazo de forma juguetona.

—Venga, no te hagas de rogar.

Aitor aprovechó el acercamiento de ella para atraerla hacia a él. No lo pensó, llevaba muchos años deseando hacer aquello y por una maldita vez, quería dejar de ser el niño vapuleado por todo el pueblo y ser el hombre en el que se estaba convirtiendo.

Le sujetó el cuello con suma delicadeza y no dejó de mirarla a los ojos

mientras acortaba las distancias, tenía el propósito de refrenar sus intenciones si ella mostraba cualquier signo de no estar dispuesta a ir un poco más allá, no obtuvo ninguna por su parte.

En un inicio se dedicó a unir sus labios, no ejerció presión alguna, tampoco intentó inspeccionar la boca de ella con su lengua, deseaba ir despacio, no quería asustarla y alejarla de su lado. El destino, o más bien Jesús, se había encargado de ubicarlos a los dos en el mismo lugar, sus ansias por saborearla no iban a estropear la complicidad que surgía entre ellos en cada uno de sus encuentros.

Gimió cuando Mabel colocó las palmas de sus manos en su espalda y comenzó un ascenso que a él le pareció vertiginoso. Aquello le dio la valentía suficiente para mover los labios, los primeros movimientos fueron lentos, casi imperceptibles para ambos, pero el deseo por degustar su sabor lo llevó a aumentar el ritmo.

Los minutos avanzaban y ellos seguían absortos en descubrir las sensaciones que les generaba cada beso. Descasaban el tiempo justo de recuperar el aliento y dedicarse miradas de pura complicidad. Si no era Aitor quien provocaba el acercamiento, era Mabel quien se lanzaba a devorarle esos carnosos labios que tan bien besaban.

Ninguno de los dos deseaba que llegara la despedida, pero la madrugada se empeñaba en avanzar a toda velocidad, si no querían parecer dos zombis por la mañana, les tocaba retirarse a sus respectivos cuartos.

Apostados en la entrada del edificio de Mabel, Aitor le sujetó la cara con las manos una última vez antes de decirle adiós. Se empleó a fondo en el beso que pondría punto y final a la mágica noche vivida. Al terminar, apoyó su frente en la de ella.

—Ya tengo ganas de que sea por la mañana y volver a verte —susurró meloso.

—Yo también —afirmó Mabel con las sensaciones a flor de piel.

Le dio un beso en la punta de la nariz dispuesto a marcharse. Lo pensó mejor y unió sus labios a los de ella, llevaba tanto tiempo queriendo hacer aquello, que ahora que lo podía, le costaba no hacerlo.

—¿Te recojo mañana para ir juntos a la facultad?

—Sí —afirmó sin pensar Mabel. Seguía en las nubes y su mente, en ese momento, no estaba para discurrir con claridad.

—Hasta mañana, pecas.

—No me has dicho quién eres —se quejó con un pequeño mohín.

Aitor se separó de ella y le dedicó una sonrisa que la derritió. Le guiñó un ojo y comenzó a caminar, dejándola allí parada a la espera de una contestación. Cuando los separaba una cierta distancia, se paró y se giró.

—¡Me sentaba en la última fila de clase! —gritó antes de comenzar a correr.

A Mabel se le cayeron las llaves al suelo debido a la impresión.

—No puede ser él —susurró sin salir de su asombro.

Capítulo 18

Aitor

Salgo a la calle nada más escuchar el motor de un coche estacionar frente a mi casa. Seguro que se trata de mi cuñada, he quedado con ella para ultimar los detalles del club, también para visitar a mi abogada. Necesito tratar ciertos temas con ella y no me importa que Silvia esté presente.

—Buenas tardes. —Saludo nada más sale del vehículo.

—Hola —responde con desgana.

—¿Te pasa algo?

Se apresura a negar con la cabeza, al verla observar lo que nos rodea entiendo qué le ocurre.

—Vamos, no quiero llegar tarde.

Suspira de forma teatral, la ignoro, no pienso cambiar de opinión y menos ahora que ya está todo listo para la gran inauguración. Cambia de emisora de radio al subir a mi coche, nunca hemos tenido el mismo gusto musical; ella se desvive por el famoso *reggaetón*; sin embargo, yo me decanto más por la buena música, sobre todo la de los años setenta y ochenta, esas décadas son mis predilectas.

—Tu sobrina quiere ir mañana la pizzería.

Aunque no desvío la mirada de la calzada, por el rabillo del ojo percibo que coloca la espalda recta, cosa que me extraña porque iba relajada en el sillón absorta en el móvil.

—¿Por qué no hacemos una barbacoa?

Su sugerencia consigue que ladee el rostro para observarla, es la primera vez que propone algo así desde que vivimos en Blanca.

—¿En mi casa? —pregunto por si la he entendido mal.

—Sí —se apresura a responder.

—¿Aquí en Blanca?

Parezco tonto, lo sé, pero es que no puedo creer que esté en lo cierto y desee comer en casa sin tener que rogárselo yo.

—Pues claro, ¿dónde va a ser si no?

Desde hace un tiempo presiento que esconde algo, cada vez que vamos a la pizzería de su barrio a comer se comporta de manera extraña, por mucho que

intento que me diga qué sucede, siempre se las apaña para cambiar de tema.

Estaciono dentro de la finca, cierro la puerta del coche sin dejar de pensar que mi cuñada está demasiado rara y distraída con el teléfono, no es normal en ella.

—¿Va todo bien? —inquiero cuando se digna a bajar.

—Sí.

Mira la fachada de la construcción con asombro. Es lógico, la masía es preciosa: esa mezcla de piedra con la madera oscura le otorga un encanto especial.

—Todavía no me explico cómo me he dejado convencer para formar parte de esta locura —se queja antes de dar siquiera un paso.

Sonríó sin llegar a mirarla, si me pilla es capaz de volver a Murcia antes de tiempo.

—No te quejes y entremos que vamos justos de tiempo.

No le hace mucha gracia, pero comienza a caminar a mi lado.

El viernes aproveché que vino a traerle un regalo a Rebeca para llevarla a la finca ya que el domingo que comió aquí me fue imposible convencerla para enseñarle las instalaciones de El Viñedo. Quedó gratamente sorprendida desde el primer momento, pensaba que era una construcción en mitad de la nada, pero la realidad es que estar rodeada en un entorno natural es lo más espectacular que tendrá. Las vides, aunque bajas, la proveen de un halo mágico.

Aún discutimos en lo referente al auténtico Viñedo, la construcción anexa, en un inicio lo hice reformar para vivir con mi hija, pero no me vi capaz de habitarlo de nuevo, será cosa de los buenos y malos recuerdos que tengo de él.

No quiero que nadie, excepto yo, lo frecuente. Ella opina lo contrario, objeta que se puede ofrecer un servicio exclusivo que en el club de Murcia no podemos dar a la clientela. Llevamos toda la semana hablando de lo mismo, dónde tendrá cabida el intercambio de parejas, objeta que hacerlo en la construcción principal es un riesgo si en verdad no deseo que se entere ningún vecino. Refuta que lo mejor es hacerlo en la pequeña construcción anexa porque hay pocos en la ciudad, a decir verdad, que nosotros conozcamos solo queda uno abierto y ya tiene sus años. Los asiduos a frecuentar este tipo de locales agradecerán la apertura de otro.

—¿Qué hacemos aquí? —investiga mi cuñada.

—Te lo dije ayer, tenemos reunión con la abogada.

—¿Vas a cambiar de abogado?

Resoplo, cuando se pone en plan preguntona no hay quién la soporte.

—Silvia, hace meses que cambié. Es buena y la tengo cerca de casa.

—Ya, tu santa manía de venirte a vivir al culo del mundo.

—No te pases, Blanca tampoco está tan alejado de la capital y aquí se vive de maravilla. Ya has comprobado por ti misma que tu sobrina está encantada.

—Eso es porque era muy pequeña cuando te la llevaste de la ciudad y no conoce otra cosa. Ya me contarás si opina lo mismo cuando vaya a la universidad.

—Para eso aún quedan muchos años.

—Pues ya sabes, disfruta de los que te quedan.

Se calla en el mismo momento que abro la puerta del despacho de mi abogada. Como cada vez que la visito, nada más verme, se incorpora de la silla y me saluda con un apretón de manos.

—Buenas tardes, señor Cortés.

—Buenas tardes, señora García. Quiero presentarle a Silvia, mi socia.

La letrada alarga la mano para estrecharla con la de mi cuñada.

—Un placer, señora Silvia.

—Señorita —corrige mi cuñada—. El placer es mío.

—Tomen asiento, por favor —indica mi abogada—. Usted dirá, señor Cortés.

Miro a mi cuñada para advertirle que mantenga la boca cerrada. Por mucho que me guste vivir aquí no deja de ser un pueblo y tienen unas costumbres bastante arraigadas, no creo que les entusiasme mucho la idea de tener un club como los nuestros cerca de sus casas.

—Como ya le comenté por teléfono, el próximo fin de semana inauguraremos el club El Viñedo. Quería saber si ya está todo listo para hacerlo.

Rebusca entre las decenas de carpetas que tiene sobre la mesa hasta dar con la mía. Aunque sea abogada, fue tan gentil de agilizarme todos los trámites legales que necesita la apertura del local cuando se lo solicité.

—Sí, aquí tengo el permiso de apertura. Me lo ha traído esta mañana el asesor. Me ha dicho que está todo en orden y que puede abrir sin problemas.

Me entrega el sobre cerrado.

—Muchas gracias, señora García.

—No tiene que darlas, señor Cortés. ¿Ha pensado en lo que le comenté respecto al seguro y el mantenimiento del local?

Como buena profesional que es y que sus servicios no se limitan a la

abogacía, sino que también es filial de la compañía MultiServi, en nuestra primera reunión respecto al club me ofreció ser la encargada de gestionar todo lo concerniente al buen mantenimiento del club.

—Sí. La verdad es que estamos interesados en que lo gestione usted. Y si los servicios de los que alardea son tan buenos, también se encargará del club que tenemos en Murcia.

Amplía una sonrisa, le agrada bastante la idea.

—¿Cuándo puedo visitar el local?

Saco una tarjeta de la cartera para entregársela. Silvia, cuando se percata de lo que es, casi se le desencaja la mandíbula, debo hacerle un gesto para que mantenga la compostura frente a la abogada.

—Si le parece bien, está invitada a la inauguración, la invitación es extensible a su esposo. Creo que será la mejor forma de que vea por usted misma los servicios que precisaremos.

—Me parece buena idea. ¿A qué hora le va bien que vaya?

—¿Sobre las diez?

—Perfecto. Nos vemos el sábado a las diez.

Los siguientes minutos los empleo en hacerle efectivo el pago de la factura por los servicios ofrecidos y entregarle el resto de datos que necesita para redactar el contrato para el seguro y mantenimiento del local, deja en blanco los correspondientes al valor de la construcción y demás cosas que ella cree conveniente.

Nos despedimos con un apretón de manos hasta el sábado por la noche . Abro la puerta del despacho y la sujeto para que mi cuñada salga primero.

—¿Cómo se te ocurre invitar a la mojigata de tu abogada a la apertura del club?

—Baja la voz —amonesto. No quiero que la letrada escuche cómo la insulta.

Se mantiene callada hasta que estamos dentro del coche.

—Estás loco, ¿cómo se te ocurre invitarla? —repite.

—¿Por qué te crees que la he citado a las diez? A esas horas habrá poca clientela y, además, estarán entretenidos en entablar conversación con otras parejas.

—Todo eso está muy bien, pero cualquier pareja le puede entrar.

—Hablaré con Ramiro para que no pase. Estarán conmigo en todo momento.

—¿Y si cuándo acabe la reunión quieren quedarse?

Resoplo, no había pensado en esa posibilidad.

—Ya se nos ocurrirá algo.

Capítulo 19

Mabel

Me persigue la voz masculina que consiguió que saltaran todas las alarmas el sábado. No he logrado quitarme de la cabeza la idea de que se trata del desconocido. Inclusive el lunes me vi tentada de llamar a Lolo para que se reafirmara en que se trataba de él y no de otra persona, no deseaba estar toda la semana pensando que quizá cometí otro error más en mi vida. Al final, tras mucho discurrir, desistí de la idea, sabía que si marcaba su número pensaría que quería otra cosa cuando la realidad es que cada día me apetece menos que vuelva a ponerme una mano encima.

Termino de tomarme el segundo café de la mañana en el bar que hay frente a la oficina y compruebo con pesar que no aguantaré hasta las vacaciones, la ciudad cada vez me confunde más y me hace ver cosas que no son realidad. Me da pena por Lidia porque al final se quedará sola, pero debo comenzar a ser realista en que necesito ayuda con mi niño. Estoy harta de que pase más tiempo del necesario en el colegio y en las clases extraescolares que disfrutando de su infancia como hice yo. No deseo esa vida para él. Además, me apetece volver a ser la despreocupada y alegre Mabel, no el ogro andante en el que me estoy convirtiendo.

Se me escapa una sonrisa al recordar a cierta persona a quien llamaba ogro. No he vuelto a saber de él, pero me gustaría. Le deseo de todo corazón que sea muy feliz y que las cosas le vayan a las mil maravillas.

Accedo a la oficina, Simón aún no ha llegado. Miro el reloj y compruebo el porqué, faltan diez minutos para que sea la hora de fichar. Decido ponerme en marcha, tengo trabajo acumulado y a las diez en punto los teléfonos empiezan a sonar y así se pasan el resto de la jornada.

Pienso en las opciones que tengo para el fin de semana, otra vez estamos a viernes, es increíble lo rápidos que han transcurrido estos días. También me sorprende no comerme la cabeza en creer que lo he echado todo a perder con el padre de mi hijo, en realidad nunca fue nuestro momento y cada vez estoy más convencida de que jamás lo será. Ambos nos dejamos llevar por eso de que éramos buenos amigos y confundimos el amor con el cariño.

Simón accede con una sonrisa de oreja a oreja, supongo que su semana ha

sido más emocionante que la mía. No tardo en comprobar que estoy en lo cierto, los últimos tres días ha quedado con un chico que conoció el sábado en la discoteca. Se le ve ilusionado, me alegro por él, se merece lo mejor por ser tan buena persona.

El sonido del teléfono interrumpe nuestra conversación. Lo miro con desgana, cada vez me cuesta más atender las quejas de los clientes, desde que Pau y otro comercial no están con nosotros hay más incidencias y nos toca resolverlas a Simón o a mí resolverlas. Sinceramente, comienza a cansarme este trabajo, cada vez vengo con más desgana y se nota en mi productividad.

—Respondo yo. —Se ofrece mi compañero.

Le regalo una sonrisa en señal de agradecimiento. No sé qué sería de mí si no lo tuviera a él por compañero. Le lleva más de veinte minutos atender a la clienta que llama descontenta, por lo visto, la empresa que tenemos contratada para las reparaciones de siniestros de hogar no han cumplido con los plazos estipulados. Siempre igual, no sé cómo decirle a mi tío que no podemos escatimar en estas cosas, que las empresas deben ser las mejores, pero él erre que erre: «La economía está mal, Mabel, es tiempo de apretarnos el cinturón», replica cada vez que intento hablarle del tema.

Abandono mi mesa, necesito un café para aguantar las dos horas que restan para salir y decirle adiós a este sitio claustrofóbico hasta el lunes. Descanso un pie encima del otro, estos tacones son criminales, no entiendo por qué me empeño en venir al trabajo con ellos cuando no me ve nadie, mi único compañero es Simón y tenemos el mismo gusto para los hombres.

El móvil me vibra en el bolsillo trasero del vaquero. Lo rescato de su confin al pensar que se trata de mi prima Lidia para decirme si salimos este fin de semana, al final el lunes la localicé e hicimos las paces y desde entonces si no nos vemos, hablamos. La cuestión que es hemos estado en contacto toda la semana. Me tocará decirle que no, que no pienso dejar a mi hijo al cuidado de Pau para irme de copas, no tengo la menor intención de volver a hacerlo. No quiero ser una madre irresponsable, esos no fueron los valores que me inculcó mi padre y deseo de todo corazón que él tenga los mismos que me enseñó.

El mensaje no es de mi prima, pero sí de mi amiga. En realidad, es una foto que va acompañada de una frase. La instantánea muestra una mesa abarrotada de carpetas marrones y ella está detrás asomando un poquito la cabeza.

✓ ¿De verdad que no te doy lástima?

Lo máximo que puedo hacer es reírme a carcajadas. Cuando quiere es única. Agradezco que la amistad no se enfríe a pesar de la distancia.

- ✓ Si te soy sincera, no.
- ✓ Ten amigas para esto.
- ✓ Yo también te quiero.

Sé lo que intenta, que deje tirado a mi tío y me vaya a trabajar con ella, el miércoles comimos las tres juntas y volvió a sacar el tema. Ya no sé de qué manera decirle que hablaremos de todo esto cuando vaya al pueblo de vacaciones.

—Mabel, pasa a mi despacho. Tenemos que hablar.

«Hablando del rey de roma por la puerta asoma», pienso.

Tiro el vaso de plástico a la papelera. Al pasar por delante de la mesa de Simón le hago un gesto gracioso con el rostro. Se tapa la boca para que mi tío no escuche la carcajada.

—¿Qué quieres? —inquiero al entrar.

—Siéntate.

Me alarma la seriedad que emana su tono.

—¿Ocurre algo?

Asiente.

—Sí.

Todas las alarmas se me disparan al ver que, aunque me responde, no cesa en mirar la pantalla del ordenador y teclear respuestas.

—¿Tito?

Levanta la vista, por fin me presta atención.

—Perdona, le decía a Isabel qué quiero de cena.

Resoplo para no mandarlo a la mierda. He pensado lo peor.

—¿Has visto a tu prima esta semana?

—Sí, comimos el miércoles juntas.

—¿Y te ha hablado de mí?

Me apresuro a negar, no quiero entrometerme entre ellos, los quiero por igual y son adultos para solventar las diferencias que crecen a pasos agigantados entre los dos.

—Mabel, dime la verdad, no me voy a enfadar contigo.

—Te digo la verdad, tu nombre no ha salido en la conversación.

«Eres el centro de atención cada vez que hablamos, pero no te lo pienso decir», cavilo.

Lidia confesó qué le ocurría el miércoles, nos costó lo nuestro a Pau y a mí que se abriese, pero al final lo logramos. Su padre la tiene agobiada, no deja

en insistir que tienen que vender las propiedades que su madre dejó tras su fallecimiento y ella se niega a desprenderse de ellas, aunque es consciente de que le tocará trabajar el doble de limpiadora para mantenerlas. Él objeta que lo necesita para el negocio, pero ella está convencida de que detrás de esa insistencia se encuentra Isabel, la nueva mujer de su padre. No puedo quitarle la razón, yo también creo que todo es debido a su mujer, desde que mi tío está con ella el negocio funciona cada vez peor.

—Te creo. —Se rasca el mentón, mal asunto. Cuando lo hace es porque miente, sabe que no digo la verdad, por eso pregunta—: ¿Sabes qué le pasa? ¿Por qué no me coge las llamadas?

Odio que me dedique esa mirada de cordero degollado.

—No y, aunque lo supiera, esas cosas tenéis que hablarlas los dos.

—¿Piensas que no lo he intentado? Pero ya conoces lo cabezona que es. Si no opinas como ella te retira la palabra.

Me revuelvo en el asiento. Al final tendré que darle la razón a Lidia cuando asegure que su padre es un egoísta de mucho cuidado.

—Sabes que eso no es cierto, a mí nunca me ha dejado de hablar. —Sí que lo ha hecho, pero él lo desconoce.

—Porque sois iguales.

—¿Qué quieres decir? —mascullo, adelantando la espalda.

Acaba de tocarme las narices, no soy su hija, a mí no me va a tratar como a ella, no se lo consiento.

—Ya sabes a lo que me refiero. Sois unas inconscientes en lo referente al dinero, os pensáis que un negocio no implica cierta responsabilidad, vosotras con frecuentar los mismos sitios a los que vais y acostaros con el primero o primera que pase, tenéis suficiente.

La sangre me bulle, que nos llame irresponsables es superior a mis fuerzas, pero que cuestione los gustos sexuales de su hija, porque sé que lo ha dicho por ella, es la gota que colma el vaso.

—Hasta aquí he llegado. —Me incorporo como un resorte, apoyo la cadera en el filo de la mesa y lo señalo con el dedo—. Si tu hija no te responde a las llamadas, ¿no crees que tendrá sus motivos? —Alzo la mano para que no me interrumpa—. Desde que te enteraste de que era bisexual la desprecias constantemente. Todos estos años lo ha soportado por mi tía, ella no quería que dejara de hablarte, pero la tita, por desgracia, ya no está y no tuviste el valor de estar con tu única hija en el entierro de su madre. Y para postre, te empeñas en que venda lo poco que le ha dejado para que tu santa mujer tenga

más dinero con el que alardear. ¿Cómo coño esperas que te hable?

—Isabel estaba enferma por eso me fue imposible estar con ella.

Doy un manotazo en la mesa.

—¡Pijo, qué casualidad! Cada vez que tu hija te ha necesitado estos últimos meses, tu santa mujercita siempre se ha puesto mala.

—No consiento que hables en ese tono de mi mujer.

—Ni yo que desprecies a mi prima, más quisieras tú parecerte un poquito a ella.

—Mabel no te pases, recuerda que además de tu tío soy tu jefe.

Niego con la cabeza.

—Eras, no eres, eras mi jefe. Me despido.

—No digas tonterías, Mabel. Tienes un hijo.

—Por mi hijo no te preocupes, no le faltará de nada.

—¿Ves cómo tengo razón en que sois unas irresponsables? ¿Cómo lo alimentarás sin trabajo?

—De la misma forma que lo he hecho hasta ahora.

—Se te olvida con facilidad que ha sido gracias a mí, a que te di trabajo cuando dijiste que estabas embarazada.

No digo nada, no merece la pena. Él ve su versión y yo la mía. Salgo del despacho rauda, estoy cansada de escucharlo siempre hablar mal de Lidia porque no se enamora de un sexo, sino de la persona. Nunca la he juzgado por eso ni pienso hacerlo.

—¿No será verdad que me dejas solo con él? —cuestiona mi compañero, no es necesario que le cuente la conversación, la ha escuchado entera.

—Lo siento, Simón, pero no lo soporto más.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Aceptar el puesto de trabajo que me ha ofrecido Pau.

—¿Y no necesita otro?

Estoy cabreada, pero logra arrancarme una sonrisa.

—Hablaré con ella.

—Gracias, bombón.

Rebusco por los cajones de mi mesa de trabajo para cerciorarme de que no dejo nada mío en la oficina. No pienso retractarme en mi decisión.

La profesora de mi hijo se sorprende cuando lo recojo una hora antes. Creo que esconde la alegría de no tener que quedarse más en el colegio a la espera de mi llegada. Le doy las gracias por la amabilidad que ha tenido conmigo y el trato hacia mi hijo. Le apena enterarse de que Manuel no volverá al colegio.

Llego a casa, lo primero que hago es jugar un ratito con él. Me encanta su sonrisa, aunque me recuerde tanto a la de su padre, pero no voy a consentir que no la muestre para que yo me sienta mejor. Tomo asiento en el sofá e instaló a Manuel en mis muslos, aunque tiene seis años le encanta que lo mime. Marco el número de Pau antes de llevarme el móvil a la oreja.

—Estate quieto, mamá tiene que hablar por teléfono.

—Hola, cielo. ¿Qué le pasa a mi sobrino? —responde alegre Pau.

—Que quiere el teléfono. ¡Ay! —Me quejo cuando me lo arranca de las manos y se lleva unos cuantos pelos en el proceso—. ¡Por Dios, que burro eres!

—¡Tita! —grita mi pequeño con el móvil en las manos.

—Hola, mi vida. ¿Cómo estás?

—¿Y el tito Lázaro?

—Será interesado —le digo a Pau cuando me hago con el teléfono.

Mi amiga tiene que reír sin más remedio.

—Venga, cielo, juega un poco mientras hablo con la tía.

Voy hasta la cocina, saco una cerveza y me instalo en la mesa así puedo vigilarlo.

—¿Puedes hablar? —pregunto.

—¿Qué cosas tienes!, para ti siempre tengo tiempo. ¿Qué te cuentas?

—¿Sigue en pie la oferta de trabajo?

—¡Claro que sí! —grita—. ¿No me digas que vamos a trabajar juntas de nuevo?

Tengo que separarme el teléfono de la oreja, aun así creo que su berreo me daña el tímpano.

—Sí, acabo de despedirme.

Paso a relatarle el suceso. Paula tampoco entiende la actitud de mi tío. Por mucho que fuera su jefe y siga colaborando con él, no le agrada nada que tuviera y tenga tan desatendida a Lidia.

—De verdad que no entiendo a Tobías.

—Ya somos dos. Bueno, ¿cuándo empiezo?

—¿Te va bien el lunes?

—¿El de la semana que viene? Perfecto. Ya estaré instalada en Blanca.

—Vale —acepta desanimada—. Si necesitas ayuda, avísame, ¿vale?

—No te preocupes, llamaré a mi padre.

Las veces que lo he visto estas semanas me ha convencido de que está mejor, que no ha mentado cuando me lo ha asegurado una y otra vez ante mi

insistencia de ir al médico.

—¡Qué ganas de que estés aquí!

—Yo también tengo ganas. Te quiero.

—Y yo a ti.

Cuelgo, nada más hacerlo caigo en la cuenta de que me queda una llamada por realizar. Resoplo. Decido aplazarla hasta mañana, mi cupo de discusiones por día es uno y lo he completado con mi tío, y como intuyo que Lidia va a ser un hueso duro de roer, prefiero hacerlo mañana más calmada, no quiero que ella pague los platos rotos de su padre.

Capítulo 20

Aitor

Pongo rumbo a la finca nada más divisar que mi pequeña accede a clase, soy incapaz de dejarla en la puerta del colegio y marcharme sin comprobar que está a buen recaudo. La idea de parar en el bar de Víctor para tomar un café me atrae, hasta mañana no llega nuestra cafetera y necesito otro para soportar las horas que me deparan junto a mi cuñada. La quiero con locura, aunque cuando se pone en plan mandona no hay quien la soporte.

Miro el reloj, pasan cinco minutos de las nueve de la mañana, no creo que ocurra nada si llego un poco más tarde de la hora acordada, total en menos de una hora todo el pueblo sabrá que Silvia está aquí. Se pone de los nervios si las cosas no salen según su pronóstico.

Estaciono el coche frente a la puerta del bar, está prohibido, pero serán escasos minutos los que permanezca en el local, el tiempo que tarde Víctor en preparar el café y dos más para tomármelo.

—Buenos días, Víctor. Me pones un café solo, por favor —solicito.

—Buenos días, Aitor. Marchando ese solo.

Dos vecinos me miran y se ponen a hablar entre sí, siempre la misma historia, por mucho que me vean por las calles con mi hija e inclusive con Jesús, soy el extranjero que un buen día decidió venirse a Blanca.

El móvil comienza a sonar dentro del bolsillo del vaquero, lo ignoro, supongo que se tratará de Silvia para decirme que está en la finca y desea saber dónde estoy. Prefiero tomarme el café tranquilo y si le cojo la llamada surgirá el efecto contrario, al final me convencerá para que vaya de inmediato.

Me resulta extraño su insistencia, no le da tiempo a colgar la primera llamada cuando realiza otra. Me rindo ante su persistencia, saco el terminal y quedo sorprendido al comprobar que no se trata de mi cuñada, sino de mi abogada.

—Buenos días, señora García. —Saludo.

—Buenos días, señor Cortés. Necesito hablar con usted.

—Dígame de que se trata.

—Prefiero tratar este tema en persona. ¿Puede pasarse por mi despacho a lo largo del día?

Hago cálculos mentales, por mucho que los repase una y otra vez hoy será imposible escaparme de El Viñedo con Silvia detrás de mí. La única opción viable que veo es acercarme antes de ir a la finca.

—¿Le va bien en diez minutos? —sugiero, no sé cómo tiene la agenda.

—Perfecto. Aquí le espero.

—Hasta ahora.

Cuelgo la llamada sin saber qué quiere hablar con tanta urgencia. Que yo sepa, dejamos todo solucionado la semana pasada. Tomó el último sorbo de café y dejó el dinero sobre la barra.

—Adiós, Víctor. —Me despido desde la puerta.

Si no actúo de este modo no me deja pagar, un negocio no se mantiene por el amor al arte, si no le cobra a ningún vecino a final de mes pierde más dinero del que gana.

Antes de poner el motor en marcha le mando un mensaje a Silvia para informarla de que llegaré tarde debido a que la abogada precisa que vaya a su despacho. No le doy más información porque carezco de ella.

Aunque sé que no es necesario que llame a la puerta porque en horario comercial siempre está abierta, lo hago por mera costumbre. Mi letrada sonrío con afabilidad cuando me ve.

—Gracias por venir tan rápido, señor Cortés.

—No tiene por qué darlas.

—Tome asiento, por favor.

Señala la silla que se encuentra frente a ella.

—Usted, dirá.

Más que decir, hace. Me entrega un sobre marrón. Cada vez entiendo menos. Ante mi duda me anima a que lo abra. Hago caso. De su interior saco unas cuantas fotografías, me quedo rígido al ver la primera instantánea. Hace años que no veo a mi hermana, pero la niña que sonrío con cierta timidez al objetivo de la cámara es su viva imagen. El resto también son de ella.

—Es mi... —Tal es la conmoción que tengo que soy incapaz de articular palabra.

—Sí, señor Cortés, es su sobrina. Se llama Carlota y tiene tres años.

—¿Dónde está? —Deseo saber.

—Con sus abuelos maternos. Al detective le ha costado dar con el paradero de su hermana; sin embargo, anteayer logró localizar a los abuelos de la niña.

Trago saliva.

La primera vez que me reuní con ella le comenté que tenía intención de

localizar a mi hermana, deseaba volver a saber de Lorena, aunque han transcurrido muchos años jamás la he olvidado y siempre he querido que nos reencontráramos. No me dio muchas esperanzas, más bien dio a entender que sería prácticamente imposible dar con su paradero. No obstante, no le ha llevado más de cuatro meses localizarla.

—¿Por qué no está con mi hermana?

A la señorita García se le demuda la cara. Cierro los ojos, no sé si quiero saber la verdad, con ver su rostro sé que las noticias no son alentadoras.

—Señor Cortés, su hermana cumple condena desde hace un año en el Centro Penitenciario Madrid I.

—¿Sabe por qué la detuvieron? —logro articular tras reponerme del *shock* inicial.

Abre un expediente en el cual no reparo hasta ahora. Tiene un considerable grosor. Si toda esa información es de Lorena, la cosa pinta más mal de lo que pensaba.

—La primera condena fue por tenencia ilícita de armas. La segunda por tráfico de estupefacientes. Y la última, durante un permiso, por asesinato en un ajuste de cuentas.

Masajeo el puente de la nariz, no puedo creer que la chiquilla que yo conocí sea una delincuente y lo que es peor, una asesina. Lorena era una niña estupenda con un corazón enorme. Con los años comprendí que su infancia no fue la mejor, nadie debe pasar por lo que ella pasó. Pero sigo sin entender cómo ha llegado a esta situación, si las cuidadoras me aseguraron de que la adoptó una buena familia.

—Nunca debí permitir que nos separaran —susurro.

—Señor Cortés, no se culpe de la situación por la que pasa su hermana, usted tan solo era un niño por aquel entonces, y puedo asegurarle que su hermana tuvo una buena infancia, fue querida y sus padres adoptivos le dieron una excelente educación.

Ahora sí que no comprendo nada.

—Entonces, ¿por qué está en la cárcel acusada de asesinato?

Cierra el informe criminal de Lorena, apoya las manos sobre la mesa y las entrelaza.

—Las malas compañías. Ayer, a última hora de la tarde, hablé con el abogado de su hermana y gracias a él tengo toda esta información. —Señala la carpeta—. Los padres adoptivos de Lorena le comentaron que a los dieciséis años comenzó a salir con un grupo de chicos del colegio, que ellos intentaron

alejarse porque sabían a qué se dedicaban sus familias; sin embargo, cuanto más empeño pusieron, ella más estaba con ellos. Cuando cumplió la mayoría de edad se marchó de casa, no volvieron a saber más de Lorena hasta hace un año que fue cuando los servicios sociales se pusieron en contacto con ellos para avisarles de que su sobrina estaba en un centro de acogida.

Me cuesta digerir la noticia. También no culparme, quizá mi hermana no estaría en la cárcel de haber permanecido juntos.

—¿Puedo visitar a mi hermana? —cuestiono.

—Lorena cumple condena en un módulo cerrado.

Alzo una ceja, no tengo la menor idea de qué significa.

—No puede recibir visitas por el momento —aclara.

—¿Cuándo podrá?

—Su abogado estipula que en unos meses, aunque no está seguro.

Asiento.

—Y mi sobrina, ¿puedo conocerla?

—Si lo desea, hablo con el letrado de su hermana para concertar una visita.

—Se lo agradecería.

—Bien, le mantendré informado, señor Cortés.

—Muchas gracias por todo, señora García.

—No son necesarias, es mi trabajo.

Salgo del despacho con la cabeza embotada, para nada esperaba esta noticia. Cuando he recibido su llamada esperaba que me dijera que había surgido algún contratiempo con la apertura del local.

Debo tomar un par de bocanadas de aire para relajarme antes de ponerme en marcha. No compruebo el móvil, sé con certeza que tendré muchas llamadas perdidas de mi cuñada, hablaré con ella una vez llegue a la finca, primero debo asimilar la noticia.

Capítulo 21

Octubre de 2011

—O sea, estoy saliendo con el ogro —comentó Mabel risueña.

Era mediados de mes y estaban en su habitación como tantas veces en el transcurso de esas semanas, aprovechaban que ella no compartía cuarto para tener cierta intimidad cosa que en el cuarto de Aitor no existía al compartirlo con Rubén. Disponían de dos horas libres y en vez de emplearlas en estudiar para los próximos exámenes, prefirieron dedicar los minutos a acariciarse y besarse. Desde aquella noche Mabel no se acordaba de Lolo, no había vuelto a entristecerse ni a llorar. Aitor borró de un plumazo el malestar que la había asolado durante días. Ayudaba mucho la ternura que él empleaba a la hora de tratarla.

Seguía estupefacta. Habían pasado dos semanas desde el primer beso entre ellos en la colina y recordaba a la perfección las reacciones que generó su cuerpo al enterarse de quién era en realidad Aitor.

El chico tenía razón, se conocían desde la infancia; sin embargo, cuando se topó con él por primera vez en la facultad jamás imaginó que se trataba de aquel chiquillo entrado en carnes y el rostro repleto de acné. ¿Quién le iba a decir a ella que aquella masa sudorosa de la infancia se convertiría con los años en un adonis en potencia?

Aitor hizo un movimiento rápido y para cuando Mabel quiso darse cuenta se encontraba presa entre su cuerpo y el colchón. No le importó en absoluto estar en aquella celda que cada vez le parecía más placentera. Enredó sus piernas desnudas con las de él para entrar en calor, aún tenían el pelo mojado debido a que les había caído un aguacero encima en el trayecto de la facultad hasta su residencia.

—El ogro te va a comer si te ríes de él —susurró Aitor pegado a su oreja.

Coló una de las manos por debajo del vestido de lana, ella se estremeció al sentir lo gélida que la tenía, pero le agradó la sensación. Se dejó hacer, le encantaba cada una de sus caricias, eran tan delicadas y a la vez tan sensuales, que en cada ocasión creía alcanzar el nirvana mientras él inspeccionaba cada centímetro de piel de su barriga y espalda.

Sus escarceos amorosos no habían pasado de intensos besos y pequeñas

caricias. Todavía no estaba lista para dar un paso más, aún no le había confesado que era virgen, aunque tampoco hizo falta hablar del tema puesto que Aitor no había intentado llegar hasta el final, de hecho, sus manos aún no habían ascendido hasta los pechos.

—¿Por qué os fuisteis del pueblo? —cuestionó Mabel mientras le acariciaba la espalda por encima de la camiseta interior blanca.

Percibió cómo el cuerpo de él se quedaba rígido. No quería incomodarlo, ni que dejara de acariciarla, era simple curiosidad. Intentó sacar el tema durante esos días, pero él siempre lo esquivaba de la mejor manera, y ella lo único que deseaba era saberlo todo de la persona que día a día reparaba su corazón roto.

Aitor le propinó un beso en la punta de la nariz antes de sentarse en la cama. Era consciente de que en algún momento tendría que explicar el motivo de su marcha tan precipitada de Blanca, de eso hacía once años, pero seguía doliéndole el recuerdo. Le mostró el paquete de tabaco y preguntó nervioso:

—¿Te importa?

Mabel se incorporó, abrió un poco el cristal, fue hasta el baño y salió con una lata vacía en las manos.

—Dame uno —solicitó.

Aitor encendió el que tenía en la mano y se lo tendió, después sacó otro de la cajetilla.

—Aquel día, cuando regresamos Lorena, mi hermana, y yo del colegio, nos esperaba un hombre en la puerta de casa. No sé por qué, pero cuando lo divisé, mi intuición fue protegerla. La coloqué detrás de mí para que no la dañara, bastante mal lo pasaba cuando mi padre se colaba cada noche en su habitación. La oía sollozar, aunque por mucho que intentaba abrir la puerta siempre estaba atascada.

A Mabel se le puso la piel de gallina, no quiso imaginar qué hacía su padre con su hermana el tiempo que pasaba encerrado con ella.

—Se presentó como trabajador del Estado, de servicios sociales, en aquel momento no comprendí qué significaba y por qué estaba en mi casa, me llevó años hacerlo. Antes de poder preguntar nada, mi padre salió escoltado por dos policías del interior, cuando pasó por delante de mí pude ver que lo llevaban esposado. El trabajador social me sujetó cuando intenté acercarme a él para averiguar qué pasaba. Esa fue la última vez que supe de él.

Aitor tomó un receso para darle una calada al cigarro medio consumido. Alzó la mirada y le dedicó una sonrisa tímida, no le agradaba hablar de

aquello, no lo había hecho ni con Rubén y eso que lo consideraba su mejor amigo.

—¿Dónde os llevaron? —Deseó saber Mabel.

—A un centro de acogida.

—¿Y tu madre?

—La versión de mi padre fue que se marchó cuando Lorena cumplió dos años, la realidad es que murió sola en el hospital.

Quedaron callados, se centraron en absorber la nicotina del tabaco.

Mabel contuvo de la mejor manera que pudo las ganas de abrazarlo, no deseaba que pensara que le tenía pena, aunque en cierto modo así era.

—¿Cómo fue la estancia en el centro de acogida?

—Los primeros días muy duros, no me adaptaba a convivir con desconocidos, el único consuelo era tener a mi hermana cerca, pero eso cambió a los pocos meses.

—¿Por qué?

Aitor tragó el nudo de emociones que se le había instaurado en la garganta y no lo dejaba hablar con claridad.

—Porque la adoptaron.

—¿Y a ti no?

Negó con un leve movimiento de cabeza. Mabel abrió los ojos sorprendida.

—No querían hacerse cargo de un niño de ocho años, buscaban a una niña y a ser posible pequeña, por aquel entonces Lorena solo tenía cinco. Esa fue la explicación que me dio la directora del centro.

Mabel, en esa ocasión, no lo pensó. Tiró la colilla dentro del bote y se colocó a horcajadas encima de él.

—Lo siento —dijo sincera, acariciándole la mejilla.

—No lo sientas. Aunque parezca difícil de creer, a raíz de acostumbrarme a vivir en el centro, tuve una infancia feliz. Los cuidadores se portaban bien y nos daban mucho cariño. Allí me sentí más querido que cuando vivía con mi padre. —La miró a los ojos y la obsequió con una de sus sonrisas—. También tiene parte buena, ¿sabes?

—¿Cuál? —cuestionó ella sin dejar de acariciarlo.

—El Estado me paga la universidad. Lo único que exige a cambio es que apruebe todo, de lo contrario, me quitan la beca.

Fue pequeña, pero al final Mabel mostró una leve risa.

—¿Has vuelto a ver a tu hermana?

—No.

Aitor cerró los ojos, las caricias de Mabel empezaban a borrar el recuerdo de aquella etapa de su vida y el dolor que sentía por no saber de Lorena.

Ella aprovechó el estado de evasión de él para comenzar un beso suave. No quería que pensara que lo hacía por pena, jamás le tendría porque de ser ella no desearía que así fuera. Aitor la abrazó por la cintura sin llegar a abrir los ojos y le concedió acceso a su boca para que profundizara el beso.

Se dedicaron a acariciarse por encima de la tela, ninguno de los dos tenía pensamiento de ir más allá, lo máximo que deseaban era saborearse como tantas veces hacían. Conocían a la perfección el sabor del otro, aunque en esa ocasión sus cuerpos reclamaban más. Fue Mabel quien dio el primer paso, no lo pensó cuando le arrebató la camiseta, no deseaba que nada se interpusiera entre sus cuerpos, por ello, también se quitó el vestido. Volvió a abrazarlo y dejó que el calor del cuerpo de él calentara el suyo que en ese momento tiritaba y no precisamente de frío.

Aitor la tumbó con suavidad, no tardó en colocarse encima de ella sin llegar a pegarse del todo, no deseaba que notara la protuberancia que se había creado en su entrepierna. Tenerla casi desnuda debajo de él podía con su raciocinio, pero ella no le concedió el deseo. Le apresó la cintura con las piernas obligándolo a pegarse. Gimió de placer al sentir su erección palpar contra su sexo. No era la primera vez que percibía aquella sensación tan placentera, aunque sí la primera que deseaba experimentar qué se sentía si se frotaba contra ella. Rotó la cadera una vez, contuvo el aliento para no dejar escapar el gemido. La sensación era más agradable de lo que le habían contado sus compañeras de clase, de hecho, para ella, era indescriptible.

Alzó lo justo la espalda para que Aitor pudiera desabrocharle el sujetador. El chico no pudo evitar mirar con deseo las aureolas rosadas, comenzó a repartir besos por el estómago hasta llegar a uno de los pezones. Sacó la lengua para acariciarlo antes de introducirlo en la boca y succionarlo con suavidad.

Sin dejar de besarse e inspeccionarse con las manos, friccionaron sus cuerpos hasta que el éxtasis los alcanzó. Era una sensación nueva para ambos y, aunque Mabel pensaba que Aitor ya tenía experiencia con el sexo opuesto, la realidad es que él también era un inexperto en la materia.

La noche se había adueñado de la ciudad cuando se despidieron.

Capítulo 22

Mabel

Toc, toc, toc, toc...

—¿Quieres hacer el favor de parar? —increpo a Lidia.

Lleva desde las diez de la mañana en mi casa y más de veinte minutos golpeando la mesa con la uña, me tiene de los nervios.

—No me da la gana —replica.

Resoplo exasperada. Es insoportable cuando se lo propone. Comprendo que le haya caído como un jarro de agua fría la noticia, pero no le pilla por sorpresa, hace tiempo que vengo avisándola de que esto podía ocurrir en cualquier momento.

—¿Para esto me molesté en perdonarte? ¿Para hacerme esto? —inquire sin cesar en dar golpecitos contra la mesa.

Enciendo un cigarro, tengo que mantener las manos ocupadas para no estamparle una en la cara. Tendrá morro la tía, pues no pretende que me sienta culpable por querer alimentar a mi hijo.

Toc, toc, toc, toc...

—Lidia, para de una maldita vez, me estás poniendo de los nervios.

—No, si encima serás tú quien se enfade. Aquí la única que tiene motivos para estar cabreada soy yo y nadie más.

—Pues no lo entiendo.

Sí que lo hago, no hace mucho estuve en su misma posición, cuando Pau me confesó que regresaba a Blanca casi creí desfallecer. Me llevó semanas adaptarme a no tenerla, de hecho, aún la echo en falta la inmensa mayoría de días.

—¿Te recuerdo cómo te pusiste cuando Pau dijo que se iba?

—Vale —concedo—. Entiendo cómo estás, pero comprendeme tú a mí. Estoy cansada de dejar a mi hijo a los ocho de la mañana en el colegio y recogerlo a las ocho de la tarde.

—Te puedo ayudar como hacía Paula.

Me entra la risa floja.

—Venga ya, Lidia. Ayer te pedí, por favor, que cuidaras de él por la tarde y me dijiste que lo sentías pero que ya habías quedado. Y lo comprendo, de

verdad que lo hago, no eres tú quien tiene un hijo.

—Si no te vas al pueblo te prometo que no te fallaré.

Niego.

—Lo siento, la decisión está tomada.

—Vete un ratito a la mierda.

Se incorpora cabreada. Me da igual, ya se le pasará el mosqueo como me ocurrió a mí. Al final entenderá que es lo mejor para nosotros, mi hijo necesita estar con su familia y jugar en el parque con otros niños de su edad, no estar encerrado en un edificio todo el santo día y rodeado por adultos. Cuando sea madre lo entenderá.

—Anda, ven aquí tontorrón.

Deja que la abrace a la primera, no hace el amago de evitarlo. Pronto nos vemos interrumpidas porque mi teléfono comienza a sonar. Voy hasta al salón para cogerlo, cuando veo el número en la pantalla sé de sobra que tardaré escasos minutos en estar más enfadada que mi prima. No fallo.

Lanzo el móvil de mala gana contra el sofá nada más colgar. Cojo el cojín y grito con todas mis ganas, de este modo evito que mi hijo me escuche, no deseo asustarlo.

—¿Quién es que te has puesto así? —pregunta Lidia, colocándose a mi lado.

No respondo, si digo algo ahora mismo no saldrá nada decente de mi boca.

—Comprendo —dice, poniéndome una mano en el hombro—. ¿Qué excusa te ha puesto esta vez?

Niego varias veces con la cabeza. Vale que desde lo ocurrido está cabreado conmigo; sin embargo, no comprendo que pague su frustración con su hijo.

—Él no, encima no ha tenido la santas narices de llamarme. Ha mandado a la vecina para que me informe de que no vendrá a por él por mucho que rogó el domingo pasado llevárselo dos fines de semana seguidos.

Inspiro profundo, no puede afectarme las decisiones del egoísta de mi ex, eso ha pasado a la historia.

—Y tú pensando en darle otra oportunidad, ya te vale. Si el muy cerdo no sale del club.

La miro con mal gesto, no necesito que me recuerde la estupidez que iba a cometer, tampoco me agrada que se invente una mentira para convencerme de que hice lo mejor.

—Inventarte cosas de él no ayuda —replico.

—No es ninguna invención.

Resoplo. Esto va para largo.

—Venga ya, Lidia. Llevas años haciéndolo, entiendo que es para que abra los ojos, aunque es algo que tenía que hacer por mí misma, hasta que no he visto que él no quiere una relación estable no he sabido decir que no.

No replica, cosa que me extraña, siempre tiene que tener la última palabra en lo referente a Lolo.

Inspiro una bocanada de aire, me niego a que mi ex me eche a perder el fin de semana, tenía la intención de comenzar a trasladar cosas a Blanca, seguiré con el plan establecido, lo único que Manuel se quedará ya en casa de mis padres, no quiero tenerlo tanto tiempo en la carretera, seré yo quien vaya y venga hasta que lleve todo a nuestra nueva residencia.

—No pasa nada —digo más calmada a la vez que cambio de tema—. Antes me instalo en el pueblo. ¿Te vienes con nosotros?

No le desagrada la idea, sé que también desea escapar de la ciudad unos días y en casa se siente como en la suya propia.

Instalarme en Blanca me vendrá bien, no sé qué tiene la casa de mis padres, pero cuando necesito recargar pilas es el mejor sitio donde lo hago. Sí que lo sé, es la cercanía de mi padre quien me transmite toda la paz que preciso. Espero que el tiempo que esté de vuelta sea suficiente para no querer regresar a la ciudad.

Mi padre nos recibe con los brazos abiertos; por el contrario, mi madre pone mal gesto al ver tanto equipaje.

—¿Para cuántos días venís? —inquiere sin tan siquiera saludar.

—Para una larga temporada.

—¿Qué ha pasado? —cuestiona mi padre mientras me ayuda a sacar el equipaje.

Le cuento la oferta que me hizo Pau, espero hasta que Lidia accede a casa con mi hijo para decirle el enfrentamiento que tuve ayer con mi tío y el motivo que me ha llevado a despedirme y aceptar trabajar aquí con mi amiga.

—Me alegra mucho la decisión que has tomado.

—¿Manuel sabe algo o has decidido por cuenta propia alejarlo de su hijo?

Resoplo al escuchar la voz de mi madre. Ya sabía yo que no tendría la fiesta en paz una vez anunciara mi intención de permanecer aquí una temporada.

Tanto mi padre como yo nos giramos para observarla. Está plantada con las manos cruzadas a la altura del pecho en mitad del salón a la espera de una respuesta.

—No me hables de él, anda. No quiero mosquearme más de lo que estoy.

—Tan irresponsable como siempre —masculla.

Cierro las manos, no quiero cometer ninguna tontería de la que después me arrepentiré, estoy segura de ello. Pero si nuestra convivencia comienza así, vaticino que nos llevaremos igual de mal que siempre.

—Cariño... —intenta intervenir mi padre.

Mi santa madre levanta una mano para que no diga nada.

—Tú cállate, que lo único que haces es animarla a que no vuelva con su marido y lo que tiene que hacer como buena madre es...

Levanto un dedo para que no diga nada más. Sigo sin entender a mi padre, con lo buena persona y romántico que es, no comprendo cómo pudo acabar con la fría y sosaina de mi madre. Sí, es una sosaina, a mis veintiocho años jamás la he visto hacerle una caricia a su marido, cuando el pobre se merece miles de ellas.

—No pienso volver con él en la vida.

—La juventud de hoy en día no aguantáis nada. Huis con el primer problema.

—Será eso —farfallo.

No quiero liarla, pero con ganas me quedo de echarle en cara todas las cosas mal que ha hecho durante todos estos años; pero me mantengo impassible por mi padre, él no se merece que le haga esto. Obvio la cara agria de mi madre y agarro una de las maletas dispuesta a subirla a la que será mi habitación por el momento, si las cosas han empezado así de mal pronto tendré que ver la posibilidad de buscarme una casa de alquiler. No me traslado a Blanca para seguir con peleas y malos rollos, busco paz; tranquilidad.

Tal es la mala leche que llevo encima que no reparo en que mi padre va detrás de mí con otra de las maletas hasta que no accede a la habitación.

—Cariño —dice.

Pego un salto debido al susto.

—No le hagas caso a tu madre, ya sabes cómo es.

Suspiro, en cierto modo siento lástima por él, sé que no ha sido feliz en su matrimonio.

—Sí, una borde. No entiendo por qué llevas tantos años casado con ella.

Toma asiento en la cama y yo a su lado.

—¿De verdad que no lo sabes? —inquire.

—Por mí, pero sabías que nunca me perderías.

—Cielo, eras muy pequeña cuando sucedió aquello. De haberme separado, te aseguro que nuestra relación no sería ni por asomo la misma.

Tengo que darle la razón, mi madre hubiera hecho todo lo posible porque lo odiase, o al menos que no nos lleváramos tan bien.

—Me jode que por mi culpa no hayas sido feliz —afirmo con sinceridad.

Me sujeta por la barbilla para que lo mire.

—No vuelvas a decir eso, me has hecho el hombre más feliz del mundo, primero con tu amor y después dándome un nieto.

—Ya, papá. Aunque no me refiero a ese tipo de amor.

Inspira profundo.

—Cielo, ese amor del que hablas ya lo viví una vez y también el intenso dolor que provoca cuando lo pierdes.

—Nunca me has hablado de ella.

Niega, sigue sin estar preparado para relatarme qué ocurrió entre ellos. Sé que cuando conoció a mi madre sintió algo muy intenso, siempre me ha dicho que gracias a ella pudo recomponer su corazón partido, aunque después cambiaron las cosas entre ellos debido a lo ocurrido, que el amor que existía se esfumó, y cuando iba a separarse se enteró de que yo venía de camino. Siempre me ha repetido que no necesitó hacer una prueba de paternidad, que en cuanto me vio supo de inmediato que era su hija y está en lo cierto, es imposible parecernos más.

—Me vas a contar qué te ha hecho Manuel en esta ocasión.

—Lo de siempre, papá.

Niega con la cabeza. Nunca ha visto con buenos ojos nuestra relación, siempre me ha animado a dejarlo, que él está ahí para lo que necesite.

—¿Cuándo me harás caso? —comenta, incorporándose.

—A partir de ya, me he cansado de darle una oportunidad tras otra para ver si cambia y siempre consigo lo mismo; que me destroe.

Me acaricia la mejilla.

—A ver si esta vez es verdad y te olvidas de él por una maldita vez, bastantes años le has regalado ya.

Lo abrazo y lo beso.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti, cielo.

Capítulo 23

Aitor

Nunca en mi vida he estado tan nervioso, ni cuando le di el primer beso a Mabel me temblaba tanto el cuerpo como hoy. Intento anudar la corbata, no tengo éxito.

—Déjame a mí —solicita mi cuñada.

—Gracias.

Cuando llegué a la finca tras mi visita a la abogada la ladeé del resto de trabajadores, quería hablar con ella en privado por eso la arrastré desde la construcción principal hasta el El Viñedo Junior, fue allí donde le conté todo lo que me había dicho la abogada.

Su rostro detonó alegría y tristeza a la par, no porque le molestara que hubiera descubierto el paradero de mi hermana, fue por enterarse de que mi sobrina se criaría de igual modo que mi hija; sin su madre.

—¿Estás seguro de que no quieres que te acompañe?

—No, prefiero que te quedes con Rebeca.

—¿Se lo has dicho?

Me apresuro a negar.

—Aún no, primero prefiero establecer contacto con los padres de mi hermana y cuando esté seguro de que la relación puede ser duradera, se lo diré. De lo contrario, la ilusionaré para nada e intento que mi hija sufra lo menos posible.

—Lo sé. ¿Te he dicho alguna vez que eres un padrazo?

Le sonrío con cariño, que fácil habría sido mi vida si Rebeca hubiera tenido la misma personalidad que Silvia. Estoy convencido de que a su lado habría olvidado a Mabel y que a día de hoy, seguiría enamorado de ella, pero la vida es así de caprichosa y quiso que me enamorara de la hermana equivocada, también es cierto que mi cuñada era demasiado joven cuando conocí a Rebeca y, además, tenemos los mismos gustos sexuales.

—Creo que es la primera vez que te escucho decir algo bonito en lo referente a mi persona —bromeo.

Me da un puñetazo en el brazo, está cabreada, lo sé, pero me encanta la relación que tenemos.

—Gilipollas —masculla.

Miro el resultado en el espejo. Creo que mi cuñada se ha pasado, que no es necesario ponerme el traje de chaqueta para conocer a los padres de mi hermana.

—¿No es demasiado? —cuestiono, señalando el traje.

Niega.

—Tienes que dar buena imagen. Ponte en su lugar, pueden pensar que quieres quitarle a su nieta.

—Jamás haría eso.

—Tú lo sabes y yo también, pero ellos no.

Está en lo cierto. El matrimonio puede pensar cualquier cosa, inclusive que he salido igual o peor que Lorena, aunque dudo mucho que opinen así y hayan hecho el viaje desde las Islas Baleares para que los conozca.

—Vete o llegarás tarde —informa mi cuñada.

Miro el reloj para comprobar la hora, está en lo cierto, me quedan escasos veinte minutos para llegar a la capital, tendré que pisarle al acelerador. Me despido tanto de mi hija como de ella con un abrazo y un beso, no tengo tiempo para más.

Conduzco por encima del límite de velocidad, de otro modo no llegaré a la hora concertada. Supongo que me encontraré con mi abogada directamente en el lugar de la reunión puesto que no me ha dicho de ir juntos.

Estaciono donde me indica el GPS, hace tiempo que no vengo por esta parte de la ciudad. Observo a mi alrededor y me sorprende comprobar cuánto ha cambiado, me cuesta reconocerla. Avisto el cartel del restaurante, queda a unos diez metros. Camino indeciso, los nervios a cada segundo se apoderan más de mí, debo calmarme o les daré una mala impresión, con estos temblores parezco un adicto con el mono. Paro frente a la fachada e inspiro un par de bocanadas de aire. Cierro los ojos y visualizo a mi pequeña, en la ilusión que le hará enterarse de que tiene una prima.

—Buenos días, señor Cortés.

Abro los ojos y giro el rostro. Mi letrada acaba de llegar acompañada por su marido. Los saludo con un apretón de manos.

—Buenos días, señora García —respondo al saludo.

Su marido le susurra algo al oído, le da un beso en los labios y se despide de ambos. Lo veo marcharse en dirección opuesta a la que nosotros vamos, suponía que nos haría compañía.

—¿Su marido no se queda? —cuestiono.

Es la primera vez desde que la conozco que la veo sonreír y sonrojarse.

—No sería ético por mi parte permitir que esté presente en la reunión —informa—, y no estamos casados —agrega.

—A mí no me molesta.

Froto las manos, necesito hacer algo con ellas para que dejen de temblar. Mi letrada me da un golpecito en el hombro suave, intuyo que es para que me tranquilice.

—Relájese, señor Cortés. No tiene nada que demostrar y como ya le dije en mi despacho, esta situación no es por su culpa.

Asiento. Quiero creer sus palabras, lo necesito para no sentirme mal conmigo mismo.

Accedemos juntos al restaurante, ella se adelanta a saludar a un hombre, creo que se trata del abogado de mi hermana. En efecto, porque la señora García no tarda en presentármelo como tal. Sin disimulo me observa, no me agrada nada el escrutinio al que soy sometido, es como si me estuviera juzgando incluso antes de saludar.

Con la mano señala la zona del fondo del restaurante, lo máximo que veo son dos biombos que separan las zonas. Camino detrás de ellos, en parte porque necesito estos segundos para concienciarme de que detrás de uno de los biombos está mi sobrina y el matrimonio que no quiso saber nada de mí cuando adoptaron a mi hermana. Supongo que para los tres será una situación un tanto incómoda.

—Señor Cortés, le presento a los señores Del Castillo.

El hombre, de pelo canoso que roza los sesenta, se incorpora para estrecharme la mano. Su mujer, un par de años menor que su marido y morena, me mira de arriba abajo con mal gesto. Mal empieza la reunión si ya me condiciona sin conocerme.

—Un placer —digo alicaído cuando me cercioro de que no han traído a mi sobrina.

Tomo asiento donde me indica mi abogada sin ánimos de nada. Esperaba conocerla y los señores Del Castillo me van a privar de ello. La primera que toma la palabra es mi letrada, informa de manera detallada quien soy y el motivo de mi interés por reunirnos esta mañana. Por su parte, el padre adoptivo de mi hermana nos pide perdón por venir sin la niña, objeto que está enferma y que se han visto obligados a dejarla a cargo de la niñera, no sé si creerlo puesto que me parece demasiada casualidad.

Durante más de una hora, tanto el matrimonio como su letrado, me avasallan

a preguntas, quieren saber cuáles son mis intenciones respecto a mi sobrina.

—Como le he dicho —repito por sexta vez—, no pretendo arrebatársela a ustedes, solo quiero conocerla y que tenga vínculo familiar con su prima. Sé lo que es crecer sin familia y no deseo eso para mi hija.

La señora García coloca su mano en mi muslo, el gesto es inofensivo, sé que lo hace para infundirme tranquilidad.

—Olvídese de eso, señor Cortés, no quiero que mi nieta tenga vínculos con usted —comenta mordaz la señora Del Castillo.

Ahora mismo siento como si alguien me hubiera echado un cubo de hielo por encima de la cabeza.

—Señora Del Castillo, eso no es lo que me dijo ayer su abogado.

—Señora García si desde el principio le hubiera dicho que su cliente regenta un burdel, ya le digo yo que no estaríamos aquí. Nos ha hecho perder tiempo y dinero.

Miro a mi letrada y ella a mí, no entiende nada.

—No es un burdel —corrijo a la señora.

—¿Me va a negar que los hombres no van a allí a buscar compañía femenina? —inquire de nuevo.

—No, no pienso negarlo; pero déjeme decirle que al igual que nuestros clientes visitan mi negocio para buscar compañía femenina, nuestras clientas van para hallar la masculina.

—¿Un club de intercambio de parejas? —indaga mi abogada.

—Más o menos.

La señora Del Castillo se incorpora, de ese modo pone más énfasis en su intención de acabar con la reunión. Le exige a su marido que haga lo propio, el hombre me dedica una mirada comprensiva antes de levantarse y hacerle caso a su mujer. Su abogado se despide de la mía, aunque no de mí.

Cuando creo que estamos nosotros solos en la mesa, la señora Del Castillo gira el rostro y dice:

—Otra cosa, señor Cortés, no sé cómo ha tenido el valor de pensar que lo aceptaríamos en nuestra familia cuando en su día no quisimos adoptarlo porque no me gustó su presencia.

Trago saliva, ya no soy aquel chiquillo que se quedó destrozado al saber que no me querían, pero el dolor que percibo en este instante es idéntico. Mi abogada espera hasta perderlos de vista para mascullar por lo bajo; «Será bruja la *ricachona*».

La miro con otros ojos, siempre es tan educada y profesional que me resulta

raro oírle hablar así.

—Lo siento —se disculpa cuando repara en que la he escuchado—, es que no soporto a la gente que se cree por encima de los demás.

—No se preocupe, señora García, la entiendo perfectamente.

—Llámeme Paula, por favor.

La miro con asombro, ese nombre me recuerda a mi etapa universitaria, aunque no estoy seguro de que se trate de la amiga de Mabel, sería mucha casualidad y más que sea mi abogada. Desecho la idea, no puede ser ella.

—Lo haré si usted deja de tratarme de usted.

—De acuerdo, Aitor. Te importa si aviso a Lázaro.

—Para nada.

Llamo la atención del camarero, necesito una cerveza, no me gusta tomar alcohol si tengo que conducir, pero hoy haré una excepción. Paula pide dos más, supongo que su pareja no tardará en llegar. Mientras tanto, se interesa por saber cuál es el funcionamiento de los clubs. Se lo explico sin esconderle nada.

—¿Y el que inaugura esta noche en Blanca es igual? —Desea saber.

Niego con la cabeza y paso a explicarle cómo será.

—Hemos dividido la construcción principal en dos zonas: una para destinarla a cafetería y la otra para intercambio de parejas.

—Sabes que si los vecinos se enteran, pondrán el grito en el cielo, ¿verdad?

La expresión logra que me relaje y olvide por un momento lo que acaba de suceder. Río con ganas, mi cuerpo y mente lo agradecen.

—Espero que eso no suceda, no quiero tener que marcharme otra vez del pueblo. De todos modos y para que te quedes más tranquila, te diré que a la parte de intercambio de parejas se accede con invitación, si no se muestra en la entrada no se puede entrar.

Su cuerpo se relaja al saber el funcionamiento.

Es casi mediodía cuando me despido de la pareja en la puerta del restaurante, Paula vuelve a pedirme perdón por lo ocurrido con los padres adoptivos de mi hermana. Resto importancia, ella no tiene la culpa de nada.

A mi llegada a casa lo primero que hago es alzar a mi hija y abrazarla, mi cuñada se percata de que la reunión no ha ido todo lo bien que esperaba, con un gesto de cabeza le hago saber que no es lugar para hablar del tema. Lo comprende.

Capítulo 24

Mabel

Los días en el pueblo no van según lo previsto, esperaba relajarme desde el minuto uno, pero mi madre se empeña en no concederme tal deseo. Cada vez que me la tropiezo por casa tengo que escuchar que soy una mala madre por separar a mi hijo de su padre, empieza a cansarme la situación, otro día más así y no respondo.

Salgo al exterior en el mismo momento que escucho sus pasos acercarse a la entrada principal, no deseo otro encontronazo con ella, con dos esta mañana voy servida. El cielo despejado y el sol en lo más alto anuncia la pronta llegada del verano, la temperatura invita a pasear. Compruebo la hora, a Manuel aún le quedan dos horas para salir del colegio, gracias a las gestiones de mi padre mi hijo solo ha perdido un día escolar.

Miro el sendero que me llevará hasta la casa de mi abuela, si mi madre fuera de otra manera, podría instalarme allí con mi pequeño, aunque venga a comer aquí cada día puedo mantener mi independencia, pero las veces que lo he propuesto estos días me he encontrado con una negativa.

Caminar de nuevo por los senderos logra que me traslade a un época en la que las preocupaciones y las verdaderas traiciones no existían, en aquellos años todo era más simple. Las riñas con los amigos se solucionaban en el mismo día, lo más tardar a la mañana siguiente en el patio del colegio. Ahora las cosas son más complicadas, con un simple me perdonas no sirve en la mayoría de ocasiones.

Ralentizo el paso al cruzar el río, hacía años que no le dedicaba más de un segundo a observarlo, las vistas aún son preciosas, inclusive me atrevería a decir que ahora mucho más. Quizá sea porque ya no soy esa niña despreocupada que lo único que le interesaba era jugar con mis mejores amigos.

Silbo al enfilear la calle que me lleva directa a casa de mi abuela, quedo asombrada al ver el cambio de la zona. Pocas casas quedan de antaño, las de ahora son construcciones modernas de líneas rectas. Las únicas que se mantienen igual son la de don Fulgencio y la de mi abuela. Observo el caserío que han construido frente a la casa de mi abuela, imagino que será una familia

con bastante poder adquisitivo, porque vamos, el sueldo de un trabajador común no da para eso.

Bordeo la finca de mi abuela, si mi padre no la ha reparado, casi al final de la parcela hay un pequeño acceso que únicamente conocíamos Lolo y yo. Sonrió al encontrarlo, tendré que hablar con mi padre para que lo arregle, cualquiera se puede colar y acceder a la casa.

Es poner un pie dentro y los recuerdos me invaden. No sabría decir cuántas veces quedé aquí con Lolo para hacer alguna de nuestras travesuras; sin embargo, lo que antes veía gracioso ahora lo veo un tanto macabro.

Tiro del pomo de la puerta trasera de la casa: «Menos mal», pienso al comprobar que está cerrada con llave. Ni me molestó probar con la principal, sé de sobra que esa siempre se mantenía con la cerradura echada.

Me siento en el primer escalón de los cuatro que hay para acceder a la cocina y apoyo la espalda contra la puerta de madera. Cierro los ojos para que el sol no me dé directo en ellos y dejo la mente en blanco. Ahora mismo necesito no pensar en nada, quiero dejar atrás el pasado y comenzar de cero, para eso estoy aquí.

La vibración del móvil me saca del duermevela en el que me he sumido debido a los rayos del sol. Es un mensaje de Pau, me pide que si, por favor, puedo incorporarme antes del lunes a trabajar, que va saturada y tiene que irse unos días de viaje con Lázaro. Quedo con ella para esta tarde, no me importa comenzar mañana jueves, total ya estoy más que instalada y aburrida de no hacer nada.

Cuando finalizo de hablar con mi amiga, compruebo que es la hora de ponerme en marcha, faltan veinte minutos para que mi peque salga del colegio, estoy a escasos diez minutos, pero quiero salir con tiempo no sea que me pare algún vecino para fisgonear qué hago otra vez en el pueblo.

—¿Papá? —llamo sorprendida al verlo en la calle.

Me fijo en que está nervioso, como si no esperara que lo encontrara por la zona.

—Cielo, ¿qué haces aquí? —cuestiona sin dejar de mirar a todas partes menos a mí.

—No tenía ganas de pelearme otra vez con mamá y he salido a dar una vuelta. ¿Y tú qué haces aquí? ¿No trabajas hoy?

Su cadera vuelve a ser la de siempre y hace cosa de un mes que se reincorporó al trabajo.

Percibo su inquietud.

—Sí, pero ya he terminado.

No cesa en mirar a su alrededor, sobre todo a la vivienda de la que parece acaba de salir, la que hay enfrente, su actitud me pone en alerta.

—¿Conoces al dueño? —señalo la finca.

—No —se apresura a negar.

—Me ha parecido verte salir de ahí —insisto.

—¿Quién yo? Que va. Vengo a darle una vuelta a la casa de la abuela.

Su actitud grita que miente, que en este momento no es todo lo sincero que suele ser. Lo observo con detenimiento, la frente perlada en sudor me confirma que oculta algo y tengo toda la intención de averiguar qué es. Me acerco a él lo suficiente para ver mejor cada uno de sus gestos.

—¿Te ocurre algo? —quiero saber.

Da dos pasos atrás para alejarse de mi lado. Se pasa la mano por la frente para secar las gotas de sudor, de acuerdo que ya hace algo de calor, pero no tanto para que sude de esta forma.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Quizá porque estás muy raro —digo sin dejar de observarlo.

Carraspea y, sin quererlo, desvía la mirada a la casa de la que estoy segura de que ha salido.

—No digas tonterías. Es que no esperaba encontrarte por aquí.

Baja la mirada hasta centrarla en sus manos. Acto seguido introduce una en el bolsillo para sacar las llaves de la finca, sin ni siquiera mirarme abre la cancela.

—¿Pasas? —cuestiona una vez dentro.

Niego.

—Me marcho al colegio, quiero llegar antes de que Manuel salga.

Quedo estupefacta por la rapidez que se da para cerrar de nuevo la puerta y guardarse las llaves.

—A por mi nieto voy yo, tú vete directa a casa.

Abro los ojos de forma exagerada. Su actitud ya comienza a ser más que sospechosa.

—¿Me prohíbes que vaya a recoger a mi hijo al colegio?

Vuelve a pasarse la mano por la frente, otra vez la tiene perlada de sudor.

—Mira que eres exagerada cuando quieres, no te prohíbo que vayas, te digo que voy yo, que se lo prometí ayer por la tarde.

Asiento. Es verdad que mi hijo le pidió que fuera él a recogerlo.

—Pues te acompaño, quiero conocer a su nueva amiga, Rebeca, que no para

de hablar de ella.

—Ya tendrás tiempo de conocerla, cielo. Le di mi palabra a mi nieto que antes de ir a casa pasaríamos por el bar de Víctor y no pienso incumplirla.

Sonrío, ahora entiendo su actitud, aunque no comprendo por qué no me lo ha dicho desde el inicio.

Víctor es un íntimo amigo de mi padre, además, de ir al colegio juntos también hicieron el servicio militar en el mismo cuartel. Y cuando se enteró de que yo regresaba al pueblo, le hizo prometerle a mi padre que llevaría a mi hijo para que lo conociera; pero puso una condición, que yo no los acompañara. No es debido a que le caiga mal al hombre, es que si voy, no podrá malcriar a mi hijo con todo lo que pida.

—¿Por qué no has empezado por ahí? He llegado a pensar que me ocultabas algo.

Sacude la mano, un gesto muy suyo cuando no desea aclarar algo o no quiere seguir con la conversación. Lo malo o bueno, según se mire, es que yo tengo la misma costumbre.

—Lo que me faltaba a mi edad, tener que dar explicaciones de todo —refunfuña dirección al coche.

Sacudo la cabeza sin dejar de reír. La situación es cómica, es como si a estas altura viera fantasmas donde no los hay. Se me olvida que hablo con mi padre, el hombre más honesto y sincero que conozco.

—¿No te estarás riendo de mí? —inquire junto a la puerta del conductor.

—Jamás se me ocurriría hacer tal cosa.

Le doy un beso en la mejilla, gracias a él me mantengo cuerda en el pueblo.

—Papá, ¿sabes de alguien que alquile una casa?

La pregunta va con segundas, es para ver si me ofrece la casa de la abuela, sé que mi madre se negará en rotundo a que viva en ella, pero el dueño de la finca es él. Al fin y al cabo era de su madre.

Me mira asombrado, para nada esperaba que cambiara de tema de conversación.

—¿Para qué la necesitas?

—Ya lo sabes, no he vuelto para discutir continuamente con mamá. En estos momentos, necesito paz y con ella eso no existe.

—Cielo, déjame a mí, hablaré con tu madre esta noche, pero no te vayas otra vez, por favor.

—No me voy a ir, solo quiero la independencia que tenía en la ciudad.

—Me has entendido. Concédele unas semanas y si todo sigue igual,

hablamos de la casa de la abuela.

—Vale —acepto.

Regreso a casa por el camino más largo, saber que tardarán más de la cuenta en volver me hace tomar esa decisión, no quiero estar a solas con mi madre.

Capítulo 25

Aitor

Me incorporo del sofá regado en sudor, voy tan cansado que ha sido llegar del colegio de llevar a Rebeca y dejarme caer en él. Todas las noches, desde el sábado pasado, me invade la misma pesadilla y no logro conciliar el sueño. Cada vez que cierro los ojos veo a mi hermana salir del centro de acogida con la mochila colgada al hombro, después de un parpadeo desaparece y lo siguiente que diviso son unos barrotes de acero, tras ellos no se encuentra ella, para mi sorpresa es mi pequeña quien está encarcelada.

Por muchas vueltas que le doy al sueño no tiene sentido, mi pequeña jamás será como Lorena, no se parecen en nada. Creo que todo esto es debido al tormento que siento, aunque María insista a diario en que no soy el culpable de la situación de Lorena, algo dentro de mí desea hacerme responsable de ella.

—Hijo, ¿estás bien? —cuestiona María cuando aparezco por la cocina.

Regreso al pasillo y me observo en el espejo, incluso yo mismo me asusto de mi aspecto. Froto la cara con vehemencia, pienso que de ese modo eliminaré las ojeras.

—Desde el sábado no descanso bien.

El domingo me pilló en la piscina con los ojos cristalinos, no me quedó más remedio que confesarle lo que tenía intención de guardar para mí.

—Tienes que dejar de atormentarte con eso. No tienes la culpa de las decisiones que tu hermana tomó en su juventud.

Niego repetidas veces con la cabeza. En parte sí que soy culpable, si me hubiera dado cuenta de lo que le hacía mi padre cada noche, Lorena no habría vivido aquel infierno y estoy convencido de que es lo que la llevó por el mal camino.

—No sé yo, quizá si hubiera insistido en saber qué le hacía mi padre y hacer lo imposible para que no nos separaran, ahora no estaría en esa situación, estaría aquí en casa con nosotros.

La mujer niega con la cabeza. Se acerca a mi lado y pronto me envuelve para darme un cálido abrazo.

—En ambas situaciones eras un niño, ¿qué podías hacer tú? No te tortures con eso.

Encojo los hombros, puede que esté en lo cierto.

—La verdad que no mucho, pero me conformé cuando me dijeron que la habían adoptado.

—Además, piensa en esto. ¿Por qué tu hermana no te buscó cuando se hizo adulta y tú no has dejado de hacerlo?

Es la misma pregunta que me he hecho a lo largo de mi vida, por qué Lorena no hizo por encontrarme cuando yo comencé a buscarla cuando tenía quince años, pero no ha sido posible hasta que conocí a mi actual abogada, es ella quien lo ha logrado. Nunca me ha importado el dinero invertido en tratar de dar con su paradero, inclusive mi suegro me decía que lo estaba tirando, que los investigadores privados me engañaban con falsas esperanzas por ser joven e inexperto en los asuntos importantes de la vida. Estaba en lo cierto, pero en esos momentos lo único que pretendía era reunirme de nuevo con ella y volver a ser una familia.

—No lo sé, María. Hace años que dejé de cuestionármelo —admito alicaído.

Cada vez le doy más la razón a Jesús en eso de que la sangre no hace a la familia. Son los momentos que se viven con las personas, el estar cuando en verdad te necesitan y hacer lo imposible por ellos. Mi hermana, por mucho que me duela, no ha hecho nada por reunirse conmigo, al menos yo no tengo conocimiento de lo contrario.

María, al ver mi estado, coloca dos tazas de café sobre la mesa. Con un gesto de mano indica que tome asiento, lo hago.

—Hijo, soy mayor para entender ciertas cosas, aunque creo que a ti lo único que te pasa no es haberte enterado de que tu hermana está en la cárcel, hay algo más que te corroe.

No sé a qué se refiere, estoy así desde el día que me reuní con los padres adoptivos de Lorena.

—No malinterpretes mis palabras, pero no te puede afectar mucho puesto que no sientes ningún cariño hacia a ella y es lógico, os separaron siendo muy jóvenes y el amor que existía, el tiempo lo ha evaporado.

No estoy de acuerdo con ella, siempre he tenido presente a mi hermana, aunque en cierto modo no puedo quitarle la razón, si me paro a analizar mis sentimientos, me unen unos lazos más fuertes hacia a mi cuñada que a mi propia sangre.

—Entonces, ¿qué crees que me ocurre?

—Me da la sensación de que le tienes miedo a las mujeres.

La sonrisa es espontánea, por mucho que esté triste no puedo evitarlo.

—¡Qué cosas tienes, María! —digo sin dejar de sonreír.

Intento serenarme al ver la seriedad con la que me observa, lo que menos deseo es molestarla con mi actitud.

—Ríete todo lo que quieras, pero que sepas que tengo razón —increpa bastante seria—. Primero te sentiste abandonado cuando tu madre se marchó sin despedirse, aunque ya sabes que le fue imposible hacerlo.

—Lo sé y también lo que hizo el desgraciado ese que decía llamarse mi padre —admito con los ojos cristalinos, recordar duele.

La verdadera versión la conozco gracias a Jesús, fue él quien, en mi onceavo cumpleaños, me contó lo ocurrido con mi madre, también me aseguró que de no estar tan enferma, jamás se hubiera alejado de nosotros, que éramos lo que más quería. Fue el propio Jesús quien le sugirió ir al hospital, que no veía normal que perdiera tanto peso y haber perdido el apetito. Tras realizar las pruebas pertinentes, los médicos descubrieron el tumor en el pulmón, aunque ya era demasiado tarde para salvarle la vida, lo máximo que pudieron hacer por ella fue darle cuidados paliativos para facilitarle el final de sus días.

Si bien no la culpo a ella de haberse marchado de casa sin decir adiós, jamás perdonaré a mi padre por no permitir que nosotros estuviéramos con ella en esos momentos que tanto nos necesitaba, pero qué esperar de una persona que no fue capaz de arropar a su mujer en su último aliento y sí abusar de su hija cada noche. Es por ello que dejé de intentar verlo. Desde ese día, me hice a la idea de que no tenía padre y fue Jesús quien pasó a serlo.

—Tras ese varapalo, bastante importante para un niño, la siguiente en alejarse de tu lado fue Lorena —prosigue con su explicación María de lo que según ella me pasa—. Si no tenías suficiente con perder a los dos mujeres de tu familia, la hija de Jesús, la única mujer que volviste a amar después de lo de ellas, te abandonó en la universidad y la última fue la madre de mi nieta.

Abro los ojos estupefacto, ¿cómo sabe lo de Mabel si nunca se lo he dicho? Las únicas personas que conocen la verdad son Jesús y mi cuñada.

—Hijo, que casi todo el pueblo sabe que la cortejaste durante unos meses y que sigues enamorado de ella, es por eso que desde Rebeca no has vuelto a tener pareja —aclara María ante mi pregunta muda—. Estoy convencida de que tu miedo radica en que piensas que no te mereces tener a una mujer a tu lado, porque todas, por un motivo u otro, te han abandonado, ese miedo te lleva a soñar con que Rebeca también se alejará de ti.

Un escalofrío se adueña de mi columna vertebral, si lo pienso fríamente tiene razón, es la historia de mi vida, cada mujer que ha estado a mi lado antes o después se ha ido para no regresar. Quizá por eso veo a mi pequeña entre rejas, el sueño puede que me muestre el miedo que tengo a perderla.

—Ves como estoy en lo cierto —afirma segura de sus palabras.

Me quedo pensativo, no puede acertar más, en parte, ese temor es el que ha impedido que desee probar suerte con otra mujer, porque sé que se alejará de mi lado y me volverá a destrozar el corazón.

—Nunca lo he analizado desde ese punto de vista —comento a los segundos.

—No lo has hecho porque la verdad asusta.

Tiene razón. No hay cosa que dé más miedo que la verdad.

Se incorpora, aunque no reparo en ello hasta que se coloca a mi lado y me abraza. Me reconforta tenerla a mi lado.

—Ni Rebeca, ni Silvia ni yo nos alejaremos de tu lado —asegura.

Le aprieto la mano para darle las gracias.

—Gracias por formar parte de mi vida, María.

—No tienes que agradecer nada, sabes que para mí eres como el hijo que siempre quise tener.

Asiento.

—Y ahora, cambia esa cara que en menos de cinco minutos entrará por la puerta nuestro torbellino.

Miro el reloj de la cocina, ni reparar en que es la hora de salida de Rebeca del colegio. Otro día más que no voy a recogerla. «Si entre el trabajo y el abuelo, al final no podré pasar tiempo con mi hija», pienso para mí.

Desde hace más de una semana es Jesús quien se encarga de ir a por ella, objeto que no es molestia, que le gusta ir a él, que así pasan más tiempo juntos. No dudo de su palabra, pero sí sé que oculta algo y tengo claro que pronto averiguaré qué es.

La puerta de casa se abre, supongo que es Jesús quien lo hace con su copia de llaves.

—Es nuestro secreto, ¿vale, cielo? —escucho. Es Jesús quien lo dice.

Me incorporo de la silla para salir al encuentro de mi hija.

—Sí, abuelo. —Lo siguiente que oigo es el sonido de un beso—. Mañana nos vemos en el colegio.

Mi hija pega un brinco cuando se gira al cerrar la puerta, no sé si por alegría de verme en mitad del pasillo o porque no me esperaba y se ha

asustado. No tarda en correr y lanzarse a mis brazos. Reparto besos por su rostro repleto de felicidad. Cuando la dejo en el suelo accede a la cocina y grita eufórica cuando ve a María.

—¡Abuelita!

—Hola, tesoro. ¿Cómo te ha ido en el colegio?

—Muy bien, abuelita. La profesora nos ha nombrado a mi nuevo hermano y a mí los supervisores de clase cuando ha tenido que salir.

Observo a María, contiene las ganas de reír tanto como yo. Desde hace casi dos semanas, ahora que lo pienso, el mismo tiempo que Jesús la recoge del colegio, no cesa en hablar de su nuevo hermano. Sé que se trata de un niño nuevo que hay en el pueblo con el que ha congeniado a las mil maravillas, pero de ahí a que se digan hermanos me parece excesivo, aunque supongo que son las cosas de su edad y las enormes ganas que tiene de tener un hermano con el que jugar en casa.

Durante el transcurso de la comida no deja de parlotear, de lo bien que lo pasa jugando con él y que cuándo puede invitarlo a casa. Le aseguro que pronto.

—¿Qué quieres hacer para tu cumpleaños? —cuestiono cuando termina de contarnos sus horas de clase.

—Celebrar una fiesta en el descampado —responde segura.

—¿No prefieres hacerla en casa?

Se apresura a negar.

—No, quiero que sea en el descampado.

El descampado no es más que una explanada de arena donde hay dos bares y una zona exclusiva para que jueguen los más pequeños. Siempre está a rebosar, sobre todo los domingos por la mañana.

—De acuerdo, princesa. Allí lo haremos.

Capítulo 26

Noviembre de 2011

A Mabel se le iluminó el rostro nada más acceder a su cuarto y ver encima de la silla que usaba para estudiar, el disfraz que se puso en la fiesta de Halloween de la facultad de Pau. Toda ella se estremeció al recordar el perfecto broche final que pusieron Aitor y ella cuando llegaron a su residencia. Otra vez, él logró alzarla hasta el cielo con sus caricias.

Miró el reloj y se impacientó. Faltaba menos de una hora para que llegara su novio, tenía que organizar la habitación y guardar el disfraz que ya llevaba siete días en el mismo sitio, pero los exámenes la habían absorbido cada hora, incluso tuvieron que renunciar a verse después de clase si querían aprobar.

Comprobó la hora al entrar en el baño, deseaba cerciorarse de que tenía tiempo de darse una ducha antes de que él llegara, no quería que la encontrara sudada y con aquellas pintas horribles. Sacó del cajón uno de los conjuntos de encaje que había comprado en una de sus salidas con su mejor amiga, quería estar guapa para Aitor en todos los aspectos. Observó ambas prendas, lo pensó mejor y tiró el sujetador dentro del cajón. Alargó la mano para descolgar uno de sus vestidos de lana, accedió al baño con todo en las manos. Optó por no cerrar la puerta, de ese modo si él tocaba lo escucharía. El recuerdo se apoderó de ella en el mismo instante que se puso debajo del chorro de agua, cerró los ojos y revivió paso por paso cada instante de aquella noche.

Amanecía cuando cruzaron la puerta a trompicones. Ninguno de los dos iba borracho, fue debido a que empezaron a besarse y acariciarse antes de abrir. Se recostó en la cama y lo obligó a tumbarse encima de ella, se sentía poderosa al saber que su miembro crecía debido a la pasión que ella le generaba.

Se desvistieron con rapidez, atrás quedaron las sesiones de besos y simples caricias. Desde aquel día que él le confesó su infancia y ella trató de alejar tan mal recuerdo de su memoria, habían descubierto que podían darse más placer sin parte de la ropa que con ella, pero ninguno se atrevía a quitar la última prenda que cubría el cuerpo del otro. Aitor llevó la iniciativa al meter la mano bajo la tela semitransparente para que percibiera mejor sus caricias. Ella no

quiso ser menos e hizo lo propio, ambos gimieron de placer.

Minutos después dedujeron que estarían más cómodos si la ropa interior no se interponía entre sus cuerpos, de ese modo dio comienzo el mejor orgasmo de su vida. Aitor introdujo un dedo en su interior, lo movió con lentitud hasta que su cuerpo pidió más, no tardó en ofrecerle lo que ella demandaba y aumentó el ritmo.

Apoyó la mano en la pared revestida de azulejos de la ducha para que las piernas no le flaquearan, el recuerdo era tan real que si no abría los ojos podía sentir el dedo de Aitor bombeando en su interior. Salió de la ensoñación de golpe al sentir el agua gélida caerle en la cabeza.

—¡Qué corte de rollo! —masculló entre dientes mientras cerraba el grifo.

Alargó la mano hasta el lavabo para hacerse con la toalla. Empezó a secarse dentro del pie de ducha, con las prisas se le había olvidado poner la alfombra en el suelo para no sentir el frío de las baldosas. Frotó con energía el cabello para eliminar el exceso de humedad, de seguido se secó el cuerpo. Solo le faltaban los pies cuando escuchó los dos toques en la puerta, señal inequívoca de que Aitor se encontraba detrás de la madera.

Pensó en gritarle desde su posición que esperara un momento, no lo vio correcto. Enrolló la toalla entorno a su cuerpo y le abrió.

Aitor se mojó los labios al verla. Ella lo miró embobada, cada día lo veía más guapo y con aquel atuendo, vaqueros rotos, camiseta ajustada y chaqueta de cuero, estaba para comérselo.

Cuando él dejó de fantasear, se acercó a ella y la besó con verdadera pasión.

—Hola, pecas. —Saludó una vez finalizado el beso.

—Hola, ojazos —respondió ella con una sonrisa.

Dejó de decirle ogro, supuso que a él le molestaría, aunque se lo dijera de forma cariñosa.

—¿Qué traes? —cuestionó Mabel al percatarse de la bolsa que llevaba.

Aitor la abrió para que ella viera su contenido. Mabel se relamió los labios cuando descubrió dos *Kebab* y un pack de cervezas.

—¡Humm! —Salivó—. Me visto en un momento.

—Por mí no te molestes, así estás perfecta.

Le guiñó un ojo risueño.

—Siempre y cuando tú me hagas compañía —contestó toda resuelta.

Aitor dio dos zancadas hasta colocarse frente al escritorio, dejó la bolsa y comenzó a quitarse la ropa. Para estar igualados, se dejó la camiseta y el

bóxer puestos.

—¿Cenamos? —sugirió sin cesar de observarla.

Abrieron una cerveza para cada uno aún con la sonrisa en la cara, cogieron su respectivo *Kebab* y se instalaron en la cama para darle cuenta a la cena. Hablaron de los estudios, de cómo le habían salido los exámenes y todas esas pequeñas cosas que durante la semana se vieron privados por falta de tiempo. Aitor aprovechó para ponerla al día respecto a la relación que existía entre Rubén y Pau, Mabel se enteró de cosas que su amiga no le había confesado, como que ese fin de semana lo pasarían en la masía de Pau en Blanca.

—Ya le vale —se quejó ella mientras abría un poco el cristal para evitar que se concentrara el humo en la estancia.

—¿No te ha dicho nada Paula?

—No, me he enterado por ti. ¿Cuándo se van?

—Se han ido después de clase. Rubén le ha pedido el coche a su padre.

Mabel sacó el paquete de tabaco de su mochila, le ofreció uno a Aitor.

—¿Molesta? —cuestionó él.

Pensó la contestación antes de ofrecerla.

—Pues sí, porque yo le cuento todo, no tengo secretos con ella; pero por lo visto, el nivel de confianza no es el mismo porque Pau sí los mantiene conmigo.

—Si lo sé no te digo nada.

—Todo lo contrario, me alegra que lo hayas hecho, así sé que a partir de ahora no tengo que decirle cada cosa que hago.

Mabel no se percató de que la toalla se había bajado cuando se sentó, reparó en ello al ver cómo Aitor se la comía con la mirada. Colocó el cigarro frente a sus ojos, lo tiró al bote vacío de cerveza, la boca de su novio le daría más placer que la nicotina.

El acercamiento entre ellos se produjo de manera natural. Aitor atacó su boca para saciarse de ella, al igual que un adicto necesita su dosis diaria, él necesitaba el sabor de Mabel para que el mono no lo dominara.

Le arrebató la toalla antes de tumbarla y colocarse encima de ella. Sus dedos comenzaron a inspeccionar el cuerpo que también conocía, aunque no se cansaba de acariciarlo. Abandonó su boca para explorar el resto. Primero se decantó por la curvatura de su cuello, lo besó y mordisqueó a su paso. De seguido, se centró en su hombro izquierdo y descendió hasta llegar al pecho, durante unos minutos se dedicó de pleno en él, en succionarlo para acto seguido besarlo con suavidad. Bajó por la barriguita hasta llegar al pubis, dio

pequeños besos hasta que se armó de valor y se posicionó frente a la fuente de placer de Mabel.

El instinto de ella fue cerrar las piernas al sentir el primer roce de su lengua, Aitor alzó la cabeza para mirarla a los ojos, si hallaba en ellos cualquier señal de desagrado desestimaría su empeño en saborearla por completo. No lo encontró. Con delicadeza la hizo separar las piernas para tener mejor acceso, sacó la punta de la lengua y volvió a pasarla por su vulva con lentitud.

Inspiró profundo para controlar sus impulsos más primitivos cuando Mabel lo sujetó del pelo. Concentró todos sus sentidos en darle placer, para él era lo más importante, hacerla sentir única y especial. Acompañó la masturbación con un dedo que introdujo en su interior y con ritmos acompasados, llevándola hasta el límite.

—Bésame —exigió Mabel, obligándolo a abandonar su tarea.

Le concedió la petición, no se veía capaz de denegarle nada, sabía que si le pedía que le bajara la Luna, lo haría sin rechistar, ese era su nivel de enamoramiento.

Contuvo el aliento al percibir las manos de ella arrebatándole la ropa interior y de inmediato, jugar con su glande sin dejar de besarlo. Apoyó las palmas de las manos en el colchón para sostenerse y que ella tuviera libertad de movimiento. Relajó los bíceps al cesar las caricias. Se recostó un poco sobre ella, era la primera vez que estaban completamente desnudos y no quería incomodarla.

Mabel enredó sus piernas en su cintura pegándolo a él. Aitor gimió al percibir la calidez y humedad que desprendía su sexo. La sensación era tan agradable que en ese momento creyó volverse loco. Enredó su lengua con la de ella sin dejar se rozarse y se dejó llevar por placentero momento. Frenó sus movimientos cuando el glande se posicionó en la entrada.

—No pares —suplicó Mabel.

—No es necesario llegar hasta el final, puedo esperar el tiempo que precises —se sinceró.

—Pero yo no.

Mabel se sintió rechazada cuando él se incorporó de golpe.

—¿No quieres hacerlo? —cuestionó con ojos vidriosos.

Aitor regresó raudo a su lado para propinarle un beso en los labios.

—Claro que quiero, pero necesitamos protección.

Mabel cerró los ojos sintiéndose estúpida. Los nervios se apoderaron de

ella mientras él sacaba un preservativo de la cartera, regresaba a la cama y se lo colocaba.

Al percibir su estado de ansiedad, Aitor dedicó unos minutos a besarla y friccionar de nuevo sus cuerpos, sabía que para ella sería doloroso por eso puso todo su empeño en que alcanzara el máximo nivel de excitación antes de fusionarse en uno. Cuando estuvo preparada, guio la punta hasta la abertura y con suma lentitud se abrió paso, aunque la inexperiencia de los dos provocó que Mabel sintiera más dolor del necesario al romperse el himen.

—¡Para, para! —exigió ella.

—¿Te he hecho daño?

—Sí.

—Podemos dejarlo para otra ocasión.

Mabel negó con la cabeza, estaba dispuesta a llegar hasta el final.

—Dame un momento.

Aitor asintió.

Dedicó los siguientes minutos a besarla, acariciarla tanto con la boca como con las manos, hasta que ella reclamó seguir con lo que habían empezado. Entró en ella con miedo de provocarle más dolor, meció la cadera con movimientos pausados, no había ninguna prisa, tenían toda la noche por delante.

Procuró retrasar lo máximo posible dejarse ir, pero las cartas no jugaban a su favor por tratarse de un principiante. Se mantuvo unos segundos dentro de ella, la experiencia, sin lugar a duda, había sido la mejor de toda su vida.

—Te quiero —confesó contra los labios de Mabel.

Ella lo besó de inmediato, a Aitor no le molestó que no respondiera de igual modo, sus sentimientos no cambiarían y tampoco deseaba forzarla a decirlo, ya lo escucharía cuando estuviera preparada.

—Creo que necesito pasar por la ducha —comentó Mabel aún con las mejillas sonrojadas al ver el cerco rojo impregnado en las sábanas.

—Cuando tú salgas, entro yo.

Se incorporaron sin dejar de mirarse a los ojos. Los dos se sentían más unidos al otro.

—¿Te ha dolido mucho? —se preocupó él junto a la puerta del baño.

—Al principio sí, pero después no. —De manera fugaz lo besó en los labios—. ¿Me acompañas o prefieres ducharte solo?

Aitor no lo pensó, se coló detrás de ella en el hueco de la ducha y volvieron a disfrutar de la cercanía del otro sin llegar más allá.

Mabel estaba recostada en el pecho de él, ninguno se molestó en colocarse algo de ropa para tapar la desnudez tras la ducha, la confianza entre ellos cada vez era más elevada.

—Vente conmigo mañana al cumpleaños de Claudia —suplicó ella acariciándole el estómago.

Aitor ronroneó.

—Si pudiera te acompañaría, pero es una fiesta de chicas, por no ir no va ni su novio. No me quedará otra que quedarme estudiando.

Apretó los labios al sentir los de Mabel recorrer todo el perímetro de su cintura.

—¿Vas directa a mi cuarto cuando te recojas? Estaré solo y aburrido.

—Me gusta la idea —comentó melosa.

Aitor contuvo el aliento cuando la lengua juguetona de Mabel se entretuvo con su glande. Aquello fue el inicio de un nuevo y más placentero encuentro que los dejó exhaustos y sumidos un profundo sueño.

Capítulo 27

Mabel

Cojo la invitación de encima de la mesilla y miro a mi hijo que está frente al espejo decidiendo si se queda con la ropa que le he sacado yo o la que él ha pedido. Si empezamos así con seis años, no quiero pensar qué será de mí cuando tenga unos cuantos más.

—No me gusta —sentencia, tirando de la manga corta del polo.

Me muerdo el labio inferior para no reírme, este hijo mío es un caso.

—¿Qué tiene de malo?

—Se me ven los brazos.

Todos los inicios de verano es la misma historia. Lo que me cuesta quitarle la manga larga, y porque aún no he empezado a ponerle bermudas. Intento no pensar en las pataletas que me esperan.

—Cariño, hace calor para ponerte esto —cojo el jersey de lana que ha sacado del armario.

—Pero a mí me gusta.

Me arrodillo para quedar a su altura.

—¿Quieres que tus nuevos amigos se rían de ti? —Se apresura a negar con la cabeza—. Pues es lo que pasará si te lo pones.

Me lo arrebató de las manos y lo mete de nuevo en el armario. «Menos mal que lo he convencido», pienso tranquila al saber que no tendré que escucharlo llorar durante casi una hora.

Recojo el regalo de encima de la cama. Lleva más de dos semanas en el nuevo colegio y ya lo han invitado a tres cumpleaños, a este ritmo voy a tener que decirle a Pau que me suba el sueldo o no llego a fin de mes.

—¡Campeón, vamos a llegar tarde! —escucho decir a mi padre desde abajo.

—Ya estamos —respondo.

Bajamos las escaleras, lo hago al lado de Manuel para evitar que dé un traspie y las baje rodando. El arquitecto de esta casa diseñó los escalones a diferentes alturas y es un peligro para el niño. Una vez abajo, le entrego el regalo a mi padre. Le doy un achuchón y muchos besos a mi peque antes de marcharme al despacho.

—¿Puedes recogerlo tú? —pregunta mi padre—. A las siete, tu madre y yo, tenemos que coger el autobús.

Este fin de semana se van de viaje con el centro de la tercera edad. Me parece perfecto que mi padre se empeñe en no quedarse encerrados siempre en casa porque si fuera por ella no saldrían; además, así tengo un respiro de mi santa madre, cada vez está más pesada con el tema Lolo.

—Sí, no te preocupes. Ya le he dicho a Pau que salgo una hora antes para ir a por él.

—¿Te las apañarás este fin de semana tú sola?

—Papá, por Dios, llevo seis años cuidando de mi hijo, creo que sé cómo hacerlo.

—No hace falta que te pongas así.

Le doy un beso en la mejilla. Alzo a mi hijo, lo abrazo y vuelvo a repartir besos por su cara.

—Pásatelo muy bien, cariño.

De camino al trabajo pienso en la suerte que he tenido. Cuando decidí mudarme no pensé cómo podría afectarle a él el cambio de colegio. Doy gracias todos los días porque, tanto por parte de los profesores como por del resto de compañeros, lo han acogido desde el primer instante.

—Buenas tardes. —Saludo a mi amiga a mi llegada al despacho.

Pau ya está en su mesa enfrascada con uno de los expedientes.

—Hola, Ma. ¿Puedes digitalizar la documentación que te he puesto en tu mesa? La necesito para el juicio del lunes.

—Me pongo con ello ahora mismo.

—Gracias, cielo.

—No tienes que darlas, es mi trabajo.

Conecto el ordenador y mientras espero a que encienda, preparo una cafetera. Sirvo una taza para cada una. Me siento en la silla y me enfrasco en el trabajo acumulado. Tengo que darle la razón, no sé cómo lo ha hecho para sacarlo todo sin ayuda. Cuando aquel domingo se replanteó la idea que mi padre le dio de abrir un despacho aquí, jamás pensé que los vecinos le darían tanto trabajo.

Estiro la espalda cuando meto el último dato en el ordenador. Miro el reloj: las seis y media de la tarde, me quedan treinta minutos para poner punto y final a mi semana laboral. Pienso lo que pienso, me levanto de mi silla y me siento en una de las que hay para los clientes en la mesa de mi amiga.

—Pau —la llamo para que deje de mirar el ordenador.

Levanta la vista y la centra en mí.

—Dime.

—¿Tú llevarías mi caso?

—¿Qué caso?

—Quiero quitarle la custodia a Lolo.

Abre los ojos de forma exagerada.

—¿Estás segura de que quieres hacer eso?

Asiento. Llevo tiempo pensando en ello, pero estas últimas semanas la cosa ha ido a más.

—Sí. Hace un mes que Manuel no ve a su padre, el viernes pasado llamé a su vecina para ver si se iba a dignar a recoger a su hijo, al no tener respuesta lo llamé a él, ni me ha devuelto la llamada ni contestado a los mensajes que le he mandado. Estoy cansada de escuchar a mi hijo decir que su papá está en un trabajo secreto y que por eso no puede verlo.

—¿A qué se refiere con trabajo secreto?

Encojo los hombros, las veces que le he preguntado a Manuel me ha dicho que es un secreto entre su padre y él.

—Ni idea, Pau. Te juro que no quiero ponerme en lo peor, pero supongo que Lolo lo estará manipulando, ya sabes cómo es.

—Sí, lo sé. Tráete el lunes la sentencia de la custodia y redacto la demanda.

—Gracias.

—No tienes que darlas.

Pasa a relatarme cómo será el proceso y lo que tiene intención de hacer para demostrarle al juez que si no ve a su hijo no es por motivos laborales, sino porque no quiere asumir su responsabilidad como padre. No me importa la idea de que un detective privado lo investigue, aunque tendré que ver las fotografías que haga, pero ya me da igual verlo con otra en la cama, lo que haga no me afecta.

—Son casi las ocho —advierte Pau.

—¡Mierda!

Empiezo a recoger a toda velocidad la mesa, mi amiga me aparta con suavidad y me entrega el bolso.

—Vete, yo me encargo de cerrar.

—Gracias, Pau.

—Tira. Mañana nos vemos.

—Hasta mañana.

Corro hasta el coche sintiéndome mal. El padre de la amiga de mi hijo lo

único que le ha pedido a mi padre esta mañana es que sin falta lo recogiera a las siete porque a las nueve entra a trabajar y no le gusta marcharse sin prepararle él mismo la cena a su hija.

Estaciono el coche en doble fila, no tengo tiempo de buscar aparcamiento. Total, no creo que mi primo Luis me denuncie, si lo hace le canto las cuarenta. La zona infantil del jardín está a rebosar de niños. Busco a mi hijo por todas partes, no lo veo. A quien sí veo es a una vecina. Me acerco a ella.

—Perdona —no recuerdo su nombre—, ¿sabes dónde está Manuel?

—¡Ay! Hola, Mabel. Sí. Está en casa de Rebeca, su padre tenía que irse porque entra a trabajar y como estaba a cargo de tu hijo, se lo ha llevado.

—¿Sabes dónde vive?

Asiente.

Le agradezco que me indique cómo llegar. No me cuesta más de cinco minutos en encontrar la casa y quedo estupefacta al comprobar que se trata del caserío que hay frente a la finca de mi abuela, de dónde creí ver salir a mi padre. Toco el timbre y mientras espero, pienso en una excusa que darle al hombre.

—¿Mabel?

Se me congela la sangre al escuchar la voz, no es ni la primera ni la segunda vez que la oigo. Con cierto recelo levanto el rostro hasta toparme con unos ojos azules que me observan sorprendidos.

—¿Aitor?

No dice nada, se dedica a abrazarme durante un buen rato.

—Pasa. Los niños están en la sala de juegos.

Me quedo a cuadros. «Venga ya, tiene sala de juegos, se habrá vuelto pijo», pienso para mí. Me dirige por la casa hasta llegar a la dichosa sala. Tengo que cerrar la boca al ver la amplitud de la misma. Tendrá unos treinta metros cuadrados. Las paredes, menos la de la ventana, están repletas de estanterías que albergan libros, juguetes e instrumentos musicales.

—¡Mamá! —grita mi pequeño nada más verme.

Lo cojo en brazos y lo abrazo con fuerza sin llegar a dañarlo. Los días que llevamos en el pueblo nos han venido bien, nuestro lazo cada vez se hace más fuerte, todo es debido a que tengo tiempo para estar con él, no me paso todo el día en la oficina. Si hoy he salido tan tarde es debido a que me he liado a hablar, pero por lo general a las seis ya estoy en casa.

—Mamá, ella es mi amiga Rebeca —presenta mi hijo.

Observo a Aitor que sigue en la entrada. «Bendita casualidad», medito.

—Feliz cumpleaños, Rebeca.

—Gracias. Manuel, ¿seguimos jugando? —inquire la niña de bucles amarillos y los mismos ojos de su padre.

—Otro día, cielo, tenemos que irnos. Tu papá tiene que trabajar.

—No te preocupes, Mabel. He llamado para informar de que llegaré más tarde. Tomemos un café en la cocina mientras los niños se divierten un poco más.

Acepto la invitación.

Lo sigo por toda la casa, que es enorme, hasta llegar a una cocina descomunal. Me invita a que tome asiento en uno de los taburetes de la isla.

—¿Solo y con dos sobres de azúcar?

Me sorprende que aún se acuerde de qué manera me gusta el café.

—Si no te importa y tienes, prefiero una cerveza.

—Excelente elección.

Apaga la cafetera e introduce de nuevo las tazas en su correspondiente armario. Va hasta la nevera de doble puerta, saca dos botellines, abre el cristal de la ventana y coge un cenicero. Cuando me entrega una, se lo agradezco con una sonrisa.

—Eres la madre de Manuel.

—Y tú el padre de Rebeca.

Todos los recuerdos me llegan de golpe cuando me sonrío.

—Llevo días que no oigo hablar de otra cosa a mi hija que de tu hijo.

Me da la risa. Él mío está igual, todos los días nombra a Rebeca.

—Yo también he oído hablar mucho de tu hija.

—¿Y eso que te has mudado aquí?

Resoplo. Siempre la misma pregunta desde mi regreso.

—La ciudad ya me asfixiaba.

—Sé cuál es ese sentimiento. Lo viví hace tiempo, por eso decidí volver al pueblo.

—¿Cuánto tiempo llevas en Blanca?

—Cuatro años, los mismos que llevo separado.

—¿Te separaste?

Alarga la mano para coger el paquete de tabaco que tiene sobre la mesa, en el proceso roza la mía. No sé si lo hace a propósito o es un gesto sin mala intención.

—En realidad fue Rebeca quien lo solicitó.

—¿Y eso?

Encoge los hombros para quitar hierro al asunto.

—Porque no supe hacerla feliz. No la culpo, tenía razón.

No quiero preguntar cuál fue el motivo que le impulsó a no hacer feliz a su mujer. No sé si deseo escuchar la respuesta. Mi vida apenas comienza a recomponerse y no quiero complicarla con mi novio de la juventud, por muy bueno que esté el condenado. Lo observo con disimulo, si en la universidad era guapo los años le han sentado de maravilla. ¡Madre mía, menudo bombón andante!

—Y Manuel, ¿cómo está?

—Ya lo has visto, hecho un hombrecito.

—Me refiero a tu marido.

Me atraganto con el trago de cerveza. Lo miro desconcertada. Desde que nos despedimos en la universidad no he vuelto a saber de él, ¿cómo sabe que no casamos?

—Me lo dijo Paula un día que nos cruzamos por el centro.

—Ah —consigo articular.

Es la primera noticia que tengo, mi amiga nunca me dijo que había visto a Aitor.

—Si te soy sincera no tengo ni idea de cómo está. Hace un mes que no se digna a recoger a su hijo.

Amplía la sonrisa, aunque se apresura a decir que no le parece correcto la actitud de Lolo. Si bien, creo que le agrada la idea de saber que también estoy divorciada.

Pasamos la siguiente media hora poniéndonos al día. Me alegra escuchar que no le ha ido nada mal. La casa lo demuestra. Asegura que no es millonario cuando lo inquiero, pero hace años que no conoce eso de no llegar a fin de mes. Habla de Rebeca, su exmujer, y por qué tiene la custodia de su hija. Me appena escuchar la noticia. Rebeca murió hace dos años en un accidente de tráfico cuando regresaba a casa.

—Lo siento mucho, tuvo que ser duro para la niña.

—Sí que lo fue y, en parte, aún lo es. La echa mucho en falta.

—La comprendo. Hay cosas que una niña solo quiere hablar con su madre. Asiente para darme la razón.

—¿Y no has vuelto a casarte? —indago. La curiosidad puede con mi raciocinio y deseo saber si está disponible o no.

«Mabel, no —me reprendo al saber por dónde van mis pensamientos—. No estás aquí para retomar tu relación de la juventud».

Aitor se apresura a negar.

—No, y ni quiero —afirma con convicción—. Mi vida se centra en mi hija y en mi trabajo.

—Haces bien.

—Y tú, ¿qué? ¿Tienes algún novio escondido por ahí?

—Ni escondido ni a la vista.

Reímos.

—Eso lo dices ahora, estoy convencido de que si Manuel vuelve, regresas con él.

La alegría se evapora de golpe al escuchar tal afirmación, es como si el tiempo entre nosotros no hubiera pasado y aún me conociera tanto como en la universidad, por suerte las cosas han cambiado desde entonces y ya no soy aquella chiquilla sin confianza en sí misma.

Me incorporo rauda, ahora mismo no me siento relajada a su lado y no sabría decir bien por qué, pero algo dentro de mí me impulsa a marcharme.

—Será mejor que nos vayamos, tienes que irte a trabajar.

Se percata de mi cambio de humor. Me sujeta por el codo para impedir que abandone la cocina.

—Lo siento, ya sabes que a veces soy un poco bocazas.

Sacudo la cabeza para restarle importancia.

—No me molesta que lo digas.

Es mentira, sí que me importa que dé por sentado que cada vez que Lolo aparezca por mi puerta caeré rendida a sus pies, eso era antes; pero ahora no, estoy madurando. Quizá sea un poco tarde, aunque dicen que nunca es tarde si la dicha es buena.

—Veo que aún es tu debilidad —afirma ante mi silencio.

Dejo que piense que volveré con el padre de mi hijo, más bien lo hago para no dar pie a que intente algo entre nosotros, no he venido al pueblo para regresar a otra relación que quedó truncada en su día.

Voy directa a la sala donde están los niños. Informo a Manuel de que ha llegado la hora de marcharnos a casa, por mucho que Rebeca insiste en que nos quedemos a cenar, declino la oferta con una pobre excusa, pero le prometo que vendremos otro día.

—Gracias por cuidar de mi hijo y por la cerveza.

—No son necesarias. Cuando quieras otra, ya sabes dónde estoy.

—Adiós.

Comienzo a caminar en dirección al coche.

—¿Mabel? —giro el rostro cuando me llama—. Me ha alegrado volver a verte.

—Lo mismo digo.

Aunque no estoy segura de sí es verdad. Coincidir de nuevo con él logrará que revivan los recuerdos y no quiero complicarme la vida más de lo que ya la tengo.

Capítulo 28

Aitor

Apoyo la frente en la puerta al cerrarla. Inspiro una bocanada de aire, el destino es demasiado caprichoso, bastante diría yo. No puede ser que otra vez juegue conmigo al igual que lo hizo en mi juventud y hace unos meses. No tenía ni idea de que Mabel había regresado, tendré que hablar seriamente con Jesús, ahora entiendo su empeño en ir a recoger a Rebeca al colegio, era para que no me tropezara con ella. No sé si lo ha hecho para protegerme o para hacernos una encerrona.

Pienso en las consecuencias que tendrá si a partir de ahora nos vemos a menudo. Sacudo la cabeza para evaporarlas. Ahora mismo no puedo permitirme ilusionarme de nuevo con ella y que mis sentimientos se intensifiquen más de la cuenta. Mi vida tiene que centrarse en mi hija y en los negocios, Mabel es terreno prohibido.

Tomo asiento en la cocina, apenas falta media hora para irme a trabajar y mi cuerpo pide a gritos meterse en la cama, cerrar los ojos y no abrirlos hasta mañana, llevo días sin conciliar bien el sueño y comienza a pasar factura.

Todo es debido a lo sucedido el sábado, es un duro golpe saber que los padres adoptivos de mi hermana me impiden conocer a mi sobrina, otro más en mi vida. No me considero una víctima por haberme criado solo y no saber qué es el calor de una familia porque sí que lo conozco, aunque no haya sido la mía directa se han portado como tal. Lo que me molesta es que mi hija no pueda tenerlo, me prometí que si alguna vez era padre haría todo lo que estuviera en mi mano para que no sintiera nunca lo mismo que yo.

Masajeo el puente de la nariz para calmar el dolor de cabeza que se avecina, tengo que dejar de atormentarme con el tema de Lorena, de culparme por su situación. Y tampoco puedo permitirme el capricho de caer rendido otra vez ante Mabel, no quiero que juegue de nuevo con mi corazón.

—Papá, tengo hambre. ¿Me haces una tortilla de esas que tanto me gustan?

La voz de mi hija me saca del trance, tener cerca a Mabel trae consigo demasiados recuerdos, tanto los buenos como los malos. Recuerdos que me han acompañado a lo largo de todos estos años.

—Sí, princesa —respondo, dirigiéndome a la nevera para coger lo

necesario.

Dispongo los ingredientes en la encimera, corto las verduras en juliana mientras el aceite alcanza la temperatura deseada. Bato los huevos y mezclo todo antes de echarlo en la sartén. Entretanto, Rebeca se encarga de colocar los cubiertos en la mesa, una vez finalizada su tarea se sienta a la espera de que le sirva su cena favorita, la cual no tardo en poner en el plato.

Me coloco a su lado para servírsela y la observo cortar en daditos la tortilla. Sé que la consiento demasiado, pero me es imposible negarle ningún capricho, es el motor que mueve mi vida, no sé qué sería de mí si no la tuviera. Cuando nació era demasiado joven y el primer mes me costó asimilar la paternidad, no terminaba de acostumbrarme a ella. Sin embargo, cuando me miró con esos ojos tan idénticos a los míos desperté del letargo en el que había estado y desde entonces, me he dedicado en cuerpo y alma a que no le falte de nada.

—¡Qué rica te ha salido, papá! —alaba cuando termina de masticar el primer bocado.

Le doy un beso en la coronilla.

—Gracias, princesa.

Tomo asiento a su lado dispuesto a cenar con ella. Desde que trabajo aquí, todas las noches hacemos el mismo ritual, echaba en falta esto porque no quiero perderme ninguno de sus momentos. Estamos terminando cuando suena el timbre de casa.

—Voy yo, tiene que ser la abuela.

Por la hora que es se trata de María. La mujer se ofreció a ayudarme con la niña a los dos meses de instalarme aquí, fue cuando se enteró de que me la llevaba al club cada noche. No me quedaba más remedio si no deseaba dejarla sola en casa.

—Buenas noches, María. —Saludo al abrir la puerta.

—Buenas noches, hijo.

Evito resoplar al ver que porta una gran bolsa. La observo a ella y después al bulto, lo máximo que hace es encogerse de hombros al pasar por mi lado.

—¿Has cenado? —cuestiono cuando entramos en la cocina.

—Sí, hijo.

Le entrega la bolsa a Rebeca, contiene una enorme caja envuelta en papel de regalo. A mi hija se le ilumina la cara al descubrir la muñeca que quería.

—Gracias, abuela. —La abraza por la cintura en señal de agradecimiento —. Mira papá lo que me ha regalado la abuela —comenta ilusionada a mi

lado.

La cojo y me la siento en el regazo.

—Qué bonita —digo, mirando la muñeca de ojos grandes y vestido pomposo de color rosa—. Gracias, María, aunque no era necesario.

Sé que su economía no es para tirar cohetes, intento que acepte un sueldo cada mes por cuidar de Rebeca, pero la muy cabezona siempre lo rechaza, objeta que para ella es un placer cuidar de su nieta. Su negatividad me llevó a hablar con el empleado que cuida su finca, soy yo quien abona su nómina; aunque le hice prometer que si María le preguntaba, tendría que decirle que lo hacía por placer. Si la mujer se entera de la verdad deja de hablarme de por vida.

—No es ninguna molestia, hijo. Me encanta malcriar a mi nieta.

Lleva viuda más de quince años y no tuvieron hijos. Aunque tiene dos hermanas, estas viven en Barcelona y debido a la mala salud que ambas tienen, llevan dos años sin verse. Solo hablan una vez al mes por teléfono. Así que nosotros, en cierto modo, nos hemos convertido en su familia y ella en la nuestra.

—¿Cuándo vas a aceptar la oferta que te hice? —cuestiono.

Sacude la cabeza. No quiere oír hablar del tema.

—Déjalo estar, sabes de sobra que ni Dios me mueve de mi casa.

Es algo que sé, pero es una construcción antigua que carece de calefacción y aire acondicionado, las paredes son de piedra y la humedad que tienen no le hacen bien a su salud, ya no es ninguna jovencita. Al poco tiempo de conocerla y descubrir en las condiciones en las que vivía, le pedí que se mudara con nosotros, la casa dispone de tres cuartos y uno espera que ella lo habite. Me rendí al año, no deseaba discutir más sobre el mismo tema. También tuve que decirle a los albañiles que no siguieran con la reforma cuando dejó de hablarme una semana. A cabezona no le gana nadie.

—Lo único que te pido es que te lo pienses, a Rebeca y a mí nos encantaría tenerte aquí.

—Lo sé, hijo, pero mientras pueda valerme por mí misma, prefiero estar en mi casa.

Entiendo su postura, los recuerdos de toda una vida están entre aquellas paredes y no en estas. Les doy un beso en la frente a modo despedida.

—Tengo que irme ya. Pasadlo en grande en mi ausencia.

—No sé para qué le pagas a tus empleados si tienes que ir cada fin de semana —se queja.

—¿María?

Sé que no le agrada nada mi profesión y a mí tampoco es que me ilusione demasiado; sin embargo, es lo que paga las facturas y nos da de comer.

—Ni María ni leñes, hijo. ¡Ay!, a ver si ahora que ha vuelto al pueblo la hija de Jesús te hace entrar en razón.

Cierro los ojos. No quiero oír hablar de ella, si su tema tabú es el cambio de vivienda, el mío es Mabel. Ignoro el comentario, no estoy dispuesto a mantener una conversación que no llegará a buen puerto. En vez de eso, me acerco a mi hija.

—Te quiero, princesa. —La abrazo y vuelvo a besarla.

—Y yo a ti, papá.

—Buenas noches, María. —Le doy otro beso en la frente.

—Hasta mañana, hijo. —No sigue con el tema, sabe que no logrará que cambie de opinión.

Conduzco de manera sosegada hasta el club. Pronto la finca se materializa frente a mí. Hace años que la adquirí, tengo cierta nostalgia por ella. Aunque no me agrada recordar los años que viví en ella porque siempre me tenía que esconder cuando alguien venía para que no supiera que vivíamos en el cuarto de aperos medio derruido, pese a eso, son los únicos buenos recuerdos que tengo de Lorena. Recordar a mi hermana hace que la culpabilidad regrese. Sacudo la cabeza para despejarla.

—Buenas noches, señor Cortés. —Saluda el jefe de sala.

—Buenas noches, Ramiro.

—La señorita Silvia le espera en su despacho.

—Gracias, Ramiro.

Accedo a la enorme construcción que mandé a levantar en mitad de los viñedos y saludo a varios clientes habituales a mi paso. Esta noche la cosa está calmada.

—Buenas noches, Silvia. Perdón por el retraso.

Con un leve movimiento de mano le resta importancia.

—Te he dicho que no era necesario que vinieras esta noche. Lo gordo será el próximo fin de semana.

—¿Cómo van los preparativos de la fiesta?

—De eso quería hablarte. El capataz me ha dicho esta tarde que lo siente, pero la obra no estará terminada a tiempo.

—¿A qué se debe el retraso?

—El mármol que elegiste no llegará hasta dentro de dos lunes.

No me gusta la noticia. La fiesta se realiza para inaugurar esa sala, si no está preparada perderemos clientes.

—Que busque una solución, pero la sala tiene que abrirse el próximo sábado.

—Ya la he encontrado.

Escucho atento su idea.

—He pensado abrir El Viñedo Jr., sé que lo reformaste para instalarte con Rebeca y que no quieres utilizarlo. Pero es absurdo tenerlo cerrado. Tiene las dimensiones ideales para ofertarlo a la clientela como una sala exclusiva para fiestas privadas, tiene cabida para tres parejas y en la terraza, se puede instalar un *jacuzzi*. Te aseguro que les encantará la idea. El lunes les puedo mandar un *email* informándoles de que pueden hacer reserva de horario. Sabes que muchas de las parejas que vienen son asiduos a jugar entre ellas. Y la nueva sala se abría exclusivamente para ellos.

La sugerencia es buena, lo que no sé es si deseo mancillar los recuerdos que tengo de El Viñedo.

—Te digo algo a lo largo del fin de semana.

—Si me lo dices mañana, mejor. Así tendré más tiempo de ocuparme de la decoración y de la instalación del *jacuzzi*.

—De acuerdo, hazlo.

Salta de alegría, le encanta salirse con la suya y a mí no me importa concederle su petición, después de que ella aceptara abrir este local es lo mínimo que puedo hacer.

El resto de la noche hasta la llegada a casa se me hace eterna, no pasa un minuto que no piense en cómo volver a ver a Mabel, la idea viene sola: nuestros hijos.

«Si no vas con cuidado, volverá a dañarte», me recuerdo cuando llego a casa y me meto en la cama.

Capítulo 29

Mabel

Me miro por cuarta vez en el espejo y no sé ni por qué lo hago. No entiendo por qué pongo este empeño en arreglarme para que me vea guapa y volver a llamar su atención. Llevo toda la semana maquinando en cómo coincidir con él ya que en el horario escolar es imposible, sobre todo porque es mi padre quien se encarga de llevar y recoger a Manuel. Cada vez estoy más convencida de que oculta algo.

Vuelvo a mirar el reflejo y pronto me veo manteniendo una conversación conmigo misma.

—No quieres nada con Aitor, aquello pasó a la historia hace muchos años —le advierto a mi reflejo.

—¿Estás segura? —responde con seguridad.

Dudo la respuesta, aunque no debería.

—Sí. Además, ahora mismo los sentimientos no los tienes en orden y no quieres hacerle lo mismo que la primera vez.

—Si eso es cierto, ¿por qué te arreglas tanto para ir a cenar a su casa? Con cualquier cosa vale —afirma. Mi reflejo me mira fijamente y, de seguido, añade—: Ya es hora de que lo admitas.

—¿Admitir el qué?

—Lo sabes tan bien como yo, pero te niegas a aceptarlo, siempre lo has hecho.

Sacudo la cabeza, la conversación es estúpida y no va a llegar a ningún lado, cada parte de mí piensa diferente, siempre lo han hecho en lo referente a Aitor. Recordar su nombre me lleva a pensar por qué he aceptado la invitación. La respuesta es sencilla: nuestros hijos. Ellos tienen la culpa de que cenemos juntos. Esta mañana se me ha ocurrido ir a la explanada, no veía correcto tener a mi pequeño todo el fin de semana encerrado en casa porque no esté el abuelo para llevárselo de un lado a otro, también debo de reconocer que deseaba coincidir con él.

Ha sido llegar y escuchar una vocecita que llamaba a mi hijo. Al girarme ahí estaba Rebeca enseñando una fila de dientes blancos. Iba acompañada por una mujer mayor a quien me ha presentado como su abuela, aunque estoy

convencida de que se trata de María, la mujer de don Fulgencio, y que yo recuerde, no tuvieron hijos, pero me ha parecido de mala educación preguntarle a la mujer cuando hemos dejado a los niños en el espacio reservado para ellos y nosotras nos hemos sentado en una de las pocas mesas que quedaban libres.

Cuando ha llegado el momento de la despedida, tanto la niña como la abuela se han empeñado en que comiéramos en su casa, no me ha parecido buena idea dejarnos caer sin previo aviso, no contenta con la negación, Rebeca ha llamado a su padre y este nos ha invitado a cenar, me ha costado lo mío esconder la alegría al saber que volvería a verlo.

—Mamá, ¿te queda mucho? —grita mi hijo desde la planta inferior, lleva esperándome más de quince minutos.

—No, mi vida.

Creo escuchar que comienza a subir las escaleras, salgo apresurada de mi cuarto para llegar a ellas y evitar que las suba solo.

—Ya bajo, quédate ahí.

Tengo que convencer a mi padre de que me deje vivir en la casa de la abuela, si tengo intención de quedarme aquí, y cada vez estoy más convencida de ello, no quiero estar más tiempo del necesario en esta vivienda por dos motivos: no deseo que la relación con mi madre se deteriore más de lo que está y que estas escaleras son un peligro para mi hijo. Las veces que se lo he insinuado mi padre se ha negado en rotundo, dice que le conceda una oportunidad a mi madre, pero los dos sabemos cómo acabará esto si no ponemos distancia entre nosotras.

Salimos de casa y una vez que Manuel está dentro del coche, me aseguro de que se ha abrochado bien el cinturón de seguridad, aunque sabe hacerlo de sobra, yo tengo la santa manía de comprobarlo, cuando me cercioro de que todo está correcto, cierro la puerta y voy hasta el asiento del conductor. Los nervios se apoderan de mí en cuanto me siento frente al volante. No estoy segura de que sea buena idea por mucho que me apetezca verlo. Lo que menos deseo es remover el pasado y si empezamos a vernos porque nuestros hijos son amigos, es lo que ocurrirá. Antes de comenzar algo entre nosotros quiero estar segura de lo que hago.

Aparco el coche en el mismo sitio que la primera vez que vine. Mi hijo corre hasta la puerta de casa, no le regaño porque esta zona es segura, pero le recuerdo que debe mirar antes de bajar del coche y asegurarse de que no viene ningún vehículo.

En el poco trayecto que hay hasta su puerta, pienso en qué decirle y cómo comportarme cuando lo vea. Relajo la tensión acumulada al percatarme de que es Rebeca quien nos recibe en vez de su padre.

—Hola, preciosa. —La saludo con un beso en la mejilla.

Sujeta a mi hijo por la mano y salen disparados por el pasillo.

—Mi papá está en la cocina. —Tiene a bien de informar.

Cierro la puerta, tomo una bocanada de aire para inspirarme confianza. «No va a ocurrir nada entre nosotros, somos dos padres que van a cenar juntos por la insistencia de sus hijos», me digo para autoconvencerme y dejar de pensar en la absurda idea que se me ha metido en la cabeza estos días, de qué pasará si volvemos a intentarlo.

«¡Joder, mal empezamos!», pienso en el quicio de la puerta de la cocina. Aitor está de espaldas a mí, lleva una camisa blanca que se adapta perfectamente a su anatomía, vaqueros y el pelo revuelto. Se me contrae el estómago cuando se gira y me dedica la misma sonrisa que cuando estábamos en la universidad.

—Hola, pecas.

Alzo la ceja, hacía años que nadie me llamaba así, con exactitud los mismos que lo nuestro acabó, puesto que solo él lo hacía. Arrincono en el lugar más oscuro y remoto de mi mente, los recuerdos que se empeñan en hacer acto de presencia. No puedo confundir las cosas, lo único que intenta es ser agradable, no pretende ligar conmigo.

—Lo siento, espero que no te moleste mi osadía. La costumbre.

—Para nada, ojazos —respondo lo más serena que soy capaz, otra vez vuelvo a sentir ese intenso revoloteo en mi estómago, el mismo que percibí el día que me besó por primera vez.

Va hasta la encimera, sirve una copa de vino que enseguida me entrega.

—Gracias. —Percibo un aroma que alimenta—. Que bien huele. ¿Qué preparas?

—Pollo en salsa. Espero que os guste.

Salivo. Si sabe tan bien como huele me voy a poner las botas.

—Seguro que sí. ¿Te ayudo en algo?

Niega.

—No. Eres mi invitada. Siéntate, disfruta del vino y de mi compañía.

—De verdad, deja que te ayude, bastante es que te molestamos en tu rato libre. —Al comprobar la hora que es, caigo en la cuenta de algo—. ¿No trabajas hoy?

—No, esta noche me la he tomado libre. Y que sepas que para nada sois una molestia, todo lo contrario, es un placer teneros aquí. —Me guiña un ojo y mi estómago se revela todavía más.

Tomo asiento, más bien me obliga a ello. Lo hago al otro lado de la mesa, así puedo observarlo mientras cocina. Se desenvuelve bastante bien entre los fogones. Me salgo con la mía a la hora de poner la mesa, bastante que no me ha dejado ayudarlo con la preparación de la cena, pero de esto me encargo yo. Voy en busca de los niños cuando los platos están servidos, los obligo a que se laven las manos antes de sentarse.

La cena transcurre entre risas, los niños se adueñan de la conversación, a nosotros no nos queda más remedio que reír por sus ocurrencias y mirarlos embobados. Se les ve tan unidos que están para comérselos. Pronto me doy cuenta de que no me importaría nada que la escena se repitiera a diario, por mucho que me haya empeñado todos estos años en aparentar que estaba bien de la manera que estaba, esta siempre ha sido mi ilusión, tener una familia unida y no como la mía, que día sí y día también discutía con mi madre por no pensar como ella. Sin embargo, todo eso se fue por el garete cuando decidí irme a vivir con Lolo. En ese instante supe que jamás tendría lo que tanto ansiaba y aprendí a convivir con ello hasta que decidí que no soportaba más la situación, que no quería para mi hijo lo mismo que había tenido yo.

Tras una pequeña disputa gano la batalla de que yo me encargo de recoger y fregar. Aitor insiste en poner el lavavajillas, pero es una tontería para cuatro platos que hay. Termino echándolo de su propia cocina. Rebeca y mi hijo me suplican que no me demore mucho porque quieren que veamos una película.

Me lleva un par de minutos dar con el salón, para cuando accedo los dos enanos se han apoderado del sillón grande, si no quiero sentarme en el suelo, no tengo más remedio que hacerlo pegada a Aitor, porque las dimensiones de este sofá son reducidas. Intento sentarme lo más alejada posible de él, sonrío al percatarse de mis intenciones, aunque no objeta nada. Observo el televisor, la película ya está lista para verla. Los cuatros nos sumimos en un agradable silencio mientras disfrutamos de ella.

—¡Ahora la dos! —gritan ambos cuando *Gru, mi villano favorito*, finaliza.

Aitor me mira, tengo que taparme la boca para no reír a carcajadas, le apetece tanto ver otra película de animación como a mí; ninguna. Se resigna ante la petición de los niños, sobre todo la de su hija, creo que es incapaz de denegarle nada. Me encanta descubrir esta faceta suya, lo que daría porque el padre de mi hijo se comportara así, aunque sé que es algo que jamás sucederá,

nunca se adaptó a la paternidad, por eso mismo creo que le miente con eso de que tiene un trabajo secreto para no tener que verlo y ser sincero con él.

Conforme avanza la película más me relajo, hasta el punto que me incorporo como un resorte al descubrir que estoy apoyada en su hombro.

—No es necesario que te quites, no me importa.

—Como pidan ver la tres, me corto las venas —confieso en un susurro.

Sonríe.

—Estamos de suerte. Mira —indica el sofá donde están los niños.

Se han quedado dormidos uno encima del otro. Están para comérselos.

—¿Un cigarro? —sugiere.

Me incorporo de inmediato. Salimos del salón sin hacer el menor ruido, no queremos que se despierten porque nos obligarán a ver la tercera entrega de la saga.

—¿Quieres algo de beber? —pregunta frente al frigorífico.

—Cerveza, por favor.

Saca dos y las coloca en la mesa. Le ofrezco un cigarro el cual acepta.

—Si no he visto cincuenta veces las tres películas, no las he visto nunca —comenta cuando expulsa el humo.

—Bienvenido al club.

Reímos a carcajadas.

Fumamos y bebemos en silencio, el ambiente no es incómodo más bien es relajante, como si estuviera otra vez en casa. Me agrada comprobar que por muchos años que han transcurrido, me siento igual de bien a su lado como cuando éramos jóvenes y pasábamos horas acostados en mi cama sin decirnos nada, la mera presencia del otro era suficiente para disfrutar, aunque al mismo tiempo la sensación me asusta.

—Vengo enseguida.

No me atrevo a preguntar a dónde va. Supongo que tendrá que visitar el aseo. Escuchar la queja de mi hijo hace que me incorpore de inmediato, voy hasta el salón, me alarmo al encontrarlo vacío.

—¡Joder! —mascullo al percibir unas manos en mi cintura. Me giro y suspiro aliviada al ver la sonrisa de Aitor—. Me has asustado —musito.

—Lo siento, no era mi intención.

Me invita a regresar a la cocina.

—¿Dónde están los niños? —pregunto cuando accedemos.

—Los he acostado en la sala de juegos, no me quedo tranquilo dejándolos en el sofá no vaya a ser que alguno se caiga.

Suspiro atontada. No puede ser más padrazo.

—Si me lo llegas a decir, te habría ayudado.

—No ha sido ninguna molestia. ¿Otra cerveza? —sugiere junto a la puerta de la nevera.

Miro la hora, es casi medianoche. Dudo si aceptar o marcharme a casa. Se percata de mi indecisión y decide por los dos haciéndose con otra ronda.

—Una más en el jardín y te prometo que después te dejo marchar.

—Vale —acepto.

Trasladamos la velada al exterior. Quedo impresionada con la extensión de la parcela y lo bien arreglada que está. La piscina está tenuemente iluminada e invita a bañarse. Nos acomodados en los sofás individuales fabricados con *palets* que hay bajo la pérgola, evito mirar la cama que hay a nuestra derecha.

—Cuéntame, ¿terminaste la carrera? —investiga.

Doy un trago a la cerveza. El otro día no llegamos a tocar ese tema, más bien nos pusimos al día con los últimos años de nuestras vidas.

—No, la abandoné tres meses después que tú.

—¿Por qué? Que yo recuerde eras la primera de clase.

—Y tú el segundo y no te impidió dejarla.

Encoge los hombros.

—Tuve un motivo de peso.

—Yo también.

Me mira sorprendido.

—El mismo día que nos despedimos, Lolo vino a buscarme y a los pocos meses me enteré de que estaba embarazada —aclaro.

Veo la duda en su mirada, suplico que no vaya más allá y comprenda que tuve el mismo motivo que él para dejarla. No tengo tanta suerte.

—Pero Manuel trabajaba, ¿no? —Asiento—. ¿Entonces por qué la dejaste? En mi caso, fui yo quien se puso a trabajar, Rebeca terminó su licenciatura.

No quiero decirle el motivo real que me llevó a tomar la decisión, que no fue otra cosa que la desconfianza que me generaba estar con Lolo y sus continuos coqueteos con cualquier mujer que pasaba por su lado. Opto por cambiar de tema, no me apetece nada recordar lo tonta que fui por dejar atrás otra de las tantas metas de mi vida.

—El otro día no me dijiste a qué te dedicas en realidad. La única información es que eres dueño de una empresa.

Sonríe, entiende que no quiero hablar más del tema de mis estudios.

—No es del todo así, lo resumí demasiado.

—Explícate —solicito.

—El club pertenecía a mi suegro y estaba montado, aunque no funcionaba. Antes de fallecer, nos lo dejó en herencia a Silvia y a mí.

Lo miro sin saber a quién se refiere.

—Silvia es mi cuñada —aclara—. Nos llevó un par de años hacer que funcionara. Pero desde hace dos años, es uno de los club con más clientela de la Región, de hecho, con los beneficios hemos abierto otro local.

Hay algo que no me cuadra y tengo que saciar mi curiosidad.

—¿Te lo dejó a ti en herencia y no a su otra hija?

De inmediato me arrepiento de hacer la pregunta, su cara se contrae.

—Lo siento —me disculpo.

Sacude la cabeza para restar importancia.

—No te preocupes, sabía que antes o después llegaría la pregunta.

—Si no quieres no tienes por qué hablar de ello.

—Quiero, aunque me vas a disculpar un minuto. Tengo que hacer una visita al aseo.

Alarga la mano y me acaricia la mejilla. El temblor que percibo es de las mismas dimensiones que las de un pequeño terremoto. Ese roce lo conozco y no quiero pensar en ello ahora mismo, aunque no puedo evitarlo.

—Por supuesto —atino a responder.

Lo veo alejarse a grandes pasos y mi mente no tarda en analizar lo que acaba de suceder. «No alucines —pienso—, Aitor no es el desconocido. Lo que pasa es que aún recuerdas sus caricias». Asiento convencida de mi propio razonamiento.

Reaparece por el jardín y trae consigo más provisión de cerveza, a este ritmo acabamos doblados.

—Voy a pensar que quieres emborracharme —digo sin dejar de reír.

—Te prefiero sobria.

Trago saliva, esa respuesta no la esperaba. Nuestras miradas se encuentran y el revoloteo de mariposas no tarda en hacer acto de presencia. Desvío la cara, no quiero que ocurra nada entre nosotros, no estoy preparada para ello, debo dejar atrás primero mi pasado con el padre de mi hijo.

Opta por recostarse en la cama, alarga la mano y me invita a que le haga compañía, con un ademán de cabeza deniego la proposición. Se toma a bien la negativa.

—Mi suegro dejó de hablarle a su hija a los pocos meses de nacer Rebeca —empieza a explicar. Da un trago a su cerveza, supongo que no será plato de

buen gusto lo que tiene que decir, estoy en lo cierto—. No se hizo a cargo de ella. Al principio pensé que se trataba de la depresión posparto, conforme avanzaban los meses y veía que estaba más pendiente de salir de fiesta con sus compañeras de universidad que de cuidar de su propia hija, comprendí que no estaba enferma. Gracias a mi cuñada y mi suegro, pude trabajar y sacar adelante a mi niña. Si no llega a ser por ellos, no sé qué habría sido de mí.

Me estremezco al escuchar la explicación, soy madre y no entiendo cómo pudo renegar de esa forma de su bebé, de una parte de ella.

—Aguanté por mi hija, no quería que ella viviera lo que yo viví, deseaba con todas mis fuerzas que se criara en un entorno familiar, por eso soporté todos sus desplantes. Si no me llega a pedir el divorcio seguiríamos casados porque me dolía mucho saber que se perdía la oportunidad de ver crecer a su hija.

Es pura inercia lo que me impulsa a levantarme y sentarme junto a él. Atrapo su mano entre las mías, quiero eliminar la tristeza que se ha apoderado de su mirada. No me gusta verlo así, nunca me ha gustado.

—Lo siento mucho —digo pegada a su cuerpo.

Capítulo 30

Aitor

Me duele recordar esa etapa de mi vida, no por mí, sino por mi hija. Ella fue quien pagó los platos rotos de sus padres, son las consecuencias de casarte por obligación y no por amor. No puedo quitarme la culpa de lo sucedido, tuve gran parte de ella; pero sigo sin comprender por qué Rebeca culpó a su pequeña y no volcó toda su rabia en mi persona.

Percibo la presencia de Mabel de inmediato, la miro a los ojos cuando coge mi mano y la arroja entre las tuyas. Sé que sus palabras son sinceras, que lamenta que pasara por todo aquello.

—A veces pienso que tuve gran parte de culpa —me oigo decir.

—No puedes culparte por eso.

No estoy tan seguro. Sigo convencido de que al no ser capaz de olvidarla tan rápido como me hubiera gustado, eso frustró mi relación con Rebeca.

—Mabel, lo que te confesé el otro día es cierto, no supe hacerla feliz.

—¿Y? Eso no es excusa para no querer cuidar de su hija.

Le acaricio el brazo. Me mira con sus expresivos ojos y estoy tentado de alargar la mano, sujetarla por el cuello y atraerla hacia a mí. Retengo mis ganas de besarla, lo máximo que lograré será dañarme porque ella aún no ha olvidado a Lolo.

—La mitad de veces la llamaba por tu nombre —confieso—. Me costó mucho olvidarte.

Percibo la rigidez de su cuerpo y cómo se aleja de inmediato. Tendría que haber mantenido la boca cerrada, pero no puedo evitarlo, sigo enamorado de ella, siempre lo he estado.

—Lo importante es que lo has hecho.

—Sí —miento.

No sé cómo confesarle todo lo demás, en parte porque me encantaría que fuera ella quien se diera cuenta de que soy el hombre con el que estuvo durante casi cuatro meses hasta que reapareció su ex. Comprendo que ninguna vez le permití que me viera la cara; pero debería de haberme reconocido por mi forma de acariciarla y mi voz.

Espero hasta que deja atrás la tensión mantenida al revelar que llamaba a

la madre de mi hija por su nombre. Me tumbo y la arrastro conmigo, no opone resistencia, tampoco intento nada, lo máximo es abrazarla y quedarnos así un rato. Recordar viejos tiempos no nos vendrá mal, al menos a mí. Lo necesito, preciso sentirme en casa y solo ella es capaz de ofrecerme ese sentimiento. Paso el brazo por debajo de su cuello y la atraigo hacia a mi cuerpo, sentir su calor me relaja, me hace sentir en paz.

Acomoda su cabeza sobre mi pecho, nos quedamos pensativos, sumidos cada uno en sus propios recuerdos.

—¿Sabes? —empieza a decir—. Hubo días en los que pensé que no tendría que haber ido a la fiesta de Claudia.

Entorno los ojos, no quiero recordar ese mal recuerdo, todavía me duele pensar en él.

—¿No te has parado a pensar que quizá fue lo mejor que nos pudo pasar?

Alza un poco la cabeza, lo justo para mirarme a los ojos.

—No comprendo.

Le acaricio la espalda de igual modo que lo hacía cuando estábamos en la universidad.

—Lo mismo no era nuestro momento, éramos jóvenes e inexpertos.

Me mira inquisitiva, no comprende por qué lo digo.

—Pecas —le acaricio el rostro al llamarla por el apelativo cariñoso que usaba con ella—, perdimos la virginidad juntos.

Abre la boca, la cierra, la vuelve a abrir y a cerrar.

—No puede ser. Antes de estar conmigo estuviste con otra —objeta.

—Sí, y me dejó porque no quise acostarme con ella —confieso.

—Pero...

Entiendo qué quiere decir.

—Te juro que puse todo mi empeño en que no se notara, no veas lo que me costó mantener el tipo.

Suelta una carcajada que es contagiosa. Durante un buen rato no podemos parar de reír, es mirarnos y estallar de nuevo. Es revitalizador esta sensación, la de plena conexión con otra persona. Me sorprende ver que aún sigue intacta, que los años no la ha evaporado.

—¿Por qué no me lo dijiste? —quiere saber.

—En ese momento pensé que te diste cuenta, después poco importó confesar la verdad.

—Ya.

Se queda pensativa, aprovecho que vuelve a recostar la cabeza sobre mi

pecho para acariciarle la espalda de nuevo. Utilizo los mismos movimientos suaves que empleaba cada vez que estábamos en la sala de La Vía Rue para que me reconozca, deseo de todo corazón que se percate de que soy yo, que soy ese hombre que fue a buscar viernes tras viernes.

Mis rezos parece que no surgen efecto porque no dice nada, ni siquiera emite un pequeño gesto que la delate. Me entretengo en seguir haciendo círculos por su omoplato.

—Si sigues así me vas a dejar dormida —susurra.

Es algo que sé de sobra. Dicen que el primer amor nunca se olvida, no puedo estar más de acuerdo con la persona que lo dijo, jamás la he borrado de mis pensamientos, tampoco de mi corazón y sé qué le gusta y qué no.

Recuerdo que había algo en especial que le encantaba. No tardo en recorrer su costado con las yemas de mis dedos, me encanta la forma que tiene de revolverse contra mí para que deje de hacerlo. Eleva un poco la cabeza para mirarme, aprovecho el momento de desconcierto para bajar la mía y besarla.

Mi intención es que sea un roce casto, algo sin mayor pretensión que volver a sentir sus labios pegados a los míos, pero al igual que la primera vez, nuestro deseo por degustarnos gana la batalla, pronto nuestras lenguas se encuentran y se reconocen.

La reclino sobre el colchón con suavidad, me tumbo sobre ella sin dejar de besarla. Acaricio su cuerpo por encima de la ropa, no quiero ir más allá, me conformo con esto, con volver a tenerla bajo mi cuerpo y sentir cómo tiembla ante mis caricias.

Sus piernas rodean mi cintura, el gesto obliga a que me pegue más a ella. Es Mabel quien comienza a friccionarse contra mí, gimo contra sus labios de placer, cuánto he echado esto de menos. Nuestros movimientos aumentan de ritmo conforme se eleva el estado de excitación.

Introduzco una mano bajo su jersey, ambiciono apreciar el calor que emana su piel. Imita mi gesto y emprende la inspección de mi espalda con sus manos. Aunque estamos al aire libre, el ambiente a nuestro alrededor empieza a caldearse según el deseo crece en nuestro interior.

Abandono su boca por un momento para centrarme en la curvatura de su cuello. Siempre me ha gustado esa parte de su anatomía, por eso no me resisto a prodigarle los mimos que merece.

Introduce las manos entre nuestros cuerpos y me obliga a interponer distancia entre los dos.

—Aitor..., yo..., no puedo.

Me quedo quieto, no quiero forzarla a nada que no desee. Le propino un beso en la punta de la nariz, me recuesto sobre el colchón y la arrastro conmigo, no me molesta que no quiera seguir, la comprendo. Hace el amago de levantarse, la retengo a mi lado.

—Quédate, por favor. Te prometo que no volverá a pasar.

—No es buena idea.

—Es tarde y los niños están dormidos. Puedes quedarte en el cuarto de invitados.

Asiente poco convencida.

Me incorporo y alargo la mano invitándola a que me siga. Se muerde el labio inferior, tiene dudas, demasiadas para mi gusto, pero pienso aceptar la decisión que tome excepto que se ponga en el camino a estar horas después de lo que hemos bebido.

La guio por la casa hasta llegar al cuarto de invitados, está frente al cuarto de mi niña. Abro la puerta y la invito a pasar.

—El cuarto de baño es la siguiente puerta. —La señalo con el dedo. Le doy en beso en la mejilla—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Camino en dirección a mi habitación, está ubicado al final del pasillo. Para muchos la distribución de la vivienda es rara, para mí es perfecta. Las dos primeras puertas que encuentras a ambos lados del pasillo son el dormitorio de mi princesa y el de invitados; las siguientes pertenecen al cuarto de baño y a la sala de juegos, de seguido el salón y el despacho y por último mi dormitorio. Lo mandé a construir así para disponer de privacidad, no me parecía correcto que mi niña me escuchara si alguna vez decidía traer una mujer a casa, algo que nunca ha ocurrido.

Cierro la puerta al acceder y apoyo la espalda en ella, necesito serenarme antes de meterme en la cama, si no lo hago, sé que me será imposible conciliar el sueño. Sonrío al escuchar un toque suave contra la madera. Abro y la invito a pasar.

Capítulo 31

Noviembre de 2011

Mabel encogió el cuello, fue un acto reflejo provocado por las cosquillas que Aitor le hacía con su lengua.

—Si no te quitas de encima y dejas que me arregle, se van a ir sin mí y me tocará pagar un taxi hasta el centro.

—Yo pago la carrera —le guiñó un ojo, aquel gesto fue suficiente para salirse con la suya.

Le quitó las braguitas de encaje que minutos antes se había puesto y, segundos después, se hundió por completo en ella. Le costaba separarse de Mabel desde la noche anterior, si antes era adicto a sus besos ahora lo era a toda ella.

Sus movimientos eran suaves, no por miedo a hacerle daño, sabía que el acto ya no le dolía, más bien era para saborear cada sensación nueva que sentía cuando estaba dentro de ella. Le volvía loco la forma en la que Mabel lo apresaba con sus paredes vaginales, aquello lo hacía perder la razón.

Aquel era el tercer encuentro del día, lo que provocó que cada vez se acoplaran mejor y se moviesen al mismo son. Le habría encantado repetir experiencia de tenerla encima y ser dominado por ella, pero ese deseo tendría que esperar hasta que se reunieran de nuevo en la madrugada o por la mañana.

Enlazó sus manos con las de Mabel y las elevó por encima de la cabeza de ella, la besó con una mezcla de pasión y ternura mientras bombeaba sin descanso en su interior. Gimieron a la par al alcanzar el éxtasis final.

Se mantuvieron abrazados unos minutos hasta que él la apremió a que pasara otra vez por la ducha, objetó que, aunque le encantara el olor a sexo que desprendía su cuerpo, no era plan de presentarse así en la cena.

Cuando Mabel estuvo lista para partir, bajaron las escaleras a la carrera y no cesaron de correr hasta llegar al sitio donde había quedado con las chicas. A Mabel no le sorprendió hallarlo desierto, llegaba con quince minutos de retraso.

—Ves como al final he llegado tarde —se lamentó ella.

—¿Y te molesta tener que ir sola en taxi?

Mabel amplió una sonrisa.

—No, y como tarde mucho en llegar el que has pedido, me quedo contigo.

Aitor rezó porque todos los taxis de la ciudad estuviesen ocupados; sin embargo, su ruego no surgió efecto, antes de lo esperado el vehículo frenó a su lado.

Acunó el rostro de su novia entre sus manos y le dio un beso largo.

—Pásatelo muy bien. Nos vemos mañana por la mañana.

—Exagerado. Antes de que amanezca estoy aporreando tu puerta para que me abras y meterme contigo en la cama.

Aitor abrió la puerta trasera para que ella accediera, introdujo la cabeza para darle un último beso.

—Ya estoy ansioso porque llegue la hora —comentó a la vez que cerró la puerta.

Con las manos en los bolsillos se dirigió a su residencia, miró el reloj cuando entró para calcular las horas que pasaría sin ella, sin otra cosa que hacer dedicó las horas a estudiar hasta que el cansancio lo venció.

Por su parte, Mabel estuvo tentada en un par de ocasiones de decirle al taxista que diera la vuelta. No se podía decir que fuera íntima amiga de Claudia y las demás chicas, a decir verdad, las había conocido gracias a Aitor, eran las novias de sus compañeros de residencia y amigos. Cada vez eran más asiduos a salir con ellos que con Rubén y Paula.

La llamada recibida en ese instante logró que se amonestara mentalmente, Claudia la había invitado con toda la ilusión del mundo a su fiesta de cumpleaños y ella se había comprometido a asistir. Además, tampoco estaba demás que ampliara su círculo social. Llevaba tiempo en la universidad y debía darle las gracias a Aitor, porque hasta que no había comenzado a salir con él, no se había relacionado con nadie del campus.

Pagó la carrera con el billete de cincuenta euros que él le había entregado en su habitación. Guardó con recelo las vueltas para devolvérselas, sabía que el Estado pagaba sus estudios y que, además, tenía una paga, aunque no sabía la cuantía que percibía. Así que prefirió no abusar de su confianza.

Cruzó la calle casi sin mirar al divisar la larga melena de Aitana en el interior de la pequeña tasca en la que cenarían poco y beberían más de la cuenta.

—Siento el retraso chicas. —Se disculpó—. ¡Feliz cumpleaños!

Se fundió en un abrazo con Claudia.

—Pensaba que te habías rajado y que no ibas a venir.

—Te dije que no me perdía tu fiesta y aquí estoy. Échale a Aitor la culpa de

mi retraso.

Rieron con la complicidad que poseen dos viejas amigas, aunque en su caso no lo eran.

La noche transcurría entre risas, bromas y algún que otro piropo a los chicos de la mesa de al lado. Ciertamente era que había momentos en los que Mabel se sentía extraña sin la presencia de Aitor a su vera, desde que comenzaron a salir era la primera vez que lo hacía sin él; sin embargo, el desparpajo y alegría de las chicas lograron que disfrutara.

Trasladaron la juerga a un *pub* cercano. Tras solicitar las bebidas en la primera barra que divisaron, sondearon a los presentes hasta colocarse en mitad de la pista de baile.

—Tíos buenos a las tres —gritó Aitana para que todas la escucharan por encima del ensordecedor sonido de la música.

Con disimulo, Mabel giró el rostro para observarlos, aunque le traía sin cuidado los recién llegados, el único chico que le gustaba esperaba su llegada de madrugada. Aunque lo que sí le sorprendió fue ver cómo sus cuatro compañeras babeaban por los chicos, todas tenían novio y a ella le costaba entender por qué tenían ojos para otro.

—Son cinco para cinco —comentó Carmen, una de las chicas—. Son los militares, ¿verdad? —agregó más ilusionada de lo habitual.

—Creo que sí —ratificó Nani—. ¿Nos acercamos?

—No —sentenció Claudia—, serán ellos quienes vengan a nosotras.

Mabel no captó la mirada que se dedicaron entre ellas, por eso siguió a lo suyo, a pasarlo bien hasta que se hiciese la hora de regresar al campus, si bien, cada vez la veía más lejana.

Las cinco amigas levantaron la mano libre al unísono al reconocer los primeros acordes de *Low*, Mabel comenzó a mover la cadera de forma sensual, desde bien pequeña le encantaba bailar.

Los movimientos ofrecidos por las cinco captaron la atención de todo hombre que estaba en la pista y en la barra, también la de los militares. Uno de ellos, Lolo, fue el único sorprendido y el primero en tomar la iniciativa de acercarse al grupo de chicas que, con movimientos demasiado sensuales, provocaban miradas libidinosas por la parte masculina y de envidia por la femenina, después de intercambiar unas palabras con sus amigos.

Lolo se ubicó detrás de Mabel y la sujetó por las caderas con firmeza.

—Llevo meses buscándote por toda la ciudad —confesó, meciendo las suyas al compás de las de ella.

Mabel quedó estática un segundo, aquella voz era inconfundible, dio un paso al frente, en ese momento tenía novio y pensaba serle fiel. Había arrancado de su vida, sobre todo de su corazón, a Lolo y el puñetero destino se empañaba en colocarlo en el mismo bar.

«¡Será por bares en Murcia, que das un paso y encuentras tres!», masculló para sí cabreada.

Fue hasta la barra, quería alejarse de las chicas, no deseaba tener problemas con Aitor por un simple malentendido. Para su desdicha, Lolo le hizo compañía al instante.

—¿No piensas saludarme? —preguntó, clavando su mirada azul en la de ella.

Mabel tuvo que desviar la cara, la sensación que se adueñó de ella la hizo estremecer, no podía permitirse aquello, ya no. Él era historia, quería estar con Aitor. No, eso no era cierto. Quería a Aitor, pero no se había atrevido a confesárselo la noche que él se sinceró por miedo a alejarlo de su lado.

—Hola, Lolo. Cuánto tiempo sin verte —dijo por pura cortesía.

—Sí que ha pasado, sí. ¿Qué es de tu vida, loba? ¿Tienes novio?

Mabel se apresuró a afirmar con la cabeza.

La respuesta logró que Lolo le interesara más estar con ella, desde bien pequeños ella jamás se había resistido a su encanto y estaba dispuesto a comprobar si, después de tanto tiempo, seguía teniendo aquel poder sobre ella. Por eso, se hizo con un mechón de pelo de Mabel, se lo enredó en el dedo para llevárselo a la boca y besarlo. No le llevó mucho saber que no había perdido ni un ápice de poder de seducción. Cosa que pareció cabrear más a Mabel de lo que estaba.

—No me llames loba.

—¿Por qué?

—Si alguien te escucha va a pensar algo que no es.

Lolo acortó las distancias entre ellos y Mabel volvió a interponerlas.

—¿Desde cuándo te importa lo que piense la gente? ¿O es por respeto a ese novio que dices tener?

Mabel se mordió el labio inferior para evitar contestar, no deseaba caer en la tentación que suponía la presencia de él.

—Será mejor que regrese con mis amigas.

—Creo que ninguna te echa en falta.

Tal fue el sopor que le provocó la imagen a Mabel que la copa se le resbaló de las manos para terminar estrellada contra el suelo.

Las cuatro seguían en el centro de la pista, atrás habían dejado los bailes sensuales en solitario para hacerlo en compañía de los militares, amigos de Lolo, mientras dejaban que ellos les metiesen la lengua hasta la campanilla.

Miró la hora para comprobar que no llevaba mucho tiempo en la barra hablando con Lolo, dio golpecitos sobre la esfera pensando que el reloj se había parado, pero no, solo habían transcurrido cinco minutos.

—¿Por qué te sorprendes, loba?

—No me sorprende —mintió.

—Sí que lo haces —rectificó—. Mis amigos me han dicho que son viejas amigas y que quedan con ellas dos veces al mes. Así que si te parece bien, tú y yo nos largarnos de aquí, podemos ir a un lugar más tranquilo.

Ella denegó la oferta.

—Será mejor que vuelva a la residencia.

—Anímate, a tus amigas les quedan unas cuantas horas por delante. Todavía tienen que pasar por el motel antes de despedirse de ellos.

Mabel casi se atragantó con su propia saliva al escucharlo.

—No, mañana tengo que estudiar —objetó.

Lolo al comprobar que le sería difícil convencerla, ofreció:

—Te acompaño al coche. —Al saber que iba a replicar, añadió—: Y no acepto un no por respuesta.

Salieron del local sin despedirse, Mabel no se atrevió a acercarse a ellas e interrumpir lo que estaban haciendo. En parte agradeció que ninguna reparara en su presencia y en la de su acompañante.

—¿Dónde está tu coche? —cuestionó él con una sonrisa en la calle.

—No tengo.

—Entonces, ¿cómo vas a regresar al campus?

—En taxi. —No le agradó la idea, el único dinero que llevaba encima era de Aitor y no quería gastarlo.

—Anda, vamos. Te llevo.

—Eh, no... mejor pillo un taxi.

Lolo se plantó frente a ella y con el dedo índice la obligó a que lo mirase a los ojos.

—Loba, no seas tonta. Somos amigos desde que llevábamos pañales.

Aunque supo que no era la mejor de las ideas, era la única solución económica de volver a la residencia sin gastarse el dinero de su novio ni tener que caminar unos cuantos kilómetros.

—Está bien —aceptó de mala gana.

Durante el trayecto, Lolo estuvo tentado de preguntarle por qué no fue a Almería a visitarlo tal y como le había asegurado su madre, también de cuando se encontraron en el centro de Murcia y ella en vez de acercarse y saludarlo, salió corriendo en dirección opuesta. La respuesta le llegó de inmediato, el chico que la acompañaba era su novio. Otro motivo más para seducirla y demostrarle que jamás podría decirle que no a él.

Con cierto disimulo, hizo que ella se sujetara a su brazo. Entre bromas y risas llegaron al coche estacionado en una callejuela sin iluminación ni salida. Durante el trayecto, Lolo tuvo la sensación de que el tiempo no había pasado entre ellos y que Mabel caería rendida a sus encantos.

—¿Te importa si fumo en el coche? —cuestionó Mabel.

Lolo abrió los ojos asombrado, la chica que él conocía jamás se había puesto un cigarro en los labios, incluso se enfadó con él cuando, siendo niños, lo pilló fumándose uno que le había robado a su padre. A raíz de ahí fumaba en contadas ocasiones, aquella le pareció la más idónea para provocar un acercamiento.

—Mejor nos lo fumamos fuera para que no se quede olor desagradable dentro.

Mabel no captó el doble sentido que entrañaba la petición. Apoyó la espalda en la puerta del pasajero, le ofreció un cigarro a Lolo y encendió el suyo. Expulsó el humo con cierta lentitud, si el gesto no le ayudaba a calmar los nervios que sentía por estar a solas con su amor de la infancia, nada lo lograría.

Desvió la mirada unas cuantas veces, le ponía nerviosa la intensidad con la que Lolo la observaba a corta distancia. Distancia que quedó reducida cuando él dio un paso al frente y alargó la mano para acariciarle la mejilla. Mabel cerró los ojos, pensaba que de ese modo el gesto no sería real.

—Estos meses te he echado mucho de menos, loba.

Ella abrió los ojos al sentir la caricia de su aliento pegada a sus labios. Inspiró profundo conocedora de lo que en breve pasaría si no tenía la fortaleza de rechazarlo. Ni la tuvo ni el nombre de Aitor le pasó por la cabeza. Entreabrió los labios para darle acceso.

Con el primer roce algo dentro de ella se activó y trajo consigo cada uno de los recuerdos, cada sentimiento y la ansiedad por besarlo hasta quedarse sin aliento. Olvidó por completo todo lo que les rodeaba, incluso el mismo universo, en ese preciso instante solo existían ellos y el deseo que se acrecentaba con cada roce de lengua. En ese instante aceptó que Lolo era su

debilidad.

La pasión creció a pasos agigantados, para cuando quiso darse cuenta de lo que hacía, estaban desnudos en la parte trasera del coche y Lolo tenía apresado un pezón entre sus dientes. El raciocinio intentó en varias ocasiones interponerse ante el deseo, ganó la batalla este último.

Se asustó al escuchar el elevado gemido que abandonó su boca cuando bajó las caderas y dejó que la verga de Lolo la colmara entera. La sensación era nueva, era la primera vez que lo hacía sin protección y sus terminaciones nerviosas se activaban más con cada acometida. Elevó las caderas en el mismo instante en el que él confesó que estaba a punto de eyacular.

Intentó quitarse de encima, pero Lolo lo impidió sujetándola por la cintura, no tenía intención alguna de dejarla escapar, le había costado mucho conseguir aquello para que ahora desapareciera otra vez de su vida. No estaba dispuesto a que ocurriese hasta que él se cansara de ella, algo que jamás confesaría.

El cielo esclarecía cuando Lolo estacionó frente a la puerta de su residencia, fue en ese momento cuando Mabel tomó consciencia de lo que había hecho. Miró con recelo a todos lados antes de besarlo, rezó por no encontrar a Aitor esperándola, tenía que hablar con él, pero no deseaba que la conversación se produjera con Lolo delante. Relajó la tensión al comprobar que la calle estaba desierta.

—Me recoges a la una y pasamos el resto de día juntos —sugirió ella después de darle un beso largo, sabía que le daba tiempo a hablar con Aitor antes de marcharse con él.

Lolo comprobó la hora en el reloj del salpicadero antes de ofrecer una respuesta.

—Mejor a las dos, quiero descansar algo.

Mabel accedió al edificio con una mezcla de sensaciones, por una lado se sentía eufórica por saber que a partir de ese instante estaría con Lolo, y por otra, pensando qué le diría a Aitor porque no deseaba dañarlo, aunque sabía que lo haría.

«Espero que algún día sepa perdonarme», ese fue su último pensamiento antes de sumirse en un profundo sueño.

Capítulo 32

Mabel

El reflejo que me devuelve el espejo del baño del despacho me asombra, hacía tiempo que mis ojos no desprendían tanta felicidad. Pau insiste durante el transcurso de estas semanas en que le cuente qué me pasa, en realidad hay poco que decir porque ni yo misma sé qué sucede entre nosotros, el tema es que desde aquel sábado nos vemos todos los días.

Decido que es el momento idóneo para salir a fumar, quiero aprovechar que mi amiga se ha marchado a visitar a un cliente para hacerlo. Tomo asiento en los escalones del exterior, enciendo un cigarro y me recreo en recordar, otra vez, el primer encuentro fue igual de mágico que nuestra primera vez. Me sentí mal por Aitor al enterarme de que Rebeca no ejerció de madre con su hija y que tuvo que ser él, con la ayuda de su suegro y cuñada, quien criase a su niña.

Eso me impulsó a sentarme a su lado para difuminar la tristeza que veía reflejada en su mirada. Lo siguiente que recuerdo fue estar recostada sobre su pecho y sentirme como en casa. Aquella sensación me asustó, aunque el verdadero temor llegó cuando comenzó a acariciarme, algo dentro de mí me advirtió de que esas manos no eran unas completas desconocidas y que mi cuerpo no las recordaba de años atrás, sino que me habían tocado no hacía mucho tiempo.

Pronto deseché la idea, Aitor no es el desconocido, quiero creer que se trata de Lolo, que es él quien hizo toda aquella parafernalia para que volviera con él y casi lo consigue, pero mi yo interno me grita que no es cierto, que es una mentira para no ver la realidad. Fue por eso que cuando Aitor intensificó el beso y comenzó a acariciarme bajo la ropa, las dudas se apoderaron de mí, volví a dudar de si estaba en lo cierto. No tuve más remedio que pedirle que parara porque no pretendía darle esperanzas, primero debo poner mi vida en orden, el problema es que no puedo resistirme a estar cerca de él, eso me llevó a colarme en su habitación y comenzar algo a lo que no deseo ponerle nombre.

—No sé qué habrás hecho estas semanas, pero repítelo porque estás igual de radiante que en la universidad.

Sacudo la cabeza para salir de la ensoñación y dejar de pensar en las manos

de Aitor recorriendo todo mi cuerpo con una maestría perfecta, para mirar a mi amiga que me observa.

—Nada fuera de lo común. Creo que es este sitio. —Abarco con las manos el horizonte, sabe que me refiero al pueblo.

Mira a su alrededor para divisar su propia finca.

—Es como si tuviera poderes mágicos o algo así. Desde que regresé no tengo la sensación de que mi vida se me escapa de las manos.

Opino igual. No llevo ni un mes en Blanca, pero puedo decir que atrás quedó la sensación de asfixia y de que no vivía mi vida, sino la de una extraña. Sé que Aitor tiene gran parte de culpa de que mi rostro luzca tan feliz, aunque también es debido a pasar más tiempo con mi hijo y todas las personas que me importan.

—Me encantaría que Lidia estuviese aquí —digo al acordarme de ella—. Aunque nunca le ha gustado este estilo de vida.

—La verdad es que no, recuerda que fue la primera en marcharse a la ciudad.

Pau se sienta a mi lado, saca un cigarro del paquete y lo enciende.

—¿Tú no habías dejado de fumar? —inquiero.

—Y tú me rompías los paquetes de tabaco y ahora fumas más que yo — replica.

—*Touché* —admito, cogiendo uno.

Enmudecemos, nos centramos en divisar la paz y tranquilidad que se respira aquí. Cada vez estoy más convencida de que no es tan mala idea instalarme de forma permanente. Me gusta esta calidad de vida para mi hijo y no el ajetreo constante que se respira en la ciudad. Desde que estamos aquí lo veo más feliz, ya no pregunta tanto por qué su padre no viene a verlo. Se me encoge el corazón al recordar la forma tan cariñosa con la que Aitor lo trata cuando estamos los cuatro, como si se tratara de su propio hijo.

—¿Has presentado de mi demanda? —inquiero.

No deseo retrasar más el tema, por mucho que me empeñe en pensar que su padre va a cambiar, le he concedido muchos años para demostrarlo, cosa que no ha hecho.

—Aún no, no te vi convencida cuando hablamos del tema.

—Hazlo, más de seis años son más que suficientes.

—¿Aitor no tendrá nada que ver con tu decisión, verdad?

La miro anonadada. No le he dicho que está aquí y que nos hemos reencontrado.

—¿Cómo sabes...? —replico.

—Porque es nuestro cliente desde hace meses y, aunque haya madurado, no ha cambiado nada desde la universidad. Por lo visto, él a mí no me recuerda.

—Pues no me ha dicho nada. —Me muerdo la boca, al saber que he metido la pata y acabo de confesar que nos vemos.

—Pillina. —Pau comienza a reír de forma escandalosa, no puedo evitar contagiarme de ella.

Nos lleva un buen rato tranquilizarnos, debo admitir que a las dos nos ha venido bien el cambio de vida, volvemos a ser las de siempre. Me pongo seria, necesito aclararle que Aitor no es el culpable de mi decisión.

—Créeme, él no tiene nada que ver con querer seguir adelante con la demanda. Por el momento somos amigos, eso es todo. —Entiende lo que digo, sabe que no le mentaría en ese aspecto—. Lolo lleva casi dos meses sin ver a su hijo, tampoco se ha molestado en llamarlo para ver cómo está. Pau, estoy cansada de poner excusas cada vez que pregunta por su padre. No sabes cuánto te agradezco que me convencieras de aceptar el puesto de trabajo y que mi hijo haya conocido a Rebeca, lleva semanas sin preguntar por él.

Coloca su mano sobre la mía. A simple vista parece un gesto sin importancia, pero sí que la tiene, para mí significa mucho que me apoye en mi decisión de demandar a Lolo para quitarle la custodia. Si quiere perderse los mejores años de su hijo allá él, pero no pienso permitir que su inmadurez afecte a mi pequeño.

—En ese caso, mañana mismo la presento.

—Descuéntame del sueldo los honorarios.

—No digas gilipolleces, no pienso cobrarte.

Resoplo, paso de entrar en una disputa con ella por dinero. Pienso pagarle quiera o no.

Nos incorporamos dispuestas a proseguir con nuestra jornada laboral, aún quedan dos horas para dar por finalizado el trabajo.

—¿Ma? —llama una vez que estamos dentro del despacho.

—¿Sí?

Se muerde el labio inferior, conozco ese gesto suyo, no le agrada nada lo que va a decir, pero sabe que tiene que hacerlo. Espero paciente a que hable, no tarda en hacerlo.

—Si no estás segura no sigas con Aitor, no me gustaría que le hicieras lo mismo que en la universidad.

La miro asombrada, esperaba cualquier cosa por su parte, pero no esto.

—¿A qué viene esa advertencia? Se supone que eres mi amiga y debes apoyarme en las decisiones que tome —pregunto ya sentada en mi puesto de trabajo.

Se acerca a mi mesa y se sienta en ella.

—Cielo, no te enfades conmigo por ser sincera —se aclara la garganta—. Una vez alguien me dijo un dicho. Decía algo así: un clavo saca otro clavo.

Me quedo a cuadros, fui yo quien le dijo eso cuando tenía dudas de si salir con Lázaro o no porque creía estar enamorada de Izan.

—Pero no siempre sale bien y no me gustaría que lo dañaras, se le ve buen hombre.

—Lo es —aseguro cabreada con ella. No comprendo a qué viene todo esto.

Creo que percibe mi malestar, por eso se apresura a agregar:

—Cielo, lo que intento decirte, es que una vez que interpongamos mañana la demanda Lolo no tardará en enterarse y sabes tan bien como yo qué pasará.

Cierro los ojos, no por estar enfadada con mi amiga, más bien es conmigo misma, yo sola he creado este aura de desconfianza entre mis seres queridos por decir tanta mentira cuando ellos sabían la verdad desde el principio y lo único que ansiaban era que yo fuera sincera.

—Por eso no te preocupes, no tengo la menor intención de volver con él, ya no.

Hasta yo misma me extraño con la seguridad que hablo, y sé que, en cierto sentido, la culpa de esa confianza es debido a la presencia de Aitor. Cada día que paso a su lado más claro tengo las cosas, el problema es que aún no me atrevo a analizarlo ni a decírselo por miedo a perderlo. Cuando lo haga quiero estar segura de mis palabras porque sé que ya no es aquel joven ilusionado con nuestra relación, y si ahora cometo un fallo, no tengo tan claro que me perdone.

Capítulo 33

Aitor

Rebeca sale disparada del coche en cuanto divisa a Manuel llegar acompañado de su abuelo. La alegría que sentía por ver esta mañana a Mabel se esfuma de un plumazo, es Jesús el encargado de traer al niño al colegio.

—Buenos días, muchacho. —Saluda con una enorme felicidad.

—Buenos días, Jesús —respondo. Miro a mi alrededor para asegurarme de que no me oye nadie—. No sabía que eras tan buen casamentero.

Suelta una de sus risotadas, eso provoca que las madres que ya han llegado centren la atención en nosotros. No necesito desviar la mirada para saber que muchos de los ojos aquí presentes están clavados en mí, pero sigo sin entender el porqué. No soy un hombre fuera de serie, más bien normalito, aunque se empeñen en decir lo contrario.

—¿Qué tal el reencuentro con mi niña?

Quien tiene que reír soy yo al caer en la cuenta de que lo ha planeado todo.

—Mira que eres...

—Un respeto, muchacho. —Se adelanta a decir para que no diga la siguiente palabra.

Tengo que morderme la lengua para no soltarla, no puedo creer que nos haya hecho lo mismo otra vez. No se conformó con convencernos de estudiar la misma carrera, porque ahora estoy seguro de que fue él el artífice puesto que mi primera intención no era cursar económicas, pero me dejé persuadir por el hombre que considero mi padre.

—¿No te rindes, verdad? —cuestiono.

Niega con la cabeza.

—Te lo he dicho muchas veces, estáis destinados a estar juntos.

Resoplo. No sé cómo hacerle entender que para su hija soy un mero pasatiempo, pero como buen gilipollas que soy, caigo rendido a su pies cada vez que me dice ven.

—Y yo no sé de qué manera decirte que tu hija está enamorada del padre de su hijo.

Sacude la mano.

—Sandeces. Mi niña está enamorada de ti, lo que pasa es que es de mollera

dura y le cuesta entrar en razón, pero un par de semanas más y se dará cuenta.

—Será eso —digo, obviando el resto del comentario.

El timbre del colegio resuena por todo el recinto, anuncia que es el momento de despedirnos de nuestros hijos y comenzar otra jornada laboral. Le doy un beso a mi princesa y otro a Manuel. El niño me regala una sonrisa amplia que en nada se parece a la de su madre, supongo que será heredada de su padre.

—Te invito a un café —propone Jesús.

Compruebo la hora antes de aceptar o denegar la invitación.

—Vale, tengo media hora de margen.

No necesito preguntar dónde vamos, sé de sobra que es al bar de Víctor, por muchos que abran en el pueblo, Jesús se niega a ir a otro, objeta que mientras su amigo levante a diario la persiana el café se lo sirve él.

Aprovechan el tiempo que permanezco con ellos para contarme cómo les fue el fin de semana en Benidorm. Sonrío con cariño al escucharlos, con los años que se conocen y siguen siendo grandes amigos. La situación hace que recuerde a Rubén, desde que dejé la universidad no sé nada de él, nos vimos un par de veces las siguientes semanas, pero perdimos el contacto. Me encantaría poder tener una amistad tan duradera como la de ellos.

Me despido de ambos con un apretón de manos y a Jesús le prometo que le ayudaré en la reforma que quiere hacer en casa de su madre.

El motor del coche no se resiente cuando lo pongo en marcha, salgo del pueblo en dirección a la autovía. He quedado con Silvia en el despacho de La Vía Rue para nuestra reunión mensual y para no escucharla quejarse de que no quiere venir hasta el pueblo, decidí concertarlas en Murcia, así de paso me será más fácil pedirle el favor.

Saludo al personal a mi llegada al club. Subo las escaleras hasta alcanzar el despacho, cuando abro la puerta mi cuñada ya está enfrascada en la contabilidad. Levanta la cabeza y me sonrío. Tras el correspondiente saludo y preguntar por su sobrina, damos por comenzada la reunión.

—Me niego. Esas no fueron las condiciones cuando me convenciste de abrir un club en tu pueblo —se queja incorporándose.

Hago lo mismo y voy hasta a ella.

—Te prometo que será este fin de semana y no te lo pido más veces —solicito mientras la abrazo.

—Eso dijiste hace dos y me comí sola la fiesta.

Alzo una ceja. Se le olvida que, aunque no estuve presente en la

inauguración de El Viñedo Jr., sé todo lo que ocurrió en la sala.

—Por lo que tengo entendido, lo pasaste de lujo. Un pajarito me ha dicho que tu amiga fue a verte y pasasteis la noche allí.

Me suelta un puñetazo y se aleja de mí.

—¿Por qué me pegas? —Deseo saber.

—Por capullo.

Sin querer se le escapa una bonita sonrisa, me alegra mucho verla tan feliz.

—Venga, Silvia, reconoce que el club de Blanca no está tan mal como pensaste en un inicio, que le concede a los clientes, y a ti misma, más intimidad. Allí se pueden organizar fiestas que este no permite.

No dice nada, pero su expresión corporal me da la razón.

—Todo eso está muy bien, aunque no entiendo por qué sacas a colación el tema de las fiestas si lo que en verdad quieres es tomarte otro fin de semana libre para estar con ella.

Sabe quién es Mabel y lo que ocurre entre nosotros desde ese sábado, no tengo secretos con ella, nunca lo he tenido.

—¿Te molesta que quede con ella?

—No, lo que no quiero es que te haga daño, es lo único que me preocupa. Recuerda qué pasó aquí.

La comprendo, yo tengo el mismo miedo, que Mabel vuelva a dejarme si reaparece Manuel en su vida. Por eso quiero tomarme las cosas despacio, no ilusionarme por mucho que estas dos semanas sean las mejores de mi vida de los últimos meses.

Mi pretensión cuando la dejé entrar en mi habitación era que no sucediera, solo dormir abrazado otra vez a ella; sin embargo, no pude resistirme cuando comenzó a acariciarme. Intenté no mezclar sentimientos, pero ¿cómo no hacerlo si amas a la persona que se aferra a ti mientras te hundes lentamente en ella? Y es lo mismo que me ha pasado cada noche que he logrado convencerla de que pase la noche conmigo.

—Te prometo que no me lo hará.

Se acerca a mí, alarga la mano y me acaricia la mejilla.

—No está en tu mano. Sigues enamorado de ella, no puedes negarlo, se te ve en la mirada.

Asiento. No pienso mentirle.

—Bueno, te prometo que iré con cautela.

Muestra una sonrisa de complicidad.

—¿Eso quiere decir que te encargarás tú este fin de semana de El Viñedo?

—inquiero ilusionado.

Se apresura a negar.

—Lo siento, pero no puedo. Te lo dije la semana pasada, ya tengo planes y no quiero aplazarlos otra vez.

Cierro los ojos, se me ha olvidado que ha quedado con su amiga para irse a la playa, quieren volver a quedar fuera del club y comprobar si se les da tan bien estar juntas como cuando están en una de las salas. Quedaron hace dos fines de semana, pero Silvia lo aplazó para que yo pudiera quedarme en casa con Rebeca y no sabe lo agradecido que le estoy, eso ocasionó volver a estar con Mabel.

—Es verdad, perdona, lo había olvidado.

—No pasa nada, ¿por qué no se lo pides a Francesco?

Niego.

Francesco es un buen amigo de mi cuñada y una gran ayuda ahora que tenemos los dos clubs, si uno de los dos está enfermo él se encarga de regentar La Vía Rue. Lo conoce incluso mejor que nosotros. Es raro el día que no viene por aquí y sabe el nombre de toda la clientela.

—Él se encargará de este.

—Es verdad, tú no puedes estar en los dos. ¿Y Ramiro?

Vuelvo a negar.

—No, aún no está preparado para quedarse solo con las dos zonas.

Me palmea la espalda.

—Pues tendrás que conformarte con verla durante la semana.

La sugerencia no me parece tan descabellada, le mando un mensaje para invitarla a pasar la tarde juntos y así los niños pueden jugar. No tarda en responderme para declinar la oferta, objeta que trabaja. No me rindo, así que le ofrezco una alternativa, la cual no rechaza.

—Si a eso lo llamas tú ir con cautela, no quiero pensar qué significa ir rápido en tu vocabulario —comenta mi cuñada.

Ni percatarme de que ha leído nuestra conversación por mensajería instantánea.

—No es lo que piensas, a Rebeca le gusta estar con Manuel.

—A mi sobrina no la pongas como excusa —se queja.

—Jamás haría algo así. —Sabe que soy sincero.

Me despido de ella pasada la media mañana, he quedado con Mabel en que ella se encargará de recoger a los niños e ir directa a mi casa, yo me he comprometido a tener la comida lista para cuando lleguen.

Antes de acceder a casa reviso que la piscina está en condiciones de ser usada, será la primera vez que la utilicemos esta temporada. Rebeca no es asidua a estar dentro del agua, espero de corazón que la presencia de Manuel la anime a ello, deseo que disfrute de su infancia.

Una vez finalizada la tarea de eliminar la suciedad de la superficie de la piscina con el recogehojas y conectar la depuradora, accedo al interior por la puerta de la cocina, voy a mi cuarto para cambiarme de ropa, no me gusta estar aquí con traje de chaqueta, los uso para trabajar, en mi hogar me gusta ir cómodo y nada mejor que unos vaqueros y deportivos. De vuelta en la cocina, abro la nevera para asegurarme de que tengo los ingredientes necesarios para el menú que tengo pensado. A mi niña le encanta, espero que a nuestros invitados también.

De primero haré una ensalada con fresas y queso de cabra. Dispongo los ingredientes sobre la encimera para comenzar a cortarlos. En la ensaladera reparto la mezcla de lechugas una vez se han escurrido. Encima coloco los cuartos de fresas, el queso de cabra cortado a daditos y dispense las nueces. En un recipiente echo un chorro de aceite, miel y vinagre de Módena, lo llevo a emulsión ayudado por la varilla, cuando creo que el aliño está perfecto lo echo por encima de los ingredientes. Es un plato fácil y rápido de hacer e ideal para estas fechas en las que el calor ya comienza a apretar en la Región. Introduzco la ensalada en la nevera, así se enfriará mientras preparo el *gratén* de verduras con pollo. Las recetas no son de mi cosecha, proceden del recetario solidario *Qué comemos hoy* que adquirí hace unos meses, cuando mi cuñada me comentó el proyecto que llevaba a cabo la madre de una amiga suya, no lo pensé a la hora de comprar uno.

Miro el reloj para cerciorarme de que voy bien de tiempo, saco la bandeja para cubrir el *gratén* con queso rallado para gratinarlo. Estará listo para cuando lleguen los comensales. Como voy bien de hora, salgo al jardín para fumarme un cigarro y terminar la copa de vino que me he servido antes de comenzar a cocinar, no sé hacerlo sin ella. Una costumbre que adquirí con mi suegro.

Desde mi posición escucho el ronroneo de un motor, deduzco que se trata de Mabel y los niños. Camino sin prisa pero sin pausa por el jardín hasta llegar a la puerta de acceso. Sonríe con amplitud al ver a mi pequeña correr hacia a mí. La cojo al vuelo cuando se lanza a mis brazos, la estrecho contra mi pecho.

—Buenas tardes, princesa. ¿Cómo ha ido el colegio?

—Hola, papá. Muy bien.

Pasa a relatarme lo que ha sido su jornada estudiantil con gran devoción. Espero que no pierda ese interés que tiene por aprender cuando alcance la pubertad.

—¿Y a ti como te ha ido, Manuel? —le pregunto a la vez que le revuelvo el pelo cuando se coloca a mi altura.

El niño no tarda en contarme el pequeño percance que ha tenido en el recreo. Uno de sus compañeros le ha puesto la zancadilla y lo ha tirado al suelo.

—¿Estás bien? —me preocupo.

—Sí —responde Mabel por él—. Un pequeño raspón en la rodilla. Pero mi campeón es muy fuerte, ¿verdad, cariño?

El chico no tarda en mostrar una enorme sonrisa.

—Sí, mamá.

Dejo a Rebeca en el suelo, coge de la mano a Manuel y se adentran en la parcela. Observo a Mabel anonadado, está preciosa con los vaqueros ajustados, la blusa blanca y los zapatos de tacón rojos. La saludo con un casto beso en la mejilla.

—¿Y tu mañana que tal?

—¿Nos vas a preguntar a todos? —replica con una sonrisa.

—Por supuesto que sí.

Su almadrada mirada se centra en la mía. Estoy tentado de atraerla hacia a mí y besarla, pero no quiero que los niños nos vean, están jugando a pocos metros de nosotros.

—Monótona.

—¿No tienes trabajo en la oficina?

Sé que trabaja como secretaria en el despacho de su amiga, ahora ya sé que mi abogada y Paula son la misma persona, solo me llevó un par de conversaciones con Mabel para descifrarlo.

—Hay de sobra, el tema es que he pasado las cinco horas digitalizando documentación.

—Sí que es monótono, sí.

Coloco la mano en su cintura, con ese gesto la invito a pasar. No quiero perder tiempo aquí fuera cuando solo dispone de dos horas para comer y descansar algo.

—Entremos. La mesa está preparada.

Caminamos uno cerca del otro, rodeamos la casa y accedemos por la cocina, avisamos a los niños para que entren, ya tendrán tiempo de jugar el

resto de la tarde.

—Y tú, ¿te has pasado toda la mañana de amo de casa?

Me da la risa.

—No, he tenido reunión con Silvia.

Al igual que sucede cada vez que estamos juntos, los niños monopolizan el tema de conversación, ambos estamos encantados de que tengan tanta soltura a la hora de hablar y no se mantengan callados o absortos en la pantalla del televisor, esas no son las costumbres que le he inculcado a mi hija. Es grato comprobar que Mabel educa a su hijo del igual modo. Los niños piden permiso para marcharse a la sala de juegos cuando finalizan con el postre.

—Sí, pero no os pongáis a saltar —advierte Mabel.

Giro el rostro para ver cómo los dos se marchan a toda prisa por el pasillo.

—¿Sabes que te no van a hacer caso, verdad? —inquiero al asegurarme de que no me oyen.

—Lo sé —dice, sacando un cigarro de la cajetilla.

Me ofrece uno, le agradezco el gesto con una sonrisa.

—Mira que en casa también intento que repose un poco la comida, pero nada, no hay forma —agrega.

—Me ocurre lo mismo con Rebeca, por mucho que insisto no hay manera de que se siente un rato después de comer.

—Son niños —los excusa—. Nosotros también hacíamos lo mismo a su edad.

Se me contrae la cara. A mí no me estaba permitido jugar a la edad de mi hija.

—Lo siento —dice a mi lado. Ni percatarme de que se ha cambiado de silla —, había olvidado tu infancia.

Coloco mi mano sobre la suya y hago círculos en su palma.

—No tienes que disculparte. No fue culpa tuya que mi infancia fuese tan... —No sé cómo calificarla.

—Mala —agrega ella por mí.

Asiento. Aunque fue mucho más que eso.

Aprovecho que se gira en la silla para incorporarme y colocarme entre sus piernas, sus manos no tardan en abrazarme por la cintura. Acojo su rostro entre mis manos y comienzo un beso lento. Qué ganas tenía de repetirlo. Le doy uno en la punta de la nariz antes de decir:

—Vete al salón o a mi cuarto y descansa un rato. No acepto un no por respuesta, te hago compañía en cinco minutos. Lo que tardo en meter todo al

lavavajillas.

Capítulo 34

Mabel

Me siento como si estuviera en el paraíso. Cuando he recibido su mensaje no estaba segura de aceptar la invitación, no por nada, sino porque no somos aquellos adolescentes, tenemos responsabilidades. Sin embargo, ahora que estoy aquí con él, agradezco no rechazarla. Me encanta cómo me trata, el interés que demuestra en mí, pero sobre todo el que manifiesta hacia mi hijo, es lo que más me gusta.

Antes de entrar en el salón me asomo a la sala de juegos, los dos están acostados en el futón con la televisión encendida, los personajes amarillos de los *Simpson* se mueven por ella. Visito el aseo, ni tiempo he tenido esta mañana de hacerlo en la oficina. En el salón me despojo de los zapatos, son preciosos pero matadores, dejo escapar un suspiro de satisfacción, no sé por qué me empeño en ponerme estos taconazos para ir al despacho, al final tendré que darle la razón a Pau y utilizar unos más cómodos.

Me decanto por tumbarme en la *chaise lounge* individual que está ubicada detrás del sofá de dos plazas, no es cuestión de ponerme demasiado cómoda porque en menos de una hora tengo que marcharme a trabajar, pero no puedo evitarlo, estos días me he quedado con ganas de probarla. Cierro los ojos y los recuerdos me invaden de nuevo. Tengo que cesar en mi empeño de revivir una y otra vez las mágicas noches.

—Humm —ronroneo cuando las manos de Aitor atrapan uno de mis pies y comienzan a masajearlo—. Esto es vida.

No dice nada, se dedica a calmar el dolor, con cada pasada mitiga más la sensación de tener dormido el pie debido a la inclinación al estar dentro del zapato.

—No entiendo por qué os empeñáis en llevar un calzado que parece tan sumamente incómodo. Silvia no sabe salir de casa sin ellos.

—Se le llama ir coqueta.

Prosigue con el masaje, si sigue así me dejará dormida.

—Tú no los necesitas para serlo.

Sonrío. Me encanta que me haga sentir el centro del mundo, si una mujer dice lo contrario miente y de manera descarada. A todas, sin excepción, nos

halaga que un hombre nos haga sentir especial, que no existe otra en la faz de la tierra.

Deja los pies para centrarse en los gemelos, lástima que la tela del vaquero impida percibir bien los movimientos circulares que ejecuta sobre ellos.

—A este ritmo me dejas dormida —susurro.

Estoy en la gloria.

—¿No te gusta?

—Todo lo contrario, me encanta. Aunque ya lo sabes —afirmo.

Sé que está riendo por la vibración del sofá. Comienza a ascender con movimientos sutiles, creo que no me quiere dormida, sino bien despierta. Le acaricio la espalda cuando se tumba encima de mí. Sus labios no tardan en buscar los míos.

Enredo mi lengua con la suya, me dejo llevar por el deseo que siento cada vez que estoy entre sus brazos, en este momento no quiero pensar por eso aparte las indecisiones que se empeñan en aparecer cuando estamos juntos, solo deseo sentir el placer que me invade. La conexión que existía entre nosotros en la universidad no se ha evaporado con el paso del tiempo, aunque parezca extraño prosigue intacta.

Sus manos inspeccionan mi estómago por debajo de la camisa, no intenta nada más. Sabe que no disponemos de tiempo, además, los niños pueden entrar en cualquier momento y no me apetece que nos pillen en esta guisa.

Gimo al percibir la protuberancia de su entrepierna pegada a mi sexo. Lo que daría por arrancarle la ropa y tenerlo dentro, pero tendré que conformarme con estos juegos que tanto nos gustaban en nuestra juventud.

—Quédate esta tarde conmigo, pecas —suplica junto a mi oído.

Atrapa el lóbulo y lo succiona con vehemencia. Me retuerzo de placer bajo su cuerpo.

—Qué más quisiera, pero tengo que trabajar.

Le sujeto la cara para besarlo, muevo las caderas para fricciónarme contra él y percibir más su erección. El sonido de mi móvil logra que cesemos, doy las gracias porque de seguir así, lo habríamos hecho aquí mismo a riesgo de ser pillados por los niños.

—La alarma —comunico—, hora de marcharme.

No le convence la idea de dejarme marchar. Si soy sincera, a mí tampoco. Me apetece quedarme y acabar con lo que hemos empezado; sin embargo, me toca irme con un tremendo calentón. Le doy un último beso antes de salir del confín de su cuerpo. Voy hasta el baño, me echo agua por el cuello, no sirve de

nada, esto no va a mitigar la excitación que llevo, pero paso de presentarme así ante Pau, no me apetece ser la causa de las burlas de esta tarde.

Para cuando salgo, Aitor me espera en la puerta. Se cerciora de que los niños siguen en la sala de juegos para besarme. Voy hasta a ella para despedirme de los dos antes de ir a la cocina a por el bolso y marcharme. Le prometo a los dos que cuando salga de trabajar me bañaré con ellos en la piscina. Aitor alza las cejas y sonríe con picardía, con disimulo le doy un pequeño codazo en el costado al pasar por su lado.

En la puerta principal me pega contra la pared y la pasión se apodera otra vez de nosotros. Estoy igual que cuando salíamos en la universidad, no me canso de besarlo.

—Nos vemos luego —informo.

—Quedaros a dormir —pide.

—Ya nos quedamos hace dos días, y te recuerdo que mañana hay colegio —objeto.

—Yo me encargo de llevarlos.

Asiento. Sé que este fin de semana no puede cogérselo libre, su cuñada se va de viaje. Si quiero dormir con él, tendrá que ser durante la semana.

Subida en el coche le mando un mensaje a Pau para informarla de que me retraso diez minutos. Quiero pasar primero por casa a coger ropa para Manuel y para mí, así cuando salga me voy directa a la suya.

Mi padre no pregunta cuando entro en casa ni cuando le informo de que otra vez no vendré a dormir, no tengo tanta suerte con mi madre, pronto lanza una retahíla de preguntas para saber dónde pensamos quedarnos. Le digo la misma mentira que desde hace quince días, que pasaremos la noche en la masía. Mi padre, como es normal en él, sabe que es mentira, pero no cuestiona nada; sin embargo, la tocapelotas de mi madre comienza a refunfuñar que no hago lo correcto, que soy una mala madre por separar a mi hijo de su padre y que debo estar en todo momento en casa por si a él se le antoja venir a vernos.

—Llevo meses sin saber de él, no creo que le dé por venir aquí a buscarnos justo esta noche —mascullo cabreada.

—¿Y tú qué sabes? Lo mismo hasta te sorprende.

«Si aparece, sí que lo haría, puesto que la demanda aún no está puesta y no sabe que estoy aquí», pienso para mí.

Siempre igual. Siempre ha tenido la santa manía de entrometerse en mi vida. Estoy cansada, ya no soy aquella chiquilla que apareció por casa diciéndoles que estaba embarazada y no quería casarse, aunque me vi obligada a ello por

la insistencia de mi madre. Borro el recuerdo, no quiero que nada y menos ella, me estropee la tarde. Me despido de mi padre con un beso, me asegura que no me preocupe que él se encarga mañana de recoger a su nieto a la salida del cole.

—Gracias, papá.

—De nada, cielo. Pásalo bien esta noche y no pienses en nada, ¿de acuerdo?

Le sonrío con cariño, no puedo quererlo más.

—Lo haré. Nos vemos mañana.

—Dale un beso enorme a mi nieto de mi parte.

Cierro la puerta y voy al coche. Conduzco sosegada, desde que estoy en el pueblo he aprendido a no ir a toda velocidad, la vida aquí es más relajada y eso se refleja también en la forma de conducir.

Estaciono al lado del coche de Lázaro, me extraña verlo aquí, a estas horas suele estar en el trabajo, no regresa de Murcia hasta pasadas las ocho de la tarde. Cuando accedo al despacho me sorprende no ver a Paula en su mesa. Encojo los hombros, me da que estaré sola las dos horas.

—¿Y no puede hacerlo uno de tus empleados? —escucho preguntar a mi amiga al otro lado de la pared.

—No, Moya está con su hijo en el hospital y los demás ya tienen asignada su ruta semanal.

—Es que no me agrada la idea de que te subas al camión.

Intento no prestar atención a la conversación, pero si se empeñan en hablar junto a la puerta que accede al despacho, me voy a enterar de todo.

—Cariño, te prometo que no me pasará nada.

—Sigue sin convencerme.

Por el tono de Paula intuyo que Lázaro la tiene abraza y le hace caricias.

—Vente conmigo.

—¿Y qué hago con el despacho? No puedo cerrarlo, tenemos mucho trabajo.

—Mabel puede encargarse, como bien me has dicho hace nada, ya has presentado su demanda antes de comer y hasta el lunes no tienes juicios. Además, lo más tardar regresaremos el sábado.

Elevo el volumen de la radio al percibir el característico sonido de un beso. Paso de escucharlos, bastante caliente voy como para que estos dos eleven mi excitación.

—Lo que me faltaba —me quejo por lo bajo.

Intento centrarme en escanear la documentación para adjuntarla a los

expedientes, no quiero oír los jadeos que hay al otro lado de la pared. Una llamada entrante ayuda a mitigar el ruido. Es la primera vez desde que estoy aquí que soy yo quien le da conversación a la señora Martínez. La mujer ya no sabe qué hacer para que la deje colgar.

—Que tenga buena tarde, señora Martínez —me despido de ella después de tenerla más de media hora al teléfono.

La puerta se abre y tras ella aparece mi amiga.

—Ah, Ma, ¿ya estás aquí? No te he escuchado entrar —dice roja como un tomate, colocándose bien la camisa.

Lázaro aparece detrás de ella, a él no le avergüenza que los haya escuchado.

—¿Todo bien, *parejita*? —cuestiono con malicia.

—Todo perfecto —comenta Lázaro.

—Ya, ya he escuchado.

—Gilipollas —masculla Pau.

Río a carcajadas, sobre todo para que Pau no pase más vergüenza de la que ya siente. Se entretiene en explicarme lo que ya sé, que ha interpuesto mi demanda y que se va con Lázaro de viaje.

—Gracias —le digo por las prisas que se ha tomado en esta ocasión.

—No tienes que darlas —asegura—. A partir de mañana, abre por las mañanas, las tardes son más tranquilas. Si te apetece, instalaros aquí estos días, así por las tardes podéis bañaros en la piscina. Disfruta de mi sobrino que la semana que viene será complicada. No creo que terminemos ninguna tarde antes de las nueve.

—No te preocupes, vengo también por las tardes así adelanto trabajo —me ofrezco.

Niega.

—Hasta que yo no prepare los expedientes no puedes hacer nada. Así que hazme caso, trabaja por las mañanas y disfruta las tardes.

«No te haces una idea de lo que las voy a disfrutar», pienso para mí.

—¿Te queda mucho para terminar este expediente? —Desea saber con él en las manos.

—Escanear la sentencia.

—Vale, cuando termines vete a casa.

Se coloca a mi lado, me incorporo y no tarda en abrazarme.

—Nos vemos el lunes.

—Llevad cuidado en el camino —advierdo, mirando a Lázaro.

—Lo tendré. Ya sabes que si le ocurre algo a ella me muero yo —asegura.
Me despido de los dos con dos besos.

Una vez que estoy sola, me pongo manos a la obra, si me doy prisa a las cinco puedo estar en casa de Aitor. Percibo la humedad al saber que vamos a terminar el juego que hemos comenzado en el salón.

Capítulo 35

Aitor

Todavía me planteo cómo fui capaz de soportar los dolores de testículos en la universidad cada vez que estaba con Mabel. Quizá era cosa de ser virgen, pero ahora es un dolor insoportable. Recoloco cada cosa en su sitio, los tengo tan inflamados que es molesto hasta estar sentado.

Voy a la cocina, lo mejor será que me fume un cigarro, así daré tiempo a que todo vuelva a la normalidad, paso de entrar en la sala de juegos empalmado y que me vean los niños. Opto por hacerlo fuera, no tengo por costumbre fumar dentro de casa ni en la cocina, las veces que lo hago es porque está Mabel.

Me apoyo en la columna y miro al final de la parcela, las aguas del río se visualizan desde aquí, por mucho que el diseñador se empeñó en levantar un muro verde, me negué en rotundo, compré la casa por la ubicación y las vistas, no iba a taparlas por nada del mundo. Entro en la vivienda cuando apago la colilla y la erección ha desaparecido.

Antes de ponerme a trabajar en el despacho paso por la sala de juegos, siguen acostados en el futón viendo la tele.

—¿Qué veis? —cuestiono.

—*La patrulla canina* —responde mi hija—. ¿Quieres verla con nosotros, papá?

—No, princesa. Papá va a trabajar un rato, después nos bañamos en la piscina. ¿Os apetece?

Mi hija tuerce el gesto, no le hace mucha gracia la idea.

—Sí —contesta Manuel ilusionado.

—¿Te gusta bañarte en la piscina? —quiere saber mi niña sin dejar de observarlo.

—Claro. ¿A ti no? —cuestiona el niño.

—Sí, a mí también.

Sonrío. Sabía que Manuel animaría a mi pequeña a meterse. Tiene un trauma con el agua, pero lucho cada día por borrarlo de su pequeña, aunque efectiva, memoria.

Los dejo disfrutar de los dibujos animados, mientras no llega Mabel adelantaré algo de trabajo. Aún me queda ver que fiestas organizaremos los

siguientes fines de semana.

Enciendo el ordenador. Entretanto espero a que arranque, reviso la agenda. No tengo nada importante estos días. Introduzco la clave que me dará acceso al escritorio. Abro el *email*, tengo uno sin leer de Silvia.

Reviso cada punto que expone, las ideas que sugiere para próximas fiestas me agradan, debo de reconocer que si el negocio funciona tan bien es gracias a ella, es quien tiene la iniciativa, si por mí fuera estaría más hundido que cuando lo regentaba mi suegro. No comparto la visión de nuestra clientela, me considero hombre de una sola mujer.

Compruebo la hora en el reloj del ordenador al escuchar el timbre de casa, pasa un cuarto de hora de las cinco, no tengo ni idea de quién es porque sé con certeza que no se trata de Mabel, aún le quedan cuarenta y cinco minutos para salir.

Me quedo sin palabras al abrir la puerta, la mujer de mis sueños me dedica una sonrisa espléndida y espera ser invitada a mi hogar. Me hago a un lado para dejarla pasar.

—Hola —dice sin dejar de sonreírme.

Miro al pasillo, despejado. La atraigo hacia a mí y la beso.

—¿Tú no salías a las seis? —susurro pegado a sus labios.

—Mi jefa me ha dejado salir antes.

—Me cae bien tu jefa.

Interponemos distancia al escuchar pasos acercarse. Son los niños.

—¡Mamá! —grita Manuel al verla.

Se lanza a sus brazos. Ahora mismo siento envidia de un niño de seis años, quiero ser yo quien esté contra su pecho. Cojo a mi hija que reclama mi atención.

—¿Nos podemos bañar ya en la piscina, papá?

—Sí, princesa. —La dejo en el suelo—. Ve a ponerte el bañador.

Espera a Manuel que sigue en los brazos de su madre.

—¿Y yo con qué me baño, mamá?

Mabel lo baja y le muestra su bañador.

—Con esto.

El niño se lo arrebató de las manos, corren por el pasillo para cambiarse de ropa.

—¿Nos cambiamos? —sugiero.

Pega su pelvis contra la mía.

—Lástima que no podamos hacerlo desnudos.

Trago saliva. Estoy ansioso porque sean las diez de la noche. Empieza a gustarme que mañana sea día laboral, eso significa que los niños se acostarán temprano.

—No cantes victoria tan pronto.

Alza las cejas escandalizada.

—Ahora no, pero cuando se acuesten, probaremos eso que acabas de sugerir —puntualizo.

Le agrada la idea. Lo intuyo por la mirada que me dedica.

—Nos vemos en la piscina —comenta sensual.

Me deja en la entrada, se adentra por el pasillo hasta que la pierdo de vista. Suspiro un par de veces antes de ponerme en marcha, tendré que hacer uso de todo mi autocontrol para no cometer ninguna locura delante de nuestros hijos.

Aunque he sido el último en cambiarme soy el primero en salir a la piscina. Me meto en el agua, la temperatura es ideal. El siguiente en aparecer es Manuel que ya lleva puestos los manguitos. El chico se lanza en plan bomba, aterriza a mi lado. Con las manos se quita el agua de los ojos y muestra una sonrisa pícaro. Mueve las manos con rapidez y comienza a salpicarme.

—Tienes ganas de juego, ¿eh, campeón?

Lo sujeto por la cintura y le hago cosquillas. Me encanta el sonido de la risa de los niños, es revitalizadora. Doy vueltas con él en mis brazos, en una de ellas visualizo a su madre, la visión logra que quede estático.

«¡Joder, ¿a eso lo llama bikini?», me pregunto al ver las piezas minúsculas que están colocadas estratégicamente para que no se vea nada.

El cuerpo de Mabel en ropa de baño se difumina al percibir la silueta de mi hija. Tiene la cara contraída por el miedo. Me aseguro de que Manuel no corre riesgo antes de comenzar a ir a los escalones.

—Princesa, ven con papá.

Niega con la cabeza.

Mabel repara en que le ocurre algo, se agacha junto a ella.

—¿Qué pasa, preciosa?

Está muda, no responde.

—¿No te gusta que salpiquen tanto? —insiste Mabel. No se da por vencida.

—No.

La coge en brazos. Empieza a caminar hacia la piscina, introduce un pie, mi hija se aferra a su cuello. Introduce otro, eso logra que la abrace más fuerte. Mabel, que percibe el miedo en ella, opta por sentarse en el segundo escalón.

—Nosotras nos quedamos aquí y vemos como ellos juegan, ¿te parece bien,

preciosa?

—Sí.

Con mucha suavidad logra que le suelte el cuello. La sienta en sus muslos de forma que Rebeca pueda vernos.

—No tengas miedo, no pienso soltarte —le dice para calmarla.

Con la mirada me indica que juegue con su hijo. Evito emocionarme, que Rebeca jugueteo con los pies en el agua es todo un logro. Obedezco su orden, aunque lo que me apetece es abrazar a mi hija y comérmela a besos, estoy muy orgulloso de ella. Pongo todo mi empeño en divertirme con Manuel sin llegar a salpicar, el niño entiende que a su amiga no le agrada.

Una hora después damos por finalizado el baño. Mabel ha estado en todo momento sentada en el escalón con mi hija. A nuestra salida, Manuel no pregunta nada, se seca y comienzan a jugar con Rebeca como si no hubiera ocurrido.

—Gracias —le digo a Mabel cuando regreso al jardín con dos cervezas.

—No tienes que darlas. ¿Qué le ocurrió?

Trago el nudo de emociones que se me forma en la garganta. Es duro relatar el suceso, al menos para mí como padre que soy de la criatura.

—Un domingo, el verano antes de morir su madre, me llamó mi cuñada para decirme que Rebeca quería pasar el día con su hija. No me opuse, mi mayor deseo siempre fue ese, que se portara como una madre. Todo iba bien, llegó a sorprenderme tanto que pensé que a partir de ese momento Rebeca tendría a su madre.

Tomo un trago de cerveza, necesito un momento para relatar la siguiente parte.

—Pero ¿no fue así? —investiga Mabel.

—No. Por la tarde mi hija insistió en meterse las dos en la piscina. Silvia y yo objetamos que no nos apetecía, ambos deseábamos que madre e hija tuvieran su momento a solas. Todavía doy gracias a que decidí quedarme en el jardín, de no haberlo hecho no sé si mi pequeña estaría hoy aquí.

Percibo la humedad en los ojos, duele recordarlo.

—Sigo sin comprender cómo no fue capaz de ver que el juego se le había ido de las manos y la estaba ahogando. Me lancé a la piscina con ropa. No lo pensé. Lo único que tenía en mente era sacar a mi pequeña del agua.

Ahoga una exclamación.

—Me llevó meses bañarla sin que llorara.

—Lo siento mucho.

—Tú no tienes la culpa. —Le acaricio la mejilla, me da igual que nuestros hijos nos vean—. No te haces una idea de lo que significa lo que has logrado esta tarde.

Es ella quien me acaricia a expensas de que los niños se percaten.

—Puedo imaginarlo.

Comprendo lo que dice, es madre y sabe lo que significan para nosotros.

El resto de tarde lo empleamos en jugar con ellos en el jardín, hasta que llega la hora de pasar por la ducha. Ambos se empeñan en hacerlos juntos, Mabel se ofrece a bañarlos. Le cedo el puesto, pero me niego a salir del baño, quiero estar presente en este momento mágico porque deseo ser parte de él.

Capítulo 36

Mabel

Observo las camas desde el umbral, no les ha llevado mucho quedarse dormidos, están agotados. Me gusta la estampa, tanto Rebeca como mi hijo se niegan a dormir en camas separadas, la opción más viable ha sido acostarlos en la cama de invitados puesto que tiene las dimensiones suficientes para acogerlos a los dos.

Ronroneo al sentir las manos de Aitor sobre mi cintura. Echo la espalda hacia atrás para pegarme a su pecho, sé que es pronto para pensar así; no obstante, tengo la sensación de que no ha transcurrido el tiempo entre nosotros. Que seguimos donde lo dejamos en la universidad a excepción de mi metedura de pata.

—¿Tienes sueño? —susurra.

—No. ¿Y tú?

Su respuesta es entrelazar nuestras manos. Me dejo guiar por él. Acabamos en el jardín, en la zona de la pérgola. Me ofrece un cigarro, lo rechazo, acabo de recordar algo que me ha dicho al llegar esta tarde.

—Voy al aseo —me excuso.

No paso de la cocina, aquí está bien para hacer lo que pienso llevar a cabo. Me quito la ropa, también la interior. Desde el umbral de la puerta me cercioro de que está acostado y tiene los ojos cerrados.

Camino de puntillas para no hacer ruido, se humedece los labios cuando se percata de mi presencia al acceder a la piscina, por mucho que desee el agua descubre mi posición. Toma asiento y dedica los primeros minutos a observarme, no hace el amago de meterse conmigo.

Olvido que está ahí, me zambullo y comienzo a nadar, me encanta hacerlo desnuda. Para cuando saco la cabeza está sentado en las escaleras de la piscina, sigue observando cada uno de mis movimientos. Doy un par de brazadas, las justas para hacer pie. Quiero obligarlo a que acceda y no posicionarnos ya en los escalones. Aunque ya no seamos ningunos inexpertos, me encanta jugar con él, de hecho es el único que logra que yo misma busque ese tipo de diversión de principiantes.

Decide avanzar al comprobar que no me muevo del sitio. Muestra su

sonrisa, esa que tanto me gustaba y que sigue haciéndolo. Le doy la espalda, deseo disfrutar de nuestros juegos porque cada vez me hago más adicta a ellos.

Me sujeta con posesión por las caderas y lo máximo que hace es mantenerse impasible pegado a mí. Resoplo. Esto no es lo que esperaba, quiero que aparezca su parte traviesa, esa que me lleva hasta el límite y después me concede cada uno de mis deseos más primitivos.

Contoneo la cadera, de ese modo lo invito a que tome la iniciativa. Nada, sigue a lo suyo. Me muerdo la lengua para no darle un grito y que espabile. «¡Será...!», me digo cuando percibo que está riéndose.

Cuela un pie entre mis piernas, la acción me obliga a separarlas. Gimo al percibir el primer roce de sus manos en la cara interna de los muslos, suben a una velocidad vertiginosa, lleva prisa por colarse en mi interior, la palpitación de su erección contra mis nalgas así lo cerciora. Con una mano juguetea con ese punto mágico que también se le da activar mientras que con la otra me sujeta por la cintura y su boca mordisquea mi cuello. Llevo hacia atrás la mano para sujetarlo por el cuello y tener un punto de sujeción, el placer provoca que me flaquee las piernas.

No cesa las caricias hasta llevarme a un punto sin retorno, sabe que estoy en el límite, en vez de frenar sus acometidas con el dedo aumenta el ritmo. Cuelo la otra mano entre nuestros cuerpos, quiero acariciarlo, provocarle el mismo placer que él a mí. Retrocede un poco.

—Si me tocas me corro y quiero hacerlo dentro de ti.

Me encanta que hable así, quizás a otras esos términos le parecen groseros o poco románticos, a mí me excitan más. Giro el cuerpo, quiero alcanzar el orgasmo con él en mi interior. Sabe lo que busco. Me sujeta de las nalgas, rodeo su cintura con mis piernas y se encarga de guiar su pene a la entrada de mi vagina. Se hunde por completo y ambos gemimos. Lo bueno de tomar la píldora y saber que no tiene ninguna enfermedad contagiosa es que nos permite no interponer nada entre nosotros. El encuentro es breve pero intenso. Lo beso. Me encanta enredar mi lengua con la suya y perderme en las sensaciones que me genera.

Sale de la piscina conmigo en brazos. Va hasta la cama y con sumo cuidado me recuesta, no le importa que estemos empapados. Durante unos minutos nos dedicamos a besarnos, abrazarnos y recorrer con nuestras manos el cuerpo del otro. Son movimientos lentos y cada uno de ellos, va cargado de fuertes emociones.

No quiero pensar en nada, inclusive he dejado de darle vueltas, ya no me

importa quién era aquel hombre del club. Me da lo mismo si se trata de Lolo, de él o de otro al que jamás le pondré cara. Ahora mismo estoy donde quiero estar; a su lado. Porque él es el único que logra que vuelva a ser yo, aquella chiquilla con ganas de vivir y confiar en mi pareja, y no en la mujer desconfiada y dolida en la que me convertí con el paso de los años. Él me concede esa seguridad que creía olvidada.

Con movimientos sutiles me coloco encima de él, hoy quiero ser yo quien le dé placer, el mismo que él me ofrece cada vez que estamos juntos. Por mucho que he insistido estos días, no me ha dejado y me he quedado con las ganas.

Comienzo por la comisura de su boca, para acto seguido profundizar un beso largo y exigente. Bajo por la barbilla, todo con movimientos lentos, me entretengo en el pecho y en sus pezones, y así emprendo un descenso hasta llegar a su glande. Le prodigo unas cuantas caricias con mi lengua antes de introducirme toda su envergadura en mi boca. Gime extasiado.

—Ven aquí —suplica.

—Aún no.

Insiste un par de veces más en que alinee nuestros rostros, no obedezco su deseo, prosigo a lo mío que no es otra cosa que volverlo loco de placer. Sé que tiene bastante control sobre su cuerpo, por ello lo llevo hasta el límite, es en ese preciso momento cuando comienzo a ascender de forma lenta por su torso hasta alcanzar su boca que reclama la mía.

Durante unos minutos me mantengo alejada de él, de ese modo lograré bajar un poco su nivel de excitación. Encajo mis caderas con las suyas, roto la mía sin llegar a colmarme de él, deseo jugar un poco más. Al final son nuestros propios cuerpos quienes reclaman fundirse en uno. Coloca sus manos en mi cintura para ayudarme en el proceso, no cesamos en besarnos mientras dura la copulación.

Nuestras miradas se encuentran al llegar al orgasmo. No decimos nada, lo hacen ellas por nosotros. Las yemas de sus dedos acarician mis mejillas. Cierro los ojos, no quiero que las diga, no deseo escuchar otra vez esas dos palabras que en su día no fui capaz de corresponder, aunque muera de ganas por decírselas y hacerle saber que siempre ha sido él. Pero prefiero ser cauta, esta vez por el bien de nuestros hijos.

—No las voy a decir, esta vez quiero ir despacio porque deseo que salga bien —comenta, eliminando las arrugas de preocupación que se me han formado en los ojos.

—Yo también.

Y lo deseo de todo corazón, sé que seré inmensamente feliz a su lado, que él es capaz de ofrecerme todo lo que Lolo nunca supo darme. Con él me siento plena, pero tengo miedo de traicionarlo de nuevo, que no sea capaz de resistirme al padre de mi hijo cuando reaparezca por mi vida, porque estoy convencida de que lo hará, algo dentro de mí así me lo hace saber.

Me recuesto sobre su pecho, sus brazos me arropan de inmediato.

—Aunque me encantaría repetir.

Alzo lo justo la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Me refiero a pasar otra tarde como la de hoy.

Sonrío con picardía.

—No trabajo ninguna en lo que resta de semana.

—Cada vez me cae mejor tu jefa —comenta antes de besarme.

Capítulo 37

Noviembre de 2011

Aitor se incorporó en la cama al escuchar unos suaves golpecitos en la puerta. Miró el reloj de la mesilla antes de levantarse y abrirle a Mabel. Le agradó comprobar que pasaban escasos minutos de las tres de la mañana, eso le cercioraba que tenía tantas ganas de verlo como él a ella. Miró su entrepierna y sonrió al examinar que también se había despertado al saber que su amada ya estaba en casa.

Sin dejar de sonreír, y sin molestarse en tapar la erección, abrió la puerta con la sola idea de atraerla hacia a él y besarla antes de acostarla en la cama para fundirse en uno. Le encantaba estar dentro de ella, percibir cada una de las sensaciones que generaba estar con Mabel era su mayor deseo. Incluso pensó, un par de veces esa noche, que no le importaría hacerlo a pelo, tampoco que las consecuencias acabaran con un bebé nueve meses después. Tenía claro que ella era la única con la que deseaba pasar el resto de sus días y formar una familia, su juventud no impedía que tuviera las ideas tan claras, porque siempre había sido Mabel y, estaba convencido de que si ella alguna vez lo abandonaba, en su vida no habría cabida para otra mujer.

Su felicidad se fue al traste cuando comprobó que la persona que esperaba ser recibida no era su novia, sino la de uno de sus amigos.

—Claudia, ¿qué haces aquí? ¿Le ha pasado algo a Mabel? —preguntó angustiado.

—No, ella está bien —aseguró Claudia, frotándose las manos con nerviosismo—. ¿Puedo pasar? Necesito hablar contigo.

Aitor divisó que no estaba en condiciones de recibir visita y menos, la de una fémica.

—¿Es urgente? Espero la llegada de Mabel.

—Sí. Créeme que de no serlo, no estaría aquí.

El joven inspiró una bocanada de aire, no le agradaba la idea de dejarla entrar a su cuarto, si Mabel llegaba en ese momento podía pensar algo que no era; pero, como buen amigo que era, no pudo negarse.

—Dame un segundo, por favor —solicitó, refugiándose detrás de la puerta.

La cerró y no tardó en colocarse la misma ropa que se había quitado a su

llegada. Pensó que no era buena idea quedarse allí, así que se hizo con las llaves antes de reunirse con Claudia en el pasillo.

—¿Vamos? —cuestionó él, mirándola.

La chica abrió los ojos, su intención cuando fue a su cuarto era quedarse en él y no salir a pasear por las inmediaciones del campus, aunque no le quedó más remedio que aceptar la sugerencia de Aitor.

Encogió los hombros antes de decir:

—Bueno, mi pensamiento era hablar contigo en tu habitación, pero comprendo que para ti sea una situación incómoda.

Aitor ni afirmó ni negó nada, se dedicó a recorrer el largo pasillo hasta las escaleras, las cuales enfiló para descender las dos plantas que los separaban de la calle. Deseaba salir lo antes posible, no se fiaba de que llegara o lo oyera algún compañero de residencia y después fueran con el cuento a Mabel.

En el exterior, pensó dónde instalarse, tampoco era cuestión de quedarse plantados en la puerta como pasmarotes. Optó por el jardín colindante a su residencia, era el más cercano e iluminado de la zona, así si por un casual alguien regresaba de fiesta no sospecharía nada.

Subió al banco y se sentó en el respaldo a la espera de que Claudia le dijera aquello tan importante que había ido a decirle.

—Tú dirás —se aventuró a decir.

La chica permaneció de pie frente a él. Aitor a cada segundo que pasaba entendía menos su comportamiento, notaba cómo el nerviosismo crecía en Claudia. Como quien guarda un gran secreto que le cuesta o no desea revelar.

No podía decirse que ellos fueran íntimos amigos, más bien lo era de Tomás, su novio, por eso le costaba comprender que ella hubiera ido hasta su cuarto para decirle algo. La idea le vino rauda a la cabeza, le había sido infiel a su novio, no le cabía otra explicación razonable a su comportamiento.

—Claudia —Aitor llamó su atención al ver que ella no se decidía por hablar—, ¿vas a decir qué ocurre o debo imaginarlo?

Los ojos pardos de ella se clavaron en los suyos. En ese preciso momento Aitor supo que estaba en lo cierto, toda aquella actuación tenía que ver con una infidelidad, aunque le costaba comprender por qué lo había escogido a él para desahogarse cuando lo más coherente habría sido hablar con Rubén. Su mejor amigo se llevaba mejor con su novio que él.

—Si has engañado a... —No pudo terminar la frase, la chica, por primera vez desde que estaban en el jardín, se decidió a hablar.

—No soy yo quien engaña a su novio.

Aitor alzó la ceja incrédulo. Por momentos entendía menos la situación.

—¿Entonces quién es? —preguntó con un nudo en la boca del estómago.

No quería adelantarse a los acontecimientos, pero algo dentro de él lo llevó a pensar en lo peor.

—Compruébalo por ti mismo —dijo ella mientras alargaba la mano para entregarle su móvil.

Aitor lo cogió con manos temblorosas, su mente le decía que debía averiguar qué ocurría, por el contrario, su corazón le gritaba que se marchara de allí inmediatamente, que no le gustaría nada lo que vería a continuación.

No tardó en comprobar que su órgano vital estaba en lo cierto, todo su mundo se derrumbó a su alrededor en el preciso instante que fijó la mirada en la pantalla del teléfono de la chica. En él podía apreciar a dos personas fumando apoyadas en un coche, reconoció a ambas; sin embargo, la instantánea lo máximo que mostraba era a dos viejos amigos hablando en la tranquilidad de la noche.

—Hay más —agregó Claudia.

La manó comenzó a temblarle, no deseaba pasar a la siguiente, sabía qué hallaría y su corazón no estaba lo suficiente fortalecido para soportarlo. Se armó de valor antes de deslizar el dedo por la pantalla para visualizar la sucesiva, hizo el mismo ritual hasta contemplar las diez fotografías que mostraban a Mabel en los brazos de Lolo en el asiento trasero del coche.

Trató de inspirar una gran bocanada de aire cuando percibió que le faltaba el aliento, pero el oxígeno le negaba la posibilidad de llenar los pulmones para que mantuvieran un correcto funcionamiento. Se tapó la cara con ambas manos después de devolverle el móvil y, sin importarle la presencia de Claudia, dejó que el dolor se liberara en forma de lágrimas.

—Lo siento mucho, Aitor —comentó la chica, colocándose a su lado—. Te aseguro que no me hace gracia ser yo quien te lo diga, pero he pensado que querrías saberlo.

En ningún momento, puesto que la traición lo había cegado, Aitor vislumbró la sonrisa de victoria que mostraba la cara de Claudia mientras lo abrazaba para consolarlo.

Capítulo 38

Aitor

El recuerdo logra despertarme veinte minutos antes de que suene el despertador, hacía tiempo que no recreaba en sueños la peor noche de mi vida, todo es debido al miedo de volver a perderla, tengo la sensación de que si Lolo reaparece por su vida no conseguiré que permanezca a mi lado y volverá a suceder lo mismo de siempre. Deseo con toda mi alma quitarme estos miedos de encima; sin embargo, mi subconsciente parece no estar de acuerdo y me prepara para el temido día.

Giro la cara y lo máximo que puedo hacer es observarla descansar a mi lado, aún no creo que la convenciera de que pasara tres noches por semana en mi casa. Sé que no jugué limpio cuando metí a los niños de por medio en mi promesa de intentarlo una última vez, pero gracias a ellos logré mi cometido. Estar más tiempo con ella.

Se negó en rotundo la primera vez que lo propuse, objetó que era una locura estar con ropa de aquí para allá cuando los niños tenían colegio. Aguanté como un jabato a tenerla en mi cama solamente los domingos por la noche varias semanas, las mismas que faltaban para que nuestros hijos finalizaran el curso escolar. A raíz de ahí, le fue imposible rebatir la propuesta.

Las palabras que siempre le digo a Silvia cuando me pregunta cómo va nuestra relación me llegan de repente: «No te preocupes, esta vez voy con cautela». Es una enorme mentira, con Mabel no sé refrenar mis impulsos de estar a todas horas a su lado, si por mí fuese las cosas avanzarían bastante más rápido de lo que van, para mi gusto vamos a paso de tortuga. No sabría decir las veces que he estado tentado, durante todo este tiempo que estamos juntos, en decirle que se muden de manera definitiva aquí, aunque cada vez que tengo la propuesta en la punta de la lengua, me la muerdo para no decirlo. Creo que si lo hago la asustaré y saldrá huyendo, solo de pensar que puedo perderla un intenso dolor se apodera de mi pecho y me corta la respiración.

Toco su rostro con una leve caricia antes de abandonar el lecho en completo silencio, no deseo despertarla antes de tiempo porque preciso un momento de soledad. Voy directo al baño privado, necesito una ducha para que las malas sensaciones se evaporen con el agua, lo que menos deseo es que el pasado

condicione nuestro futuro, pero desde hace unos días no logro deshacerme de este regusto amargo que se apodera de mí y cada día con más insistencia.

Una vez dentro de la ducha, dejo que las decenas de chorros empapen mi cuerpo. Apoyo las manos en el revestimiento cerámico de la pared y bajo la cabeza para que la fuerza del agua me dé en el cuello, lo giro en repetidas ocasiones para ver si logro que se desentumezca.

No la escucho entrar, ni percatarme de que ha sonado el despertador que anuncia su hora de marcharse a trabajar. Reparo en su presencia cuando sus manos me abrazan por la cintura. Mantengo la postura, lo que menos deseo es que me vea en esta tesitura, debo eliminar todo rastro de duda antes de encararla, de otro modo, lo único que lograré será salir de esta maravillosa ensoñación en la que vivo este último mes porque sus indecisiones aumentarán.

Por más que quiera, no puedo compartir mis miedos con ella, no deseo que diga esas dos palabras que tanto anhelo cuando no las siente tanto como yo. Prefiero esperar hasta el día que realmente sean sinceras y las exprese desde el corazón.

—¿Qué haces levantado ya si aún es temprano? —Desea saber pegada a mi cuerpo.

—El calor me ha despertado —miento.

Sonríe contra mi espalda y mi cuerpo vibra ante su alegría.

—Te tengo dicho que ya hace mucha calor para dormir toda la noche abrazados, pero no me haces caso.

—Me cuesta separarme de ti —confieso en un susurro.

—A mí me ocurre lo mismo.

Cierro los ojos, no son las palabras que deseo escuchar, aunque estas suenan igual de bien que las otras.

Se cuela por debajo de mis brazos hasta ubicarse frente a mí, mantengo los ojos entornados para que no se disipe el momento, quiero saborearlo un poco más. Ahora mismo mis temores son más fuertes que mis anhelos.

—¿Estás bien? —indaga.

¿Cómo decirle lo que me ocurre sin apartarla de mi lado? Porque estoy convencido de que sucederá, la primera vez fue así, en el momento que le confesé mis sentimientos huyó sin mirar atrás, ¿por qué va a cambiar ahora?

—Sí.

Acoge mi rostro entre sus manos y me obliga a que la mire.

—Pues no lo parece. Llevas un par de días absorto en tus pensamientos.

Trago saliva. Es el momento de hablar, de decirle quién soy y mis sentimientos hacia a ella. Le acarició la mejilla con las yemas de los dedos y otra vez muestra esa maldita mirada, la que grita que no diga cuánto la quiero. Reculo y en vez de sincerarme, le confieso todo lo ocurrido con mi hermana: el tiempo que he pasado buscándola, que tengo una sobrina a la que me niegan el derecho a conocer y que tampoco puedo ver a Lorena por estar en un módulo restringido.

Cierra el grifo y me abraza con fuerza. Me aferro a ella como si la vida me fuera en ello y en cierto modo, así es.

—Cariño, ¿por qué no me lo has dicho antes? —indaga.

Lo máximo que soy capaz de hacer es mirarla expectante, es la primera vez que me dice una palabra cariñosa, mi ilusión al pensar que sus sentimientos son igual de reales que los míos se desvanecen. Estoy seguro de que todo es debido a la pena que siente por mí, aunque nunca me la ha tenido, ¿por qué iba a hacerlo ahora? Pensar eso me levanta el ánimo, puede que la balanza comience a posicionarse a mi favor.

—Porque pensaba que lo había superado. —No es ninguna mentira, creía haberlo dejado atrás.

Saboreo su acercamiento y el beso que me da, sé que es sincero, que no es una forma de hacerme sentir mejor, que a ella le apetece tanto como a mí. Acaricio su nariz con la mía al finalizar el beso.

—Iré a preparar el desayuno mientras tú terminas de vestirme.

—De acuerdo —contesta aún abrazada a mí.

Capítulo 39

Mabel

La ausencia de su cuerpo pegada al mío consigue desvelarme. Miro su lado de la cama, ahora vacío, y lo único que puedo hacer es reír feliz al saber que mis mayores fantasías se hacen realidad. Aún recuerdo el día que me propuso dormir tres noches juntos por la semana, al principio fui reacia, nada tuvo que ver con mis ganas de dormir abrazada a él cada noche o que los niños tuvieran colegio, excusa que ofrecí, el motivo principal fue mi madre, nuestra relación pasa por su peor momento y tengo miedo de que eso me impulse a marcharme del pueblo otra vez.

Cuando me separé mi intención fue instalarme con mis padres otra vez para que me ayudaran en el proceso, ya tenía convencido a mi tío de gestionar mi trabajo desde casa, pero la convivencia duró escasas dos semanas, las mismas que mi santa madre dedicó a recordarme lo mala madre y esposa que era. Aquello provocó que convenciera a Pau para vivir juntas, la excusa fue que iba a precisar ayuda con Manuel, la realidad es que me cuesta estar sola, pero tuvieron que pasar años para admitirlo en voz alta.

Entorno los ojos y rememoro cada instante vivido el último mes, nunca antes he sido tan feliz y me he sentido tan plena, bueno sí, los meses que estuvimos juntos en la universidad; pero ahora es distinto, los cuatro nos hemos convertido en familia, mi familia.

Escucho el sonido del agua e intuyo que Aitor está dentro, sonrío más feliz al saber el motivo que lo ha llevado a ducharse tan temprano; dormir abrazados. Aunque la mayoría de veces me quejo por el calor, no deseo que deje de hacerlo, me encanta sentir su cuerpo pegado al mío.

Me cuelo en el baño sin hacer ruido, quiero sorprenderlo, aunque la sorprendida soy yo al descubrir que otra vez está absorto en sus pensamientos, lleva varios días así y el miedo comienza a adueñarse de mí.

Indago el motivo de su tristeza e insisto cuando dice que todo está bien, aunque a mí no me lo parece, creo que oculta algo y tengo pensamiento de descubrir qué es. Lo miro expectante porque pienso que por fin me pedirá que vivamos juntos, deseo con toda mi alma que sea él quien lo proponga para demostrarle de una vez que no pienso huir de su lado.

En su defecto me confiesa algo que no sabía, que todo lo que le sucede es pensar en su hermana y el hecho de no poder conocer a su sobrina. En parte, enterarme de ello me tranquiliza un poco al saber que no soy la culpable de su desdicha, aunque algo dentro de mí me advierte que no es del todo sincero.

Lo beso con pasión, en él quiero transmitirle mis sentimientos, esos de los que ahora mismo dudo que sean correspondidos. Lo veo salir del baño cabizbajo, un intenso escalofrío se apodera de mí, no me queda más remedio que agarrarme a la porcelana del lavabo para evitar llorar, solo de pensar que puedo perderlo me muero.

El desayuno transcurre en el más absoluto silencio, si bien antes me encantaban estos momentos, ahora me ponen nerviosa y no puedo evitarlo. Cada vez estoy más convencida de que poco a poco se aleja de mí.

Como es de costumbre en él cuando duermo en su casa, me acompaña hasta el coche para despedirse y desearme buen día, el beso que me da me sabe a poco.

—Aitor.

Me mira con sus hermosos ojos.

—¿Sí?

Ha llegado el momento de decírselo, de confesarle que lo quiero con locura y que no hay cosa en el mundo que me haga más feliz que dormir cada día hasta el final de los tiempos abrazado a él.

—¿Por qué no...? —La duda instalada en sus iris logra que el resto de la frase se atragante en mi garganta y en vez de sincerarme, me escucho decir—: ¿Por qué no vamos al descampado a cenar esta noche con Pau y Lázaro?

Desde que le confesé a Pau que me veía con él, hemos quedado en varias ocasiones, me alegra ver que se lleva bien con Lázaro, creo que con el tiempo podrán ser grandes amigos al igual que nosotras.

—Si a ti te apetece, por mí bien —acepta después de darme un rápido beso en los labios. Percibo un rastro de desilusión en su mirada, quizá sean mis enormes ganas de estar siempre con él y esperaba otra proposición—. Que tengas una buena mañana.

Trago saliva. No es la despedida que esperaba, siempre me dice las enormes ganas que tiene de que sea mediodía para volver a verme, hoy por lo visto no es así.

—Llamaré a mi padre para que venga a recoger a Manuel.

Es él quien se encarga de recoger a mi hijo los días que no me quedo con Aitor a dormir. Mi padre, en vez de preguntar cómo ocurrió o cómo nos

conocimos, me ánima a que siga adelante porque le parece un buen hombre, cosa que le agradezco enormemente, al igual que no se lo haya contado a mi madre y me cubra las espaldas cuando le digo a ella que dormidos con Pau en la masía.

—Perfecto.

Arranco el coche y me pongo en marcha de inmediato, contengo la tristeza hasta el mismo instante que lo pierdo de vista. Una vez salgo de su finca y compruebo que cierra la puerta, mis ojos se cristalizan, pero hago todo lo posible por no llorar.

Descubro que estoy sola a mi llegada al despacho, es raro en Pau que no esté ya en su puesto de trabajo enfrascada en los casos pendientes. Pronto deduzco el motivo de su ausencia, tiene un juicio a primera hora, con suerte la veré a última hora de la mañana o ya será esta tarde.

Las horas se niegan a transcurrir y mi estado impide que desempeñe con eficacia mis funciones, mi pensamiento está puesto en todo momento en Aitor, en lo raro que está desde hace unos días.

Llamo a mi padre para pedirle que recoja a Manuel, es cuando me informa de que se lo llevará a pescar y no regresarán hasta media tarde. A mediodía optó por comer en casa de Pau, no me apetece ver a mi madre.

Regreso al despacho antes de la hora de entrada, pero estar sin hacer nada es peor, me hace pensar más en la situación por la que pasa mi relación con Aitor.

—¿Qué te pasa que tienes esa cara?

Levanto la mirada para toparme con el rostro alegre de mi amiga. Compruebo la hora, falta media hora para marcharnos a cenar.

—¿Cómo ha ido el juicio? —indago para no responder a su cuestión.

Toma asiento frente a mí.

—Bien, al final ha sido de mutuo acuerdo.

Se trata de un divorcio en el que le ha sido imposible mediar para que el matrimonio no llegue a los juzgados. Cuando abrió el despacho su idea era que la inmensa mayoría de sus casos serían por problemas de lindes y los servicios ofrecidos por MultiServi, la realidad es que lo que más tenemos son demandas de separación, aunque mi amiga, si sigue a este ritmo, se convertirá en una experta en mediación entre los matrimonios.

—Me alegra escucharlo, aunque sé que a ti te hubiera gustado que no llegarán a este punto.

—Pues sí, ya sabes que pienso que cometen un error, que aún se quieren,

aunque que a ambos les cuesta admitirlo.

Contengo el aliento, a mí me sucede lo mismo, me cuesta admitir mis sentimientos por Aitor y todavía no le encuentro explicación.

—Ma, ¿me vas a decir qué te pasa?

Saco el paquete de tabaco del cajón y se lo enseño. Asiente. Se incorpora y me sigue al exterior. Una vez que expulso el humo de la primera calada le narro lo raro que se comporta Aitor conmigo y cuándo empezó todo.

—En ocasiones pienso que sigue conmigo por su hija y sus enormes ganas de formar una familia —confieso sin poder evitar que mis ojos se humedezcan.

—No digas tonterías —advierte mi amiga—. He visto cómo te mira y te aseguro que está enamorado de ti.

—Lleva días sin tocarme, lo máximo que hace es darme besos fugaces y dormir abrazados. ¿A ti no te parece raro?

Mi amiga se queda pensativa durante unos segundos, los cuales a mí se me hacen eternos.

—Ma, cielo, ¿te has parado a pensar que a lo mejor espera que seas tú quien dé el paso y te sinceres de una vez?

La miro sin entender.

—Que yo sepa —agrega—, aún no le has dicho que lo quieres, ¿verdad?

Niego.

—No, es como si las palabras se atragantaran en mi garganta cada vez que quiero decírselo.

—Creo que los dos estáis cometiendo un enorme error al no ser sinceros el uno con el otro. Comprendo los suyos, pero no los tuyos.

La miro sorprendida.

—¿Por qué lo entiendes a él y a mí, que soy tu mejor amiga, no? —Deseo saber.

—Fácil, Ma, fácil. Aitor está al tanto de la demanda que has interpuesto para quitarle la custodia a Lolo y sabe que antes o después vendrá a buscarte. De ahí sus miedos.

—No quiero volver con Lolo, eso ya está superado.

Mi amiga apaga el cigarro y se incorpora.

—Pero Aitor no lo sabe y, sinceramente, yo también empiezo a dudar de que digas la verdad. Porque de ser cierto, ya le habrías dicho que lo quieres; sin embargo, no puedes.

Tiro la colilla y la aplasto con el pie antes de incorporarme y seguir a mi amiga al interior del despacho.

—Si aún no lo he hecho es porque no quiero alejarlo de mi lado.

—Y es lo que pasará si no lo haces —responde sin llegar a mirarme.

Me dejo caer en la silla derrotada. Pau tiene razón, actuar de este modo lo máximo que logrará será separarme más que acercarme.

—Y según tú, ¿qué tengo que hacer?

Sonríe con amplitud, no me gusta un pelo esa sonrisa. Pasa a explicarme su plan maestro.

—No funcionará.

Afirma con la cabeza.

—Hazme caso, funcionará, aunque necesitarás la ayuda de tu padre.

Capítulo 40

Mayo de 2012

Mabel ignoró los cotilleos que se formaron a su alrededor al entrar en la cafetería, estaba cansada de ser la comidilla de la facultad: «La que va de santa y se folla en el coche al primero que se le presenta en cualquier calle de la ciudad», decían a su espalda la mayoría de sus compañeros. Seis malditos meses con aquel Sambenito colgado a cuestras por un miserable error cometido.

Estaba agotada psicológicamente, si fuese por ella abandonaría la carrera, total tampoco es que le fuera a las mil maravillas; pero su padre insistía en que se licenciara, que no fuera una simple trabajadora como lo era él toda su vida, que con los años le agradecería su insistencia.

—Mi padre me ha regalado un coche por mi cumpleaños, podríamos estrenarlo esta noche —escuchó decir a uno de sus compañeros a su espalda.

Apretó la mano para no girarse y estampársela en la cara. Podía ser un poco más original a la hora de pedirle que se acostara con él, todos y cada uno de los chicos de la universidad se presentaban frente a ella con la misma petición.

Su paciencia había rebasado el límite, no soportaba más que la trataran de puta cuando solo se había acostado con dos chicos. Desde lo ocurrido, no había vuelto a estar con nadie y tampoco le apetecía hacerlo, al menos no con alguien relacionado con la universidad.

—Lárgate de aquí antes de que te parta la cara, Juan.

Mabel contuvo el aliento al reconocer la voz. Llevaba seis meses sin dirigirle la palabra, desde que aquella mañana de domingo todo se destapara. Si cerraba los ojos lo revivía como si se tratar de ese mismo día.

Antes de acostarse, aunque serían unas pocas horas, conectó el despertador. Quería acercarse a la habitación de Aitor para hablar con él, lo que menos deseaba era que supiera lo sucedido por terceras personas, deseaba ser ella misma quien le diera las pertinentes explicaciones. No se trataba de una excusa, aunque eso parecía; pero estaba enamorada de Lolo y no de él como creía.

Un estruendo la sobresaltó. Abrió los ojos asustada, pensaba que se trataba

de un terremoto. Respiró con normalidad al cerciorarse de que los muebles no se movían y en ese preciso instante, el estruendo resonó de nuevo por toda la habitación. Comprendió que no se trataba de un fenómeno de la naturaleza, sino que alguien tenía especial interés en que abriera la puerta.

Con los ojos aún pegados por el sueño, salió de la cama sin molestarse en ver las pintas que llevaba. El corazón le dio un vuelco al ver la cara desencajada de Aitor al otro lado de la puerta. Tragó saliva consciente de que lo que venía a continuación no sería fácil para ninguno de los dos.

Quiso decirle algo, empezar ella misma la conversación, pero Aitor no le concedió el beneficio de la duda. Le mostró la pantalla de su móvil, Mabel se llevó las manos a la boca para evitar gritar y despertar a toda la residencia. La fotografía mostraba con claridad a una pareja en el asiento trasero de un coche, su rostro mostraba el deleite que sentía en el momento mientras un chico al que no se le veía la cara, Lolo, tenía apesado un pezón con la boca.

—No esperaba esto de ti, no quiero volver a verte en mi vida —masculló Aitor.

Dio media vuelta y la dejó con la palabra en la boca.

El cuerpo comenzó a temblarle de manera exagerada y el llanto se apoderó de ella de inmediato. Quería explicarse, decirle que sentía mucho el daño que le había causado; pero qué podía hacer si seguía enamorada de su amor de la infancia y por mucho que intentó no caer en sus redes, la pasión pudo más que la cordura.

Se dejó caer en la cama destrozada, no le agradaba dañar a la gente que le importaba y Aitor era una de las pocas personas que entraban en ese círculo. Se abrazó las rodillas y dejó salir la angustia que la carcomía. Así estuvo un par de horas hasta lograr serenarse.

Entró en el baño con la firme decisión de que le concedería unos días antes de ir a hablar con él, las cosas no podían quedar así, si exponía sus razones del porqué estaba convencida de que Aitor la entendería. Comprendería que solo había sido el error de un alma enamorada.

Con ánimos renovados se colocó su vestido de lana favorito, en menos de diez minutos el único hombre que hacía que suspirase por los rincones vendría a recogerla, no era cuestión de presentarse con ese careto de muerto que llevaba instalado desde la visita de Aitor.

Miró el reloj para cerciorarse de que Lolo iba con media hora de retraso, supuso que se habría quedado dormido y por eso llegaba tarde. Conforme avanzaba el segundero más se impacientaba. A las nueve de la noche el mundo

se derrumbó y la engulló con él. Se hizo un ovillo en el centro de la cama, lloró y lloró durante horas hasta que el cansancio la venció. Por la mañana, no logró ponerse en pie, le llevó dos días salir de la habitación y asimilar que había perdido la oportunidad de ser feliz por un capricho de la infancia.

El regreso a las clases fue más difícil de lo esperado, sobre todo porque todos los estudiantes la señalaban con el dedo a su paso y el calificativo más bonito que le decían era puta. A la semana intentó acercarse a Aitor para hablar con él, para rogar que al menos quedaran como amigos. Sabía que estaba en el campo de fútbol, le encantaba correr por la hierba más que por el asfalto. Caminó decidida a no marcharse sin conversar con él. Enfiló el último tramo del camino, no había dado dos pasos cuando tuvo que frenar en seco al ver con sus propios ojos como Claudia y Aitor se daban el lote. En ese momento comprendió que, a quien había considerado su amiga, era una traidora y le había tendido una trampa. No le quedó la menor duda de que ella fue quien le envió la fotografía a Aitor o inclusive, llegó a pensar, que se la mostró en persona, ya poco importaba.

—Gracias, pero no es necesario que salgas en mi defensa —respondió, saliendo de la ensoñación.

Giró el cuerpo para darle la espalda, le dolió encontrarlo a las pocas semanas en los brazos de Claudia.

—¿Podemos hablar? —inquirió Aitor.

Mabel retuvo el aliento, no estaba segura de querer hablar con él.

—¿Ahora quieres hablar? —contraatacó—. Creo que la conversación llega seis meses tarde.

—Mabel, por favor, creo que soy el único de los dos que puede recriminar algo y que yo sepa, no lo he hecho en ningún momento.

Ella asintió. En parte le vendría bien, de ese modo podría cerrar de una vez esa etapa de su vida. Salieron de la cafetería, ninguno quería tener decenas de ojos puestos sobre ellos. Necesitaban intimidad para mantener aquella charla. No fue necesario decir nada, ambos se encaminaron hacia el sendero que los llevaría a la colina donde todo comenzó.

Mabel tomó asiento en la piedra y no pudo evitar recordar lo bien que se sintió aquella noche entre sus brazos. Cómo habían cambiado las cosas desde entonces.

—Te vi —comentó bajo.

—¿Perdón? —Deseó saber él intrigado.

—Te vi con Claudia en el campo de fútbol a la semana de cortar conmigo.

Aitor carraspeó, era la primera noticia que tenía.

—Entiéndeme, estaba cabreado. ¿Qué hubieras hecho tú si te enteras de que tu novia, la chica de la que estás enamorado, te pone los cuernos con un tío que conoce esa misma noche?

—Yo no me habría arrojado a los brazos del primero que se me hubiera puesto por delante.

—Pero sí lo hiciste, te acostaste con ese militar.

—Lolo.

—¿Qué? —cuestionó Aitor confuso.

Mabel tragó saliva, era el momento de dar las explicaciones que le denegaron en su día.

—No era ningún desconocido, se trataba de Lolo. Manuel Lara, lo conoces.

Aitor agrandó los ojos, seguía sin salir de su asombro.

—¿Tu novio del colegio?

Por mucho que quiso seguir seria su rostro la traicionó y reveló una pequeña sonrisa.

—No era mi novio, pero todos os empeñabais en decir que sí lo éramos.

—Ibais juntos a todas partes. Él no te dejaba ni a sol ni sombra.

—Era mi vecino, vivía en la casa de enfrente a la mía.

—Venga ya, Mabel, engáñate todo lo que quieras; pero, aunque éramos unos niños, todos veíamos que estabais enamorados.

—Es verdad, estaba enamorada de él, pero no lo comprendí hasta mi primer año de universidad.

El silencio se apoderó de ellos. Mabel tomó una bocanada de aire antes de volver a hablar.

—¿Recuerdas el día que nos encontramos en la parada del autobús y pasamos la tarde los cuatro?

Aitor asintió.

—¿Y después me fui de forma precipitada sin dar explicaciones? —Él volvió a asentir—. Fue porque lo vi con otra chica en la puerta del bar al que íbamos. Después de aquella noche desaparecí una semana y fue aquí, en este mismo lugar, que volvimos a vernos y todo comenzó entre nosotros.

Escuchó la respiración más acelerada de Aitor, si bien, no objetó nada, necesitaba dejar salir todo lo que había callado durante ese tiempo.

—No lo hice por utilizarte, me sentía tan feliz y querida a tu lado que llegó un momento en el que creí estar enamorada de ti; sin embargo, aquella noche cuando lo vi en el *pub*, todos mis sentimientos por él regresaron de golpe. Te

juro que no quería ponerte los cuernos, mi intención era hablar primero contigo, decirte lo que me pasaba, pero el corazón se impuso y no fui capaz de rechazarlo. Al llegar a la residencia me puse el despertador, iba a ir a tu cuarto para hablar contigo antes de marcharme con Lolo, quería que lo supieras por mí, pero Claudia se adelantó.

—Y nunca apareció —afirmó Aitor con la voz quebrada.

Mabel inspiró profundo, no era necesario reafirmar lo que acaba de decirle, todo el mundo divulgó por el campus que no volvió a ver al militar que se había cepillado en el coche.

—Sé que es tarde —empezó a decir Aitor—, pero quiero pedirte disculpas por cómo me comporté. Si hubiera permitido que te explicaras, quizá no estaríamos así.

Ella desvió la cara para mirarlo a los ojos.

—No tienes que disculparte, entiendo que te cabrearas, te engañé.

—Cierto, aunque tú fuiste la más perjudicada. Nos perdiste a los dos el mismo día.

Mabel encogió los hombros, nada podía hacer, en su día tomó una decisión errada y aún pagaba las consecuencias. En más de una ocasión se preguntó si ellos dos seguirían juntos si hubiera regresado al campus cuando lo pensó en el taxi. De poco le servía martirizarse, jamás hallaría respuesta.

—¿Sigues con la chica esa con la que te he visto en varias ocasiones? —preguntó ella para cambiar de tema, no le apetecía remover más el pasado.

—Sí, por eso mismo quería hablar contigo, no deseaba marcharme del campus sin solucionar lo nuestro.

—¿Marcharte? ¿Y eso?

—Abandono los estudios.

—¿Por qué?

—Porque Rebeca está embarazada y uno de los dos tiene que trabajar, necesitamos ahorrar algo de dinero antes de que nazca el bebé.

Mabel abrió la boca, la cerró de inmediato, no le salían las palabras.

—¿Y dónde vas a ir? El Estado te quitará la beca y la paga.

—Lo sé. De momento nos instalaremos en un apartamento de sus padres, está en la calle Mayor, así ella puede seguir con sus estudios.

Se levantaron.

—¿Tengo que darte la enhorabuena por tu futura paternidad?

—Eso parece. —Bromeó él.

A Mabel le invadió una sensación de paz mezclada con nostalgia cuando lo

abrazó. Por mucho tiempo que hubiera pasado, seguía sintiéndose como en casa entre sus brazos.

—Enhorabuena.

—Aún te quiero —confesó él.

—Aitor, ¿yo...?

—No digas nada. —La sujetó por la cintura y la besó. Al finalizar, dijo—: Al igual que Lolo es tu debilidad, tú siempre serás la mía.

No dijeron nada más, había llegado el momento de la despedida. En silencio, bajaron la colina y volvieron a abrazarse en la puerta de la residencia de ella por última vez.

—Espero que seas muy feliz —dijo a modo de despedida Mabel.

—Y tú también.

Mabel accedió al edificio sin dejar de pensar el beso que le había dado. Supo en ese instante que era su separación, que sus caminos, quizá, no volverían a cruzarse. Le deseaba lo mejor, era un buen chico y tenía un corazón noble. Se encerró en la habitación dispuesta a pasar el resto de la tarde centrada en los estudios. El fin de curso estaba a la vuelta de la esquina y si no empollaba, catearía.

Se incorporó para cerrar la ventana, ya poco le importaba que el cuarto se llenara de humo, pero el aire que soplaba era gélido y se estaba quedando congelada. Le extrañó que alguien llamara a su puerta, sabía que no se trataba de Paula, había quedado con ella para pasar el fin de semana. Abrió con la decisión de mandar a la mierda si se trataba de otro compañero con ganas de insultarla. La visita no le dio opción ni a saludar ni a preguntar qué hacía allí después de dejarla plantada seis meses atrás. Se dedicó a sujetarla por la cintura y el cuello, y a besarla con verdadero ardor.

Capítulo 41

Mabel

Abro los ojos lista para comenzar un nuevo día y compruebo que tengo la misma sonrisa de tonta que el resto de semana. Mis temores de que Aitor se alejaba de mi lado se desvanecieron a raíz de aquella noche que cenamos con Pau y Lázaro en el descampado, cuando me dijo que me quedara a dormir con él, y eso que nuestro cupo de noches juntos se había agotado, fue el empuje que precisaba para no dudar de sus sentimientos hacia a mí. Desde entonces, nos cuesta estar separados y en más de una ocasión, en el transcurso de estas dos semanas, nuestros hijos han estado a punto de pillarnos *infraganti*.

Anoche me resistí a quedarme con él y eso que era lo que más deseaba, pero las cosas con mi madre cada vez están peor y no deseo que sea mi padre quien apague mis fuegos.

Sé que la duda en Aitor no ha desaparecido por completo por mucho que me empeño en que lo haga, que sigue pensando que cuando Lolo reaparezca en mi vida, porque todos sabemos que antes o después lo hará, lo dejaré en la estacada al igual que la otra vez y volveré con el padre de mi hijo. Si lo cree está más que equivocado porque cada día que pasa tengo más claro que eso jamás sucederá. Mis pensamientos de esta semana han estado centrados en Lolo, no porque crea seguir enamorada de él, sino más bien por descubrir que nunca lo he estado, que confundí el amor con el cariño y en él quería hallar lo que tuve con Aitor. En parte, todos estos años, sin pretenderlo, lo he estado buscando en los brazos equivocados.

Remoloneo un poco más en la cama, de paso me entretengo en recrear cada uno de estos días, me encanta la manera en la que me trata, él es el único hombre en la faz de la tierra que es capaz de llevarme a lo más alto sin que me sienta un mero objeto sexual. La dulzura que emplea en cada una de sus caricias me hace sentir especial, me demuestra que para él no existe otra mujer nada más que yo.

Cojo el móvil que está en la mesilla y busco las fotografías que nos hemos hecho. Cuando observo una de los dos acostados en la cama de la piscina el pensamiento de pedirle que vivamos juntos se hace más latente, no quiero estar ni un día más alejada de él, no me hago a la idea de no estar más los

cuatro en el comedor viendo la televisión y, después en la soledad, entre sus brazos. Creer que pueda perderlo otra vez logra que un intenso pinchazo se adueñe de mi corazón.

Me incorporo de la cama con una sola intención, hacerle saber que siempre ha sido él, que me enamoré en la universidad y que nunca lo he olvidado, lo malo es que me ha llevado mucho tiempo darme cuenta de ello, aunque las voces de la planta inferior logran que salga de mis pensamientos.

Mi padre no deja de insistirle a mi madre en que se calle, que lo único que logrará será estropearlo todo otra vez. No sé a qué se refiere, pero me enervo al escuchar a mi hijo gimotear. Me coloco rauda lo primero que cojo del armario y bajo al salón. La escena me deja sin aliento, mi madre está roja como un tomate, hacía años que no la veía así, y mi padre intenta consolar a mi hijo que se encuentra en el sofá llorando y gimoteando por lo bajo que no es justo.

—¿Qué no es justo, mi vida? —pregunto, acunándolo en mi pecho.

No responde, se abraza a mí y llora de manera desconsolada. Miro a mi padre, el pobre se encoge de hombros, entiendo que no quiera más disputas con mi madre, lo siento por él; pero esto no queda así.

—¿Me puedes explicar qué le pasa a mi hijo? —mascullo, mirando a mi madre.

—Una pataleta de niño malcriado, ya se le pasará —responde enfadada.

Me observa de forma extraña. Es la misma que me dedicó cuando se enteró de que estaba con Aitor en la universidad. No puedo evitar que el miedo me invada.

—¿No tienes nada que decirnos? —inquieta, molesta.

Ignoro su pregunta, ahora mismo lo único que me preocupa es saber qué le ocurre a mi hijo y por qué llora de esta forma. Le levanto el rostro, lo hago con suavidad para no dañarlo.

—Mi vida, ¿qué te pasa?

Niega con la cabeza. No quiere hablar delante de ella. Me levanto y sin dejar de abrazarlo, salgo al patio. No paro de andar hasta que no me alejo unos metros de la vivienda.

—Deja de llorar, cariño, sabes que a mamá no le gusta verte así.

—Odio a la abuela —dice de repente.

—No vuelvas a decir eso —advierto—. La abuela te quiere con locura —me obligo a decir porque a veces pienso que no es verdad.

—Me ha prohibido que vea a Rebeca y dice que no podemos dormir esta

noche ni ninguna más en su casa.

Y ese es el motivo de su desconsuelo. Que intente alejarlo de su amiga, o hermana como él la llama, pero no comprendo por qué mi madre le niega ese derecho, no es quien para entrometerse en mi vida.

Me lleva más de media hora calmarlo, no lo consigo hasta que no le prometo que yo misma lo llevaré a casa de Rebeca antes de irme a trabajar.

Cuando me cercioro de que está calmado le pido que se quede en el patio, que juegue con las gallinas que tiene mi padre, sé que le encanta darles de comer. Accedo a la casa por la cocina, con cada paso que doy percibo que mi rabia aumenta. Mi padre me pide con la mirada que me mantenga callada, que no monte una escena, le pido perdón por lo que voy a hacer.

—Que sea la última vez que le prohíbes algo a mi hijo —advierto a mi madre.

Deja de doblar la sábana y me mira con esa frialdad que emplea algunas veces con mi padre.

—Se lo voy a prohibir las veces que sean necesarias ya que tú eres una irresponsable.

—¿Se puede saber que mosca te ha picado?

—A mí ninguna, pero no voy a consentir ciertas cosas. A partir de hoy dormiréis todas las noches aquí y no hay nada más que decir.

Me quedo a cuadros.

—Sabes, mamá, eso es algo que decido yo, no tú. Es mi vida y la de mi hijo.

—También es hijo de Manuel y no has contado con él para nada.

Cierro las manos y las llevo a la espalda, no quiero cometer una locura, nunca me lo perdonaría por muy mal que nos llevemos.

—Estoy harta de que aproveches cualquier conversación para sacarlo a colación.

—Lo seguiré haciendo hasta que comprendas que tienes que estar junto a tu marido y no con el hijo del depravado.

Alzo la ceja, no sé a quién se refiere.

—¿Te crees que no sé qué estás retozando otra vez con tu novio de la universidad? La madre de ese desgraciado me destrozó la vida y no voy a permitir que estés con su hijo. Por eso, cuando me enteré de que estabas con él llamé a Manuel para que fuera a buscarte, sabía que lo dejarías y no me equivoqué, y esta vez ocurrirá lo mismo.

Abro los ojos estupefacta, los recuerdos de aquella noche en concreto me

invaden. Cuando me monté en el taxi tuve dudas de separarme de Aitor, prefería pasar la noche con él en vez de con mis amigas, pero recibí la llamada de mi madre y al contarle mis inquietudes, me animó a salir con las chicas. Después, cada vez que intentaba dejar a Lolo ella me convencía para darle otra oportunidad.

Me tapo la boca con ambas manos, jamás he pensado que mi madre podía ser mi mayor enemigo.

—Aquella noche le dijiste dónde encontrarme, no nos vimos por casualidad, ¿verdad? —afirmo aún sin salir de mi asombro.

—No me dejaste más remedio. Tenía que hacer lo mejor para ti.

—¿Lo mejor para mí o para ti, mamá?

Enmudece, no me pasa desapercibida la mirada de odio que le dedica a mi padre. Ya hablaré con él en otro momento, ahora mismo solo tengo en mente una cosa; largarme de aquí. No aguanto un día más a su lado. Subo las escaleras lo más rápida que me permiten los escalones, una vez en mi cuarto bajo la maleta de encima del armario y pronto comienzo a llenarla con nuestras pertenencias.

—Cariño, ¿qué haces?

—Marcharme a casa de Pau, papá. No la soporto más.

Coloca su mano sobre la mía para que cese en mi empeño.

—Por favor, no te vayas.

Niego.

—Lo siento, pero no puedo quedarme. Por su culpa perdí al amor de mi vida.

Sonríe con cariño. Alarga la mano y me acaricia la mejilla.

—¡Por fin! —exclama repleto de felicidad.

—Por fin, ¿qué? —indago.

—Por fin te has dado cuenta de que Aitor es tu media naranja.

Me froto la cara para acto seguido golpearme, aplico un poco de fuerza para ver si estoy sumida en una pesadilla y puedo despertar.

—Ven, siéntate conmigo.

Le hago caso, tengo la sensación de que aún me quedan sorpresas por descubrir y ello logra que me tiemblen las piernas. Tarda un par de minutos en decidirse a hablar, para cuando lo hace no puedo más que quedarme atónita.

—Conocí a Lorena cuando tenía quince años. Aún recuerdo aquel día de verano que apareció por el descampado acompañada de sus padres, era preciosa con sus bucles morenos cayendo en cascada por su rostro —percibo

melancolía en su voz—. Me llevó tres días reunir el valor suficiente para hablar con ella, mis amigos, Víctor y Aitor se burlaban de mí en cada intento nefasto, hasta ese día que al final pude saludarla.

Pasa a relatarme qué sintió cuando ella alzó la cabeza y lo miró a los ojos. En aquella primera conversación se enteró de que a su padre lo habían destinado a Blanca a trabajar, era guardia civil, y que estudiarían en el mismo instituto. No puedo evitar sonreír cuando me asegura que tuvo que hacer un sobreesfuerzo humano para no saltar de alegría. Le llevó todo el verano que ella lo considerara su amigo, pero que él en realidad no deseaba que lo viera con esos ojos, quería algo más porque se había enamorado, aunque aceptó de buen grado su amistad. Los años pasaron y su amistad cobró fuerza.

Toma una bocanada de aire antes de proseguir con la narración.

—Aquel verano todo cambiaría, la mayoría de nosotros teníamos que incorporarnos a las filas del ejército, por aquel entonces el servicio militar era obligatorio, solo unos pocos afortunados se escapaban de hacerlo. Así que decidí declararme, me quedaba un mes en el pueblo antes de tener que llenar el petate y estar dieciocho meses fuera de casa, y no quería hacerlo sin decirle a Lorena lo que sentía por ella. Cuando se lo comenté a Víctor objetó que lo mejor sería dejar las cosas tal y como estaban, no comprendí por qué mi mejor amigo me desanimaba a declararle mi amor, lo adiviné por la noche. Nada más llegar al descampado la busqué entre el grupo de sus amigas, al no verla, fui a la orilla del río, sabía que le encantaba pasar horas allí sentada. Mi corazón dejó de latir al visualizarla, estaba tan guapa que creí desfallecer. Tuve que parar un instante para coger aire porque de no hacerlo, sabía que no me saldría el habla. Fue entonces cuando ocurrió, por el rabillo del ojo vi a Aitor acercarse a ella y besarla, esa noche supe cuánto dolía el amor.

Le cojo la mano entre las mías, por muchos años que hayan pasado le afecta como si se tratara del primer día.

—Lo siento mucho, papá —digo con sinceridad—. Sé cuál es ese sentimiento.

Asiente.

—Lo sé, cielo. Y mira que he intentado por todos los medios que no lo conozcas.

—No podías hacer nada para remediarlo —contesto con una sonrisa.

Me apena escuchar la historia de mi padre, pero hay algo que no entiendo.

—Papá, ¿qué tiene que ver eso con la actitud de mamá?

Vuelve a acariciarme la mejilla.

—Todo, cielo. Todo.

Lo miro sin comprender, aunque pronto caigo en la cuenta.

—Son los padres de Aitor —afirmo.

—Sí, cielo.

—¿Y cómo terminaste con mamá?

—Era una niña cuando me fui a la mili, pero cuando volví era toda una mujer y qué mujer. De inmediato sentí algo muy fuerte por ella y no tardé en enamorarme, era tan dulce y cariñosa que cualquier hombre caía rendido ante sus pies, pero yo fui el privilegiado de llamar su atención. Comenzamos a vernos y al año le pedí su mano a tu abuelo. Todo marchaba a la perfección, los tres primeros años de matrimonio fuimos realmente felices; sin embargo, todo se truncó el día que Víctor apareció por casa para contarme los problemas de salud de Lorena y lo mal que la trataba Aitor. Tu madre se mantuvo callada hasta que él se marchó, a raíz de enterarse de que había estado enamorado de Lorena todo cambió entre nosotros, los celos entraron a formar parte de nuestro día a día y llegó un punto en el que no soportaba más la situación, no entendía por qué desconfiaba de mis sentimientos hacia a ella si para mí no existía otra mujer.

Me quedo sin palabras al escuchar lo que tanto he anhelado saber, lo que tantas veces he preguntado sin obtener respuesta.

—¿Fueron los celos lo que te impulsó a querer el divorcio? —cuestiono para saciar mi curiosidad.

Niega.

—No. —Toma una bocanada de aire—. Me lo planteé cuando me enteré de que tu madre llevaba meses viéndose con otro.

—Por eso siempre me has dicho que no tuviste duda alguna de que era tu hija nada más verme.

—Exacto, cielo. Te pareces tanto a mí que no cabe lugar a confusión.

Abro la boca y la cierro de inmediato. Ahora entiendo que para ella sea normal perdonar una infidelidad, piensa que yo tengo que ser como mi padre, que he de perdonar todo lo que me haga Lolo. Pero me apena su situación, que haya soportado veintiocho años de matrimonio infeliz por estar a mí lado, le honra como padre, aunque me hubiera gustado otra vida para él.

—Papá, yo... —se me humedecen los ojos. Ha sacrificado tanto por mí, que no sé cómo agradeceréselo.

—Tranquila, cielo, te lo he dicho y te lo diré siempre, me has hecho el hombre más feliz del mundo, aunque lo seré mucho más si de una vez me haces

caso.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes perfectamente, pero te ha costado reconocerlo. No dejes que se te escape esta vez, lo lamentarás el resto de tu vida.

—No tengo ninguna intención de dejarlo marchar, pero necesito tu ayuda.

Se incorpora de la cama como un resorte. Le cuento la idea que me dio Pau, en esta ocasión sí que salta de alegría. Me ayuda a bajar las maletas, él se encarga de salir a buscar a mi hijo para marcharnos. Le urge más a él llegar al lugar que a mí.

Por el camino hasta nuestro destino, llamo a Pau para pedirle el favor de no ir a trabajar. Mi amiga se alegra cuando le digo mis intenciones y me anima a seguir a adelante.

Capítulo 42

Aitor

La semana transcurre más lenta de lo esperado, por culpa del trabajo de Mabel solo he conseguido dormir dos noches abrazado a ella, algo que comienza a desesperarme. Por mucho que nuestra relación vuelva a ser igual que al principio, mis miedos siguen escondidos en algún lugar de mi mente a la espera de despertar de nuevo. Es lo que menos deseo, pero sigo expectante a que diga esas dos palabras que tanto preciso oír o que sea ella quien dé el paso y proponga que vivamos juntos, hasta el momento no ha pasado ninguna de las dos cosas. Le concederé unos días más, si no veo ninguna muestra por su parte, tendré que tomar cartas en el asunto.

Miro el reloj, la tarde se me está haciendo eterna aquí solo, Mabel también trabaja hoy, aunque desde hace una semana tiene establecido el horario de verano; pero hay tanto trabajo en su oficina que le ha sido imposible decirle que no a su amiga, y mi hija se ha ido a pasar la tarde con María y llegarán después de cenar. Tengo toda la casa para mí hasta que me marche al club, algo a lo que ya no estoy acostumbrado. Compruebo la hora. Las seis de la tarde. Resoplo exasperado.

Opto por ponerme en marcha, si me quedo más tiempo en esta soledad absoluta lo único que lograré será pensar en mis inquietudes de qué sucederá cuando reaparezca Lolo. Paso de torturarme, bastante que controlo mis sentimientos y no le digo que la quiero hasta que ella dé el paso.

Subo al coche dispuesto a conducir hasta la capital, antes de encerrarme toda la santa noche en El Viñedo, quiero pasar por La Vía Rue, pese a que tengo plena confianza en el amigo de mi cuñada y sé de sobra que gestionará a la perfección el buen funcionamiento, deseo ver con mis propios ojos cómo se desenvuelve detrás de las cámaras. Sabe que hoy le está prohibido participar en la Fiesta de los Sentidos, su cometido es cerciorarse de que las cosas estén a gusto de los clientes.

Estaciono en mi plaza de garaje, en esta zona de la ciudad es imposible aparcar, por ello, tanto Silvia como yo decidimos comprar dos plazas de aparcamiento en el edificio. La suya está ocupada, intuyo que se trata del vehículo de Francesco. Saludo al personal a mi entrada al club.

Uno de los camareros me informa del pequeño suceso con un cliente y que tras eso, todo transcurre sin incidentes, y que la llegada de los primeros habituales se calcula a partir de las once de la noche. Le pregunto si está Francesco, me dice dónde encontrarlo.

Subo las escaleras hasta llegar a la primera planta. Cuando mi suegro compró los pisos a un amigo constructor, ordenó unas cuantas reformas. La principal era construirlos como si de un piso tipo dúplex se tratara. Aunque la mayoría de los clientes piensan que la planta superior son dormitorios, la verdad es que solo disponemos de dos para clientes muy exclusivos. Las otras tres dependencias son de uso exclusivo del personal.

Entro al despacho sin llamar. En la silla de director se halla el italiano, amigo de mi cuñada, uno de los asiduos del local y un excelente empresario.

—Hola, Aitor, no te esperaba —comenta, incorporándose. Acto seguido me estrecha la mano.

No es la primera vez que nos vemos, inclusive en más de una ocasión hemos comido los tres juntos.

—Buenas tardes, Francesco. Si te soy sincero, no tenía pensamiento de pasarme, pero estaba aburrido en casa y hasta las once no tengo que estar en El Viñedo.

—¿Dónde está tu hija? —se interesa.

—Con su abuela.

Sonríe afable. Los siguientes minutos los dedica a interesarse por ella, después comenta su intención de visitar El Viñedo y que aprovechará para visitar a un amigo que reside en Blanca.

—Me ha dicho Silvia que tengo que ir sí o sí porque está convencida de que me gustará —finaliza.

Asiento. Conozco sus gustos y la casa individual le encantará.

—Y me atrevería a decir que más que este. —Tomo asiento en una de las sillas que hay frente al escritorio, no estoy aquí para quitarle el sitio—. Me ha comentado Pepe el incidente de esta tarde.

Regresa a la silla que ocupaba antes de entrar yo.

—Sí, pero nada por lo que preocuparse. Conozco al hombre, me lo he cruzado unas cuantas veces en varias de las salas, incluso compartimos sala privada en dos ocasiones. No sabría decirte qué le ha pasado, es la primera vez que lo veo comportarse de forma agresiva.

Pasa a relatarme lo sucedido. Uno de los clientes, por lo visto habitual, a su llegada al club, ha exigido que se abra la sala donde se celebran las fiestas de

los sentidos. Como es normal, Pepe le ha informado de que hasta las once no estaría operativa. Su respuesta ha sido ponerse agresivo con él y a Francesco no le ha quedado más remedio que invitarlo a abandonar el club.

—Lo siento, no he visto otra salida.

—No tienes que pedir disculpas, has hecho lo correcto. ¿Sabrías decirme quién es?

Asiente.

—Si tienes que conocerlo —afirma.

Me pica la curiosidad. No puedo decirle que no conozco a todos nuestros clientes, que la experta en la materia es mi cuñada.

—Es el amigo de Cristina.

Me quedo igual que al principio, no sé de quién me habla.

—Sí, hombre. La amiga policía de tu cuñada.

«¡Joder!», mascullo para mí a sabiendas de lo que me viene encima. Si ha venido al club significa que vuelve a estar solo. Apuesto a que no tardará más de dos semanas en ir a buscarla, cuando se canse de follarse a las mujeres que vienen por aquí. No es un asiduo, es *vip*. Los dos vienen día sí y día también. Lo que sí comprobé fue que durante una temporada él no aparecía cuando Mabel frecuentaba el club hasta a aquel viernes.

«Será cabrón», mascullo para mí al saber que la engañó, que le hizo creer que él era su desconocido de cada semana, lo que no entiendo es cómo se enteró. La idea de que Silvia habló con Cristina es la más razonable que encuentro.

Me incorporo, mi tiempo aquí ha llegado a su fin. Tengo que intentar ver a Mabel antes de irme a El Viñedo, debo explicarle todo, no quiero que las mentiras y mis miedos se interpongan entre nosotros, ha llegado el momento de actuar y que pase lo que tenga que pasar.

—Si regresa, no le prohíbas la entrada —informo.

Francesco me mira sin entender.

—Es un cliente *vip*, tendrá un mal día —agrego.

—Tú mandas —acepta.

Nos despedimos con un apretón de manos. Salgo del club sin hablar con ninguno de mis empleados, me urge llegar al coche para realizar la llamada. Tengo que esperar a estar fuera del garaje para emitirla, dentro no hay cobertura debido a los inhibidores de frecuencia que tenemos instalados.

Marco su número, agoto los tonos y no obtengo contestación. Conduzco más rápido de lo normal, debo llegar lo antes posible a su oficina. Mientras tanto,

intento dar con Jesús para decirle que confesaré todo, no deseo hacerlo sin que él lo sepa, otro a quien no localizo.

A mi llegada a su lugar de trabajo, es Paula quien me informa de que Mabel no ha ido a trabajar, que se ha pedido el día libre porque precisa recoger sus pertenencias para mudarse de casa. Mis temores se intensifican al pensar que Lolo ya ha hablado con ella y ha decidido marcharse con él.

Conduzco cabizbajo hasta mi casa, si pensaba que tenía alguna posibilidad se me ha esfumado delante de las narices. Me sorprende ver la puerta de la finca de Jesús abierta cuando bajo de mi coche. Me acerco sin pretensión de entrar, no estoy preparado para toparme con la realidad.

Voy a regresar a mi vivienda cuando escucho la voz ronca de un hombre y, de seguido, la de una mujer. Conozco ambas a la perfección. Al no oír una tercera, accedo a la parcela sin ser invitado, preciso una excusa para llevarla a mi terreno y hablar con ella. De hoy no pasa que le confiese todo lo que callo, es el momento de poner las cartas sobre la mesa y que sea ella quien decida qué hacer, si quiere quedarse con él o permanecer a mi lado.

Aprovecho que ambos están de espaldas a mí para acercarme a ellos.

—¿Mabel? —cuestiono como si estuviera sorprendido.

La aludida se gira y me dedica una sonrisa.

—Hola, Aitor. —Me da un beso casto en la mejilla.

Con sutileza le acaricio la cintura, el gesto no pasa desapercibido para su padre, que oculta la sonrisa.

—Hola, Aitor. ¿Cómo estás? —inquire con picardía.

Tengo que morderme la lengua para no reír a carcajadas, jamás pensé que fuera tan buen actor, se comporta como si solo me conociera de las veces que ha venido a recoger a Manuel.

—Bien. ¿Y usted?

—Aquí, peleándome con mi niña.

Alzo la ceja a la espera de una respuesta más precisa, no llega. Mabel aprovecha mi desconcierto para separarse unos centímetros de mí, me parece demasiada distancia; sin embargo, acepto que no desee que su padre sepa que estamos juntos o lo que sea que haya entre nosotros.

—Exagerado, no estamos discutiendo, lo único que hacemos es hablar —objeta ella con una sonrisa.

La miro embobado, no puedo evitarlo, por mucho que me insista y que le afirme a mi cuñada que tengo controlados mis sentimientos, es mentira porque cada día que pasa estoy más loco por ella, pero cabe la posibilidad de que a

partir de hoy vuelva a perderla.

—¿Vas a ser mi vecina? —cuestiono para entablar conversación y enterarme qué hacen aquí.

Mabel se apresura a negar con la cabeza.

—Por el momento, no —responde. Le dedica una mirada lastimera a su padre antes de hablar de nuevo—. Desde que volví al pueblo le he insistido en que me deje la casa, pero objeta que necesita mucha reforma.

—Y es que la necesita. —Jesús llama mi atención—: Muchacho.

—Aitor —corrige de inmediato Mabel.

—Aitor, muchacho, lo mismo da, sabe que me refiero a él. Ya verás cómo tu amigo opina igual que yo. Ven conmigo —comenta mientras comienza a caminar.

Mabel encoge los hombros. Me da un cachete en la nalga cuando paso por su lado. La mirada pícara que le dedico lo dice todo, sabe que se escapa porque está su padre. Me guiña un ojo descarada.

—¿A qué esperas para pedirle que viva contigo? —me recrimina Jesús cuando entro en la cocina y se asegura de que ella no nos ha seguido.

—No es tan fácil como parece Jesús, llevo casi dos meses lanzándole indirectas que no quiere pillar. Además, él está de nuevo soltero.

Cierra los ojos, no es necesario que le diga de quién se trata, lo sabe a la perfección.

—Por él no tienes que preocuparte, es el momento que le digas la verdad y te sinceres con ella.

Como se nota que él no tiene el mismo miedo que yo, que ella vuelva a caer rendida a sus brazos si Lolo reaparece en su vida. Un pinchazo a la altura del corazón me advierte que puedo perderla en cualquier momento.

«Disfruta de ella mientras puedas», me susurra una voz en el interior de mi cabeza.

Cambiamos de tema al escuchar unos pasos acercarse. Jesús se empeña en decirme las reformas que necesita la casa antes de ser habitada, la verdad es que no le presto demasiada atención, mi mente está puesta en lograr quedarme a solas con Mabel, preciso hablar con ella.

—¿A qué no está en condiciones de ser ocupada? —cuestiona Jesús.

Ambos esperan mi contestación, la realidad es que Mabel tiene razón, se puede vivir y ser rehabilitada poco a poco; pero esa no es la respuesta que desea escuchar Jesús.

—La verdad es que no —me oigo decir.

—Ves, tu amigo me da la razón.

—Sois unos exagerados, tampoco está tan mal —replica.

Jesús sacude la mano, no quiere hablar más del tema.

—Voy a buscar a mi nieto. —El hombre sale de la cocina y nos deja a solas. Aprovecho para acercarme a Mabel y darle un beso en la comisura de los labios.

—Nos van a pillar —replica poco convencida.

En vez de cesar en mi empeño por besarla, lo profundizo. Tengo que obligarme a separarme, si por mí fuera, estaría toda la eternidad así.

—¿Por qué te quieres mudar aquí? —indago.

Suspira. Toma asiento en una de las desvencijadas sillas de la cocina, exactamente en la misma que yo me sentaba el verano que pasé aquí.

—No me llevo bien con mi madre. De hecho, nunca me he entendido con ella.

Le acaricio la mano, no me gusta la tristeza que desprenden sus ojos.

—No soporto que se entrometa en mi vida y es lo que ha hecho durante años. Además, no entiende lo que necesito. Vine al pueblo por eso mismo, para aclararme las ideas antes de decidir qué hacer con el padre de...

—Comprendo. —La interrumpo para que no siga. Estoy convencido de que Lolo la ha llamado y sé por dónde van los tiros. Descubrirlo, me destroza.

Me incorporo y le doy la espalda, me urge salir de aquí, no quiero que descubra cuánto daño me hace saber que vino para aclararse antes de decidir si volver con él o no, otra vez he vuelto a ser un mero pasatiempo para ella, de ahí que no no haya dicho las dos palabras, porque no las siente de verdad.

—No, no lo entiendes.

Me giro para mirarla.

—¿Qué no entiendo, Mabel? —cuestiono—. ¿Qué está de nuevo soltero y no puedes asegurar que no te vayas en el momento que venga a buscarte?

—Aitor...

Nos quedamos callados al escuchar alguien correr en nuestra dirección, pronto Manuel accede y se lanza a mis brazos para que lo coja. Soy incapaz de no hacerlo, en tan poco tiempo he aprendido a quererlo como si se tratara de mi propio hijo, es igual de cariñoso que su madre y se hace de querer enseguida.

—¿Dónde está Rebeca? —Desea saber.

—Con su abuela —digo con desánimo.

Los ojos de Mabel no me quitan la vista de encima, sus ojos expresan dolor

gesto que puede con mi cordura, encima será ella quien esté molesta. Vuelvo a observarla, esta vez más concentrado en intentar averiguar qué transmiten sus ojos, es la primera vez que distingo esa decepción en ella. Puede que me haya precipitado al igual que hice en la universidad al no dejarla expresarse, una mala costumbre que tengo cuando se trata de ella. Quizá deseaba decirme otra cosa distinta a la que he imaginado, que va a volver con él. Sin pensarlo mucho, y para paliar un poco el gran error cometido, digo:

—Le decía a tu madre que si no os importa dormir esta noche en mi casa con Rebeca, su abuela tiene bingo y a mí me toca trabajar.

Es mentira lo de María, lo único que pretendo es redimirme por mi mala actuación y tenerla otra vez en mi terreno para pedirle disculpas.

A Mabel le da por toser, pero una pequeña sonrisa la delata, le agrada la idea. Rebajo la tensión acumulada, por un momento he pensado que lo he echado todo a perder y que, sin pretenderlo y debido a mis inseguridades con ella, la he alejado de mi lado.

—¿Podemos, mamá? —se apresura a preguntar Manuel.

—¿Qué podéis? —escucho a mi espalda.

Se trata de una voz masculina, por la reacción de Mabel y la del niño, no necesito girarme para saber quién acaba de llegar. Cierro los ojos, sabía que supondría un problema, pero no esperaba que fuera hoy mismo, que tuviese las narices de venir a buscarla después de haber sido expulsado del club.

—¡Papá! —grita Manuel, lanzándose a sus brazos.

—Hola, tío.

No ceso en mirarla, su atención ya no está puesta en mí, sino en el recién llegado. Este pasa por mi lado sin prestarme atención, se acerca a ella y la saluda con un beso en los labios.

—Hola, loba.

—Lolo —musita.

Aprovecho que ninguno de los tres me mira para marcharme con el corazón destrozado. Si hace apenas unos minutos tenía una vaga esperanza de que estaba equivocado en pensar que volvería con él, ella misma acaba de aclararme que no tengo cabida en su vida. Camino aprisa, necesito salir lo antes posible de la finca, no quiero que Jesús me vea, sé que sufrirá por mi culpa.

—Muchacho, ¿adónde vas con tanta prisa?

Inspiro una bocanada de aire, no quiero girarme, no me avergüenza que me vea con los ojos cristalinos, no es la primera vez, es que no deseo hacerle

pasar por esto de nuevo.

—¡Aitor! —grita mi nombre.

Detengo mi caminar y con suma lentitud me giro, está a un metro escaso, lo recorre en cuestión de segundos.

—¿Qué ocurre? —Desea saber.

Señalo la casa.

—Descúbrelo tú mismo.

Capítulo 43

Mabel

Los nervios se acentúan según nos acercamos a casa de mi abuela. Espero no cometer una locura y forzarlo a algo que no desee; sin embargo, para mí es la primera vez en mi vida que tengo las ideas claras, no hay rastro de dudas por ningún lado y eso me anima a seguir adelante con el plan trazado.

Mi padre abre la verja de la finca mientras yo guio el coche al interior. Nada más aparcar, mi hijo sale disparado, lo freno cuando veo que va a cruzar la calle sin ni siquiera mirar.

—Te tengo dicho que se mira antes de cruzar.

—Lo siento, mamá.

Espera a que le dé mi consentimiento para hacerlo, llama un par de veces a la puerta, su rostro se entristece al comprobar que no hay nadie.

—Estará con María —informo para animarlo mientras cruzamos de nuevo la calle en dirección a nuestra finca.

Una vez dentro lo aliento a que se divierta. Pongo especial interés en que no se acerque a la piscina, está vacía; pero si da un traspie y cae, se lesionará. No tarda en salir disparado y lo pierdo de vista debido a la construcción, es algo que no me preocupa porque sé lo responsable que es para su edad.

—¿Y ahora qué? —indaga mi padre.

—Voy a llamarlo por teléfono.

Abro el bolso, rebusco por él durante unos minutos hasta que recuerdo que me lo he dejado encima de la cama.

—Déjame tu teléfono que el mío se me ha olvidado en casa.

Niega.

—No tengo por costumbre llevarlo encima.

—Vaya mierda de plan —mascullo. Esto no es lo que había previsto.

Camino hasta el columpio que por algún extraño milagro aún se mantiene en pie. Tiro de la cadena para cerciorarme de que es seguro sentarme antes de hacerlo, no quiero que mi culo acabe en el suelo. La conversación con mi padre en casa me viene de pronto a la cabeza y hay cosas que no alcanzo a comprender.

—Papá —llamo su atención.

Deja de recoger hojas secas del suelo, camina despacio hasta mi ubicación.

—Dime, cielo.

—¿Por qué estás tan seguro de que esto saldrá bien? ¿Y por qué no has puesto ninguna objeción a lo que te he comentado?

Cuando le he dicho de venir aquí y fingir que quiero mudarme a la casa de mi abuela, no le ha sorprendido, le ha parecido buena idea. De hecho, estaba convencido de que sería el empujón que precisa Aitor para hacer la proposición.

—Verás, cielo —comienza a decir, colocándose a mi espalda, pronto el movimiento del columpio mece mi cuerpo—. Antes de que Lorena falleciera me hizo prometerle que cuidaría de sus hijos, debido a la amistad que nos unía no pude negarme. No fue fácil saber a qué orfanato los habían llevado, pero gracias a un amigo lo averigüé.

—Espera, ¿me estás diciendo que tienes contacto con Aitor desde hace tiempo?

—Sí, hija, eso es lo que trato de contarte.

El cuerpo se me tensa al pensar en todas las cosas que me han ocultado.

—Cuando detuvieron a su padre y asuntos sociales se los llevó, fui a verlos cada domingo, deseaba que tuvieran a alguien cercano ya que lo habían perdido todo. Aunque el destino quiso que una familia adinerada adoptase a Lorena, pero no quisieron a Aitor. No imaginas lo destrozado que se quedó cuando llegó de clase y se enteró de que no volvería a ver a su hermana. Nunca me lo ha dicho, pero supongo que fue un duro golpe para él.

Percibo la humedad en mis ojos, es duro imaginar qué se sentirá al sentirse rechazado a esa edad. Mi padre me acaricia los hombros, aunque no me ve la cara sabe que me afecta escuchar la historia.

Pasa a relatarme lo que dieron de sí cada una de esas visitas, lo que se esforzó por hacerlo sentirse parte de una familia. Pequeña, pero al fin y al cabo una familia. Me tapo la boca con la mano cuando narra la etapa en la que Aitor tuvo que decidir carrera universitaria, no puedo evitar mirar a mi padre al enterarme de que hizo con él lo mismo que conmigo; nos convenció para que estudiáramos la misma. Sabía que nos encontraríamos por el campus y el amor de Aitor hacia a mí haría el resto. Comenta con ilusión lo feliz que le hizo saber que al final abrí los ojos y lo vi cómo lo que era, el hombre de mi vida. Mi padre es un romántico empedernido y se nota en su versión de la historia, eso provoca que no pueda enfadarme con él por lo que hizo. Además, debo reconocer que me gusta escucharla desde otro punto de vista, más bien lo

que me agrada es oírla desde el suyo.

—O sea, todos estos años has hecho de casamentero.

Se le escapa una pequeña risa.

—No, cielo. Yo solo os ubiqué en el mismo lugar, el resto fue cosa vuestra —asegura.

El ronroneo de un motor nos alerta, me incorporo con celeridad, es el momento de poner todo en el asador, de aceptar de una maldita vez mis sentimientos reales, que no son otros que estoy enamorada de Aitor desde hace años.

—Recuerda lo que te he dicho —advierte mi padre en dirección a la puerta.

Asiento.

Tengo que hacer como si no supiera nada, quiere ser él quien le diga a Aitor que sé la verdad. Me parece absurdo mantener la farsa por más tiempo, pero no puedo denegarle la petición. También debemos fingir que discutimos por el mal estado de la vivienda.

Froto las manos en los vaqueros, me sudan de lo nerviosa que estoy. Si no logro controlarlos nada de esto saldrá bien y deseo con toda mi alma que nadie vuelva a distanciarme de él, de ahí que me haya peleado con mi madre.

Me sorprende lo buen actor que es mi padre cuando hace que solo se conocen de las pocas veces que se han visto. Aitor tampoco se queda atrás. «¡Vaya dos!», pienso. Me muerdo el interior de la mejilla para que no me delate la risa.

Dejo que lleven el peso de la conversación y que se adentren en la casa, de este modo aprovecho para tranquilizarme. Cada vez me es más difícil mantener la compostura con él, si por mí fuera le devoraba los labios ahora mismo.

Me sabe a poco el beso que me da en la comisura de los labios cuando mi padre nos deja solos en la cocina. Pongo todo mi empeño en explicarle por qué deseo mudarme aquí para ver si de una maldita vez me propone vivir juntos, me enerva que haga lo mismo que me hizo en su día, que no me deje expresarme y piense que lo que intento decirle es quiero volver con Lolo. De verdad, los hombres a veces son muy cortitos de mollera.

Mi hijo me interrumpe cuando estoy a punto de decirle gilipollas por pensar así, creía que me conocía y se había dado cuenta de cuánto lo quiero. Sin embargo, no puedo reprocharle nada, es lo que tiene romper la confianza de una persona, que cuesta recuperarla.

La pena queda en el olvido en el momento que le dice a mi hijo la pequeña

mentira de que me preguntaba si podemos quedarnos esta noche con Rebeca en su casa, mi mente comienza a divagar en lo que pasará entre nosotros cuando regrese del trabajo, tendremos tiempo de hablar para aclarar el pequeño malentendido, aunque la felicidad se va por el desagüe al escuchar una voz que no esperaba.

—Lolo —musito sin salir de mi asombro.

No me explico qué hace aquí. Por lo que tengo entendido, aún no sabe nada de la demanda, aunque ya tenemos fecha de juicio, es dentro de cuatro meses. Pau me ha dicho, cuando he hablado esta mañana con ella, que a su abogado le es imposible ponerse en contacto con él. Convierto las manos en puños al caer en la cuenta de que puede que sea mi madre quien lo ha llamado; pero por otro lado, lo mismo ha sido su abogado, ha podido localizarlo en el transcurso de estas horas.

«¡Joder!», mascullo en mi interior al ver salir precipitadamente a Aitor de la cocina, esa mirada no es la primera vez que la veo, está decepcionado conmigo. Tengo que hacer lo posible por alcanzarlo, por explicarle que no voy a volver con el padre de mi hijo, pero este evita que llegue a la puerta.

—Suéltame —exijo cuando me sujeta por la cintura.

—Venga, loba, no te hagas de rogar, si sé que estás deseando verme.

Le doy un manotazo para que se separe, no entiendo cómo he sido tan tonta todos estos años y he dejado que me pusiera una mano encima si el simple gesto me repugna. Que tontas somos algunas cuando creemos estar enamoradas.

—De lo que tengo ganas es de perderte de vista y lo conseguiré cuando el juez me dé la razón.

—¿De qué hablas? —inquire.

Su desconcierto me afirma mi sospecha, la culpable de que esté aquí es mi madre, ella se ha ido de la lengua.

Mi hijo intenta llamar su atención, en vez de preguntarle qué quiere, le da un grito para que salga de la cocina. La mala hostia me domina, estoy tentada de soltarle un bofetón ya que no se merece otra cosa, pero paso de perder más tiempo con él, han tenido que pasar muchos años para descubrir su verdadera cara, solo reaparece en mi vida cuando mi madre lo llama reclamando su presencia.

—¿Todavía lo preguntas? Tu hijo lleva meses sin verte y mira cómo lo tratas. —Alzo la mano para que no me interrumpa—. Y no vengas con lo de siempre, que lo tengo consentido. Reconócelo de una vez, siempre te ha ido

grande la paternidad.

Estoy en el umbral lista para dejarlo atrás de una maldita vez, cuando necesito respuesta a una cuestión.

—¿Alguna vez me has buscado porque en verdad querías verme o solo lo has hecho cuando mi madre te ha llamado?

Baja la mirada, no es necesario que se moleste en responder, el gesto lo delata. Siempre ha sido impulsado por la bruja de mi madre, no porque a él le apeteciera. Aunque no lo desee, me duele saber la verdad, pero más comprobar que he perdido muchos años con el hombre equivocado.

Me tranquilizo al ver a mi pequeño abrazado a su abuelo, camino rauda hasta ubicarme a su lado, pronto lo tengo arropado en mi cuerpo, que sepa que jamás lo dejaré de lado porque es lo más importante para mí.

—¿Qué hace él aquí? —inquiére mi padre malhumorado.

—Pregúntaselo a tu santa mujer.

Se da media vuelta y se aleja unos metros de nosotros, le tapo los oídos a mi pequeño para que no escuche a su abuelo decir tanta palabrota.

—¿Papá? —Lo llamo para que me preste atención—. ¿Dónde está Aitor?

Niega a la vez que cierra los ojos. Los míos se humedecen al instante al pensar que lo he perdido.

—Lo siento, hija, pero no he podido detenerlo, se ha marchado.

Capítulo 44

Aitor

Camino apresurado hasta mi casa, no puedo quedarme ni un segundo más aquí y ver que la pierdo de nuevo. Lo sabía, sabía que esto iba a pasar y aun así he tratado de convencerme de que en esta ocasión no sería el perdedor, que me elegiría a mí.

—Gilipollas, más que gilipollas —mascullo.

Introduzco la llave en la cerradura sin molestarme en mirar atrás, sé de sobra que no ha salido a buscarme para decirme que no es lo que parece, que no cae rendida en sus brazos cada vez que él abre la maldita boca. De todos modos, mi subconsciente me pide que le conceda unos segundos al igual que hice en la universidad para que negara la infidelidad. Encojo los hombros pasado un tiempo prudencial, al igual que antaño he vuelto a perder.

Cierro la puerta con los ojos vidriosos, no me avergüenza llorar, me parece absurdo eso de que los hombres no lloran, lo hacemos como todo el mundo porque también tenemos sentimientos y los míos están dañados a unos niveles de extrema gravedad. Creo que en esta ocasión no podré reponerme, ya no soy aquel joven que se refugió en los brazos de otra para ser consolado, a mis veinte y ocho años todo ese juego de niños queda atrás porque no soy solo yo, está mi pequeña y ella no se merece verme tan mal.

Voy hasta la cocina, tomo asiento en el taburete con una idea en la cabeza. Necesito alejarme del pueblo, en esta ocasión será por voluntad propia y no forzada como en mi infancia, pero este fin de semana lo haré solo, así aprovecharé para buscar una casa. Saco el teléfono del bolsillo delantero del vaquero y marco el número de mi cuñada, voy a rogarle un favor, aunque no estoy convencido de que acepte.

—Buenos días. —Saluda con efusividad.

—Hola, Silvia.

Mi voz no detona la ilusión de ella y no tarda en darse cuenta de que me sucede algo.

—¿Qué ocurre? ¿Le pasa algo a Rebeca?

Trago saliva, no es plato de buen gusto aceptar que la misma persona me ha destrozado el corazón por tercera vez.

—Rebeca se encuentra bien, está con María.

—Entonces, ¿por qué tienes esa voz?

—Estabas en lo cierto, no he sido cauteloso con Mabel.

Alejo el móvil de la oreja al escuchar su bufido.

—Otra vez te ha dejado en la estacada, ¿no?

—Sí —afirmo.

Es tontería disfrazar lo que ha pasado, la realidad está ahí y la diga o no, antes o después, la descubrirá.

—Mira que te advertí, pero tú nada, confiado en que esta vez era diferente.

—De verdad que lo pensaba, Silvia.

—¿No te das cuenta de que esa tía no va a cambiar nunca?

Su tono es despectivo, no puedo recriminarle nada, lo único que intenta y ha intentado durante este tiempo ha sido protegerme, evitar que me hiciera lo mismo; sin embargo, me he lanzado a la piscina a sabiendas de que estaba vacía, así que el problema es mío.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres que vaya? —cuestiona de seguido.

Toso para aclarar la voz.

—Para eso mismo te llamo, para pedirte un favor.

—Lo que necesites —se apresura a decir.

Le cuento por encima lo que acaba de pasar con Mabel, que quiero marcharme del pueblo y estar un par de días solo para que Rebeca no me vea así. Percibo un pinchazo en el corazón y el dolor logra que me encoja, todo es debido al pensar que dejaré a mi princesa dos días abandonada, algo que me juré no hacer jamás.

—Si he entendido bien —comienza a decir mi cuñada—, quieres que yo me instale este fin de semana en tu casa y tú en la mía mientras encuentras una en la que vivir a partir de ahora.

—Sí. También necesito que te quedes con Rebeca.

Se instala el silencio en la línea. De seguido escucho un cuchicheo que no alcanzo a comprender, deduzco que está acompañada y, aunque mi cuerpo no está para nada, no puedo evitar sonreír por ella, me agrada saber que su relación va viento en popa, no como la mía, que ha sido inexistente.

—Silvia —llamo su atención.

—¿Qué?

—No quiero que rompas tus planes por mi culpa, puedes traerte a tu amiga. Eso sí, no es necesario que te diga que tendréis que ser muy discretas.

—¿Por quién me tomas? No voy a hacer nada delante de mi sobrina.

—Lo sé, pero me quedo más tranquilo si te aviso.

Los siguientes minutos se entretiene en hacerme sentir mejor y en decirme dónde encontraré las llaves de su casa mientras su amiga prepara el equipaje para las dos. Antes de colgar me asegura que en media hora estará aquí.

Estiro el cuello nada más colgar, necesito desentumecer el cuerpo, aunque sé que tardará un tiempo en volver a la normalidad, todo es debido a la decepción. Voy hasta mi cuarto para preparar una pequeña mochila con lo esencial para dos días.

Observo la habitación de juegos de mi pequeña durante unos minutos, aún no me he ido y ya la echo de menos. Sé que no debería marcharme sin decirle nada, pero si la veo no seré capaz de dejarla al cuidado de su tía, me fio mucho de Silvia, el problema reside en mí, en las promesas que me hice.

Cuando estoy en la cocina recuerdo que el coche está en la calle, cojo el móvil de encima de la mesa y voy hasta la entrada principal. Al abrir la puerta me sorprende encontrarme a Jesús parado frente a ella.

—¿Qué haces aquí? —cuestiono.

Juraría que no ha llamado al timbre, vale que estoy absorto en mis pensamientos, pero no tanto como para no oírlo. Baja la mirada y la centra en la bolsa que llevo en la mano.

—¿Dónde vas? —inquire a su vez.

—Estaré unos días fuera.

—No te vayas, muchacho, no te rindas.

Niego con la cabeza.

—Jesús, tu hija lo quiere a él, no a mí.

Quien se apresura a negar es él.

—No digas tonterías, te quiere a ti. Me lo ha confesado antes de venir.

Mi corazón intenta bombear con celeridad; no obstante, mi mente le advierte que no se ilusione, que Mabel sabe jugar muy bien con los sentimientos de los demás, sobre todo si se trata de los míos.

—Lo siento, Jesús, pero no me lo creo. No es la primera vez que me hace algo así.

El hombre asiente con pesar.

—Lo sé, aunque te aseguro que en esta ocasión todo es distinto.

Alzo la cabeza y miro al frente. Sé que no podré vivir aquí a partir de ahora, saber que en cualquier momento puedo cruzármelos y verlos acaramelados, me destroza. Agradezco que sigan en el interior de la vivienda, la verdad es que mi corazón ahora mismo no soportaría verlos cariñosos el

uno con el otro.

—Si fuera verdad lo que te ha dicho, ¿no crees que ya estaría aquí y no allí con él?

Le concedo unos segundos para que refute la pregunta, no puede porque sabe que llevo razón, que de ser cierto que me quiere a mí ya habría venido a buscarme y no es así, sigue con él y eso es debido a que mi juicio es real y no una fantasía.

Palmeo su espalda a modo despedida. No hace el amago de impedírmelo, cosa que me cerciora de que estoy en lo cierto, de que su hija lo ha engañado al igual que ha hecho conmigo. Arranco el motor nada más subirme y cerrar la puerta. Pongo rumbo a la ciudad con un único pensamiento, olvidarme de Mabel para siempre.

Capítulo 45

Mabel

Cierro los ojos y lloro con fuerza al saber que se ha marchado. No puedo creer que mi madre haya sido capaz de hacerme esto, porque ya no me afecta enterarme de una nueva mentira de Lolo, de él no me sorprende nada. Mi padre me abraza, quiere calmarme, algo que no va a funcionar porque puede que por gilipollas haya perdido al hombre que quiero y me quiere de verdad, el único que hubiera dado lo que fuera por hacerme feliz.

También me deshago al comprender que he sido una marioneta de dos personas sin sentimientos que únicamente piensan en su propio bienestar, pero no puedo culparlos solo a ellos, yo tengo gran parte de culpa por no saber ver que no estaba enamorada de Lolo a tiempo y que para él era un simple juego el conquistarme una y otra vez.

—Tranquila, cielo. Ya verás que todo se soluciona.

—No creo, papá. No has vistos sus ojos.

Me acaricia la espalda, no ha dejado de hacerlo desde que me ha abrazado.

—Sí que lo he visto y también cómo se le han iluminado cuando le dicho que no quieres a Lolo, que lo quieres a él.

—Con toda mi alma —afirmo.

Nos mantenemos en silencio unos segundos. Mi pequeño está en el salón jugando, el pobre se ha asustado cuando me ha visto así, el encargado de explicarle qué pasa ha sido mi padre.

—¿Por qué has tardado tanto en darte cuenta? —indaga.

—Porque soy gilipollas, papá.

—No digas eso, cielo.

—Si es la verdad, ¿para qué negarlo?

Mi mente regresa a los tiempos de la universidad, a las tardes que pasamos juntos abrazados en la cama, a los besos eternos y las caricias que hablaban más que nosotros. Intento no llorar con más desconsuelo al caer en la cuenta de que si no hubiera sido por la llamada de mi madre en la que me animó a asistir al cumpleaños de Claudia y a la falta de confianza en mí misma, lo más seguro es que Rebeca sería la hermana de mi hijo y los cuatro seríamos felices, porque tengo claro que no me habría separado de él. Pero la época de

revolución hormonas pasa factura si no sabes dominarlas y no tener una personalidad marcada, todo eso hace que cometas demasiadas tonterías, es lo que me ocurrió a mí, que no supe controlar mis impulsos y esperar a llegar al campus para tener algo infinitamente mejor de lo que tuve aquella noche en el asiento trasero de un coche destartado. Salgo de la cocina al exterior, necesito un momento de soledad. Me instalo en los escalones, poco me importa el sol abrasador.

Me incorporo como un resorte al escuchar un vehículo llegar. En una carrera, que ni sabía que podía realizar, alcanzo la puerta de la finca. Voy sin resuello, pero me niego a perder la oportunidad de hablar con él, tengo que hacerle ver que Lolo es historia y él es el futuro, el único con el que deseo dormir cada noche el resto de mis días.

Quedo anonadada al ver aparecer a doña simpática acompañada de mi prima, aunque quedo más sorprendida cuando la veo dirigirse a la casa de Aitor toda resuelta.

—Mabel, ¿qué haces aquí? —inquiére mi prima al reparar en mi presencia.

—Eso mismo iba a preguntar yo. ¿Qué hacéis vosotras en casa de Aitor?

Doña simpática me mira por primera vez, en esta ocasión hay más odio que las anteriores.

—¿Conoces a su cuñado? —inquiére Lidia boquiabierta.

—¿Aitor es tu cuñado? —indago.

—Sí, y tú la cabrona que lo ha destrozado tres veces. ¿Qué pasa que con dos no tenías suficiente?

Abro la boca y la cierro, las palabras no me salen. No entiendo a qué se refiere, Aitor y yo solamente hemos estado juntos dos veces, ella sabrá cuál es la tercera, aunque con el cariño que me tiene se la habrá inventado para cogerme más manía.

—Dos —corrijo.

Alza una ceja sin entender qué acabo de decir.

—Solo hemos estado dos veces juntos —aclaro.

Suelta una risotada siniestra. Da un paso en mi dirección, me mantengo impasible en el lugar porque no quiero demostrarle que le tengo cierto respeto, su actitud es bastante intimidatoria.

—¿Estás segura?

—Claro que lo estoy —afirmo rotunda—. Dejaré de saber las veces que he estado con él.

Vuelve a mostrar esa risa que empieza a darme mal rollo.

—¿Y qué me dices del hombre al que ibas a buscar cada viernes a La Vía Rue hasta que se presentó tu ex por el club?

Es tanto lo que abro los ojos que creo que si no los cierro quedarán así de expresivos de por vida. Me tapo la boca para evitar que salga el insulto, doña simpática acaba de disiparme mis dudas, Aitor era mi desconocido y no Lolo como me hizo creer.

—¡Joder! —se me escapa al fin—. ¡Será bruja!

Mi prima se interpone entre nosotras, Silvia piensa que lo digo por ella, aunque no es así, esa lindeza va dirigida a mi madre. No me ha llevado mucho recordar el domingo antes de que Lolo apareciera por La Vía Rue, Lidia y yo vinimos a comer a casa de mis padres, a ninguna de las dos nos apetecía estar en la ciudad o alimentarnos con cualquier cosa precocinada o en un restaurante. Mientras se terminaba de preparar la comida salimos al patio para tomarnos una cerveza y hablar de nuestras cosas, recuerdo perfectamente que le hablé de las enormes ganas que tenía de que llegara el viernes para encontrarme con mi desconocido. Mi madre tuvo que escucharme y avisar a Lolo, otra explicación no me cabe.

—No te pases, Mabel —solicita Lidia—. Silvia no tiene la culpa de que tú no supieras diferenciarlos.

Niego repetidas veces con la cabeza.

—No iba dirigido a ella —señalo con el dedo a la cuñada de Aitor—, sino a mi madre.

En esta ocasión es mi prima quien se sorprende. Le dice algo al oído a la cuñada de Aitor y pronto me invita a pasar al interior de su casa. Vamos directas a la cocina, Silvia abre el frigorífico y coge tres cervezas, nos invita a salir al exterior, objeta que su cuñado no tiene por costumbre fumar dentro de casa.

—A mí me dejaba hacerlo en la cocina —musito al traspasar el portón.

—Ya —expresa escueta Silvia.

Nos acomodados en la mesa de la pérgola, así estaremos protegidas por el intenso sol que luce hoy. Doy un trago a mi bebida, necesito dejar atrás la mala leche que me domina porque de no hacerlo soy capaz de ir a casa de mis padres y cantarle las cuarenta a mi bendita madre.

Comienzo a explicarme al ver con la intensidad que me observan mis dos acompañantes, me da igual que Silvia esté presente, tengo intención de recuperar a Aitor y eso implica que seremos familia, así que una de las dos tiene que dar su brazo a torcer.

Les narro todo lo que he descubierto hoy, que mi madre fue la encargada de avisar a Lolo cada una de las veces y al ser tan tonta, caí en su trampa porque pensaba que estaba enamorada de él cuando nunca ha sido así. También le aclaro a Silvia por qué pensé que Lolo era el hombre con el que me veía cada viernes en el club, que por cierto regenta junto a Aitor algo que remarca bien, y mis sospechas de que fue mi madre quien avisó a ex.

—Lo siento, prima, no sabía que tu madre era así.

—Yo tampoco —aseguro cabizbaja.

Silvia no dice nada, se entretiene en mirar el botellín de cerveza para evitarme.

—Te juro que entre el padre de mi hijo y yo no ha pasado nada, quiero a tu cuñado y no estoy dispuesta a que nadie se interponga entre nosotros esta vez. Hasta que no logre hablar con él y hacerle entender que deseo pasar el resto de mi vida a su lado, no pienso cesar en mi empeño.

Presiento que no me cree o, al menos, le cuesta en un inicio. Su mirada la delata.

—Pues no te veo muy preocupada porque se haya marchado —comenta mordaz.

—¿Por qué? ¿Por qué no estoy llorando como una magdalena? —inquiero en el mismo tono—. Llorar no me va a ayudar a recuperarlo.

—Tiene razón, Silvia. —me apoya mi prima—. Además, fíjate en sus ojos, ya lo ha hecho.

—Silvia, por favor, ¿dime dónde puedo encontrarlo? No quiero dejar pasar los días, deseo aclarar esto hoy mismo.

—¿Qué vas a hacer con Manuel? —quiere saber Lidia.

—Está con mi padre, hoy pasarán el día en casa de mi abuela.

Mi prima mira a Silvia y esta afirma con un leve gesto de cabeza.

—Si no te importa, en un rato iré a por él, así le hace compañía a Rebeca.

Asiento ilusionada, eso solo puede significar una cosa, que Silvia me dará la información que necesito.

—Si le haces daño otra vez no respondo —intimida la susodicha.

Niego.

—Te juro que si se lo hago no será intencionadamente.

—De acuerdo.

Pasa a relatarme lo que ha hablado con él, pronto una idea me viene a la cabeza. La comento por si es una locura, pero a las dos les parece excelente.

—Todo lo que has dicho es muy romántico, pero ¿cómo pretendes hacerlo?

—cuestiona mi prima.

—Conozco la forma. Disculparme un segundo —solicita Silvita—. Necesito mi móvil para hacer un par de llamadas.

—De acuerdo.

Espero hasta perderla de vista para encarar a mi prima.

—Ya veo que os van bien las cosas —digo feliz por ella.

Encoge los hombros, no me gusta esa actitud por su parte.

—No es lo que piensas —aclara.

Alzo una ceja inquisitiva.

—No estamos saliendo, quedamos de vez en cuando y nos divertimos, fin de la historia.

—Eso no te lo crees ni tú. He visto cómo la miras.

Sacude la mano para restar importancia.

—Prima, no confundas el deseo con el amor y lo mío es puro deseo, nada más.

El rostro se le demuda, giro el mío para saber qué pasa. Silvia está a un metro escaso de nosotras, creo que la ha escuchado.

—Todo solucionado —comenta Silvia con tono normal. Si le ha afectado lo disimula bastante bien.

Me incorporo lista para ir a casa de mi abuela, tengo poco tiempo para cambiarme de ropa e intentar convencer a Aitor de que nadie nos va a separar.

—Gracias —le digo a Silvia cuando me entrega el papel con las indicaciones de lo que preciso.

—Espero que tus sentimientos sean reales y no una treta para salirte con la tuya.

—Puedes estar cien por cien convencida de que quiero con locura a tu cuñado.

No se retira cuando la abrazo, tampoco al darle un beso en la mejilla.

—No le tengas en cuenta lo que acaba de decir, es más cabezona que yo y le costará más que a mí aceptar sus sentimientos. Ten paciencia con ella, merece la pena.

—Gracias —agradece con una sonrisa tímida—. Nos vemos a las nueve en la puerta.

Asiento feliz. En pocas horas estaré otra vez en sus brazos o eso es lo que espero que suceda.

Capítulo 46

Aitor

Lamo mis heridas recostado en el sofá de mi cuñada, estoy así desde que llegué hace más de cuatro horas. La imagen de Mabel junto a Lolo no se evapora de mi cabeza y es lo que más deseo. Me cuesta visualizarla en brazos de otro, siempre me ha costado aún después de los años que han transcurrido separados.

La inercia me lleva a cerrar los ojos, es una costumbre que tengo desde la universidad para inmortalizarla en mis recuerdos, pronto nos veo en el baño privado de mi habitación la última noche que pasamos juntos. La reminiscencia es dolorosa, saber que no volveré a tenerla recostada en mi pecho y poder acariciar cada milímetro de su sedoso cuerpo puede con mi cordura. Quizá sea un exagerado, no lo niego. La inmensa mayoría de la gente objetará que no es creíble querer de la manera que yo quiero, tanto que no he sido capaz de dejar de amarla desde el primer día que la vi siendo solo un niño, pero no sé hacerlo de otro modo, me entrego en cuerpo y alma con todas las consecuencias: tanto en las buenas como en las malas.

El ruido de la cerradura de la puerta principal me saca de mis pensamientos, sé que no se trata de la amiga de Silvia porque está con ella en Blanca, no tengo tiempo de incorporarme cuando un cuerpecito se deja caer encima de mí sin parar de reír.

La estrecho contra mi pecho y artículo un gracias en dirección a mi cuñada. Sabe lo mal que me siento por irme de casa sin despedirme de mi pequeña. Es todo un gesto que haya venido hasta aquí para que lo haga.

—¿Qué haces aquí, princesa? —cuestiono.

—Quería verte, te has ido sin darme mi beso de buenas noches.

—Lo siento, cariño, ha sido una urgencia.

—Lo sé, me lo ha explicado la tita.

Le beso la frente y vuelvo a estrecharla contra mi pecho, no me canso de tenerla así, de hecho no quiero que crezca porque nada será igual que ahora, llegado el momento preferirá otros brazos masculinos antes que los míos.

—Dame los de mañana —solicita cuando ceso de besarla—. La tita me ha dicho que no te veré hasta el lunes y ya sabes que me cuesta dormir sin tus

besos.

Parpadeo un par de veces para evitar que las lágrimas se liberen, no convencí a Silvia de abrir un local en Blanca para hacer esto, separarme dos días de mi hija; pero, por primera vez en mi vida, necesito soledad. Si no lo hago así sé que jamás podré dejar atrás todo lo que me daña y no es otra cosa que el amor que siento por la mujer equivocada.

Mi cuñada observa la escena a unos pasos de nosotros, no sé cómo agradecerle todo lo que hace por mí. Vuelvo a centrar la atención en mi princesa, en concederle la petición. Reparto besos por su rostro infantil y también en su coronilla sin dejar de abrazarla para que sepa cuánto la quiero. Silvia abandona el salón cuando comienza a sonarle el teléfono.

—Princesa, ¿quieres que vayamos a la pizzería a cenar?

Para mi asombro, mi pequeña se apresura a negar.

—¿No quieres? —inquiero, mirándola a los ojos.

Se muerde el labio inferior, el gesto me confirma que está nerviosa.

—Es que la tita me ha prometido cenar en la explanada y me dejará jugar con Manuel hasta tarde.

Cierro los ojos, el dolor a la altura del corazón es insoportable. Los mantengo así un rato, si los abro descubrirá que me pasa algo y no sé cómo explicarle que la alejaré, sin querer, de su amigo.

—¿Te enfadas conmigo, papá?

—No, princesa.

—Entonces, ¿por qué estás tan triste?

Trago el nudo de emociones que se me forma en la garganta al imaginar de nuevo a Mabel en los brazos de Lolo y compruebo que la estampa es superior a mis fuerzas.

—Porque me encantaría poder cenar con vosotras, pero el deber me llama —digo a media voz.

Es terminar de decir la mentira y me siento mal conmigo mismo. Me juré y perjuré que jamás le mentiría a mi hija, y por culpa del desamor es lo que acabo de hacer.

—Era Francesco —informa mi cuñada nada más reunirse con nosotros en el salón—. Necesita que vayas ahora mismo al club, hay otro incidente con un cliente y no se ve capacitado de solucionarlo solo.

—¿No puedes ir...? —no termino la frase, se supone que estoy en la ciudad por trabajo, así que no puedo solicitarle delante de mi hija que se encargue ella—. ¿Puede esperar cinco minutos?

Niega.

—Lo siento, pero no. Además, nosotras nos vamos ya o llegaremos tarde.

—Está bien —acepto.

Me incorporo con Rebeca en brazos y las acompaño hasta el coche. Le prometo a mi princesa que a partir del lunes siempre estaremos juntos, que no volveré a separarme de ella debido al trabajo. Silvia se muerde la lengua para evitar reírse.

—¿Cómo te encuentras? —se interesa mi cuñada cuando cierro la puerta trasera tras despedirme de mi princesa.

—Destrozado, sigo sin creer que me haya hecho lo mismo.

Coloca su mano sobre mi hombro. La sujeto con fuerza para agradecerle que esté a mi lado. Me da un beso en la mejilla.

—Ya verás cómo pasa pronto.

—Eso espero y también no volver a caer en el mismo error.

Abre la puerta del conductor y una vez dentro, la obligo a que baje la ventanilla.

—Lleva cuidado por el camino y mándame un mensaje nada más llegues, ¿vale?

—Sí, papá —bromea.

Quedo en el mismo lugar a la espera de verlas marchar, entro en su casa cuando las pierdo de vista. Pienso en cambiarme de ropa en un segundo, declino el pensamiento, necesito llegar lo antes posible al club, no quiero que Francesco se coma un marrón que no le pertenece.

Excedo un poco el límite de velocidad, si no fuera urgente nuestra presencia, Francesco no habría llamado. Aparco en mi plaza y opto por subir por las escaleras al comprobar que el ascensor está en la última planta. Llegaré antes por ellas que si espero a que baje hasta el garaje.

Busco a Pepe a mi llegada para que me informe de dónde se encuentra el amigo de Silvia. Me señala la sala cuatro, la común.

—Lleva media hora ahí encerrado con el cliente, ya no sabe qué hacer para calmarlo.

—No te preocupes, Pepe, ya me encargo yo.

Para mi sorpresa, me acompaña hasta puerta. No me molesto en decirle que no es necesario porque en parte es su trabajo hacerlo.

—Espera aquí —solicito cuando tiro de la manivela para abrirla.

Me extraña la oscuridad que emana del interior, voy a darme la vuelta para decirle a mi empleado que se ha equivocado de sala; pero, para mi sorpresa,

se apresura a cerrarla delante de mis narices. Por mucho empeño que pongo en girar el picaporte no hay forma humana de lograrlo.

Introduzco la mano en el bolsillo del pantalón para sacar el móvil y llamar a Francesco, toda esta situación debe de tratarse de un error por parte de Pepe; sin embargo, no logro hacer ninguna de las dos cosas, el roce de unas yemas sobre mis hombros logra dejarme estático.

Contengo el aliento al percibirla de nuevo, esas caricias no pertenecen a ninguna desconocida, lo sé porque conozco muy bien a la dueña de dichas manos. Doy un paso a la izquierda para alejarme de ella. «Esta me la pagas, Silvia», me digo al saber que he caído en su encerrona.

—Te has equivocado de sala y de hombre. —El tono que empleo es más brusco de lo esperado, pero no puedo evitarlo. Me ha hecho mucho daño y no pienso perdonarlo por una simple caricia.

—No, estoy donde tengo que estar y con quien quiero estar.

—Mabel deja de jugar de una maldita vez conmigo —suplico.

Escucho sus pasos acercarse a mí, en vez de alejarme me mantengo impasible en el lugar.

—Créeme que no pretendo hacerlo.

—Lo siento, pero no te creo. A estas alturas de la partida es difícil hacerlo. Cada vez que él aparece, sales corriendo.

Resopla con fuerza, tanta que su aliento cálido acaricia mi rostro. Eso me cerciora de que se ha acercado más a mí de lo que deseo. Por mucho que lo intente es imposible olvidarme de ella y menos, en escasas horas. Es tanto lo que la quiero que creo que jamás lograré sacarla de mi cabeza y de mi corazón por mucho que precise hacerlo.

—Gilipollas —masculla bajo, aunque logro escucharlo.

Noto el primer roce de sus yemas en mis brazos, contengo el aliento. Pretendo resistirme a sus encantos y ser capaz de no caer rendido a sus pies cada vez que aparece en mi vida; sin embargo, me sucede lo mismo que a ella con su ex, soy incapaz de no repetir, de no saborearla y embriagarme de su aroma durante el exiguo tiempo que me permite hacerlo.

—Ni lo intentes —digo para frenar su avance de intentar besarme. Me muero por hacerlo, aunque debo mantenerme inflexible si en verdad ambiciono olvidarla—. Antes necesito una explicación.

—Está bien, pero preferiría verte la cara cuando te la dé.

No rebato la petición porque acaba de ofrecerme la excusa perfecta para alejarme de ella, si me mantengo un segundo más a su lado sé que no resistiré.

Doy dos pasos hacia atrás para interponer distancia, aunque aún me parece mínima, desde mi posición puedo absorber su aroma a flores, me encanta su fragancia, la que hace tiempo hice como mía.

Metó la mano en el bolsillo y me hago con el teléfono. Lo desbloqueo y la luz de la pantalla nos ilumina el rostro, no quiero desviar la mirada hacia la suya o me hará perder el raciocinio. Sigue teniendo ese poder sobre mí e intuyo que siempre lo tendrá por mucho que quiera mentalizarme de lo contrario.

—Pepe, abre la puerta, queremos salir —solicito cuando mi empleado atiende la llamada.

No deseo mirarla o no contendré mis enormes ganas de besarla, me muero por hacerlo, también por enterrar mi rostro en la curvatura de su cuello.

—Ahora mismo, Aitor —responde mi empleado.

Mantengo la posición hasta que escucho el giro de la cerradura. Salgo el primero de la sala, estoy seguro de que Mabel me seguirá si en verdad desea darme una explicación. En ningún momento presto atención a su ubicación mientras abandono La Vía Rue y bajo hasta el sótano, sé con seguridad adónde ir.

Capítulo 47

Mabel

Al llegar a casa de mi abuela informo a mi padre de qué lo haré para recuperarlo. Me abraza feliz al saber que no pienso rendirme como la otra vez y en esta ocasión, lucharé por mantenerlo a mi lado. No me sorprende saber que está al tanto de a qué se dedica Aitor y tampoco que era el hombre que veía cada semana en uno de sus club. Ahora sé que el de aquí es una extensión de La Vía Rue. No me importa enterarme por su cuñada y mi padre, es algo banal en estas circunstancias.

Después de darme una larga ducha abro la maleta nerviosa, no sé qué ponerme. Desecho la ropa que empleaba para ir al club, lo máximo que me recordará es que no fui capaz de saber que el hombre que me llevaba a lo más alto no era el cabrón de mi ex, sino el amor de mi vida. Rebusco entre ella hasta dar con un vestido veraniego que me regaló Pau hace unos días, es ideal para la ocasión.

—Cariño, vas a llegar tarde —dice mi padre desde la puerta.

—Que va, aún me queda tiempo.

Se ríe.

—Faltan cinco minutos para las nueve.

Abro los ojos sorprendida, es tal el ímpetu que he puesto en ponerme guapa para él que no he reparado en la hora.

—No puede ser, si hace nada he mirado el reloj y eran y cuarto.

Accede a la habitación y me arrebató la pintura labial de las manos.

—Deja de maquillarte, a él le gustas con o sin ella. Venga, despídete de Manuel que al final Silvia se irá sin ti.

Le hago caso. Voy directa al salón para despedirme de mi hijo, no le agrada la idea cuando le digo que no vendré a dormir esta noche, la tristeza se le pasa al saber que Lidia lo recogerá en breve y se irán juntos con Rebeca y Silvia a cenar al descampado.

Recuerdo algo importante cuando me hallo en la puerta principal. Me giro y veo a mi padre parado a escasos pasos de mí. Me acerco a él y lo abrazo.

—Gracias por todo, papá.

—No tienes que darlas, cielo. Anda, ve que no quiero que llegues tarde.

—Deséame suerte —solicito.

—No la necesitas si le dices lo que sientes.

Le doy un beso en la mejilla para despedirme de él.

Salgo de la finca, Silvia ya está en la puerta de la casa de Aitor esperando mi llegada. Le sonrío con afecto, es la primera vez desde que nos conocemos que el gesto me sale espontáneo, las demás veces no entendía por qué se comportaba de esa forma tan desagradable conmigo, ahora sí que lo hago, solo trataba de proteger a su familia.

—Gracias por la ayuda —le digo con sinceridad.

—Espero no arrepentirme.

—No lo harás —aseguro—. ¿Nos vamos?

Mira el coche, imito su gesto. No tengo tiempo de preguntar qué hace Rebeca instalada en el asiento trasero, ella misma me lo explica.

—No puedo presentarme en mi casa sola para decirle que mi amigo ha llamado con una urgencia, necesito un motivo de peso y nada mejor que mi sobrina. A ella le he dicho que vienes con nosotros porque tienes que trabajar, te dejaré lo más cerca que pueda del club.

—De acuerdo.

Se me hacen eternos los minutos empleados hasta llegar a mi destino, nunca antes cuarenta y cinco minutos habían transcurrido como una eternidad. Sé que se debe a mis ansias por estar otra vez entre sus brazos.

Tal y como me ha dicho Silvia antes de partir, se despide de mí metros antes del club, antes de dejarla marchar le digo adiós a Rebeca.

—Gracias por todo, Silvia —repito, no me cansaré de hacerlo.

Asiente.

Espero a perder el coche de vista para encaminarme al lugar donde recuperaré la confianza del amor de mi vida. A mi llegada al club pregunto por Pepe, es él quien está al tanto de todo.

—Acompáñame —solicita cortés el hombre.

Me hace acceder a la sala común, la miro expectante, es la primera vez que la veo. Se queda conmigo hasta recibir el aviso de Silvia en el que comunica que Aitor está de camino.

—Quédate junto a la puerta así lo verás cuando acceda —solicita.

—¿Verlo?

Pepe sonrío.

—Durante unos minutos te quedarás a oscuras, es lo que me ha pedido la señorita Silvia que haga.

Acepto la sugerencia, pero una duda me invade.

—¿Y si se marcha cuando sepa que soy yo?

Él no tiene que estar al tanto de nada, aunque me da que Silvia ha dicho más de la cuenta.

—La señorita Silvia ya se ha ocupado de eso, me ha pedido que os encierre hasta que me llame y solicite salir.

Lo veo marchar y las dudas me invaden, en estas horas no me he parado a pensar en cómo reaccionará Aitor cuando me vea. Empiezo a entender su postura, por qué no me ha dejado explicarme en casa de mi abuela, debe de estar harto de ser mi segunda opción, aunque la realidad es que siempre ha sido la primera, pero estaba tan cegada en creer lo contrario que me ha llevado siete largos años darme cuenta de ello. Espero no llegar tarde y hacerle entender que él es el único que ha ocupado mi corazón durante todo este tiempo.

Presto atención a los sonidos que me rodean, tanto el silencio como la oscuridad son mis únicos acompañantes. Inspiro una bocanada de aire al percibir un rayo de luz, eso solo puede significar que ya está aquí y pronto lo tendré a mi entera disposición.

Veó su llegada desde mi posición, a un par de pasos de la puerta para que no repare en mi presencia. Está más guapo que nunca, al menos para mí. De forma paciente espero hasta asegurarme de que Pepe ha cerrado la puerta con llave y no tiene escapatoria.

Comienzo a caminar para ir a su encuentro en la oscuridad cuando reparo en que desea salir por todos los medios de aquí. Alargo las manos hasta posarlas en sus hombros, no puedo evitar acariciarlo, quiero saber si él es capaz de hacer algo que yo no supe: reconocirme.

Me lástima ver que se separa de mí. Contengo las ganas de llorar cuando da por hecho que no estoy aquí por él y sí por Lolo. Mi mente comienza a divagar, puede que sea demasiado tarde para ofrecer una explicación, que por mucho que diga no sea capaz de convencerlo de mis sentimientos.

Le aseguro que no me he confundido, aunque me guardo para mí decirle que no hay otro lugar en el mundo donde quiera estar, prefiero decírselo cuando pueda mirarlo a los ojos, quiero ver su reacción.

—Gilipollas —me digo bajito para que no me escuche.

Es lo más normal que esté así, porque estoy convencida de que me ha ofrecido unos minutos de margen para ir a buscarlo cuando nos ha interrumpido Lolo y yo, en vez de salir corriendo tras él, me he quedado a la

espera de una explicación que nada me importaba, porque las únicas que deseo dar son al hombre que interpone distancias entre nosotros cada vez que pretendo un nuevo acercamiento.

Evito sonreír cuando acepta que hablemos, pero no aquí. Pensaba que jamás lo solicitaría. No estoy segura de que mi plan salga a la perfección, aunque si sigue siendo el Aitor que conocí, estoy convencida adónde me llevará.

Le agradezco a Pepe con una mirada lo que ha hecho por mí cuando abandono la sala detrás de Aitor que aún no se ha dignado a mirarme la cara, pero si quiero que deje de lado el distanciamiento que desea interponer entre nosotros, no me queda otra que ir detrás de él, total no creo que me vaya a morir si por una vez soy yo quien lo persigue y no al revés.

Subo al coche sin hacer preguntas, dejo que sea él quien elija el lugar donde desea hablar. Al ver la dirección que coge al salir del centro de la ciudad, me veo obligada a desviar la vista y centrarla en la carretera para que no perciba la felicidad que me embarga en estos momentos. No puedo evitar mirarlo con lágrimas en los ojos cuando estaciona el vehículo, sin él saberlo, va a ofrecerme la mejor noche de mi vida otra vez.

Capítulo 48

Aitor

Estoy tentado de alargar la mano para eliminar cualquier rastro de tristeza de sus ojos, me mata verla así, pero al fijarme mejor en ellos, lo que percibo es felicidad. Le gusta el sitio escogido para hablar, le trae tan buenos recuerdos como a mí.

Bajo del coche sin hablar, cruzo la calle y comienzo el ascenso de la pequeña colina seguro de que Mabel me sigue, durante el corto trayecto rezo para que esté vacía y podamos hablar con tranquilidad.

Hacía meses que no la visitaba. Aunque hace tiempo que dejamos de ser dos universitarios, cuando estoy deprimido o quiero recordar aquella etapa de mi vida, vengo a aquí para que no se quede atrapada en el olvido.

Toma asiento en la piedra plana que sigue estando cerca del terraplén y se entretiene, durante unos minutos, en observar la panorámica. Las cosas por aquí no han cambiado, los edificios siguen intactos con el paso de los años, somos nosotros los que hemos madurado.

—Aquí empezó todo entre nosotros —la escucho decir—. Recuerdo aquella noche y lo especial que me hiciste sentir. Durante todos estos años la he atesorado como el mejor de los tesoros.

Trago saliva. Por mucho que mi mente desee interponer distancias, mi corazón grita lo contrario, que le conceda el beneficio de la duda y, esta vez, la deje hablar. Me siento a su lado y me entretengo en arrancar pequeños trozos de hierba para deshacerlos entre mis dedos.

—Y también terminó —comento, recordando la última vez que estuvimos aquí juntos.

Cierra los ojos e inspira una gran bocanada de aire. Cuando vuelve a abrirlos los fija en los míos.

—¿Tú crees? —Desea saber—. No sé tú, pero a mí me ha sido imposible olvidarme del hombre del que siempre he estado enamorada, aunque me ha llevado años admitirlo. ¿Sabes?, mi padre siempre ha dicho que mi cabezonería me traería problemas algún día y no puedo quitarle la razón, casi consigue que te pierda.

Sonríe con dulzura y creo morir. Acaba de confesar lo que tanto he

anhelado, que me quiere.

—Mabel, yo... —coloca su dedo sobre mis labios para evitar que prosiga.

—Por favor, necesito decirte todo.

Intentaré por todos los medios mantenerme callado y dejarla hablar, lo precisa tanto como yo, aunque no aseguro ser capaz de contenerme y no devorarle la boca.

—¿Te acuerdas de la noche que me dijiste que me querías?

Asiento, ¿cómo olvidarlo? Fue la única vez que le abrí mi corazón.

—Sentía lo mismo por ti, pero el miedo me impidió confesártelo. A día de hoy sigo sin entender por qué no fui capaz de decírtelo, si me moría por hacerlo.

Pasa a relatarme lo que dieron de sí para ella aquellos meses que estuvimos juntos, lo feliz que se sentía a mi lado y la sensación de encontrar su hogar, algo en lo que ambos coincidimos. Mi cuerpo se tensa cuando comienza a hablar de la fatídica noche que nuestra relación se truncó. Que su intención, nada más subir al taxi, fue dar media vuelta e ir directa a mi habitación, pero la llamada de su madre y la insistencia en que debía cumplir su palabra como amiga, fue lo que la impulsó a ir al cumpleaños de Claudia.

Me enerva enterarme, años después, que fue la cumpleañera quien lo organizó todo para que yo me enterara, aunque ante mí se presentó como una santa, acabo de descubrir que también engañaba a su novio, algo que a día de hoy nada me importa. Todo eso me hace comprender su insistencia en hacerme creer que ella me amaba, fue por eso que me dejé convencer para besarla en el campo de fútbol una única vez.

Le agradezco que no se entretenga más en hablar de aquella noche, por muchos años que hayan pasado aún me duele, pero más enterarme de que las cosas entre nosotros podrían haber sido de otra forma. Mabel no se quita la culpa de no haber sido capaz de ver que no estaba enamorada del padre de su hijo, pero en parte, su vida ha estado un poco dictada por su madre y la enemistad que sentía por la mía.

Me apena saber que su madre no ve con buenos ojos nuestra relación y que nunca la verá por el hecho de que Jesús estuviera enamorado de la mía en la juventud.

—Lo siento —me escucho decir.

Soy sincero, porque en parte el odio de su madre también me ha afectado a mí.

—Aitor, decirte esto no es para disculparme por mis meteduras de pata

contigo, sé que tu desconfianza hacia a mí es por mi culpa y te aseguro que haré todo lo posible por eliminarla. —Toma una bocanada de aire antes de proseguir—: Aquella noche no tendría que haber pasado nada con Lolo y en la sala, tendría que haberte reconocido; pero pensaba que estaba enamorada de él cuando siempre has sido tú, tú eres el único hombre al que he querido y siempre querré.

Los ojos se me ponen cristalinos al escuchar de nuevo que me quiere, pero también al enterarme de que sabe que era yo quien estaba con ella cada viernes en La Vía Rue hasta que el susodicho se interpuso en nuestros caminos.

Alarga la mano y la lleva hasta mi mejilla para acariciarla, cierro los ojos para dejarme llevar por el momento tan mágico que empieza a crearse entre nosotros. Es la tercera vez en nuestras vidas que nos confesamos nuestros deseos y mayores miedos en este lugar.

Para cuando los abro, su rostro está cerca del mío, me mira a la espera de una señal negativa por mi parte, no pienso darle ninguna. Lleva la mano hasta el cuello para acercarme a ella y posa sus labios en los míos. No ejerce presión, mantiene la postura.

Coloco mis manos en el inicio de su espalda y comienzo a ascender. Sonríe contra mi boca, ambos recordamos haber vivido esto hace años. Por fin, le doy acceso y pronto, nuestras lenguas se buscan para reconciliarse. El beso es incluso más mágico que el primero que le di en este mismo lugar.

—Mabel, yo también tengo algo que decirte —digo pegado a su boca.

—No es necesario, lo sé todo y no me importa haberme enterado por tu cuñada y mi padre —comenta, iniciando un nuevo beso.

Para cuando terminamos no sabría decir con exactitud si han transcurrido minutos, horas o incluso días. Es tal el estado de felicidad que percibo que he perdido la noción del tiempo.

Cogidos de la mano y sin dejar de mirarnos felices, descendemos la colina. Una vez abajo, tiro de ella para llegar al coche, estoy ansioso por demostrarle que para mí también siempre ha sido ella, solo ella. Me sorprende cuando frena nuestro caminar.

La miro sin entender.

—¿Confías en mí? —pregunta a la vez que muestra un pañuelo en el que acabo de reparar.

Asiento.

Se coloca a mi espalda para vendarme los ojos. Me coge de las manos para

guiarme, me dejo llevar, me da igual dónde me lleve siempre y cuando estemos juntos. Pide que pare cuando andamos una corta distancia.

Escucho el sonido de una puerta abrirse y susurros que no alcanzo a descifrar. Sin dejar de darme indicaciones, llegamos hasta el inicio de unas escaleras. Mabel coloca mi mano en el pasamanos para que me sea más fácil subir.

—¿Listo? —pregunta cuando paramos por segunda vez.

—Sí.

Me quita el pañuelo. Tengo que parpadear un par de veces al comprender dónde estamos. La sujeto por la cintura y la coloco frente a mí, acaba de hacerme el hombre más feliz del mundo. La beso con pasión antes de abrir la puerta del cuarto que fue testigo del nacimiento de nuestro amor, la cierro de un puntapié listo para comenzar a reescribir nuestra historia, aunque en esta ocasión, sin que nadie se interponga en nuestros caminos. Solo seremos nosotros y nuestros hijos.

Fin

Nota de la autora

Que Mabel pueda llevar a Aitor al mismo cuarto donde nació su amor, gracias a la ayuda de un amigo de Silvia, se debe a que en la Universidad de Murcia las residencias estudiantiles quedan vacías durante el verano para que el personal de limpieza las prepare para los estudiantes del nuevo curso.

Agradecimientos

En primer lugar quiero agradecerle a ti, querido lector, la oportunidad que le has dado a esta historia, sin vuestro apoyo nada tendría sentido. Así que muchísimas gracias por concederme tu valioso tiempo para leer la historia de Mabel y Aitor.

A mi familia quiero agradecerle el apoyo incondicional que recibo por parte ellos siempre que me encierro en el despacho para darle vida a nuevos personajes.

A mis amigos, a esos locos que me acompañan día a día, esto no sería posible sin vuestros consejos y las horas que me dedicáis para que las novelas vean la luz. La familia no podemos escogerla; pero a los amigos sí, y yo tengo la suerte de haber creado una segunda familia al lado de vosotros. Espero de corazón que nuestra amistad perdure de por vida, ya que no la imagino sin teneros a mi lado tanto para lo bueno como para lo malo. Gracias infinitas.

Biografía

Mia Alcaraz nació en pleno verano en la Costa Cálida. Es comercial desde bien joven, aunque siempre se sintió atraída por el mundo de la literatura, por ello —después de devorar decenas de novelas románticas— se lanzó de pleno a escribir las suyas.

Guiada en todo momento por una gran autora de romántica, en 2018 se embarcó en esa trepidante aventura de crear su primera novela: *¿A todo riesgo o a terceros?, Saga Sensaciones I*. Una historia que tiene especial conexión con ella. Y a finales de ese mismo año publicó su segunda novela, *Siempre nos quedará el divorcio, Serie Rivera I*.